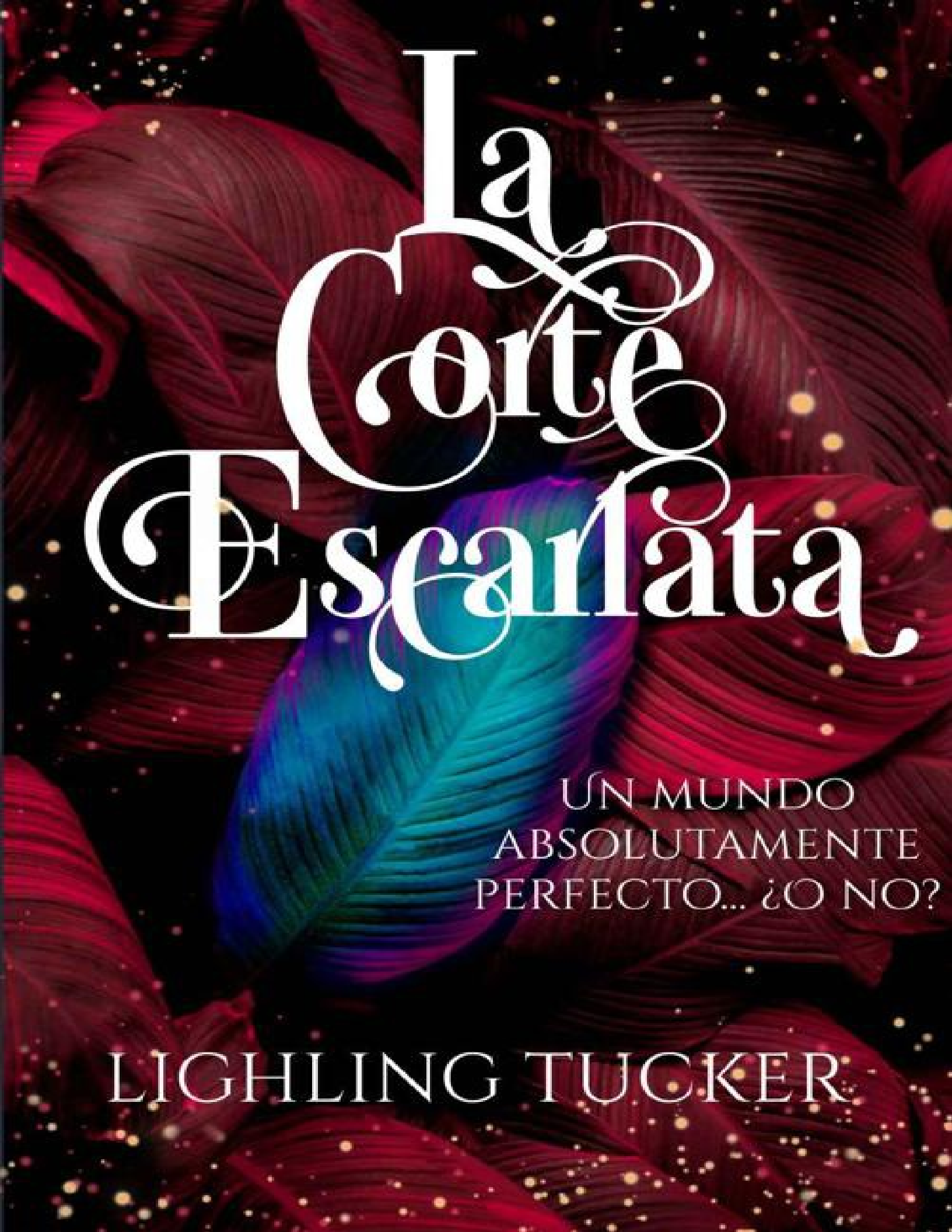

La Corte Escarlata
UN MUNDO ABSOLUTAMENTE PERFECTO... ¿O NO?
LIGHLING TUCKER

La corte escarlata

Lighling Tucker

Copyright © 2024 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición Marzo 2024

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A ti, peque, por la fuerza increíble que tienes.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
EPÍLOGO
¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?
BÚSCAME
OTROS TÍTULOS

AGRADECIMIENTOS

Estar escribiendo unos agradecimientos de nuevo es una alegría enorme. Un libro más, una locura nueva que espero que podáis disfrutar mucho.

¿Qué os puedo decir?

He disfrutado con estos personajes muchísimo. Son intensos y espero que os lleguen al corazón.

Como siempre, tengo que dar las gracias a mi familia, que me apoya, me aguanta y me mima como nadie. Gracias por verme enloquecer delante de la pantalla y no pensar que estoy chalada.

Gracias a mis cero.

¡¿Qué haría sin vosotras?!

Comentar la novela desde que nace hasta que se publica es una gozada. Disfruto de nuestras locuras juntas.

Gracias Carmen, Patricia, Araceli, Mónica y Montse.

Sus ailoviu fuertemente.

Y gracias a ti lector, por estar aquí una vez más o animarte a leerme por primera vez.

Este libro es para ti.

Disfruta de la lectura.

Y ahora pondré los agradecimientos que suelo poner en mis redes sociales, si quieres salir en el próximo libro sígueme.

Facebook:

LORENA SANCHEZ BERNAL, JMARY JURADO NIETO, OSANE Y JOSEMA HIDALGO PEREZ, MIRIAM SANCHO, ANGELA SUAREZ, ISABEL GÓMEZ, ANA VENDRELL, ANACELI, PARTICIA MUÑOZ GIMENEZ, CRISTINA SUAREZ, ESTER FG, ROSARIO ESTHER TORCUATO BENAVENTE, MARY ALFONSO GRAN, MARTA OLMOS, ELIZABETH RODIGUEZ, YOHANA TELLEZ, GRISEL CONCHA, MONIKA TORT, LIDIA TORT, ANNA FERNÁNDEZ, JUANI EGEA MARTÍNEZ, MARICARMEN LOZANO, MARIA LUISA GÓMEZ YEPES, PATRICIA COLETO, ENCARNA PRIETO, ALEA JACTA EST, CANDY, MATINA DACOSTA IGLESIAS, KARLA G D MARCHENA, MARIA DEL MAR ROMERO, ANNIE PAGAN SANTOS, MARI LOLI BERMEJO, SOLEDAD CAMACHO, YANI SA, CRISTI ALONSO, MCCLOUD LEAH ELENA, YERA ELORRIAGA, ANA MARÍA PADILLA, CARMEN ENTRAIGAS MARTEAU, MARIÁNGELES KALARY NIETO, ANABEL XAD, ANABEL JIMENEZ, NATALIA BERROA, M ISABEL EPALZA RAMOS, RACHEL BERE HERNÁNDEZ BAÑAGA, PAOLA ERIKA, CRISTINA IGUIÑO, ALISBET ROBINET HEREDIA.

Instagram:

NATACHA RODRIGUEZ, LINA RM, OLGA MARIA LORENZO, ALBA SYLVIA DIAZ LOPEZ, INGRID, KAREN AGUILAR, ASCENSIÓN, ALICIA RM, VICTORIA ALCOBENDAS, TAMMY MENDOZA, ELENA ESCOBAR LLORENTE, SULTANITA BELLA, MARIMAR CASTRILLEJO, SILVIA SANMARTÍN, PCARMENDE, ITXASO BELINCHÓN, PAU RAMONILLO, PILAR CANO, EVA MARÍA PINTO, CAMALEONA,

REINA CORIBETH RODRÍGUEZ MAITA, LORY, NURIA DAZA, VOCTO VILLARREAL, MIRIAM CORDOBA, CRIS BERMEJO, MEL G, EIREN (GRACIAS POR PRESTARME TU NOMBRE PARA LA PROTAGONISTA) YOLANDA CAYUELA, ANACELI, ANA, RITA VILA CONDE, ARANCHA ESEVERRI BARRAU, ELISABET TRUJILLO, KAORY, ALAN.

SINOPSIS

Eiren Coulson forma parte de una sociedad perfecta. Una que ella no soporta y en la que no encaja.

¿Quién es perfecto? ¿Quién sonríe de esa forma o pone la otra mejilla? ¿Quién no grita o se enfada alguna vez? ¿Todo debe ser tan igual o monótono?

En el fondo sabe que algo no funciona.

Está en una sociedad que les hace competir para ser los mejores en todo para que, al cumplir 18 años sean seleccionados para la Gran Noche. Ese es el gran premio a su feroz esfuerzo.

Un evento de dimensiones épicas que les promete una vida de ensueño a los más perfectos. Pero ella es imperfecta, un fallo en una sociedad en la que no encaja.

Su hermana Paola será seleccionada este año. Y cuando reciben la carta… Hay un error, pone Eiren Coulson.

Obligada a asistir sus instintos le gritan en los oídos que todo está mal. Nada funciona, se han equivocado con su selección a pesar de que no la escuchen.

Y de pronto conoce a Nox.

Un hombre capaz de hacer temblar al mismísimo mundo solo con su voz. Sus ojos rojos le susurran a su corazón que nada es lo que parece. Quizás huir sea la solución más fácil y sencilla, pero acaba atraída hacia él como una mosca a una telaraña.

El mundo esconde secretos que solo la noche puede revelar.

¿Será esta sociedad perfecta capaz de resistir alguien tan imperfecto como Eiren?

¿Quién es Nox? ¿Y por qué parece ser capaz de cambiar las reglas del mundo?

PRÓLOGO



Muchos años antes de esta historia…

—Cualquier día ella cambiará el mundo, Nox.

La voz de su madre atrajo su atención, aunque no supo comprender qué le decía exactamente. Ella, siempre tan enigmática, hablaba de los siglos que acontecerían mucho más allá de su imaginación.

—¿Por qué, madre?

Era solo un joven, demasiado joven para comprender lo que su madre estaba luchando por inculcarle.

—Porque será tu misión guiarla —declaró su madre.

¿De qué estaban hablando?

O más bien… ¿De quién?

—¿A quién? —preguntó Nox.

Su madre moría.

No era algo que le gustase, durante años se había negado a que eso ocurriese, pero finalmente había aceptado su destino. Para alguien como él, de naturaleza eterna, la muerte era algo incomprensible.

Lamentablemente su madre había tomado un camino sin retorno después de que su padre fuera asesinado por el enemigo. La pena la estaba consumiendo sin su amado y su cuerpo se estaba demacrando día a día, año a año, hasta que solo quedase polvo y huesos de la gran mujer que fue antaño.

—Yo no quiero guiar a nadie, no soy el perro de ninguna de tus alucinaciones, madre —siseó Nox con fuerza.

No quiso sonar brusco, lamentablemente, había fracasado en el intento.

Siempre había cuidado de su familia. Lo había hecho de forma incansable contra cualquier enemigo que quisiera acabar con ellos. Seguiría haciéndolo hasta el fin de los tiempos.

Pero no podía comprender cómo se podía morir por amor.

Su madre los dejaba solos en el peor momento. Él, el mayor, cuidaría de los pequeños y asumiría todos los riesgos. No era nuevo en aquellas tareas, las asumió tiempo atrás cuando su padre murió.

—No lo comprendes, Nox, ¿verdad? —preguntó su madre.

Estaba demacrada, lejos de la hermosa mujer que lució orgullosa una corona en su cabeza.

La reina, falleciendo lentamente en el lecho conyugal, negándose a vivir porque su marido ya no estaba. La habían visto deteriorarse durante años sin poder hacer nada, porque nadie podía ayudarla.

Era imposible.

Nadie podía traer de vuelta a su padre.

Y por eso su corazón se negaba a seguir adelante.

—Solo quiero comprender por qué abandonas a tus hijos —siseó con rabia.

Nox apretó los puños al lado del lecho de su madre.

Odiándola.

Cobarde.

—Nunca comprenderás el poder del amor, Nox, si no dejas salir el odio que hay en tu corazón —dijo ella llevando una delicada mano sobre su pecho.

Como si quemase, Nox se apartó de ella con rabia en los ojos. El amor.

Ese amor que ahora provocaba que muriese agónicamente y que todo el mundo dejase de importar.

El dichoso amor era un lastre.

—El amor es un cuento de hadas, la vida real es diferente. Y si tanto «amas» —dijo esa palabra con verdadero asco—, deberías quedarte y cuidar de tus hijos. ¿Qué será de ellos?

Su madre sonrió a duras penas.

Sus cabellos rubios se habían tornado blancos con el tiempo, también su piel había envejecido hasta el punto de no ser reconocible. Las bolsas de sus ojos ya formaban parte de ella como si siempre hubieran estado ahí.

Era otra.

—Te tienen a ti, Nox. Sé que cuidarás de ellos —suspiró, agotada.

¿Él?

Como siempre había hecho.

Desde que nacieron, sus dos hermanos habían sido su responsabilidad. Los cuidaría como se esperaba de él, pero eso no cambiaba que la necesitaban. Se morían por sentir ese «amor» de madre que les debía.

El cual no les daba porque estaba cansada para seguir amando.

—Ellos te quieren —susurró Nox.

Se sacó de la ecuación sin pensarlo demasiado.

La rabia no permitía que pudiera ver a su madre con buenos ojos. Ella estaba haciendo daño a sus hermanos pequeños, los estaba condenando a ser corazones rotos por su egoísmo.

—Estás tan ciego que le harás mucho daño. Si no reaccionas a tiempo… Ella sufrirá.

Nox dio un puñetazo fuerte al dosel de la cama, el cual tembló a consecuencia y estuvo a punto de romperse. Por suerte aguantó lo suficiente como para que madre e hijo se miraran intensamente.

—¡Deja de hablar de tonterías! —gritó, furioso.

Ese no era el tema.

Solo eran alucinaciones.

Su madre no podía ver el futuro. Eran cuentos de un cuerpo que luchaba por morir cuando la eternidad quería quedarse en ella. Estaba forzando las leyes de la naturaleza solo para acompañar a su marido.

Patético.

Nunca moriría por nadie.

Jamás amaría a ningún ser por encima de sí mismo.

—Ella vendrá, Nox. Cambiará el mundo y te cambiará a ti.

¿Una mujer?

¿Una condena?

Nox sonrió mostrando sus colmillos afilados, fue una advertencia que solo provocó que su madre sonriera con cariño.

—No puedes ver el futuro. Pero, si lo hicieras, quiero que sepas que la mataré. Si esa mujer existe, la que puede cambiarme, la ejecutaré en tu honor —prometió preso de la ira.

Entonces su madre jadeó. Sorprendida.

Y él sonrió.

Nadie controlaría su vida. Poco le importaba lo que hubiera visto en el futuro, no existía ser en el mundo capaz de hacerlo cambiar. Y, si algún día nacía, solo tendría que acabar con su vida.

Demostraría al mundo que el amor no servía para nada.

—No puedes hacer eso, Nox. Ella significa mucho más que para ti mismo…

Tosió.

Agotada.

Eso le hizo sentir mal un momento antes de volver a su postura pétrea y fría. No pensaba ceder ni un solo centímetro.

—¿Qué se supone que hará ese ser tan maravilloso? —preguntó Nox con sorna.

Su madre solo cerró los ojos.

—El padre de tu abuelo negó la magia a este mundo…

Conocía esa historia. Su bisabuelo había conseguido arrancar la magia de ese mundo para que así, su raza, fuera la verdaderamente fuerte. La que gobernara por encima de todos.

Miles de seres desaparecieron, extinguiéndose al perder su sustento de magia.

Pero ellos permanecieron, indemnes. Inalterables.

—Ella es la llave de esa magia y debes guiarla. Sin tu ayuda será un caos descontrolado —explicó su madre.

—¿Y si no quiero magia? ¿Y si me da igual lo que le pase al maldito mundo?

La mirada de dolor que le procesó su madre fue tal que no pudo soportarla. Sintió su pecho encogerse, el aire marcharse antes de siquiera ser consciente de que había cerrado los ojos para no pelear con ella.

Ese dolor se extendió por su cuerpo, tan letal que creyó que podría acabar con él si se resistía demasiado.

Ella todavía tenía poder sobre Nox. No había dejado de amarla totalmente.

Cobarde.

Débil.

Patético.

—Este mundo merece una oportunidad de volver a ser lo que era. Tú y yo lo sabemos —

explicó su madre.

Nox suspiró.

—No amaré a nadie —declaró, convencido.

Abrió los ojos de nuevo, estando preparado para encarar a su madre de nuevo y sus miradas colisionaron a gran velocidad.

—Nadie está preparado para ello, Nox. Te enseñará.

Estaba tan convencida de ello que quiso volver a golpear el dosel. No lo haría porque sabía controlar su genio. No era el momento y lugar para montar una escena innecesaria.

Respiró profundamente antes de ir hacia la puerta y abrir.

Sus hermanos menores Ebony y Shade entraron corriendo hacia la cama de su madre. Saltaron a sus brazos entre llantos sabiendo que sería la última vez que verían a aquella mujer con vida.

Todo el mundo lo sentía.

Iba a despedirse.

—Mis pequeños, quiero que seáis fuertes. Nox cuidará de vosotros eternamente, estaréis a salvo con él.

Nox no se acercó.

No podía.

Apretó la mandíbula con fuerza.

Los estaba abandonando y no le importaban los motivos. Se estaba yendo para reencontrarse con su marido. Los dejaba solos cuando más los necesitaba y no parecía importarle demasiado.

—Nox, ¿vienes? —preguntó la pequeña Ebony.

Su mirada color miel luchó por convencerle de que cambiase de opinión. Por desgracia, perdió. Vio la decepción en sus ojos antes de volver a abrazar a madre con sumo cariño.

No iría a despedirla.

No podían exigirle que lo hiciera.

—Os quiero, mis niños, a todos —suspiró su madre echándole una última mirada.

Nox se la sostuvo unos segundos antes de bajarla hacia la horrenda alfombra que decoraba aquella estancia.

Dejó que se fuera en silencio, en calma, con sus dos hijos pequeños en brazos y sus miles de lágrimas y preguntas en la garganta. Ellos no comprendían por qué tenían que dejarla marchar.

Y se rompieron un poco ese día.

Así como Nox.

De pronto, él parpadeó volviendo a la realidad. A su tiempo real y no aquel en el que la vio marchar. Pensar en aquel recuerdo no le hacía ningún bien, como tampoco en los siguientes años.

Fueron momentos difíciles.

Por suerte ahora todo iba bien.

Arreglándose la corbata, caminó hasta su armario y se miró en el espejo que tenía en el interior de una puerta.

Ya no era ese joven. Había crecido, mejorado.

Nadie había nacido en todos los siglos del mundo capaz de alterar el trascurso de los acontecimientos. Ella se había equivocado, seguía sin amar, seguía fuerte y nada lo cambiaría.

Solo habían sido delirios.

Suspiró con el último recuerdo de su madre. No tenía tiempo para pensar, ahora necesitaba hacer muchas cosas, era un gran día, uno demasiado bueno como para ir hacia ese instante.

—Tenías razón, madre. El mundo ha cambiado, pero quizás no es como tú soñabas que sería —dijo Nox mirándose en el espejo.

Listo.
Estaba preparado para seguir adelante.

CAPÍTULO 1



Palabra de hoy: Perfección.

Eiren suspiró ante su diario.

¿Qué podía poner hoy?

«He hablado con mis amigas sobre este tema y no nos ponemos de acuerdo con el significado exacto. Ellas, como de costumbre, lo destacan como algo bueno, una virtud por la que esforzarse y conseguir.

Y yo, como siempre… No pienso como ellas.

¿Tan raro es eso?

Me esfuerzo cada día por encajar, por seguir las normas que nos imponen y ser la persona que quieren que sea. Y sé que por mucho que lo intente nunca llegaré a esa meta.

No soy perfecta.

Pero, ¿qué es eso de la perfección exactamente?

Según todo el mundo, esta sociedad alcanza ese objetivo por encima de cualquier cosa. Es lo que nos define como población, como mundo y parece ser que nadie puede desviarse del camino.

Yo, como uno más de este ancho y largo mundo debo encajar.

Aunque sea a golpes.

Llevan años limando mis aristas para que entre en ese gran rompecabezas. Lo malo es que yo siento que no formo parte de esa sociedad. Cuando encaje como pieza desentonaré.

Sé que me voy a equivocar.

O voy a pensar algo que no debo.

Se acerca el gran día y no estoy preparada para ello. No importa cuánto tiempo me haya preparado que nunca me sentiré lo suficientemente lista para enfrentarme a un día como ese.

Dieciocho cumpleaños.

¿Qué se supone que debo hacer?

No puedo huir. Sé de familias que han caído en desgracia porque su prole, superada por la presión, han decidido marcharse. Yo no puedo hacerle eso a mis padres, no soy tan cruel.

Mi tiempo pasó.

Ya cumplí dieciocho años hace tiempo y nadie me llamó. Ahora es el momento de mi hermana pequeña de cumplir esa edad. Quizás ella no decepcione a la familia, nunca antes lo ha hecho.

Será la perfecta.

Debo encajar.

Intentarlo al menos.

Tengo unos meses para sacar la mejor versión de mí misma. Esa que deslumbre al resto convirtiéndome en «perfecta». No importa que yo por dentro me sienta totalmente diferente.

Porque cuando mi hermana cumpla dieciocho yo seré la hermana fracasada. La que lo intentó y falló. Debo hacerme fuerte para entonces, mejorar.

Tienen que creérselo.

Verlo.

Solo por ellos, por el honor de la familia, seré quien debo ser.

Para mi más absoluta soledad dejaré mis pensamientos distintos, esos que me alejan de la perfección.

No quiero ser la mejor en todo. No deseo ser la primera de mi trabajo, la que mejor viste, la que mejor habla o la que sigue las normas a rajatabla sin salirse de la línea ni un poco.

Los límites me tientan.

Si alguien leyera este diario me encerrarían por ser diferente. Verían que esas normas solo me encorsetan y anulan mi verdadera personalidad. Ellos acabarán conmigo poco a poco.

Hasta convertirme en otra.

Dar honor a la familia. Ese es mi deber.

Para mis amigas lo más importante es ser seleccionadas para la Gran Noche. Ese evento destinado a unos pocos mortales donde se corona a los más «perfectos». Los que han conseguido ser quien deben ser.

Y así dar ejemplo al resto.

Ese es el mayor orgullo para una familia, que alguno de sus hijos sea seleccionado para un evento como ese en su dieciocho cumpleaños.

Una locura.

No quiero que se me recuerde como alguien afable y dulce. No soporto pensar que jamás podré romper una sola norma, que jamás caminaré al filo de la navaja o que estaré al borde del abismo.

Me van a transformar.

Y debo hacerlo.

Mi hermana ya es «perfecta» y, seguramente, será seleccionada para la Gran Noche, ya es la envidia de todo el barrio.

Ella es la que mejor sonríe, viste y habla. La más piadosa con los necesitados y será una gran esposa algún día. Cuando le encuentren un novio acorde a ella, él también será el perfecto caballero.

Odio la palabra.

No me representa.

Quiero conocer los defectos de todos. Esos que ocultan para fingir que son perfectos.

No voy a creer que todos siguen las normas a pies juntillas sin plantearse absolutamente nada.

Es absurdo.

No pueden creerse ese cuento. Es solo algo que han creado para encajar, no puedo ser yo la

única que me planteo que existe algo más. Que todos tienen trapos sucios que lavan a escondidas.

Tal vez mi madre quiera gritar alguna vez.

O mi padre beber hasta emborracharse.

Hasta podría ser que mi hermana no quisiera casarse.

¡Arg! Ya estoy divagando otra vez.

Todo el mundo se muestra tan genial que siento que vengo con un defecto de fábrica. ¿Y si es algo congénito?

¿Y si no tiene cura?

Quedan seis meses para el cumpleaños de mi hermana y el anuncio de la Gran Noche. Es el único objetivo que debo perseguir. No debo desviarme del camino, las líneas están marcadas para quedarse en un lugar seguro.

Monótono.

Aburrido.

Si alguna vez alguien lee esto, no me malinterpretes. No es que no vea las ventajas de una sociedad perfecta, una en la que no hay maldad o asesinatos. En el colegio siempre nos hablaron de los tiempos oscuros.

Esos en los que la humanidad fue tan vil que inició guerras para conquistarse los unos a los otros. No importaron las vidas humanas, la maldad y el pecado se extendió como una enfermedad a lo largo del ancho mundo.

Y el mal acabó cuando los mejores gobernantes tomaron el control.

Todo se esfumó.

Ahora los países viven en paz y eso es bueno. Nadie debería matar a otro ser vivo o hacerle sufrir. Yo no quiero cambiar ese aspecto de nuestra sociedad, pero me niego a creer que seamos tan perfectos.

Olvidando de una vez que puede que sea una tonta por pensar estas cosas, esconderé este diario para que nadie pueda jamás leerlo.

Me están encorsetando sin tener en cuenta mi opinión. No quieren saber mis sueños u objetivos en la vida. Todo eso no existe porque escriben tu vida en el momento en el que vienen al mundo.

Hasta antes.

¿Qué les harían a mis padres al descubrir que habían engendrado a alguien tan imperfecto como yo?

Odio madrugar.

Odio sonreír por obligación, ser cordial y amable siempre, no discutir cuando me hacen daño y poner la otra mejilla o perdonar cuando algo ocurre. Tampoco deseo vestir perfecta.

No quiero eso.

Y sé que por eso les harían daño.

Si existe algún dios o algo divino, solo te pido que me des fuerza suficiente como para convertirme en quien debo ser.

Necesito encajar.

De no hacerlo me excluirán para siempre.

El ser humano no fue creado para estar solo. Somos seres sociales y el destierro es el peor de los castigos. Debemos moldearnos, cambiar y destruirnos hasta ser esas personas que caen bien, que encajan en la sociedad.

Si quieres tener amigos debes encajar.

Si deseas trabajo debes encajar.

Si quieres una familia debes encajar.

Ser perfecta para encajar.

Esa era la clave.

Y ahora yo debo desprenderme de la que un día fui para ser otra persona. Nadie recordará a la que soy ahora mismo, desapareceré en una capa de perfección con la que seré capaz de encajar.

De engañarlos a todos.

Ese es mi destino.

Perfección: palabra de diez letras que puede cambiarlo todo. Esa es mi palabra de hoy, la que me definirá a partir de hoy.

Hasta la próxima».

CAPÍTULO 2



Palabra de hoy: Culpa.

—Hola, hijas mías.

Su padre entró, como cada día, con una sonrisa. Impecable, vestido como un pincel, con ese traje que tan bien le quedaba y que usaba en ocasiones especiales. Le dio un sonoro beso en la mejilla a su hacendosa mujer que se esmeraba en hacer el desayuno ideal.

—Hoy estás más preciosa que ayer, vida mía —le dijo.

Su madre, obviamente, se sonrojó al escucharlo.

—Gracias, cariño.

Eiren decidió centrarse en poner los cubiertos para todos antes de que se le escapase la risa o vomitase por esa escena tan fingida. Era una manera de centrarse en lo que debía hacer.

Le funcionaba.

—Hoy el desayuno huele mejor que nunca —anunció la brillante de su hermana Paola.

Sí.

Lo sabía.

Dentro de esa asquerosa perfección que estaba matándole las ganas de vivir, sus padres sabían fingir más que nadie. Eran la mejor familia del barrio, la envidia de la ciudad a pesar de que «su hija mayor» no hubiera conseguido ser invitada a la «Gran Noche».

Era una bala que habían conseguido esquivar milagrosamente.

Ahora ellas eran…

Perfectas.

Aunque Eiren sabía la verdad: era un asco.

Seguramente todo era pura fachada. Ni un grito, ni un enfado y todo era sonrisas. ¿Podía darle más arcadas el mundo?

No es que discutir o gritar fuera algo bueno, pero tal vez significaba que sentías algo. La gente

parecía anestesiada, irreal a sus ojos. Podía pasarse horas imaginándose la gente peleando por cualquier estupidez.

Era entretenido.

Hasta divertido.

Escuchó la conversación por encima sin fijarse demasiado en los detalles. Era la misma de siempre desde hacía un par de meses. Estaban esperando la invitación de Paola a la Gran Noche.

Seguramente la carta llegaría esa misma semana, todos enloquecerían y organizarían una fiesta de inauguración. Todo sería luces, color, arcoíris y pétalos de rosa dejando que su preciosa hija perfecta consiguiera su sueño.

Gran Noche.

Era el premio a la perfección, la cúspide para un futuro prometedor. Muchos de esos jóvenes ya no volvían a verse como antes. Otros iban a la gran ciudad a labrarse un futuro, uno en el que a duras penas existiría la familia anterior y mandarían tristes postales Navideñas.

En ellas contaban sus grandes hazañas. Habían luchado duro por eso, era su recompensa después de todo.

No existía orgullo más grande que un hijo en la gran ciudad, en la capital. Allá donde los sueños se hacían realidad, ayudando a los buenos gobernantes; esos que hacían de la ciudad un lugar mejor.

Y nadie soñaba más con ese día como Paola. Lo daba por hecho dadas sus calificaciones, voluntariados y demás cosas que hacía para ganar puntos y subir en la general.

En eso sí podía darle mérito.

Se había dejado la piel peleando por ser perfecta.

Eiren en cambio… Había luchado por ser quien era en ese preciso instante: una absoluta decepción continua. Puede que ahora hubiera tomado la decisión de cambiar, no obstante, deshacer su camino iba a ser agotador.

Solo esperaba ser capaz de hacerlo, por ellos.

Por su familia.

—Eiren ha accedido a ayudarme con el voluntariado —anunció Paola a bocajarro.

Eso provocó conmoción en sus padres. Primero parecieron asustados, algo que la molestó en un principio, aunque los comprendió. Después, sonrieron muy satisfechos con la noticia.

—Esa es una grandísima noticia —dijo su madre con una sonrisa.

Falsa.

No podía estar tan contenta como parecía. Supo que podía colarse en su mente para vislumbrar sus pensamientos. Seguramente estaría muerta de miedo creyendo que Eiren estropearía el trabajo de su preciosa Paola.

Pero tenía que fingir.

¿Qué madre no se alegraría de que su hija mayor empiece a caminar por el camino correcto?

Llamaron al timbre rompiendo ese momento idílico. Lo agradeció tanto que saltó de su silla directa a la puerta. Nadie se lo impidió, era mucho mejor dejarla respirar que obligarla a permanecer en su sitio.

—Buenos días —sonrió Eiren con calidez cuando abrió la puerta.

El cartero.

¡Oh, dioses!

El cartero estaba ahí.

—Buenos días, señorita. Traigo una carta certificada para la familia Coulson.

¿Sería la invitación a la Gran Noche?

—Por supuesto. ¿Dónde tengo que firmar? —casi tartamudeó Eiren.

Esa era su condena.

Seleccionar a su hermana la condenaba a una vida perfecta, no había marcha atrás. Ahora sí que tenía que encajar. Iba a meterse en aquel puzle de alguna forma, cortando sus aristas de ser necesario.

Después de firmar solo supo que se sintió mal. Tembló al recibir aquel sobre entre sus dedos y pensó que pesaba mucho más de lo que hubiera pensado jamás.

Con verdadero horror, giró el sobre para encontrarse el remitente que tanto temía_ Gobierno de convenciones sociales.

Sí, esa era la invitación de Paola.

Su vida estaba acabada.

Debió alegrarse por ella, sentirse orgullosa por haber trabajado tan duro o gritar de euforia por su hermana. Cumplía un sueño, uno que pocos seres en el mundo conseguían. Y, sin embargo, solo quiso llorar.

Ella la imperfecta de la familia.

Con esa invitación quedaba claro.

Tomó aire profundamente un par de veces antes de entrar en la cocina con una sonrisa radiante. Era buena fingiendo y se convertiría en la mejor. La culpa se apretó en su pecho con tanta fuerza que creyó que su corazón podía morir allí mismo.

—¡Mirad lo que tengo! —gritó eufórica Eiren.

Todos la miraron con tanta alegría que creyó que nadie abriría el sobre jamás. Ya sabían que ponía.

Sus padres, entre lágrimas, abrazaron a su hermana pequeña, la cual tampoco había podido contener la emoción después de la noticia. No la invitaron, aunque tampoco quiso formar parte.

Solo quería hacerse pequeña y desaparecer.

Entonces, contra toda su lógica, mientras su estómago se retorcía de dolor, abrió el sobre entre sus dedos.

La tarjeta era de un negro impoluto con unos ribetes dorados que la sorprendió. Tenía tanta clase que parecía demasiado caro hasta para ser una invitación formal. Demasiado dinero en un papel mundano.

Leyó sus letras.

«El comité de la Gran Noche tiene el honor de comunicar que ha sido seleccionada como parte de nuestra cúpula gubernamental. Gracias a su esfuerzo, su muestra de la perfección y su belleza, recibe el excelentísimo privilegio de ser una de las invitadas de la gala.

Gracias Eiren Coulson por su entrega a que esta ciudad siga cumpliendo objetivos. La esperamos con verdadera ansia».

Espera.

Algo estaba mal.

—Ehh… —susurró ella siendo consciente de que algo no estaba bien.

No ponía Paola. Ese era un error garrafal que le provocó un vuelco al corazón tal que cayó sobre sus rodillas provocando el grito de su madre y su hermana.

Corrieron a por ella, acunándola entre sus brazos. Ambas lloraban de alegría mientras la sostenían creyendo que la emoción la estaba embargando al igual que ellas. Estaban felices, mucho más de lo que hubiera imaginado jamás.

—Pone mi nombre… —susurró Eiren.

Culpable.

Rompiendo el momento.

—Eso es imposible —graznó Paola tomándole la invitación de entre los dedos.

Jadeó, al igual que sus padres, los cuales se pasaron la invitación del uno al otro creyendo que así dejaría de poner ese nombre. Estaba claro de que se trataba de un error garrafal.

Eso no podía estar bien.

Eiren se obligó a reaccionar de una vez.

Levantándose a toda prisa, tomó aquel trozo de papel endemoniado y lo metió en el sobre. Estaba dispuesta a arreglar aquel malentendido lo antes posible para así poder celebrarlo de verdad.

Era la hermana mayor.

Debía alegrarse por Paola.

—Es temprano, iré a la oficina del Gran Baile y les contaré su error. Seguramente en unas horas tenga tu invitación para que puedas enmarcarla en la pared de tus logros —prometió Eiren.

Una pared en la que ella solo tenía un par de títulos escolares frente a las mil cosas que había hecho Paola. Su hermana se lo merecía de verdad. Nadie podía quitarle ese derecho.

—¿Harías eso? —preguntó Paola.

Ella asintió.

—¡Por supuesto! Es solo un error administrativo. Ya verás.

Al final, tras unos segundos de miedo, pánico o terror, acordaron que todos irían a esa oficina.

***

—¿Número 139? —llamó la mujer.

Eiren corrió siendo incapaz de recordar que debía avanzar lentamente. Así pues, recibió una mirada reprobatoria de aquella señora que tenía que arreglar su problema de una vez.

Su plan de ser perfecta hacía aguas.

Bueno, esta vez habían sido culpa de los nervios. La próxima iría mejor.

—Buenos días —dijo, temblorosa.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó amablemente.

«Mátame y acabemos con esto». Pensó.

Tomando el control antes de que sus padres tuvieran tiempo a preguntar, Eiren sacó la invitación para mostrársela a aquella señora. Debía comprender que habían cometido un error y pronto estarían de vuelta a casa felices.

—Hemos recibido la invitación a la Gran Noche…

—¡Me alegro! ¡Están de enhorabuena! —exclamó la señora.

Eiren tragó saliva.

—Gracias… El problema es que tiene que haber algún tipo de error. Mi hermana Paola es la que va a cumplir dieciocho años.

Dio la invitación.

—Como verá —reanudó—, pone mi nombre. Y yo ya… No.

Sí, se llevaba mucho con su hermana pequeña. Casi quince años para ser exactos.

Y sí, seguía viviendo con sus padres.

Estaba en la cúspide de la felicidad en esos momentos.

—Deje que lo compruebe.

Media hora después seguían allí. Su hermana ya no sonreía, por no mencionar a su madre y su padre había salido del edificio para fumar. Todo mejoraba por momentos mientras Eiren sentía la

necesidad imperiosa de saltar por la ventana.

No importaba que fuese un primero.

Ya no.

Para cuando regresó aquella señora, su corazón bombeaba a tanta velocidad que creyó que moriría allí mismo sin recibir respuesta alguna. Aun así, se obligó a levantarse y caminar hacia el mostrador de nuevo.

—Señorita Coulson…

—¿Ha podido arreglarlo? Dígame que sí, por favor —suplicó un poco más desesperada de lo que hubiera imaginado.

Necesitaba arreglar eso, aunque no fuera su culpa. Era de vital importancia que aquella dichosa invitación pusiera el nombre correcto. Toda su vida, la de su hermana y familia dependían de ese trozo de papel negro con ribetes dorados.

—He llamado a la central para asegurarme del error y me comentan que está todo bien. Son conscientes de su edad, señorita Coulson, pero parece haber sido seleccionada legalmente para la Gran Noche. ¡Enhorabuena!

Eiren supo que su mundo acababa de morir allí mismo.

Ni en un millón de años hubiera imaginado una noticia como esa. Nadie era seleccionado fuera de los dieciocho años.

¿Qué pintaba ella allí?

Es más, ¿por qué Paola no había sido seleccionada?

—Disculpe… —trató de decir poniendo orden en su cabeza—. ¿Sabe si mi hermana Paola está seleccionada?

Tal vez, si estaban las dos, aquello cobraba algo de sentido.

Aquella mujer, con más paciencia que un santo, revisó en sus archivos y no encontró rastro alguno de Paola. Volvió a confirmarlo hasta dos veces para que así se lo pudiera creer finalmente.

Rompiéndola.

Ella había sido seleccionada. Paola no.

La consideraban perfecta a pesar de ser mayor.

Algo que jamás había pasado.

El mundo corrió a su alrededor mucho más rápido de lo que pudo digerir. Sus padres, hasta la fecha perfectos, comenzaron a discutir con aquella señora mientras su hermana Paola arrancaba a llorar como si estuvieran asesinando a alguien.

Todo el mundo fue alertado por los gritos y corrieron a ver el estruendo que sucedía en aquel lugar.

Eiren respiró.

Se obligó a respirar.

Realmente luchó por hacerlo.

—¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —espetó Paola.

¿Cuándo?

¿Desde cuándo se seleccionaba a alguien mayor?

Y, finalmente, todas las luces de la conciencia se apagaron.

CAPÍTULO 3



Palabra del día: Abandono.

Gran Noche.

Aquel puto infierno era real.

Joder.

«Respira y no te mueras». Pensó Eiren.

Un carruaje muy lujoso había venido a buscarla a casa esa noche. Era el protocolo, lo cual no debió sorprenderla tanto como lo hizo. Lista y preparada, bajó las escaleras de su casa como si la llevaran directamente al matadero.

Tembló cuando el aire fresco de la noche acarició su piel.

Llevaba un hermoso vestido azul marino, aunque todavía no sabía por qué se lo había comprado.

Después del caos de la invitación, a su familia y a ella no le quedó más remedio que aceptar que Eiren había sido la seleccionada y no Paola. Entonces la perfección de su casa saltó por los aires.

Encerrada casi un mes entero en su habitación, su hermana se había negado a dirigirle la palabra desde entonces. Sus padres, aquellos que parecieron querer llevar la situación algo mejor, la fueron dejando de lado poco a poco.

Primero fue en los desayunos, madrugando un poco menos. Después en las comidas, llegando a otras horas y después en las cenas. Al final tampoco sirvieron los intentos de querer llegar a ellos.

La culpaban.

La odiaban.

Y la abandonaban.

Subiéndose sola en aquel carruaje, negó con la cabeza cuando el cochero le preguntó sobre si vendría su familia. El hombre, mirándola con cierta lástima, cerró la puerta e iniciaron su viaje hacia la Gran Noche en el palacio real.

Estaba incómoda y dolida.

Su vestido era hermoso, no obstante, no sentía que mereciese ponérselo. Era como el de una princesa, algo pomposo, sin ser excesivo porque ella no deseaba parecer algo que no era.

Era imperfecta y su vestido también.

Su corsé había sido perfectamente apretado a su piel, dejándola respirar claro está. Y también su peinado había sido algo más discreto de lo que llevarían el resto de seleccionadas.

Luciendo una trenza a cada lado de la cabeza, subían hasta convertirse en un elegante moño. Además, adornó todo su cabello con pequeñas perlas blancas que parecían relucir cuando la luz las acariciaba. Lo único que le molestaba era el flequillo, nunca debió cortárselo, pero la peluquera insistió en que le quedaría bien.

Y le quedaba, solo que molestaba.

Eiren suspiró.

Siempre creyó que despertaría de esa pesadilla, que nada sería real y que solo había sido producto de su imaginación. Nada era más cruel que la realidad. Había sido seleccionada, un error garrafal seguramente.

Tal vez, al llegar a palacio, le dijeran que debía irse.

Eso le produjo una sonrisa. Sí, puede que eso pasase.

—Señorita, al llegar, uno de los sirvientes la acompañará al gran salón de baile. Ahí deberá aguardar hasta que anuncien su nombre —explicó el cochero abriendo la ventana de la parte delantera.

Eiren asintió.

—Gr… Gracias.

Estaba aterrada.

Cuando las luces de palacio aparecieron en el horizonte, la eclipsaron. Fueron hermosas, majestuosas e hicieron que el castillo se elevara por encima del mundo casi como si fuera mágico.

Precioso.

Más largo que alto, comprobó que había cientos de carruajes entrando y saliendo del recinto. Era una preciosidad para la vista, seguramente del siglo quince o similar. Con toda su decoración exquisita, conservado en perfecto estado.

Todas las ventanas parecían tener un minibalcón, de esos en los que no cabe ni una persona, pero que los haría parecer románticos. También se enamoró de las molduras que decoraban debajo de los tejados, las ventanas y los grandes arcos de piedra.

Ese lugar parecía ser sacado de un sueño.

—Ya hemos llegado, señorita. No se preocupe, todo irá bien —dijo el cochero.

—¿Tan asustada parezco? —preguntó Eiren.

El cochero asintió.

Y ella suspiró.

—No siempre seleccionan a una señorita de su edad. Es normal estar un poco asustada, pero si se ha ganado el honor de estar aquí, es por algo —la animó el hombre.

Fingió una sonrisa falsa.

Ella no podía haberse ganado nada.

Era absurdo.

Cuando abrieron la puerta del carruaje el frío la hizo temblar unos segundos. Por suerte la ayudó para despejar un poco la sensación de mareo que la había atrapado durante unos minutos.

—¿Señorita?

Ese era el sirviente que la ayudaría a entrar.

«Sé valiente». Pensó Eiren.

Olvidando que su familia la odiaba, que el mundo la miraba con curiosidad por su edad y que ella quería huir de ahí, bajó del carruaje con el mentón alto y tomó del brazo aquel apuesto hombre que le regaló una sonrisa.

—Está usted preciosa —le dijo.

Se sonrojó levemente.

—Gracias.

Y ahora solo tenía que entrar en el infierno.

***

—¿Estás listo? —preguntó Ebony.

Lo estaba, pero estaba disfrutando de una última copa antes de ir aquella noche que repetían una y otra vez desde hacía siglos.

Dioses, los humanos eran tan aburridos. Tan primitivos que le parecían absurdos.

—Este año he seleccionado a un bizcochito que tiene unos músculos de acero. Me lo voy a pasar de miedo —sonrió su hermana.

Nox se levantó.

Dándole unos últimos retoques a su ropa impecable, ajustó su camisa y la corbata para después avanzar. Ya era la hora de bajar a la pista de baile, allí miraría a todos los seleccionados y sonreiría unos segundos.

Después se perdería entre los invitados hasta el momento final de la noche.

—Yo no he seleccionado a nadie —explicó sin remordimientos.

No existían humanos interesantes.

Ebony, con las manos en las caderas, creyó intimidarlo. Algo que no consiguió.

—Prometiste que este año lo harías —lo acusó.

—Mentí. Mátame por eso —contestó sin rastro de humor.

No lo hizo.

No lo haría.

No podía.

Shade los esperaba afuera de su habitación con los brazos cruzados. Con absoluta calma, respiró tranquilamente antes de mirarlos con cierto interés. Sí, él había hecho su selección y llevaba hablando de la joven casi dos meses.

Pobre infeliz.

—Nos mintió —escupió Ebony.

—Nunca selecciona a nadie, eres tonta, hermana, por creer que algún día lo hará —explicó Shade.

Al menos su hermano no era idiota.

Caminaron hacia la parte alta del baile, esos balcones por los cuales espiar a los humanos mientras todos ellos disfrutaban de una noche inolvidable. Se preparaban para ese acontecimiento durante años.

Para una noche.

Una.

Encontrando divertido el chiste, sonrió lamiéndose los labios, antes de asomarse para ver a sus invitados.

Eran humanos, todos cortados por el mismo patrón, orgullosos, perfectos, bien vestidos y siguiendo las normas. Resultaban aburridos, tan monótonos como ver un hormiguero en pleno trabajo.

—Mira, ahí está mi seleccionado —ronroneó Ebony.

Era un chico demasiado parecido al del año anterior, y al otro y al otro. Al parecer tenía un patrón marcado.

Aburrido.

—Y la mía está ahí —señaló Shade.

Era una joven bonita. Alta, rubia y con un gran escote como a él le gustaban. Quizás sus hermanos se estaban volviendo demasiado predecibles después de tantísimos años. O él ya lo había visto todo.

Miró sin ganas al resto de invitados, todos de etiqueta embutidos en unas sonrisas demasiado preciosas para ser reales.

Entonces la vio.

En una esquina, luchando por ser invisible, una mujer de algo más de edad de la habitual luchaba por quitarse los zapatos de tacón que parecían estar matándola. Apoyándose en una columna, se quitó los dos antes de secarse el sudor de la frente.

Nox no pudo evitar mirarla un poco más.

Su peinado no era los típicos del protocolo. Era un moño que se convertía en dos trenzas con un sinfín de perlas que parecían brillar como pequeñas estrellas en el firmamento. Su color castaño era un color común, pero aun así la hizo especial porque parecía ser más oscuro en algunas zonas y más miel en otras.

Su piel clara parecía sobresaltar con aquel vestido azul marino que se encajaba a su figura como un guante. Aquel corsé la apretaba sin ser excesivo, dejando una vista preciosa de la parte superior de sus pechos y su cuello.

Un manjar para la vista.

Uno que deseaba ver de cerca.

No seguía las normas, no se peinaba como decían o vestía como tocaba. Era demasiado escotado para esa noche. Todo ella gritaba que no encajaba en un lugar como ese.

—Uhmm… ¿Qué miras? —preguntó Ebony.

Sus hermanos siguieron su mirada hasta la chica y parecieron confundidos. Casi tanto como lo estaba él.

Ella no era de la edad establecida.

—¡Ah! ¡Ya sé quién es! —exclamó Shade.

Esperando un poco de información, Nox se lo quedó mirando hasta que soltó lo que necesitaba.

—Es Eiren Coulson. Todo el mundo apostaba que su hermana Paola sería la seleccionada, ella era la que cumplía la edad. Para desgracia de las señoritas Coulson, recibieron la invitación a nombre de Eiren. Trataron de arreglarlo, pero al llamar a central les dijeron que no se trataba de un error. Todo el mundo habla de ello, está a más de diez años de la edad que siempre pedimos. Un cotilleo jugoso que no me explico cómo no te haya llegado.

A él no le importaban los cotilleos.

Sin embargo, la señorita Coulson acababa de ser algo interesante para él.

—¿Quién la ha seleccionado? —preguntó Nox queriendo saberlo.

Shade se encogió de hombros.

—Es un auténtico misterio.

Así pues, aquella señorita mucho más mayor y más interesante que el resto, parecía querer esconderse tras una de sus columnas.

Era momento de cambiar eso.

—¿Y su familia? —preguntó Nox.

—No han venido. Todo el mundo lo comentaba, al parecer su padre lo hizo público hace unos días en la plaza del pueblo. Lo gritó tan alto que tuvieron que venir los policías a llamarle la atención —explicó Ebony bastante divertida.

Aquello sí era un cambio agradable.

—Tal vez haya que darle la bienvenida a la señorita Eiren como es debido —anunció Nox antes de desaparecer en el aire.

Dispuesto a conseguir acercarse a aquella mujer tan reveladora y diferente.

CAPÍTULO 4



Palabra del día: Flechazo.

—¿Buscando una huida? —dijo una voz a su espalda.

Eiren dio un salto llevándose una mano al corazón cuando creyó que lo perdería en ese instante. Girando sobre sí misma, quiso encarar al hombre que tan vilmente acababa de asustarla.

—Disculpe, no era mi intención. Solo quería cerciorarme de que no se lastimaba al intentar saltar del balcón —dijo él.

Atónita, lo primero que Eiren supo es que ese hombre era peligroso.

Que nadie le preguntase los motivos, simplemente lo era.

Lo segundo que supo es que jamás había contemplado a un ser vivo tan hermoso y atractivo como él. Mucho más alto que ella, aquel hombre pareció casi rodearla con su cuerpo luchando por alcanzarla antes de que pudiera pensar si saltar o no.

Aquel traje se ajustaba a su cuerpo tan perfectamente que supo que no podía ser vestido por nadie más que él. Musculoso, fuerte y depredador, sus instintos se pusieron en alerta al verlo.

Tenía unos hombros anchos, más de lo que antes hubiera visto a algún hombre. Sus brazos parecían tan fuertes que hasta pudo hacer algún símil con el tronco de un árbol, pero descartó la idea para seguir contemplándolo.

Miró hacia su rostro, casi hipnotizada por su voz y cayó en la cuenta de que no parecía humano. Ningún humano podía ser tan atractivo.

Sus cabellos eran blancos y largos, peinados hacia atrás con elegancia, nada de ser aplastados por mil kilos de gomina. Poseía una larga melena, mucho más de lo que podía ver desde delante, lo que le hizo preguntarse si podía rodearlo para comprobar hasta dónde le llegaba. Seguramente eso sería de mala educación, además, para hacer eso debía abandonar el balcón y no pensaba hacerlo.

Su rostro parecía haber sido esculpido por dioses, mostrando unas proporciones perfectas. Tenía unos pómulos marcados, al igual que su mandíbula, casi sintió el impulso de acariciarlo

para saber si era real o no. Sus ojos profundos la observaron con detenimiento, unos color borgoña o quizás solo era la luz porque no existía ese color. Seguramente eran marrón oscuro.

Su mente divagaba y lo hizo más cuando bajó a sus gruesos labios. Estos se abrieron un poco mientras hablaba, aunque no alcanzó a escucharlo. Solo pudo mirarlos casi sin aliento preguntándose cómo sería besarlo.

Era muy atractivo.

—¿Señorita? —preguntó.

Eiren tuvo que obligarse a escucharlo.

—¿Disculpe? —preguntó ella algo desorientada.

Él le dedicó una sonrisa que pareció hacer efecto en sus piernas, las cuales tuvieron que luchar por sostenerla. Tras ganar la batalla, respiró profundamente dejando que el aroma a bergamota la inundara unos segundos.

Olía así.

Ese hombre era distinto al resto, como si todos fueran juguetes y él fuera el real. Casi se sentía demasiado incluso. Su presencia imponía, te hacía sentir ganas de correr y, al mismo tiempo, luchar por abrazarse a su fuerza.

—Le preguntaba si sería tan amable de acompañarme adentro —dijo él.

¡Ah, eso era!

Eiren miró hacia atrás.

Estaba encaramada a la barandilla del balcón como si fuera su única salida de ese infierno. Hasta que él había llegado, valoró realmente huir por ese punto ciego de la sala de baile.

—Estoy bien aquí —mintió.

No pareció convencido.

—Si lo que desea es salir, solo salga por la puerta —la animó tendiéndole una mano.

No lo tocaría por mucho que su vida pudiera llegar a algún día peligrar.

—No me lo han permitido —explicó Eiren.

Ya lo había intentado. Dos veces, de hecho, ahora solo buscaba la forma de escapar de ese lugar tan asfixiante. Hasta que él llegó había estado convencida de que no era tanta altura como para hacerse un daño irremediable.

—¿Y elige saltar? ¿Tan mal está yendo la fiesta? —bromeó él.

Eiren se aferró más a la barandilla cuando dio un paso hacia ella. Esa advertencia velada lo obligó a permanecer completamente quieto por miedo a que cometiera una locura mayor.

—Míreme, no sigo la etiqueta, no tengo la edad pedida y estoy sola. No encajo aquí… Bueno, en ningún sitio si quiere que le sea sincera.

¿Por qué iba a querer sinceridad ese hombre?

No pareció importarle porque su mano siguió tendida como un salvavidas en un mar embravecido.

—A pesar de todo eso, sigo prefiriendo que no salte. Me sentiría más cómodo si avanza un poco hacia mí y hablamos un poco para tratar de pasar el miedo —explicó suavemente.

Tanto que pareció casi tocarla con la voz.

Entonces Eiren agitó la cabeza casi liberándose del hechizo.

—No avance, por favor. Y vuelva a la fiesta —ordenó.

Eso sí lo sorprendió y no luchó por esconderlo.

—¿Disculpe?

—No quise ser grosera… Bueno, sí, pero es usted quien no me deja irme de aquí. Este lugar está mal —explicó Eiren pasando una pierna por encima de la barandilla.

No supo cuándo pasó, pero una mano de aquel hombre se afianzó a su brazo con fuerza en ese instante. Ya no parecía amable, tampoco sonreía, la miraba casi como si él fuera un depredador y ella un trozo de carne que comerse.

—No puedo permitir que salte, señorita.

Era una declaración de intenciones.

—¿Por qué? —preguntó Eiren.

Él solo apretó su agarre luchando por mantenerla a flote. Era como si estuviera en su mente, adivinando que saltaría a la menor oportunidad que tuviera para escapar de ese lugar.

—¿Qué está mal de este lugar? —preguntó descolocándola.

—¿Cómo dice?

—Usted ha dicho que este lugar estaba mal, quiero saber sus motivos.

¡Oh!

¿Lo había dicho?

—No sé… Se nota. Tengo un hormigueo en la piel constante, como si fuera a pasar algo malo en cualquier momento. No creo que haya sido seleccionada por habérmelo ganado. De todos —señaló la pista de baile—, soy la que menos se lo merece.

Entonces el terror se visualizó en los ojos de Eiren.

—¿Y si van a castigarme? No he hecho nada para ser perfecta durante tantos años que puede que quieran que sirva de ejemplo. Uno raro y maquiavélico.

La risa de aquel hombre la atrajo como una mosca a una telaraña. Vio vibrar ese pecho antes de ser capaz de alzar la vista para contemplarlo de verdad. Estaba demasiado cerca.

—No creo que hagan eso, señorita. Seguramente se está dejando llevar por el miedo. Tal vez a partir de ahora también seleccionen mujeres más mayores.

Sí.

Y tal vez ella fuera idiota y se creería eso.

Sin ser consciente de lo que hacía, Eiren pasó la otra pierna sobre la barandilla con intención irrevocable de saltar. No le importó su agarre, tampoco si su vestido se enganchaba y desgarraba, solo quiso alejarse lo más rápido posible de aquel lugar.

En ese instante, los brazos de aquel desconocido la tomaron por la cintura sujetándola tan fuerte que le cortó la respiración unos segundos. Con calma, la sentó en la barandilla mientras su mentón se apoyaba en el hombro de Eiren con la respiración agitada.

—No haga eso —ordenó… ¿Enfadado?

¿Molesto?

—No se preocupe, no es mucha altura. He saltado miles de veces desde la ventana de mi habitación y es una altura algo mayor. Estaré bien —le explicó Eiren.

El agarre no aminoró ni un poco.

Ella jadeó.

—Me está haciendo daño… —dijo casi sin aliento.

Él, que respiraba en su oído, pareció hacer algo más. Completamente inmóvil, notó como la nariz de ese hombre acarició su cuello de forma lenta, recreándose en el movimiento mientras sus brazos la sostenían.

—Huele a primavera —gruñó en su oído.

¿A primavera?

Llevaba un perfume con notas de flores blancas, quizás era eso lo que olía. De todas formas, no era algo muy normal que alguien se pusiera a olerle el cuello a una completa desconocida.

—Entre y baile conmigo —pidió.

No era un plan ni medio aceptable.

—Prefiero saltar —contestó Eiren siendo demasiado directa.

Ella que quería ser perfecta.

Estaba yendo en dirección contraria y a máxima velocidad.

—Le juro que no le pasará nada, estará a salvo.

Su voz provocó que se estremeciera.

—Usted no puede prometerme eso —susurró Eiren.

Iba a pasar algo malo esa noche.

Lo sabía.

—Puedo y lo hago. Estará bien, señorita Coulson. Ahora, solo déjeme llevarla dentro antes de que se enfríe y baile conmigo.

Eiren miró hacia abajo.

Él ya sabía quién era ella. Había jugado con ventaja.

¿Tan malo sería bailar con un hombre atractivo por un día?

Después volvería a su vida y todo acabaría. Sus padres la repudiarían, tendría que buscarse donde vivir mientras el mundo seguiría girando sin parar una y otra vez olvidándose de los imperfectos.

—Soy imperfecta —dijo Eiren sin saber muy bien los motivos.

Él apretó su agarre antes de aflojar lo suficiente como para dejarla respirar.

—¿Cómo dice? —inquirió en su oreja.

Sí, seguía demasiado cerca.

Eso no seguía ninguna ética de protocolo. Un hombre no podía abrazar así porque sí a una mujer por la espalda.

—Tiene que saber que soy imperfecta… —confesó—. Yo no fui seleccionada a mi edad, aunque tampoco tengo claro por qué he sido escogida ahora. No hago voluntariados, tampoco bordo, mucho menos espero seguir las normas. Me gusta pensar que la perfección no existe, que es una fachada que usan para encajar, pero que, en el fondo, todos somos distintos. Nadie sonríe siempre, me muero por sentir que alguien confiesa que se enfada, que grita o llora al cielo. Que pelea por algo y soy consciente de que empujaría a cualquiera al borde para verlo perder las formas.

Calló al darse cuenta de todo lo que decía.

Estaba loca.

Seguramente él lo pensaba ya.

—No puedo haber sido seleccionada porque no he hecho nada para merecerlo. Por eso y mil motivos más, me gustaría que me deje saltar. Nadie notaría mi ausencia.

Tomó aire al acabar.

Nunca había expresado todo aquello en voz alta. Solo en su diario, uno que escondía con bastante inteligencia para que nadie lo encontrase en toda su vida. No quería ser señalada o que su familia fuera perseguida.

—Yo sí notaría su ausencia —gruñó aquel hombre en su oído.

Eiren tragó saliva.

—Tiene un montón de seleccionadas que seguro que se mueren por bailar con usted —sonrió ella.

El agarre se hizo más presente, casi asfixiante. Las emociones de ese hombre estaban tan a flor de piel que casi las podía sentir sobre su piel.

—Además, mire, no llevo zapatos —le explicó señalando sus pies.

—Baile conmigo. Le juro que no le pasará nada, después, cuando todo haya ido bien y no sea castigada, se disculpará conmigo por el susto que me ha dado queriendo cometer esta locura.

Sus palabras fueron tan reales, tan crudas y fuertes que una parte de ella confió en que todo iría bien. Nada podría pasarle si ese hombre se quedaba cerca, como si se convirtiese en un gran escudo.

Solo entonces ella podría dejar de estar en esa barandilla absurda.

—De acuerdo, señor…

—Nox —se presentó.

Era un nombre extraño, uno que no había escuchado nunca.

Fue a preguntar por sus orígenes, pero antes de poder articular palabra aquel hombre la metió dentro en volandas, cerró el balcón y echó los dos seguros que evitaban que saliera volando como si de una paloma mensajera se tratase.

Después, la tomó del brazo y, como si fuera a escapar, la llevó a la pista de baile a la vista de todos.

De ahí no podía salir corriendo.

—¿Convencido de que saltaría? —preguntó Eiren encarándolo.

Nox no contestó, la miró como si ahora pudiera verla mejor bajo la luz de aquellas grandes lámparas de araña. La observó más tiempo del debido antes de tomarla para iniciar el baile.

—No he ensayado mucho, no sé sí… —murmuró algo avergonzada.

—Solo déjese llevar.

Tomándolo con un nudo en la garganta, hizo justo lo que le pidió. Tomándolo de los brazos, dejó que él marcase el paso de lo que parecía un vals demasiado lento o demasiado cerca.

La música de los violines pareció resonar mucho más fuerte que hasta el momento, envolviéndolos como si de una cálida manta se tratase. Los arropó mientras se miraban a los ojos dejando que el resto del mundo desapareciera.

—Gracias, señor Nox… —pronunció antes de bajar la mirada.

Él pareció reír.

—Es demasiado vergonzosa, señorita Coulson.

—Eiren —rectificó—. Llámeme Eiren.

Decir señorita Coulson la hacía sentir mal. Quizás nunca más pudiera llevar ese apellido. No después de haber sido seleccionada sobre una hermana que se lo merecía de verdad.

—Bien. Eiren, cuénteme, ¿sigue pensando que ocurrirá algo malo?

Aquello la sorprendió. Mirándolo de nuevo, se fijó en aquellos ojos borgoña, sí, a pesar de la luz se seguían viendo de ese color y no parecían haber mutado a marrón, chocolate o negro.

Era extraño.

Después, incapaz de sostenerle la mirada, comenzó a fijarse en el resto de invitados. Muchos bailaban, otros bebían, pero entonces comenzó a ver gente que parecía tan letal como Nox.

Eran distintos, como si a su alrededor hubiera un aura que los hacía destacar por encima del resto.

—¿Eiren? —insistió Nox.

—Sí. Sí lo creo —contestó implacablemente.

Entonces se fijó en que él había fruncido el ceño. Duró apenas unos instantes, pero no pudo huir de ella. Lo había visto y lo sabía, no importaba la fachada que adoptase después.

—Aun así, gracias por el baile —comentó Eiren sonriéndole de verdad.

Había sido mucho mejor de lo que hubiera esperado jamás.

—Dígame que no intentará saltar de nuevo por ningún balcón —pidió deteniéndose.

Había acabado la canción.

Así como también el baile.

Parte de ella se entristeció por ese hecho, aunque lo prefirió porque estar a su lado la perturbaba de una forma que no alcanzó a comprender.

—No prometo nada —contestó Eiren siendo todo lo sincera posible.

Entonces Nox se llevó su mano a la boca para depositar un casto beso sobre su dorso. La miró a los ojos casi sondeándola como si luchase por encontrar algo en ella. ¿El qué? No había nada, lo sabía bien.

—Ha sido un placer conocerla —se despidió.

—Lo mismo digo —contestó Eiren.

Entonces se marchó sin más, dejándola mucho más fría que cuando había bajado del carruaje.

¿Qué acababa de pasar?

CAPÍTULO 5



Palabra del día: Abnegación.

El mundo giraba demasiado deprisa para Eiren. La velocidad era casi imparable al mismo tiempo que luchaba por comprender todo lo que estaba sucediendo en ese lugar tan extraño.

Sabía que estaba a un paso de romper la no promesa que le había hecho a Nox sobre saltar por el balcón.

Cuando los bailes se acabaron, unos señores muy amables anunciaron que todos los invitados debían marcharse excepto los seleccionados. Ahora era cuando debían darle su gran premio de honor.

En un lugar más cómodo y calmado, habían dicho.

—Señorita, acompañe al resto, por favor —dijo un sirviente alcanzándola cuando quiso salir de allí.

Algo no iba bien.

—Pero… —susurró.

Supo que no podía desobedecer. Aquello era demasiado importante socialmente como para negarse a ello. Así pues, solo se resignó y siguió al gran grupo de seleccionados a través de las puertas por las que los guiaron.

—Tu eres muy mayor, ¿no? —preguntó una chica llegando a su lado.

Estaba ya harta de sentirse octogenaria en aquella fiesta.

—Eso parece —confesó Eiren.

Se fijó en la joven, apenas le cabían los pechos en aquel vestido y parecían estar a punto de desbordarse, algo que pensó que era adrede para así impresionar a los hombres de su alrededor.

Estuvo convencida de que lo había hecho sin atisbo de duda.

Y, tras cruzar unas puertas metálicas, cerraron bloqueando cualquier tipo de salida disponible.

Eiren miró a su alrededor con urgencia, dándose cuenta de que todo el mundo parecía demasiado tranquilo. Muchos habían bebido y apenas podían sostenerse en pie, otros reían y

gritaban eufóricos por haber sido seleccionados.

—Escúchenme un momento —anunció un hombre subido a una especie de pedestal—. Ahora diremos sus nombres e irán pasando a distintas salas para recoger su premio.

A todo el mundo le pareció normal.

Quizás es que en su sobre se habían olvidado de incluir unas instrucciones o algo similar.

Su nombre tardó en salir, pero, cuando lo hizo, se apresuró a seguir al grupo de cinco chicas más que iban con ella. Las guiaron por un pasillo bastante oscuro y lúgubre, lejos de lo ostentoso que había sido el resto del palacio.

El corazón de Eiren dio un vuelco, casi anticipando algo, pero luchó por no tener miedo.

Seguro que aquello era producto de su imaginación.

Debía de serlo.

Entraron en una sala donde había unas butacas negras y, sobre ellas, unos hombres sentados. Iban de etiqueta, perfectos, sonriéndoles de tal forma que Eiren se imaginó siendo engullida ante tanta perfección.

Cuando cerraron tras ella, el miedo se hizo demasiado real como para ignorarlo.

Echándose atrás en el grupo, dejó que sus compañeras encabezasen aquella especie de comitiva bajo las atentas miradas de aquellos hombres. Solo entonces reparó en un detalle: todos tenían los ojos rojos.

Y parecían brillar.

—Bienvenidas, señoritas. Espero que se sientan a gusto con nosotros. Hemos sido sus seleccionadores personales. A continuación, diremos sus nombres y deberán ir con el hombre que os llame —dijo uno de ellos.

Estaba en el centro y parecía atraer todas las miradas.

Su largo pelo negro casi parecía ondear solo al viento mientras todo permanecía inmóvil a su alrededor. Era como la calma antes de la tempestad. Un lugar al que no acercarse para querer vivir.

Dijeron sus nombres salvo por un pequeño detalle: nadie la mencionó a ella.

Es más, no quedaba un solo hombre libre. Todos tenían a su seleccionada a su lado casi como si de un cachorrito entrenado se tratase.

—Vaya, ¿y de quién eres tú? —preguntó el hombre de cabellos negros.

Eiren tragó saliva.

—No sé a qué se refiere. Seguramente haya un error con mi selección, como puede ver, soy más mayor que las chicas.

Ahora no le importaba sentirse vieja si eso le permitía salir de allí.

—No importa, bebé. Soy un hombre de gran apetito —dijo con una sonrisa más afilada que cualquier cuchillo que hubiera sostenido jamás.

Sí.

Estaban en peligro.

¿Por qué nadie lo veía?

—¿Disculpe? —preguntó Eiren—. Si mi selección es un error, con mucho gusto me retiraré enseguida…

—No lo harás —ordenó fuertemente.

Su cuerpo obedeció casi al instante, sometiéndose a su orden sin tener muy claro los motivos.

—Ahora es cuando llega la mejor parte. Pues veréis, dulces seleccionadas, os hemos criado siendo perfectas para que ahora seáis nuestras. Os hemos seleccionado entre otras muchas para satisfacer todos nuestros apetitos.

Rio.

—Bueno. Algunos de los anfitriones os comerán inmediatamente, yo prefiero divertirme un poco y comer tras unas semanas de intenso placer. Mío, principalmente —explicó.

Todos sonrieron a la vez y, antes de que pudieran reaccionar, se abalanzaron sobre los cuellos de aquellas chicas que no anticiparon el movimiento. Gritaron al unísono junto con el resto de personas de aquella planta.

Todos gritaron a la vez.

La mente de Eiren trató de trabajar a máxima velocidad. No eran humanos, eran monstruos.

Lo que contempló en ese momento… Ellos eran… Vampiros.

Seres que no podían existir. Monstruos sobrenaturales que llenaban libros, series y películas, no obstante, en la vida real ellos eran impensables. Aun así, estaba siendo testigo de su realidad más absoluta.

Corriendo hacia la puerta mientras todos se alimentaban, luchó por abrir. Girando el picaporte entre sus dedos, la puerta cedió, aunque una fuerte mano la sujetó del codo cuando intentó escapar.

—Te reclamo como mía —dijo el vampiro de pelo negro.

Eiren no pensó, lanzó un cabezazo hacia la nariz de aquel ser que aulló de dolor mientras su hueso cedía.

Entonces salió al pasillo y el caos explotó a su alrededor.

No era la única que había intentado escapar. Muchos de los seleccionados gritaban, peleaban y corrían por sus vidas mientras aquellos seres les daban caza. Algunos eran lentos, jugueteando con ellos y otros parecían realmente enfadados por tener que perseguirlos.

Antes de que alguien pudiera tomarla, Eiren corrió a toda prisa luchando por recordar cuál era el camino de salida.

Entrando en una habitación, vio de soslayo como la mujer de antes, la de generosos pechos, yacía sobre un sofá con un gigantesco vampiro sobre su cuerpo. Tomaba su cuello mientras la pobre chica apenas respiraba, con la mirada perdida anticipando que ese sería su fin.

Incapaz de dejarla ahí, tomó una mesita de centro y se la estrelló en la espalda al vampiro, el cual gritó.

—¡Vamos! —bramó Eiren tomándola de la mano.

Antes de que el vampiro se repusiera, fueron capaces de salir y tomó otra mano de una chica que gritaba, absolutamente aterrada, con la mano en el cuello siendo incapaz de moverse.

—¡Muévete! —exclamó Eiren.

Interceptaron un par de chicos que se unieron a ellas cuando cruzaron un larguísimo pasillo. Los gritos eran aterradores, tanto que Eiren no fue capaz de darse cuenta de que lloraba totalmente fuera de sí mientras luchaba por encontrar una salida.

Cuando un par de vampiros aparecieron ante ellos, soltó a las chicas y se puso ante ellas.

—¡Apartaos! —ordenó con ferocidad.

Los vampiros rieron sin rastro de humanidad o empatía. Eran los seleccionadores de aquellas mujeres y no iban a dejarlas escapar.

—¿Te entregarás por ellos? —preguntó una voz al final del pasillo que reconoció.

El vampiro de cabellos negros.

Mirándolo directamente se dio cuenta de que su nariz estaba intacta, no había ni rastro del cabezazo que acababa de darle.

—¿Eso los salvaría? —preguntó Eiren.

Eran cuatro vidas a cambio de una, tal vez, si se convencía de que podía morir por una buena

causa, valiera la pena.

—¡Qué abnegada eres! ¡Me parece un acto sumamente altruista! —exclamó animándola.

Avanzó un poco, siendo protegida por dos chicos que parecían ser dos niños pequeños. Los pobres temblaban como hojas mientras aquellos seres sin alma sabían que tenían ganada la partida.

Tomando el control de la situación, Eiren quiso negociar.

—¡Contesta! ¿Lo harías? Si me entrego, ¿los dejarías marchar? —preguntó convencida.

Su vida no valía nada, pero si aceptaba el cambio tal vez…

Era posible.

—Me parece un acto hermoso. Nadie ha tratado de negociar en los siglos que llevo haciendo esto… Lamentablemente… No. Te quiero para mí y el resto de mis hermanos y hermanas merecen sus seleccionados. ¿Qué ser horrible sería si solo como yo esta noche?

Era un ser despreciable.

—¿Y tu seleccionada? —preguntó Eiren.

Aquella chica que había estado a su lado, cogiéndole la mano antes de anunciar el triste final que les esperaba allí.

Ahora las piezas encajaban. Por qué no volvían a saber de ellos, por qué nadie más podía acceder a la capital. No existía, era un truco para esconder las cruentas matanzas que se llevaban a cabo en el palacio real.

—Ella espera obedientemente al lado de mi butaca como se lo he ordenado —le explicó el vampiro.

Uno de los seres que tenían atrás avanzó un poco provocando que Eiren sisease casi como si de una serpiente se tratase.

—¡No avances! —gritó, furiosa.

—¿Ves? Eso es lo que me parece fascinante de ti, señorita Coulson.

Otra vez ese apellido.

Por favor, aunque solo fuera para morir, ¿alguien podía llamarla por su nombre?

—¿Qué es fascinante, monstruo?

Acababa de enfadarlo y lo supo porque sus ojos parecieron encenderse en aquel preciso instante.

—Arrodillaos ante mí —ordenó sin rastro de humor en su tono.

De pronto sintió como si unas manos tomasen sus hombros instándola a obedecer. Tenía que arrodillarse para que él estuviera contento y, por alguna misteriosa razón, le urgía que fuera feliz.

Sus rodillas cedieron unos segundos, casi reticentes a la orden, aunque seguras de que podían cumplirla.

«Sé fuerte». Se dijo Eiren.

Agitando la cabeza, el peso sobre sus hombros desapareció de inmediato. Entonces volvió a erguirse con fuerza, desafiante, levantando el mentón demostrándole que no tenía miedo a la muerte.

Aunque sí que lo tenía y mucho.

Miró a su alrededor, comprobando con horror como el resto de chicos que la acompañaban lo habían hecho.

—¡¿Qué hacéis?! ¡Levantaos! —les gritó.

—Eso es lo que me fascina de ti, Eiren. No te sometes a mi voluntad —explicó como si eso fuera algo realmente extraño.

Ella se encogió de hombros.

—No soy buena siguiendo las normas.

Y, de pronto, su alrededor tampoco. Los cuatro se levantaron, aturdidos, como si hubieran sido liberados de alguna forma que nadie pudo comprender. Supo entonces que eso no era habitual porque los tres vampiros los miraban con bastante sorpresa.

—Señorita Coulson, quizás podamos llegar a un acuerdo después de todo —anunció el vampiro.

Tragó saliva, asustada.

Ahora le hablaba con más respeto, quizás… ¿Para ganársela?

—Bien, diga —pidió la joven siguiendo su juego.

Divertido con su semblante, se tomó su tiempo para contestar.

—Ellos morirán, es irrevocable, pero usted… Prometo mantenerla con vida en mi casa como una invitada.

Eso era impensable.

No pensaba ser la mascota de ese hombre, ser o lo que fuera.

—No —contestó.

Esperó que eso lo enfadase, sin embargo, rio como si acabaran de contarle el mejor chiste de todos los tiempos. Y eso, en términos vampíricos, era mucho porque sospechaba que eran tan inmortales como se decía en las historias de ciencia ficción.

—Es la mejor oferta que encontrará, señorita Coulson. El resto morirá aquí o serán mantenidos con vida unas pocas semanas. Yo le prometo mantenerla mucho más que el resto, tal vez hasta la selección del año que viene si me sigue entreteniendo debidamente.

Uno de los vampiros de detrás los atacó violentamente. Tomó a una de las pobres chicas, la cual se aferró a su vestido con fuerza.

Eiren la tomó de las muñecas luchando por mantenerla, pero el vampiro la golpeó en el estómago cortándole la respiración. Cayó al suelo a plomo antes de poder ver cómo se la llevaban a una velocidad inhumana.

—¿Me comprende ahora? Juegue sus cartas, señorita y podrá salir victoriosa —le inquirió el vampiro.

Su cerebro, el cual se esforzaba por seguir en marcha, entendió que no tenían apenas posibilidades de éxito. Estaba claro que aquellos seres estaban hambrientos y que iban a llevarse a sus trofeos le gustase o no.

—Prefiero morir peleando que someterme —escupió con rabia.

Eso plasmó una sonrisa realmente increíble en el vampiro.

—Eres perfecta —anunció.

¿Ella?

Se había vuelto loco.

Lanzándose sobre ellos. Los vampiros lucharon con sus presas mientras ellos lanzaban todo tipo de golpes que esquivaron sin problemas. Antes de poder pensar en algo, uno de los chicos cayó sobre ella aplastándola con fuerza.

Gritó presa del dolor cuando el costado dolió mucho, fue algo punzante, un dolor que nunca antes había experimentado.

Mirando hacia allí vio como uno de los vampiros la estaba mordiendo con bastante rabia por haber secuestrado a su presa. La soltó con un gruñido cuando Eiren le lanzó un puñetazo certero a la cara.

Tomando su seleccionado, se lo llevó a toda prisa mientras ella sentía como su interior se deshacía de dolor.

—Nadie que no te reclame puede tomar tu sangre. Voy a matarlo —explicó el vampiro visiblemente molesto.

Eiren pegó una patada todo lo fuerte que pudo a otro de los vampiros restantes. Cuando acertó, este siseó y la levantó sin esfuerzo con una mano. Golpeándola contra la pared, se mareó cuando dio con la cabeza más fuerte de lo que parecía ser capaz de soportar.

—¡Es mía! —gruñó el vampiro de pelo negro.

—Que no soy de nadie. ¡Joder! —exclamó llevando sus manos hacia el rostro del vampiro que la sostenía.

No iba a vivir.

Iba a morir en aquel pasillo mugriento y asqueroso, sin posibilidad alguna de salir con vida de allí. Ese era el premio de consolación para la gente que luchaba con ser perfectos.

Morir a manos de vampiros.

Volviendo de entre sus pensamientos, escuchó un ruido aterrador, uno que provenía de la garganta del que la sujetaba. Parpadeando, algo confusa, vio como la cara de ese ser ardía como si sus mismas manos se hubieran encendido en las llamas más candentes jamás vistas.

La soltó entonces, golpeándose contra el suelo más duramente de lo que creyó.

Algunos vampiros acudieron en su ayuda, los cuales comenzaron a rasgar su ropa dejando que sus uñas perforaran su piel. Con verdadero dolor, Eiren gritó revolviéndose mientras golpeaba a todo el que pudo.

Iba a morir.

Siendo imperfecta.

Al menos, le quedaba el consuelo de que Paola no moriría en aquel lugar. El error de selección iba a resultar ser mejor de lo esperado. Podrían odiarla el resto de su vida creyendo que fue a un lugar mejor, sin embargo, la realidad era mucho mejor.

Paola no viviría ese infierno.

Y eso le transmitía… ¿Paz?

Luchando por levantarse, golpeó a alguien en la barbilla con la cabeza y siseó con fuerza. No le importó, lanzó entonces un puñetazo al aire esperando dar con cualquier objetivo que estuviera a su alcance.

Lo encontró, presionó las costillas de otro vampiro que gritó antes de darle tal golpe en la cara que creyó perder el conocimiento.

Sin saber cómo, vislumbró los dientes de ese ser acercándose hacia ella. El miedo se le atascó en la garganta, tan fuerte que creyó que se desmayaría allí mismo sin opción a revivir.

Entonces notó calidez, una tal y tan fuerte que se expandió por todo su cuerpo provocando que aquellos monstruos la soltaran al instante. Se alejaron de ella y cayó al suelo de bruces.

Aturdida, levantó la cabeza viendo como la ropa de alguno de ellos había salido ardiendo.

¿Se había declarado un incendio?

Lo vio, en ese preciso instante fue capaz de contemplar cómo había fuego a su alrededor. Este se cernía sobre su piel, sin quemarla, casi como si de un escudo se tratase.

Más bien, parecía una cinta que se envolvía alrededor de su cuerpo, extendiéndose mucho más allá de sus brazos.

—¿Qué es eso? —preguntó un vampiro.

—Sea lo que sea, la he reclamado como mía. Si alguno vuelve a tocarla se las verá conmigo.

Aquel hombre era terriblemente incansable.

—No me iré contigo —prometió Eiren notando su cuerpo calentarse.

El vampiro sonrió.

—Por supuesto que lo hará, señorita Coulson.

El suelo tembló bajo Eiren al escuchar ese apellido del cual la habían despojado. No quedaba nada de su familia y, aunque se alegraba de que Paola no viviera dicho infierno, no dejaba de ser doloroso.

Algo golpeó a toda velocidad a una vampira que quiso morderla. La lanzó lejos cayendo de forma nada natural después de un terrible crujido.

Eiren sintió que se le revolvía el estómago.

Luchó por levantarse. Poniendo las manos en el suelo, empujó de sí misma hacia arriba para tratar de seguir peleando hasta las últimas consecuencias con aquellos seres que pretendían cenársela.

Otro vampiro, queriendo rodear su cuello, voló por los aires impactando contra la pared.

Entonces una sombra apareció de entre todos los vampiros, haciéndose visible su cuerpo pareció paralizarse al instante. Reconociendo al hombre que tenía ante sí, quiso creer que se trataba de una broma cruel.

—Nox… —susurró.

—Señor, ¿lo ha hecho usted? —preguntó el vampiro de cabello negro—. Controlaré a mi seleccionada en un instante.

Nox la miró fijamente mientras ella apenas podía tenerse en pie.

—Hice el primer ataque, el de la vampira que voló hacia el otro lado del pasillo. Este segundo ataque lo ha provocado ella misma —explicó con la mandíbula apretada.

Tenía un semblante entre asombro e ira que no le gustó ni un poco.

—¡No os acerquéis! —gritó Eiren.

Lamentable error porque tres de los vampiros que quedaban a su alrededor se lanzaron sobre su cuerpo. Eiren no supo reaccionar más que cubriéndose con sus brazos esperando ser duramente golpeada.

No ocurrió.

Abriendo los ojos pudo comprobar que dos de ellos habían sido proyectados contra las puertas de las salas colindantes y otro, el más corpulento, se retorcía mientras Nox lo tenía contra el suelo cogiéndolo de la garganta.

—¡Es mía! —gruñó mostrándole los colmillos como si de un animal salvaje se tratase.

El miedo la paralizó.

También era un monstruo como todos los demás.

La había ayudado en el balcón solo para enviarla a la ratonera, donde se la comerían.

—¡Sucio mentiroso! —gritó Eiren.

Echando una mano hacia delante provocó que una gran llamarada fuera directa hacia ellos. Les salvó su paranormal velocidad, de haber sido humanos hubieran sido pastos de las llamas.

—Veo que está enfadada, señorita Eiren —dijo retrocediendo un poco.

¿Y qué si lo estaba?

No importaba ser perfecta en un momento como ese.

—Toda su amabilidad fue una farsa —graznó Eiren notando como las llamas de su alrededor rugían con ferocidad.

Eso los sorprendió todavía más.

—No lo fue. Dije exactamente lo que sentía.

—¿Y la promesa de que no me pasaría nada? —escupió lanzando una segunda ráfaga de fuego.

No tenía ni idea de cómo lo hacía, solo sabía que lo aprovecharía hasta reducir a cenizas a

aquellos seres del mal. Eran perversos, terriblemente horribles que jugaban con las vidas humanas como si estas no importasen nada.

—¡Señor, la he reclamado como mía! —exclamó el vampiro de pelo negro.

Ese hombre iba a morir lentamente.

—Intenta tocarme y te frío, malnacido —amenazó Eiren fuera de sí.

Estaba cansada de jugar.

Solo quería irse a casa. No había conseguido salvar a nadie y los gritos sucedían en las habitaciones contiguas sin importar su sufrimiento. Ellos habían provocado aquel horror.

Eran culpables.

—¡Es increíble! —gritó una vampira realmente emocionada mirándola.

—Mantente lejos de ella, Ebony. Es mía —ordenó Nox.

La susodicha lo contempló con una sorpresa que no pudo esconder. Después jadeó queriendo decir algo, aunque fue incapaz de encontrar palabra alguna para esa situación.

¿Qué sería tan extraño?

No supo de dónde vino, pero un vampiro la alcanzó por la espalda cogiéndola del cabello y de la cintura. Tiró con fuerza hacia atrás haciéndola tropezar y perder el equilibrio mientras el dolor se expandía por su cuerpo.

Supo que iban a morderla, casi notó su aliento en su garganta cuando Nox tomó a ese ser y le arrancó el corazón sin miramiento alguno.

Eiren cayó al suelo mientras la sangre caía en su vestido casi a cámara lenta. Después, giró sobre sí misma y quedó boca abajo dispuesta a levantarse. Por desgracia fue incapaz de hacerlo.

Mirando sus manos se dio cuenta de que su magia, aquel fuego que la protegía apenas era como la llama de una cerilla ahora. Es más, su cuerpo estaba tan cansado que sintió que estaba a punto de desmayarse.

—No… —susurró dándose cuenta de que perdería.

Cuando el fuego se extinguió Nox la cubrió con su cuerpo como si de un animal salvaje se tratase. La abarcó por completo mientras sus manos se apoyaban en el suelo cerca de su rostro.

—¡Es mía! —gritó tan feroz que Eiren empezó a temblar.

Muchos vampiros llegaron alertados por aquel chillido.

—Señor, yo la vi antes…

Aquel vampiro le caía más mal que nadie.

Luchando por levantarse, la espalda de Eiren golpeó el pecho de Nox. Fue como chocar contra un muro, dándole a entender que no pensaba permitir que se moviera ni un ápice.

—¡¿Te atreves a llevarle la contraria a tu rey?! —bramó Nox enfurecido.

¿Rey?

¿Cómo que rey?

—No, majestad. Jamás lo haría —accedió el vampiro, retrocediendo.

No supo si debía estar contenta o no de ese acto. Ahora parecía estar en mucho más peligro que antes.

—Te busqué cuando entraste en las salas, pero ya no te vi… Yo quise mantener mi juramento —le susurró al oído.

Fue como el canto de un pájaro, realmente hermoso, pero recordó que era un monstruo lo que tenía encima y no una dulce ave.

—Mentiroso —escupió Eiren.

Su mano pareció encenderse entonces.

—Hermano… —dijo Ebony.

Nox la instó a quedarse en su sitio con un leve movimiento de cabeza, lo pudo ver de soslayo haciéndolo. Fue una orden tan imperiosa que no fue capaz de comprender cómo ella misma no había caído bajo su embrujo.

—Está agotada, no puede hacerme daño. Al menos no ahora —explicó Nox.

¿Ella?

¿Agotada?

Lo estaba, como también aterrorizada.

—¡Hermano! —gritó un vampiro llegando a toda prisa.

Todo él estaba cubierto de sangre lo que provocó que Eiren jadeara entre temblores presa del miedo.

¿Qué habría hecho ese monstruo?

—Shade, retrocede. —Respiró tomando el control—. Manteneos al margen. Ella es mía. Reclamo a la señorita Eiren Coulson como mi propiedad y espero que todos estéis de acuerdo.

Sus palabras eran la ley, así lo sintió en sus huesos mientras una de sus manos acariciaba suavemente su espalda. Ella quiso moverse, alejarse de ese contacto, pero fue incapaz.

Estaba agotada.

—Su mano… —susurró Shade— ¿Cómo es posible?

El fuego que luchaba por protegerla se extinguió casi más rápido que vino, agotándola mucho más de lo que nunca antes hubiera sentido. Le costaba respirar, también mantener los ojos abiertos y sabía que en su posición, de cuatro patas en el suelo, estaba demasiado ridícula para seguir peleando.

—Va a desmayarse, señorita. Yo la sostendré —susurró Nox.

—No…

Él sonrió bajando su rostro para que pudiera verlo bien.

Sus ojos ya no eran borgoña, se tornaron rojos como la sangre y brillaron como dos grandes esferas de luz.

—Ahora es usted de mi propiedad. Y, como pasó con el balcón, no dejaré que se haga daño —le explicó casi de forma casual.

Eiren luchó por mantener los ojos abiertos.

—Solo déjese llevar por el cansancio, le sentará bien. Ha peleado formidablemente, la felicito.

Quiso arrancarle aquella sonrisa de un puñetazo.

—Váyase a la mierda, señor Nox —susurró Eiren.

Después todas las luces de su consciencia se apagaron de golpe. Notó como su cuerpo caía irremediablemente, pero que no se golpeó contra el suelo. Supo entonces que él la sostuvo de alguna forma impidiendo que se hiciera más daño.

—Interesante. Muy, muy interesante —escuchó antes de que el mundo se fundiera a negro irremediablemente.

CAPÍTULO 6



Palabra de hoy: Singularidad.

Nox tomó a Eiren entre sus brazos antes de que se golpeara contra el suelo. La levantó dándose cuenta de que era más liviana de lo que hubiera dicho en el balcón. Quizás perder trozos de tela del vestido había aliviado un poco el peso.

Estaba desgarrada, llena de heridas y su sangre olía más dulce que cualquier cosa que hubiera podido sentir antes.

—Señor Reese, espero que no sea un impedimento que haya reclamado a la señorita Coulson como mía. Si mal no recuerdo, su seleccionada la espera pacientemente en su sitio. Sería una falta de respeto que usted se lleve dos y yo me quede con las manos vacías —comentó con una sonrisa Nox.

No iba a deshacerse de Eiren, ahora ya nadie podía impedírselo y mucho menos el petulante de Reese. Solo quería hacer las cosas bien porque era importante en el parlamento y su alto cargo no debía ser un impedimento para cuando redactasen leyes.

—Podría estar dispuesto a un intercambio. Mi seleccionada es de la mejor añada, huele como el rocío de la mañana y puedo mostrar sus calificaciones. Es una gran cosecha, señor.

Iban por mal camino.

—Creo que declinaré su oferta. Prefiero a la señorita Coulson, no ha sabido protegerla de los demás y entiendo que le resultará más difícil retenerla como invitada que a mí. Además, me comprometí con ella a que no le pasaría nada malo. Puede que haya fallado una vez, pero ha sido más cuestión de tiempo que de otra cosa. Comprenderá entonces que debo llevármela al alcanzar dicho compromiso.

Y si volvía a decir que no, le arrancaría el corazón y se lo daría de comer a los perros. Así nadie volvería a cuestionar los designios del rey. Estaba llevándose lo que era suyo e iban a tener que pelear si deseaba recuperarla.

—Toda suya, señor. Espero que sea una buena cosecha y que la disfrute. Larga vida al rey —anunció Reese a regañadientes antes de inclinarse a modo de cortesía y marcharse de allí.

Nox volvió a contemplar a Eiren.

Le resultaba hermosa. De lejos ya había visto algo en ella que se salía de lo común. De cerca, era de esas bellezas que solo se observaban una vez en la vida. Casi como si los ángeles la hubieran esculpido solo para el deleite absoluto de la vista.

—Bailaste con ella —declaró Shade.

Sí, lo había hecho, después de ayudarla a no saltar por el balcón.

—¿Sabías qué…? —preguntó Ebony siendo incapaz de terminar la frase.

—¿Que haría ese truco de magia? ¡Por favor! No podía llegar a saberlo —contestó.

Su cuello era esbelto, elegante, perfecto para que sus dientes de hundieran en su carne disfrutando de su sangre. Pero sus labios, ese sí era un lugar por el que pelear y morir, eran rojos carmesí, su labio superior con una arco de cupido muy marcado que le hacía un aspecto inocente.

Casi puro.

Aquel que se perdiera en esos labios podía considerarse muy afortunado.

Demasiado.

—Era diferente, eso es todo. Destacaba entre una multitud perfecta. Fue como si todos estuvieran en blanco y negro y ella añadiera un color por fin a ojos de los demás —explicó Nox.

Así se sentía.

Ese azul había destacado con luz propia y cuando descubrió que pretendía saltar necesitó hacerla recapacitar. No podía huir, si se alejaba no existía posibilidad alguna de volverla a encontrar.

Debía convencerla.

Además, la idea de que se lastimara tampoco lo entusiasmó ni un poco.

—Le prometiste que la protegerías —susurró Ebony recordando las palabras de Eiren.

Sí, la jovencita había estado muy enfadada creyendo que le había mentido.

—Lo hice —admitió Nox.

¿Y qué ocurrió entonces?

No fue lo suficiente rápido.

—Me entretuvieron antes de llegar a las salas. Uno de los sirvientes quería decirme que en el recuento de seleccionados sobraba una persona y que permitirían que alguien la reclamase.

Eiren.

Sobraba ella.

—Cuando bajé, el caos estaba servido. Pensé que ya la habrían comido o descartado por ser imperfecta.

Nunca había sido tan rápido. Escuchó al criado explicarle que, a pesar de ser seleccionada, la señorita Coulson no había recibido ningún dueño para esa noche. Era un error que nunca antes había sucedido.

Algo insólito.

¿Destino, tal vez?

—Pero la vi en pie. Peleando —declaró Nox.

Nunca antes había estado más sorprendido y orgulloso al mismo tiempo. Todos hablaban de que una de las seleccionadas había enloquecido. Que había tomado a otros como rehenes y pensaban escapar.

Solo le vino ella a la mente. Si alguien podía pelear esa era Eiren, había visto determinación en sus ojos.

En el balcón, poco le había importado que él la tomase del brazo. Decidida a huir, pasó sus piernas sobre la barandilla esperando lanzarse y liberarse de aquella sensación que le pedía

alejarse.

—Ella lo intuyó —susurró Nox apretándola más en su pecho.

Su calidez le dio la bienvenida, así como su corazón, el cual parecía haberse estabilizado y latía suavemente.

—¿Qué? —preguntó Shade.

Nox asintió.

—Antes de bailar estaba intentando huir tirándose por uno de los balcones. Aunque la detuve a tiempo, siempre sentí que cuando le quitase un ojo de encima iba a tratar de intentarlo de nuevo. Algo le decía que debía marcharse, la alertó de que estaba a punto de ocurrir algo terrible.

Y había peleado en consecuencia contra ellos, con un instinto de supervivencia y pelea asombrosos para un ser humano.

Debía reconocer su valor.

Los gritos seguían, sus invitados estaban pasando una gran noche mientras él, que no solía participar en aquellos eventos, sostenía a la señorita Eiren. Era un giro de los acontecimientos bastante interesante.

—¿Y vuestros seleccionados? —preguntó Nox luchando por alejar el pensamiento de la humana unos segundos.

Shade sonrió.

—Estaba buena, pero me distrajeron cuando empezaron a hablar de la tuya. Creo que intentó huir cuando quise venir a ver qué pasaba. Uno de los criados le puso una correa y la contuvo para mí. Supongo que iré a acabar de cenar si todo está en calma ahora —explicó su hermano.

Él no hacía rehenes.

Las desangraba hasta morir para después seguir con su vida, feliz y satisfecho.

—El mío está en mi butaca. Le ordené que fuera un buen perro y que me esperase —contestó Ebony.

Por el contrario, ella sí disfrutaba de la compañía de los seleccionados unas semanas. Después, de tanto alimentarse, ellos simplemente desfallecían sin más hasta la muerte. Nada interesante.

—¿Por qué la has reclamado? ¿Por qué le prometiste que la protegerías? —preguntó Shade.

Esa era una buena pregunta.

Una muy interesante a decir verdad.

—Me pareció diferente, completamente distinta a todo lo que haya contemplado nunca antes. Y hablar con ella, sentir cómo luchaba por irse cuando el protocolo le exigía quedarse fue… Excitante.

No tenía seleccionadas.

Nunca.

Pero esta vez la había reclamado antes de que se iniciara cualquier tipo de discusión. Necesitaba desentrañarla, conocer quién era realmente la señorita Coulson y descifrar ese truco de magia tan interesante.

—Señorita Coulson —ronroneó como un gato satisfecho mirándola—. ¿Qué haré con usted?

Eso inquietó a sus hermanos.

No les culpaba, salirse de su estricta línea no era algo que hiciera con asiduidad. Pero sucumbir a sus instintos de vampiro no podía ser un delito. Seguramente podían vitorearlo por elegir a una seleccionada.

—¿Le harás daño? —preguntó Ebony visiblemente preocupada.

—¿Cómo? —farfulló.

Entonces se dio cuenta de lo que pasaba por la mente de su hermana. Fue tan clara y transparente que tuvo que reprimir las ganas de reír. Después de tantos siglos esa sí fue toda una sorpresa.

—¡Ah! La profecía de madre —declaró Nox con cierta rabia.

¿Cómo podían creer en aquellas estupideces?

Eran mucho más mayores que cualquier ser de aquel mundo, no podían seguir creyendo en cuentos de hadas de una mujer que había delirado poco antes de su muerte.

Era absurdo.

—Tranquila, no me creo que cuatro trucos de luces de colores hagan que la profecía de madre sea real. Solo fueron los delirios de una mujer moribunda —explicó Nox realmente convencido.

Sus hermanos no parecían seguir su línea de pensamiento.

—¿Y por qué su magia? —preguntó Shade.

Sí.

Ese era un misterio interesante. Uno que descubriría tarde o temprano en la compañía de Eiren.

—No le harás daño, ¿verdad? —insistió Ebony.

Aquello lo molestó. Gruñó un poco y se detuvo cuando Eiren, a pesar de estar inconsciente, tembló entre sus brazos. Tomándola con más fuerza, asegurándola en su cuerpo, notó como se calmó poco a poco.

—Tú vas a matar a tu seleccionado en unos días, lo que haga yo con ella es solo de mi incumbencia.

Eso no le gustó ni un pelo porque lo fulminó con la mirada, algo que no le impresionó en absoluto.

—Pero, para tu tranquilidad, no. Por el momento no le haré daño. Es mi experimento —contestó Nox.

Después decidió que era momento de retirarse de aquel lugar. Ahora solo necesitaba centrarse en la preciosa seleccionada que había tenido el placer de conocer en unas circunstancias un tanto extrañas.

—Disfrutad de la noche —les dijo a sus hermanos dejándolos atrás.

CAPÍTULO 7



Palabra de hoy: Afrontar.

Eiren despertó como en una mala resaca: de forma lenta y dolorosa.

Tenía la garganta rasposa, como si hubiera gritado mucho más de lo que podía permitirse. Además, su boca estaba seca, pastosa, hubiera dado cualquier cosa por un poco de agua.

Su mente, aparente en calma, decidió hacerle recordar todo lo sucedido antes de desmayarse.

Las imágenes de sangre, gritos y horror la hicieron estremecerse de los pies a la cabeza. No había sido una pesadilla, aquello había sido completamente real a pesar de ser algo impensable.

Vampiros.

Ser seleccionado solo significaba ser alimento para unos seres que no debían existir.

Los brazos le dolían demasiado, hasta apenas podía sentir sus manos. Queriendo moverse, se dio cuenta de que estaban por encima de su cabeza y que, al tratar de moverlos, notó una extremada resistencia.

Eso la confundió.

¿Qué estaba pasando?

Queriendo cambiar de postura, también intentó mover sus piernas, las cuales permanecieron dolorosamente juntas sin control sobre ellas. Entonces comprendió que había sido atada.

Eso la asustó.

—Disculpe las medidas de seguridad, señorita.

La voz de Nox la sobresaltó.

Miró a su alrededor, en la oscuridad de una habitación demasiado grande. Apenas pudo ver la cama donde estaba, majestuosa y con dosel, parecía una de las de épocas antiguas y elegantes de siglos ya perdidos.

Y, cuando vio al señor Nox, fue cuando descubrió que el miedo podía alcanzar cotas impensables.

Sus ojos rojos brillaron en la lejanía, acercándose mientras él lucía una sonrisa que quería

disfrazar de amigable. Eiren solo fue capaz de vislumbrar aquellos colmillos largos y afilados.

Iba a ser su cena.

O desayuno, ya daba igual.

—La insto a no hacer un truco de fuego de nuevo o se quemará junto a la cama. Las sábanas prenden con facilidad —explicó como si estuvieran en una conversación casual y sin ningún tipo de interés.

Ese hombre, ser o lo que fuera estaba loco.

—No es que lo controle precisamente —escupió ella con una voz algo más ronca de lo que hubiera deseado.

Tosió luchando por despejar su garganta.

—Creo que podemos dejarnos de formalidades y tratarnos de una forma más directa, Eiren.

Estaba de acuerdo, no iba a pensar en educación para mandarlo a la mierda.

Moviéndose inquieta, quiso alejarse cuando lo vio acercándose a la cama. Sus instintos le pedían que se marchase inmediatamente del lugar. No existía ninguna razón de peso para quedarse allí.

Bueno, en realidad una: que era su prisionera.

—¿Estás incómoda? ¿Te duelen las ataduras? —preguntó algo preocupado.

Entonces llevó una mano hacia las manos de ella y Eiren se retorció dolorosamente sin conseguir alejarse de él.

—No me toques —siseó, una mezcla de miedo y odio fue lo que destilaron sus palabras.

Él la ignoró asegurándose de que las ataduras no le hacían daño. Sus dedos tocaron suavemente su muñeca provocando que ella se estremeciera de los pies a la cabeza. No quería su toque.

No quería nada.

—Debiste dejar que saltase por el balcón —confesó Eiren.

Eso no le gustó.

Pudo verlo en sus ojos cuando se apagaron. No importaba si brillaban o no, su apariencia era mucho más peligrosa que cualquiera de los monstruos con los que se había topado en aquel sótano.

—Entonces te hubieras escapado para siempre y no estaríamos teniendo esta conversación —explicó Nox con aparente calma.

Bueno, ella agradecería no haberlo conocido nunca.

—No es que esté entusiasmada con esta conversación precisamente —dijo Eiren sin poder contenerse.

Vio como una de sus cejas subió algo divertido con sus palabras. Perfecto, ser su bufón no entraba en sus planes. No le contaría ningún chiste y mucho menos movería unas mazas al aire para su entretenimiento.

—A ver si aflojando un poco las ataduras te sientes mejor —anunció volviendo a las cuerdas.

Eso le dio una idea, una que aprovechó cuando notó su tacto frío sobre sus muñecas.

Una pequeña llama se encendió entre las palmas de su mano, una que obligó al vampiro a retroceder unos centímetros antes de que la llama se consumiera. Estaba claro que no controlaba ese poder, pero había sido realmente placentero verlo asustarse.

—Buen truco, pero no te queda energía para sostenerlo en el tiempo —explicó Nox.

—Una pena, podía haberte frito —contestó con un ligero mohín.

—Y tú hubieras muerto quemándote entre las sábanas ardiendo. No es un gran plan, si me permites el comentario.

¿Y si no se lo permitía qué?

¿La mataría o algo?

—Buen punto —aceptó—. ¿Y soltar mis piernas? No es que pueda quemarte con ellas, es que necesito cambiar de postura.

Alejándose de ella, Nox la observó con clara diversión. Entonces comprendió que estaba a su merced, que podía hacer lo que quisiera con ella. No debía estar tan relajada como parecía.

Tensándose con el pensamiento, jadeó en busca de aire.

—¿Vas a comerme? —preguntó Eiren algo temblorosa.

Eso fue como darle al botón no adecuado. Lo supo porque Nox caminó hasta la cama, entonces puso sus manos en el colchón y comenzó a escalar sobre su cuerpo haciéndola temblar de los pies a la cabeza.

Él ascendió en completo silencio, regodeándose en su miedo y bañándose en él dando a entender lo peligroso que era. Sí, mensaje captado, ahora ya podía retirarse que le había quedado clara la lección.

No lo hizo.

Eiren cerró los ojos cuando lo notó en su escote, ascendiendo a su cuello. Supo que acababa de perder la capacidad de respirar, ya no recordaba cómo se hacía algo semejante.

—¿Probarte? Indudablemente, pero cuando tenga claro que eres inofensiva. No quisiera quemarme al probar tu sangre —le dijo en su oído.

Era un buen pensamiento.

Solo esperaba quemarlo cuando lo intentase.

Cuando su mano alcanzó su mejilla, Eiren se tensó tanto que creyó ser capaz de romperse como una copa de cristal. No quería ese toque, solo necesitaba salir de ese lugar y correr.

—Has montado un buen lío allí abajo, ¿sabes? Nadie ha peleado nunca así —explicó con cierto grado de… ¿Orgullo?

Eiren abrió los ojos encarándolo directamente.

Era hermoso, de esa belleza que te hipnotizaba hasta acabar contigo. Tenía sentido, en la naturaleza existían muchas clases de especies que usaban su belleza para matar. Los vampiros eran una más.

—Ha sido… Sorprendente —susurró Nox acercándose a sus labios.

Eiren, queriendo alejarse, golpeó su nuca contra el cabecero de la cama. Resonó mucho más de lo que ambos esperaron y se quedaron en silencio, mirándose.

—Todos hablan de ti. De la imperfecta. El señor Reese se ha llevado una impresión bastante significativa de ti. Casi ha querido pelear conmigo para llevársete de mi lado, algo sorprendente dado su estatus.

¡Oh, claro!

¿Él era…?

—¿Eres rey? —preguntó Eiren con hilo de voz.

Realmente no supo cómo había sido capaz de hablar.

—Así es y llevo siéndolo desde hace muchos siglos.

¿Cuántos años tenía?

Si no parecía ser más mayor de cuarenta años. Puede que tuviera alguna arruga de expresión, pero solo las que lo hacían más interesante como las de sonreír o las de fruncir el ceño entre las cejas.

No parecía viejo en absoluto.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Él pareció algo molesto con esa pregunta. Chasqueando la lengua, la ignoró deliberadamente tomándola de la barbilla. Bajó entonces a su cuello, al lado derecho de este y se impregnó de su aroma.

Eiren cerró los ojos, temblando, esperando que sus colmillos atravesasen su piel.

Ya la habían mordido en el costado y recordaba perfectamente que aquello no era algo agradable.

Para nada.

—Tranquila, pequeña, no voy a morderte —susurró tan cerca de su oído que jadeó al notar su aliento.

Eiren se removió con fuerza.

—Solo te harás daño.

—¿Y qué importa?

¿Acaso él quería su seguridad?

Era imposible que pudiera importarle menos a alguien que al rey Nox.

Suspiró antes de soltar un gruñido de advertencia. Aquel hombre no estaba acostumbrado a tener que pelear para que le hicieran caso, aquella era una evidencia inequívoca.

—Hay que bañarte, hueles demasiado a sangre y me muero por probarte —confesó Nox.

Soltándole las manos, la ayudó a bajar los brazos lentamente mientras la sangre luchaba por llegar a sus extremidades. Dolió más de lo esperado y se horrorizó al ver los cortes que presentaba en su piel.

—Se comportaron como unos animales. Recibirán su castigo —prometió Nox—. Aunque es tedioso lo lento que curáis los humanos.

¿Eso le ofendía?

—Perdóname por no curarme tan rápido como tú.

—Estás perdonada —dijo con una sonrisa.

Descolocándola.

Dejándola sentada sobre la cama, no pareció temerla porque bajó la guardia yendo hacia las ataduras de sus pies, los cuales soltó sin apenas esfuerzo. Sus pies estaban mucho peor que cualquier lugar de su cuerpo, al haberse quitado los zapatos en el baile no había tenido oportunidad de volver a por ellos.

Ahora eran un amasijo de heridas y sangre seca.

—No debiste quitarte los zapatos —la regañó.

¿Por qué eso la ofendía tanto?

—Me estaban matando —contestó Eiren atropelladamente—. Además, yo planeaba saltar, ¿recuerdas? No podía saltar con esos tacones.

Él asintió, comprendiéndola.

—Si me hubieras dejado huir nada de esto hubiera pasado. Sería libre —se lamentó Eiren antes de tratar de levantarse de la cama.

Agradeció seguir vestida, señal de que no había tratado de sobrepasarse en ningún momento con ella. A decir verdad, a pesar de ser un vampiro, él se había mostrado muy protector.

Eso la sorprendió.

—No podías irte —comentó Nox—. No después de que te viera. Ahora eres mía, Eiren.

No era la propiedad de nadie y mucho menos una muñeca la cual usar.

Sin ser consciente de lo que hacía, Eiren lanzó un golpe hacia él, el cual tomó su muñeca con fuerza evitando que lo abofeteara. Eso sí que lo enfadó porque sus ojos se tornaron mucho más oscuros y mostró los colmillos.

—No soy tuya —escupió Eiren sin rastro de sentido de supervivencia.

—Lo eres y comprobarás que es mucho mejor que morir en aquel sótano. Además, si hubieras huido, ¿a dónde hubieras ido? Tu familia te ha repudiado, no tienes donde ir porque esta sociedad te hubiera marcado como una paria.

Eiren gritó, furiosa, enfadada y dolida con sus palabras.

Luchó por alejarse, por soltarse de su agarre y no lo consiguió. Su mano libre la sostuvo de la cintura cerciorándose que no pensaba dejarla escapar por mucho que lo intentase.

—Eres odioso —siseó enfadada.

—¿Por ser sincero? Esa es tu realidad, Eiren. Ya no eres nada para ellos, solo la hija que nunca debió ser seleccionada. Tómalo o escúpelo, pero es la verdad. No te queda nada.

Sus palabras la golpearon como si de un puñetazo se tratase, quedándose quieta al momento. Suspiró, dejando caer la cabeza, derrotada porque supo que, en el fondo, tenía razón.

Ya no era nadie.

Era peor que imperfecta.

CAPÍTULO 8



Palabra de hoy: Divergencia.

Nox supo que le había hecho daño con sus palabras, no obstante, era la realidad más cruda de todas. Necesitaba comprenderlo para aceptar su nueva realidad rápidamente le gustase o no.

Nunca regresaría a casa y no solo porque ahora fuera suya sino porque perdió esa opción en el momento en el que la seleccionaron. Shade, le había explicado que hasta su padre lo había hecho público.

A veces las verdades dolían, pero quizás eso la ayudase a fortalecerse.

—Al baño —dijo sin más, sintiendo que la conversación se había estancado.

No pensaba permitir que ella tratase de atacarlo, podía intentarlo las veces que quisiera que él era mucho más rápido. Sí, había golpeado a alguno de los vampiros del sótano, no obstante, él era diferente.

No le resultaría nada fácil hacerle daño, aunque la idea le gustó.

Peleaba, se retorcía y no le importaba escupir lo que pensaba. Era un cambio agradable.

Aun así, necesitaba quitarle ese olor a sangre antes de que pusiera sus colmillos en su cuerpo y tomara su sangre desesperadamente. No era un crío hambriento, sabía controlarse.

Al menos por ahora.

Arrastrándola a la estancia contigua, los ojos de Eiren se abrieron con horror al contemplar la bañera. La había preparado al notar que estaba a minutos de despertarse, solo esperaba que no se hubiera enfriado demasiado.

—Venga, adentro —ordenó Nox girándose hacia ella.

Llevando sus manos a la parte trasera del corsé, empezó a romper las cuerdas para poder desnudarla cuanto antes. La tela estaba destrozada, ese vestido ya no podría volver a usarlo le gustase o no.

—¡¿Qué haces?! ¡No! —gritó fuera de sí.

Para su sorpresa, Eiren comenzó a atacarle dándole golpes a las manos desesperadamente. Aquello lo paralizó unos segundos sin comprender qué le ocurría a esa mujer.

—Para bañarte tienes que quitarte la ropa —dijo Nox con obviedad.

Ella lo fulminó con la mirada.

¿Ese hombre se había vuelto loco?

No iba a desnudarla por mucho que la estuviera mirando como si le hubiera salido una cabeza extra.

Antes lo calcinaba vivo de ser posible.

—No vas a desnudarme —advirtió Eiren.

Eso lo confundió.

—¿Y cómo vas a meterte en la bañera?

Ese hombre estaba loco o los vampiros eran los seres más extraños del universo.

Nox decidió que no pensaba perder más tiempo hablando. El agua se enfriaría demasiado y no quería que enfermase. No tenía claro si los humanos eran delicados y propensos a las enfermedades, por eso no le entusiasmaba la idea de descubrirlo.

Ella debía colaborar.

Siguiendo con su tarea, continuó rompiendo cuerdas con una mano mientras luchaba con la otra por mantenerla quieta. Era una tarea agotadora porque Eiren pareció perder la cabeza allí mismo.

Entre gritos estridentes y gruñidos, ella lo golpeó y arañó con verdadera saña mientras seguía con su labor.

Solo cuando el corsé cedió, Eiren lo sostuvo entre sus manos temblando de miedo como si él fuera a agredirla de algún modo incomprensible. Solo quería sacar el olor a sangre de su cuerpo.

Entonces, sin muchos remilgos, Nox tomó el corsé y se lo arrancó de las manos dejando su piel expuesta al aire y su ropa interior.

Horrorizada, lo miró completamente sonrojada, quizás por la rabia y el suelo tembló en consecuencia. No fue gentil o una ligera advertencia, tembló de verdad con auténtica ferocidad marcándole que no debía continuar.

—¡Eiren! —exclamó Nox reprendiéndola.

Mirándolo como si acabase de volverse loco, ella se tapó los pechos para que evitase ver el sujetador.

—¿Quieres dejar de retorcerte como un gato? —le preguntó realmente molesto.

A ese paso el agua estaría helada.

—¡No! ¡No vas a desnudarme y mucho menos tocarme! —bramó fuera de sí provocando un segundo temblor.

Esta vez más fuerte.

Estaba cerca de conseguir que las cosas se pusieran realmente feas si seguía por ese camino.

—Te estás comportando como una niña pequeña. Para meterte en el agua tienes que quitarte la ropa. ¿Es que los humanos no sabéis cómo hacerlo?

Supo que quiso abofetearlo por cómo lo miró, pero estaba demasiado ocupada ocultando su desnudez a sus ojos. Parecía que mostrar su piel era algo íntimo, como si no permitiese que nadie la viera.

—¡Nox! —exclamó Ebony entrando en la habitación—. ¡Está temblando todo el castillo! Y los gritos se oyen desde el otro…

Su hermana calló de inmediato mirándolos. Pareció tardar en comprender aquella escena mientras Nox volvía de nuevo a la carga cogiendo la tela de la falda del vestido para quitársela.

Y Eiren volvió a gritar para golpearle los brazos.

—¡Estate quieta ya! —gritó él, preso de la impotencia.

Estaba enfadado.

—¡Nox! ¡¿Se puede saber qué haces?! —preguntó Ebony casi más sorprendida y enfadada que Eiren.

¿Qué les pasaba a las mujeres de ese castillo?

¿Habían enloquecido todas a la vez?

—Quiero bañarla, pero parece haberse vuelto loca.

—¡Suéltame ya! —bramó Eiren.

De pronto todo su cuerpo fue envuelto por aquel mismo fuego que trató de ayudarla la noche anterior. Ese fue el momento de retroceder para Nox. Sí, si ella estaba al borde de dejarlo extra crujiente era mejor pensarlo bien.

—De verdad que no puedo creerlo. Sal de la habitación ahora mismo —le reprendió Ebony.

—¿Y dejar que escape? Se tirará por la ventana a la que me despiste —explicó Nox.

Lo leía en sus ojos.

Era como cuando estaba en el balcón, tenía la misma sensación de desesperación que entonces. Saltaría desde donde fuera aun a riesgo de hacerse daño. Era un alma salvaje, solo había que fijarse un poco.

—Yo me quedaré con ella. Estate tranquilo —propuso Ebony—. ¿Si yo me quedo estarás más tranquila?

Eiren frunció el ceño, confusa. Hasta pareció inclinar la cabeza como un animal tratando de comprender lo que le estaban proponiendo. Al final, cuando su fuego se calmó, asintió.

—¡Arg! De acuerdo, pero estaré cerca. Si se pone peligrosa me llamas —dijo Nox yéndose de la habitación.

Más valía que durmiera con un ojo abierto porque estaba convencido de que esa mujer encontraría la forma de hacer una estaca. Lo iba a apuñalar en cuanto le diera la ocasión adecuada.

***

—Pues bien. ¡Al agua! —la animó Ebony con una cálida sonrisa.

Afilada.

Tenía colmillos, algo que no debía olvidar.

Rindiéndose, Eiren comenzó a desnudarse poco a poco hasta quedar completamente vulnerable ante esa mujer. Aquello era tan surrealista que comenzaba a sospechar que se trataba de una pesadilla y pronto despertaría.

Metiendo el pie en la bañera comprobó que estaba bastante caliente. De haber llegado antes la hubieran cocido como a una gamba. Por suerte pelear contra aquel vampiro le había servido de algo.

Al final, cuando entró completamente, se hundió hasta los hombros y suspiró mucho más a gusto de lo que hubiera imaginado.

Ebony, que hasta entonces había permanecido quieta, abrió una bolsita y comenzó a tirar un tipo de hierbas al agua.

—¿Me estás sazonando? —preguntó dándose cuenta de que no quería ser devorada.

Aquello le dio miedo.

El olor a menta y bergamota le picó en la nariz, después, con los vapores del agua, también subió un leve aroma a rosas que la embriagó. La verdad es que nunca antes había intentado algo así.

—Si Nox te come no compartirá con nadie —contestó Ebony.

Eso la tensó.

Entonces, ¿la estaba sazonando?

La vampira rio agitando una mano casi queriendo restar importancia a lo que acababa de decir. Lástima que Eiren ya no iba a poder olvidar aquello hasta el fin de sus días. Era demasiado aterrador.

—Tienes un cuerpo muy bonito.

Eiren se sonrojó hasta las orejas, pudo notarlo porque el calor se extendió rápidamente por sus mejillas.

—Esto es demasiado extraño e incómodo.

—No deberías sentirte mal, era un halago —le indicó como si fuera demasiado tonta como para comprender lo que le decía.

Eiren pensó la forma de discutir eso, no obstante, se dejó llevar por la calma que le transmitía el agua y cerró los ojos. Relajándose.

—Se siente bien, ¿eh? Y más después de la noche que tuviste. Supongo que ha tenido que ser todo un trauma —explicó Ebony.

La miró entonces. Era una vampira, se movía ágilmente y sonreía mostrando sus colmillos como si fueran la identidad de su casa. Y, como todos los que había visto hasta el momento, era preciosa.

Tenía el pelo largo en preciosas ondas rubias que descansaban más allá de sus pechos. Lucía un elegante vestido verde que se ajustaba donde tocaba para resaltar su esbelta figura.

Era una diosa en el cuerpo de una vampira. Tan hermosa que supo que podía enamorar a quien quisiera con solo decirlo.

—¿Fue real? Quiero decir, claro que lo fue… Pero todavía se siente…

Como si fuera una pesadilla.

—Siento lo que has vivido, Eiren. No tuviste que vernos en nuestro momento más bajo.

¿Por qué se sentía culpable con su situación y no con la de todos los seleccionados? ¿Qué la hacía empatizar con ella?

Seguramente solo sería fachada. Esperaba el momento adecuado para alimentarse de su sangre, después la descartaría como habría hecho ya con el seleccionado de la noche anterior.

—¿Y tu seleccionado? —preguntó Eiren.

Ebony sonrió con un brillo especial en los ojos.

—A los humanos os tenemos que dejar descansar después del buen sexo. Además, la pérdida de sangre también resulta agotadora. Después lo alimentaré antes de darle un segundo asalto.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Desde luego no poseían empatía por los que veían solo como comida.

Seguramente el destino de ese muchacho ya estuviera sellado desde hacía demasiadas horas.

¿Sería el suyo el mismo?

—¿Te ha tocado? —preguntó Ebony soltando una risita cómplice.

Eiren solo se abrazó más a sus piernas bajo el agua.

—Lo más porno que ha hecho ha sido atarme a la cama de pies y manos.

No supo el motivo que la instó a contestar esa pregunta, pero ya estaba hecho. Ya no podía desdecirse.

—Sé buena con él y todo irá bien.

Como si de un perrito se tratase.

Escuchó la puerta de la habitación abrirse y Eiren sintió que casi podía haberse erizado como

un gato. Tembló sumergiéndose un poco más en el agua luchando por ocultar su desnudez.

—Nox, tienes que dejarla en paz. ¡Estábamos teniendo una conversación de chicas! —se quejó Ebony.

Eiren solo cerró los ojos.

—Solo he traído ropa nueva —contestó sin más.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, fue consciente de que había entrado en el cuarto de baño a toda velocidad y estaba sobre ella con los ojos muy abiertos.

No podía ver sus partes íntimas porque Eiren estaba encogida en su máxima expresión, pero no supo si dejaría que mantuviera así su postura mucho más tiempo. Al final, reflejándose en sus terribles ojos, solo pudo jadear.

—Hueles mucho mejor —sonrió.

—¿G… gracias?

Empujado por Ebony, Nox se vio obligado a retroceder a toda prisa.

—¡Fuera! ¡Es de mala educación ver a una mujer desnuda sin su permiso! —gritó, furiosa.

Su hermano, que pareció carraspear un poco, contraatacó.

—¡¿Ah, sí?! Entonces…

—¡Entonces eres un cerdo! ¡Fuera!

—¡No he visto nada! ¡Estaba encogida!

—¡Fuera! —bramó Ebony.

Cuando la puerta se cerró hasta el mismísimo lugar tembló de una forma que la asustó un poco. Esa no había sido ella, o al menos eso creyó, había sido el genio de esa mujer echando a Nox de allí.

—Gracias —susurró Eiren convencida de que no la escucharía porque estaba lejos.

Craso error.

—De nada —dijo la vampira a lo lejos.

Caminando hacia ella, un sinfín de preguntas se le arremolinaron en la mente. Todas colisionaron las unas con las otras queriendo ser la primera. Resultaba extraño pensar en algo cuando la estaban tratando casi como de un gatito abandonado.

—¿Cómo has podido oírme?

Porque era un vampiro.

Era una respuesta fácil.

—Tenemos los sentidos más desarrollados. Somos más fuertes, rápidos, tenemos mejor audición y un gran sentido del olfato.

Él le había dicho que olía mejor.

¿Le agradaba su aroma?

—¿Qué me pasará? —preguntó Eiren.

Ahora era una prisionera de, nada más y nada menos, un depredador natural de humanos. Era demasiado para asimilar después de todo. No encontraba la forma de sacarse eso de la cabeza.

—Has cambiado el mundo en una sola noche, Eiren.

¿Eso tenía sentido?

—No sé qué es lo que te pasará y no me gustaría mentirte. Nox no es un salvaje, es un hombre correcto, aunque no puedo entender qué tiene en la cabeza. Fue toda una sorpresa. Nunca antes había reclamado a nadie como su propiedad.

Sus palabras tranquilas mostraban cierto grado de nerviosismo que luchó por esconder. No le salió bien porque casi podía ver temblar sus manos antes de ponerlas a descansar en la espalda.

—Pero, yo me declaro aliada tuya. Si me necesitas solo tendrás que llamarme.

Eso la extrañó.

—¿Por qué harías eso?

Ebony sonrió de forma radiante.

—Porque las chicas debemos permanecer unidas.

Casi parecía el eslogan de un anuncio. Le resultó agradable saber que podía contar con ella, aunque nunca olvidaría que no jugaban en la misma división. Ella era humana y Ebony una vampira.

No eran seres similares.

No estaría de su parte llegado el caso.

—Ahora vamos a quitarte todas esas perlas y a lavarte ese cabello tan bonito. ¿Me dejarás? —preguntó como si de una niña pequeña se tratase.

Odiaba que la tratasen como a un bebé porque siempre había tenido que cuidarse sola. Sus padres habían detectado todas sus imperfecciones pocos años después de nacer. Su carácter marcado les dijo que no sería como los demás.

No sería perfecta como cuando lo supieron con Paola.

Quizás, dejarse llevar por una vez no era tan malo después de todo. Dejarse cuidar cuando no habías sido cuidado nunca le resultó tentador.

—¿Eiren?

Ella parpadeó abandonando sus pensamientos.

—De acuerdo —aceptó.

La vampira dio un gritito agudo de felicidad antes de lanzarse sobre su pelo para comenzar a quitar perlas.

—Las guardaremos para otra ocasión —anunció, contenta.

Aquella vampira le resultó agradable, mucho más de lo que había conocido de otros. No obstante, se recordó que no podía encariñarse de sus depredadores. La comería sin rechistar si el hambre la consumiese.

—Alguna vez… Antes… ¿Habías practicado magia? —preguntó Ebony.

Ignorando la pregunta, Eiren gimió un poco dejándose llevar por la agradable sensación del masaje que le estaba dando. Hasta podía jurar que lanzó al aire un par de gemidos antes de morirse de vergüenza.

—¿Decías algo, Ebony?

La vampira detuvo el masaje unos segundos antes de continuar.

—No… Nada… Solo que tienes un pelo muy bonito.

¿Qué escondía?

CAPÍTULO 9



Palabra de hoy: Descubrimiento.

—Cuéntamelo otra vez, por favor —suplicó Shade.

No podían estar teniendo esa conversación.

Estaba en su despacho tomando sangre fresca con sus hermanos mientras Eiren se había quedado dócilmente en la habitación. Y cuando decía «dócilmente» se refería a atada de pies y manos.

Fiarse de alguien como ella estaba prohibido.

—Cuando entré en la habitación ella se estaba retorciendo como un gato, arañándolo entero porque nuestro hermano, el fabuloso rey, la estaba intentando desnudar para bañarla como a una niña pequeña —explicó Ebony poniéndole mucho énfasis.

Shade se retorció riéndose sin parar. Con los pies sobre la mesa, inclinó la silla hasta el punto que a Nox solo le hizo falta un leve toque para dejarlo caer contra el suelo. El estruendo fue demasiado gracioso como para no reírse.

—¡Oye! ¡No es culpa mía que no supieras algo tan básico! —reclamó Shade.

Nox solo puso los ojos en blanco.

—¿Qué problema hay? Solo quería asearla.

Era básico. Estaba llena de heridas, sucia y creyó conveniente un baño. No era para que reaccionasen de esa manera. Ahora, vestida y limpia, estaba convencido de que se sentía mucho mejor.

—Que las mujeres se desnuden a tus pies no es razón para creer que ella iba a dejarse asear por ti. Hubiera pagado por ver ese momento —comentó Shade.

Podía haber obedecido sin más.

Ahora era suya.

¿Qué era tan difícil de comprender?

—Estaba tan furiosa que hasta olvidó que Nox era un vampiro. Hasta consiguió hacer temblar el suelo, fue digno de ver —rio Ebony.

Y también invocó un fuego que la cubrió un corto espacio de tiempo. Lo cual resultó bastante asombroso de ver.

—Hermano, tienes que comprender que es de mala educación ver la desnudez de una dama solo porque tú lo creas conveniente. Ella debe estar de acuerdo, aunque tu intención no fuera sexual —explicó su hermana con cierta calma.

Eso tenía sentido, lo que significaba que se había comportado como un auténtico cerdo con Eiren. Ahora comprendía el porqué de sus gritos cuando luchaba por quitarle el corsé.

—Pues seguro que ha sido una fiesta cuando le haya dado de comer de su propia mano, aunque viendo como es, me sorprende que no te haya mordido —comentó Shade de forma casual.

Alimentarse.

Los humanos necesitaban comer comida.

Carraspeando levemente se dio cuenta de que aquella mujer llevaba sin beber o comer más de doce horas. Eso le hizo preguntarse qué le llevó a reclamarla como suya si no era capaz de abastecer hasta lo más básico.

Era un patán.

—Dime que le has dado de comer —pidió Ebony fulminándolo con la mirada.

¿Qué podía decir?

—No.

Aunque le había proporcionado ropa nueva, una con la que sentirse más cómoda en su nuevo hogar y un par de vestidos por si deseaba ponerse elegante algún día. También trajo zapatos para que no tuviera que ir descalza de nuevo.

—Vas a matarla antes que yo a mi seleccionado bebiéndome su sangre. Si tu plan era ese al menos cómetela. Que no se desperdicie toda esa sangre.

A pesar de la indiferencia de las palabras de Ebony fue capaz de detectar su nerviosismo. Estaba preocupada por la humana, por ese motivo se había acercado al escuchar gritos para cerciorarse de que no le estaba haciendo daño.

Y Shade no se sentía mucho más tranquilo porque había sacado el tema sobre la comida.

Sus hermanos se preocupaban por ella.

—Me encargaré de eso inmediatamente —les explicó.

Fue solo un instante, pero pudo comprobar cómo se sentían mucho mejor después de sus palabras, sus hombros se relajaron y hasta parecieron sonreír. Aunque lucharon por ocultarlo, él ya los había visto.

—El señor Reese ha enviado una carta pidiéndola. Siguiendo las normas, él la reclamó primero y espera una compensación por parte del rey o que se la devuelvas directamente —anunció Shade a bocajarro.

Aquel imbécil no iba a quitarle lo que era suyo. Podía ir a palacio a exigírselo que solo conseguiría que le arrancase el corazón. Nunca había peleado por una propiedad, sin embargo, no pensaba ser precisamente amable si seguían presionándole.

—Decidle que tuvo bastante compensación con conservar su corazón en el pecho. Que no quiero volver a escuchar ninguna de sus peticiones nuevamente.

Nunca pensó que fuera a ser tan insistente con respecto a Eiren. Él la había reclamado, nadie podía quitarle ese título ahora y quien forzase al rey a algo acabaría lamentándolo.

—Y si no entiende, dejad que lo mate —escupió sin rastro de humor.

Shade contestó riéndose con bastantes ganas. Lo ignoró, no estaba de humor para pelear con su hermano. Ahora solo quería alimentar a Eiren para que su humano cuerpo no sufriera más.

Levantándose, no les dijo nada. Seguramente ellos ya tenían claro a dónde iba, así pues, solo suspiró y se marchó.

¿Por qué no pensó en las consecuencias de tener un ser vivo bajo su supervisión?

***

Cuando entró en la habitación empujando un carro lleno de comida no esperó encontrarse a Eiren mirándolo tan fulminantemente que la creyó capaz de hacerlo desaparecer.

¿Sería un nuevo poder?

El olor a sangre lo sorprendió y miró tratando de encontrar las heridas que se hubiera hecho. Cuando lo hizo, simplemente gruñó realmente molesto con la situación y apretó los puños.

Eiren tragó saliva cuando vio a Nox de tan mal humor.

¿Habría decidido ya comérsela?

—Te has hecho daño —la reprendió.

¡Oh! ¿Era eso?

Luciendo una sonrisa orgullosa de su hazaña, con la que no había conseguido nada, luchó por no desmoronarse.

—Intenté soltarme y no lo conseguí —explicó.

El estómago gruñó por encima de ellos recordándole que tenía tanta hambre que hasta sintió vergüenza. De hecho, se sonrojó de los pies a la cabeza. Estaba cautiva, no podía pensar en comer en momentos como ese.

—¿Y por qué seguiste intentando escapar? —preguntó Nox a cierta distancia.

Ella apretó los labios.

Después, se removió inquieta dejando que las ataduras se le clavasen todavía más en la piel, dañándola.

—¡Estate quieta! —vociferó asustándola.

Ese hombre daba miedo de verdad cuando quería.

No.

Ese vampiro.

No podía olvidar lo que era.

—Es que… —suspiró—. Necesito ir al baño con bastante urgencia.

Su confesión la volvió a sonrojar. Sabía que estaba totalmente roja porque sus mejillas ardían con fuerza. No era algo que hubiera deseado decir, no obstante, comenzaba a necesitarlo de verdad.

Nox necesitó un par de segundos para procesar completamente la información. Primero frunció el ceño, confuso, para después abrir la boca y cerrarla de golpe.

A toda velocidad, apareció ante sus pies y soltó sus ataduras. Después, solo se inclinó sobre sus manos y las desató.

—Vamos —ordenó.

Sí, bueno, ahí estaba el problema de nuevo.

Eiren se levantó de la cama siguiéndolo de cerca, casi se sintió como un cachorrito, pero no quería seguir peleando. Al menos no hasta que usara el baño.

—Entra —le dijo yendo él primero.

—Esto…

No podía mirarlo a la cara.

Simplemente eso no estaba pasando.

—¿Sí? —inquirió Nox.

¿Se podía morir alguien de vergüenza?

—¿Podrías salir? No puedo hacer esto contigo aquí —declaró Eiren deseando que el suelo se la tragara.

Él, que tardó en contestar, realmente esperó que ella lo mirase para darle una respuesta.

—Podrías escaparte.

Sí, de hecho podía intentarlo, pero antes tenía que hacer uso del baño. Estaba tan desesperada que haría cualquier cosa para conseguir un poco de privacidad.

—Mira, yo prometo no intentar escaparme, pero déjame intimidad, por favor —suplicó con las mejillas tan encendidas que supo que se podía cocinar en ellas.

Nunca antes había tenido que pedir algo semejante y jamás creyó que eso pudiera pasarle.

—¿Y crees que puedo confiar en ti?

No.

No podía.

—Solo por esta vez. Estoy tan desesperada que haré lo que me pidas —dijo Eiren antes de llevasle las manos a la boca.

No se creía capaz de haber dicho algo semejante. Estaba loca.

—Te tomo la palabra entonces —aceptó Nox saliendo del baño.

Fue a cerrar la puerta, pero Eiren también la sujetó. No estaba cómoda con aquello y seguir tensando la cuerda no la entusiasmaba demasiado, sin embargo, se armó de valor antes de seguir hablando.

—¿Y podrías salir de la habitación? —le preguntó.

Su gesto de sorpresa no la sorprendió.

—¿Por qué debería hacer eso?

Buena pregunta.

—Ebony me escuchó decir gracias cuando yo estaba en la bañera y ella en la habitación. No quiero que me escuches en el baño.

Ahora sí que podía morir, incapaz de seguir mirando a aquellos enormes ojos rojos, descendió la mirada al mismo tiempo que apretaba las piernas con bastante urgencia. Al final no haría falta discutir, solo bañarse de nuevo.

—Eres muy vergonzosa, ¿no? —preguntó Nox.

—¿Eso es que lo harás?

Estaba esperanzada y lo miró con cierta felicidad.

Él, simplemente, asintió.

—Solo por esta vez.

—Gracias, gracias, gracias —dijo dejándole cerrar la puerta.

Había conseguido un pequeño triunfo y respiró tranquila. Eso sí, ahora tenía que ser buena y no intentar escaparse o el peor de los monstruos le saltaría encima sin posibilidad de redención.

Bueno, primero lo primero.

Usar el baño.

CAPÍTULO 10



Palabra de hoy: Mascota.

Eiren escuchó a Nox entrar en la habitación cuando se dispuso a lavarse las manos. Aquello le dio cierta intranquilidad y anticipó una respuesta que no iba a gustarle en absoluto.

A pesar de eso, preguntó.

—Me has estado escuchando, ¿verdad?

Nox rio levemente.

Sí. Lo había hecho.

—Esto es realmente incómodo, mucho más de lo que hubiera podido imaginarme alguna vez —confesó Eiren.

Aquel vampiro se materializó a su lado, literalmente, a pesar de estar la puerta cerrada. Fue en un abrir y cerrar de ojos, además, lució una sonrisa que le mostró lo confiado que estaba.

Sin rastro de remordimiento.

—Estaba convencido de que intentarías escapar, pero lo decías de verdad —le explicó como si nada.

Ella se secó las manos haciendo una mueca de desagrado.

—Eso no es confiar en mí.

—Tú y yo sabemos que no puedo confiar en ti. Tratarás de escapar o matarme, si no las dos cosas, en cuanto baje la guardia.

Buen punto.

Pensaba hacerlo en cuanto se le presentase la oportunidad.

Solo que no iba a reconocérselo.

—Ahora a comer —ordenó con ese tono autoritario que tanto le gustaba poner.

Eiren lo siguió de nuevo dándose cuenta de que cada cosa que decía ella lo cumplía. Eso, de algún modo, la molestó sobremanera. No era un perro al que ordenar cualquier cosa.

Entonces, se detuvo en seco.

Puede que su cerebro acabase de puentearse o ya no le quedase instinto de supervivencia, pero no pensaba dejarse amedrentar.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, dándose cuenta de su cambio de actitud.

Ella se cruzó de brazos para afianzar más su decisión.

«Estás jugando con fuego». Se dijo mentalmente.

—No tengo hambre —mintió.

La mirada roja y hambrienta de Nox le indicó que estaba pisando terreno resbaladizo. Él, a pesar de su falta de tacto, podía leer sus emociones como si ella tuviera un maldito cartel luminoso en la frente.

En grande.

Diciendo: MENTIRA.

—La tienes —la cortó sin más.

Empujando el carrito hacia la mesa de escritorio, Eiren decidió no mirar. Tal vez así esconda que estaba deseando comer algo. No quería seguirle el juego, no quería ceder en nada.

¿Por qué?

Porque lo había hecho para ir al baño y él no había cumplido su parte.

—Siéntate aquí y come —ordenó.

Eiren enarcó una ceja en la misma posición en la que la había dejado, cruzada de brazos de forma incansable.

—No.

Y ahí estaba la mujer que había visto pelear en el sótano. Ella, enfrentándose a una horda de vampiros tratando de sobrevivir. Era fuerte, tenía ganas de sangre y no dejaba que el miedo la doblegase.

Para Nox era un gran espectáculo que ver, aun así, debía comprender que era suya. Que ahora existían unas normas básicas de convivencia. Dejarla morir no era algo que le entusiasmase demasiado.

Volviéndola a mirar, reprimió una carcajada. Parecía adorable allí cruzada de brazos creyendo que podía intimidar a un vampiro de su edad. Él sabía que solo tenía que pulsar algún punto para hacerla ceder.

Pero, ¿cuál era el adecuado?

—Ahora eres mía y harás lo que te ordene cuando te lo ordene —ladró Nox sin rastro de humor.

No se amedrentó, aunque sí que pudo ver cierto rastro de miedo en su mirada. Pero era buena, porque la ocultó con un leve parpadeo. Estaba claro que estaban jugando, pero no tenía claro quién debía ganar.

—No.

Tan seca.

Tan fuerte.

Obtusa.

Ignorándola, comenzó a ver qué platos le habían preparado. No tenía ni idea de qué podía gustarle a una chica como ella y todo olía muy bien para descifrar qué sería del agrado de Eiren.

—¿Carne, pescado o pasta? —preguntó Nox.

La escuchó como tragaba saliva. Sí, efectivamente tenía hambre, pero también un orgullo que le impedía ceder y tomar lo que le daba. No es que esperara que fuera dócil de la noche a la mañana, no obstante, ella debía comprender que los vampiros no eran los mejores niñeros de humanos.

—No quiero.

Nox respiró.

Escogiendo por ella, tomó una carne que parecía bastante jugosa y empezó a cortarla mientras le sostenía la mirada. Ella se agitó con inquietud, apenas era capaz de resistir la tentación de comer.

Eran demasiadas horas. Su cuerpo se lo pedía.

—¿Comiste algo antes del baile o durante?

—¿Cómo dices? —preguntó Eiren casi saliendo de su propio estado mental.

Estaba claro que sus pensamientos la alejaban una y otra vez de esa habitación. Le hubiera encantado hurgar en ellos de forma peligrosa, meterse en su mente para saber a qué se estaba enfrentando.

Nox decidió ser paciente.

—El día de la Gran Noche, ¿comiste algo en casa?

Eiren cabeceó un poco. Apenas hacía unas horas de un evento tan traumático como había vivido y casi parecía haber sido una auténtica eternidad. Quizás los recuerdos de ese día se estaban volviendo borrosos sin demasiada explicación.

¿Había comido?

—No… —susurró.

Su madre no le había dejado pisar la cocina con la excusa de que tenía que caber en el vestido. Además, ya comería allí manjares exquisitos y después en la capital, donde el lujo flotaba en el aire.

Hizo una mueca que luchó por ser una sonrisa amarga.

Qué estúpidos fueron todos. Creyendo ciegamente lo que unos vampiros les decían.

Cosecha.

Eran comida.

—¿Y en el baile? ¿Comiste algo? —preguntó Nox tomando otro plato y cortando algo que parecía pescado.

Olía de maravilla.

Su estómago rugió por encima de ese silencio atronador que reinaba en la habitación. Y, lógicamente, él lo escuchó. Sonrió después y siguió esperando una respuesta de sus labios.

—Estaba ocupada intentando escapar. Algo que, te recuerdo, no me dejaste hacer. Así que no, no comí.

Y estaba hambrienta.

—Entiendo que llevas más de un día sin probar bocado, que tienes hambre, pero que estás privándote de algo tan básico como alimentar a tu cuerpo.

Dicho así sonaba infantil.

Sus mejillas se encendieron rápidamente sin saber el porqué. Él la estaba haciendo sentir una niña pequeña. Cierto era que, hasta la fecha, no había hecho nada para dañarla y trataba que estuviera bien.

¿Sería un truco?

—Supongo que sí, que me estoy privando, pero porque tú no cumpliste tu parte del trato con lo del baño. Yo confié en ti y tú no en mí.

«Confié».

No se podía confiar en alguien como ese ser.

Nox soltó los cubiertos de golpe, la miró con calma mientras ella quería deshacerse sobre sus propias rodillas y desaparecer de algún modo de ese lugar. No quería ser prisionera de nadie.

Aunque, como él había remarcado, no tenía a dónde ir.

—Hay otros vampiros que tienen esclavas humanas —anunció sin rastro de humor.

¿De verdad?

¿Los vampiros tenían esclavas? ¿Eso era lo que era ella?

A fin de cuentas, parecía ser solo una mera propiedad porque sus manos habían hecho un truco de fuegos artificiales. De no ser por eso ya hubiera sido devorada, ¿cuál era la excusa de los otros vampiros?

—¿Sabes lo que les hacen? –preguntó Nox.

Era magnético.

Atraía las miradas con el tono rasgado de su voz, fuerte como una tormenta y peligroso como el infierno. No era un hombre al que enfadar. Ella misma le había visto sacar un corazón del pecho a un vampiro cuando trataba de atacarla.

Eiren negó con la cabeza incapaz de saber una respuesta a su pregunta.

—Las dejan de rodillas a su lado mientras comen y las alimentan. Son sus propiedades, Eiren, como tú.

Estaba poniendo claro la relación que había entre ellos. No eran iguales, eran amo y propiedad, una mascota a la que sacar a pasear cuando le diera la gana para cuando, finalmente, se cansara de ella y se alimentase de ella.

Eiren jadeó comprendiéndolo.

—Los humanos tienen instinto de supervivencia, pero el tuyo parece atrofiado —comentó Nox.

Eso la ofendió un poco y apretó los labios luchando por no decir nada.

—Tienes un don. Viste que era peligroso en cuanto me acerqué al balcón. Y cuando bailábamos viste que estabas rodeada de vampiros. Hueles y sientes el peligro cuando lo tienes cerca, pero no cedes o te sometes cuando tu propia vida está en peligro.

¿Y con eso pensaba llegar a algún lado?

Porque resaltar sus defectos la hizo sentirse todavía más desdichada.

—Peleaste cuando pudiste quedarte con Reese hasta que te encontrase. Peleas contra mí cuando podrías comer, ganar fuerzas y seguir batallando un día más. Tienes un don, pero tomas las decisiones menos acertadas.

Eiren bajó los brazos sintiéndose pequeña. Después, unió sus manos sobre su regazo, apretándose los dedos como si así fuera a encontrar un consuelo que no tenía. No le gustaba ceder, no deseaba darle la razón, sin embargo, sabía que parte de sus palabras eran verdad.

Pero la otra…

—Yo no lo sabía… —susurró mirando al suelo.

Nox enarcó una ceja.

—¿Qué no sabías?

Ella bufó, molesta con tener que seguir hablando.

—Yo no sabía que ibas a venir a por mí… Vi que iba a morir, que todos íbamos a morir —remarcó—, e hice todo lo que pude por sobrevivir.

No quería mirarlo a los ojos. No necesitaba ese dichoso contacto visual mientras su mente rememoraba el peor día de su vida. Los gritos, la sangre, el miedo atascándole la garganta.

—Te lo juré —contestó Nox.

Entonces ella rio suavemente.

—No te conocía de nada, ¿iba a aferrarme al hecho de que un extraño me había prometido que no me pasaría nada malo? No podía quedarme y averiguarlo, supongo. Tampoco me dijiste que planeabas hacerme tu propiedad.

Sí.

Ahí estaba su boca incapaz de callarse.

Golpeándole de nuevo. Gracias vida por darle tan poco instinto de supervivencia.

—Era la única manera de que salieras de allí con vida —explicó como si fuera más un hecho práctico que una decisión meditada.

Todo en él era confuso y aterrador.

—¿Y qué quieres de mí? —preguntó Eiren.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, levantó la mirada para ver a un hombre que parecía sondearla con la suya propia. Parecía que luchase por estar dentro de su mente, por saber qué hacía girar los engranajes de sus pensamientos.

—Quiero saber el porqué de tu don. Quiero conocerte y quiero que comas. El orden sí importa, Eiren. Ahora quiero que comas.

Sus últimas palabras sonaron con fuerza, una orden imperativa que la daba un amo a su mascota.

¿Y qué quería él más de ella? ¿Quería que fuera una esclava más? Como las de los otros vampiros, ¿tal vez?

Cediendo poco a poco a un pensamiento desolador, Eiren descendió poco a poco hasta doblar sus piernas y acabar sobre sus rodillas. La mirada de Nox se profundizó como si no pudiera creer lo que estaba contemplando.

—¿Es esto lo que quieres que haga? —preguntó Eiren con voz suave.

La mandíbula de Nox se apretó con tanta fuerza que hasta la escuchó crujir. Tal vez si interpretaba el papel de buena mascota él la liberase, tal vez si era su mejor juguete él bajase la guardia finalmente.

—Deja de presionarme… —gruñe—. Ven a comer.

Eiren respiró lentamente antes de echarse hacia delante hasta quedar a cuatro patas. Sin dejar de mirar a su amo, avanzó un poco, gateando, dejando claro que esa era la posición que él le había dicho que debía adquirir.

No dijo nada, tampoco se movió, se quedó mirándola sin pestañear ni un poco mientras Eiren decidió seguir gateando. Lentamente, fue hacia él como una buena propiedad.

Tal y como se esperaba de ella.

Quedando al lado de sus piernas, Eiren se incorporó un poco descansando en sus rodillas, con la cabeza gacha, esperando que él diera el siguiente paso.

—¿Así? —preguntó.

No esperaba un premio, ni que le acariciase la cabeza como si de un perro bueno se tratase. Quería golpearlo, ver hasta dónde tenía pensado llegar con ella después de todo lo ocurrido.

Él, midiéndola y en silencio, comenzó a cortar un pedazo de carne. Después, pinchándolo, descendió lentamente tratando de comprender cuál sería su próximo movimiento. La estudió con bastantes ganas, casi notó como sus pupilas se dilataban mientras la observaba de pies a cabeza.

Dócil.

Sumisa.

Esclava.

No llegó a su boca con la comida, se quedó a medio camino esperando que ella explotase. Porque Nox no era estúpido, esa mujer estaba hirviendo por dentro mientras adoptaba ese papel.

—Abre la boca y deja que te alimente, mascota —soltó Nox sin perderse ni una de las reacciones de la humana.

Estaba tan al borde del abismo, tan a punto de perderse en sí misma… Lo vio, realmente fue capaz de estar en su mente viendo como toda la sumisión volaba por los aires poco a poco.

—Si te acercas con eso te muerdo la mano —escupió Eiren, casi masticando esas palabras.

Nox sonrió muy satisfecho.

—Eso dijo mi hermano que harías.

Sí, no se podía domar a un espíritu indomable como Eiren ya no Coulson. Por eso su magia era tan atrayente, por eso ella era un misterio por resolver. No se rendía, luchaba aun cuando las cartas no estaban de su lado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella, todavía de rodillas.

Nox la sondeó con la mirada.

—¿Quieres que te alimente así? ¿De rodillas?

Negó con la cabeza fervientemente.

—Bien, siéntate en la silla y come.

Dudó.

Más de lo que hubiera esperado, casi como si esperase que aquello fuera un truco más.

—O siempre puedes sentarte en mi regazo y dejar que te alimente. Confieso que eso me produciría más placer que verte de rodillas —comentó Nox.

Saltó.

Se puso en pie tan rápido y tan sonrojada que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no echarse a reír. Era vergonzosa, los gestos que tenían que ver con el contacto la asustaban demasiado y quiso saber el motivo.

Resultaba placentero alimentar a una propiedad o eso decían otros vampiros. Nunca había prestado atención a esas conversaciones porque los humanos le habían parecido todos iguales.

Hasta esa Gran Noche.

Sentándose en la silla, Eiren todavía no sabía dónde mirar. Parecía estar perdida entre el hambre y la necesidad de huir y no la culpó. Empujar los límites nunca era algo sencillo de digerir.

Eiren se sorprendió cuando Nox le puso un plato delante junto a un tenedor. Eso sí, el cuchillo lo mantuvo bien lejos y supo los motivos.

—¿Miedo a que te apuñale? —preguntó algo divertida con la idea.

Él se encogió de hombros.

—Puedes ser muy imaginativa, no me gustaría darte ventaja innecesaria —contestó sin más.

Una pena, porque lo hubiera usado de alguna manera.

Aquella toma de poder no le había gustado, eso sí, le alivió saber que Nox no la veía como a las otras esclavas. No la quería en el suelo, no quería tenerla a su merced, se contentaba con dejar que estuviera a su lado a pesar de su superioridad.

Probó un poco la pasta, el sabor fue tal que no fue consciente de que gemía hasta que el sonido abandonó su garganta.

Se congeló al instante, con el tenedor en la boca. Y, casi sin respiración, miró de reojo a Nox.

Y él lucía una sonrisa tan grande que hasta pudo ver sus terroríficos colmillos asomarse.

—¿Está bueno? ¿Te gusta? —preguntó.

Eiren, congelada, asintió levemente.

—Me alegro.

Ella decidió ignorar al vampiro y empezar a comer. No recordaba la última vez que probó algo tan delicioso. Él, viéndola tan animada, le acercó la carne que estaba muchísimo mejor que la pasta y después también le aproximó el pescado.

Olvidó la vergüenza, que él pensase quedarse allí y casi los modales. Comió probando un poco de todo mientras gemía maravillándose con tantos sabores nuevos en su paladar.

Entonces, cuando volvía a llenarse la boca de pasta, Eiren se congeló en el sitio y lo miró.

—¿Tú solo bebes sangre? —preguntó tratando de ver que comer no era la mejor de las opciones.

¿Y si la estaba engordando para saber mejor cuando la quisiera probar?

Como si leyera su mente, enseñó con colmillos casi provocándole que la comida que acababa de ingerir encontrase el camino de regreso a la salida. Era realmente aterrador cuando se lo proponía.

—No. Podemos permitirnos comer y beber como vosotros en pequeñas dosis siempre que estemos bien alimentados —explicó Nox.

Eso tenía sentido.

¿Lo tenía?

Posiblemente.

Entonces miró todos los platos allí presentes mientras cabeceaba con lo que le había explicado.

—¿Y no quieres comer? ¿O no puedes con tus *propiedades*?

Lo dijo con tanto desprecio que hasta se sintió culpable por no saber controlarse. Ese término la quemaba por dentro poco a poco.

—Muchos vampiros comen con sus mascotas, no es algo que no se pueda hacer.

—Las mismas que se arrodillan ante sus amos.

Esa conversación estaba yéndose poco a poco por la alcantarilla. Cuando se dieran cuenta iban a estar peleando de nuevo.

—Siempre puedes repensártelo y ponerte a mi lado. Te alimentaré siempre que lo necesites —le sonrió.

Podía ser vil.

Y disfrutaba de ello.

—No, gracias —contestó Eiren rápidamente.

Pareció aceptar eso.

—Perdón si he cogido de alguno de tus platos —corrió a disculparse Eiren señalando toda la comida.

Nox no pareció molesto, más bien tranquilo, mientras cruzaba sus piernas con absoluta despreocupación. Movió una mano restándole importancia al asunto, dándole a entender que sí había esperado comer con ella.

No con la salvaje en la que se había convertido que lo devoraba todo.

—¿Sigues queriendo comer? Porque queda mucha comida —ofreció Eiren empujando los platos.

Sus ojos rojos la miraron directamente.

—¿Has terminado? —preguntó Nox.

Sí.

Ya había comido suficiente, así que solo aceptó eso.

—Bien, podría comer algo mientras tú te pasas a los postres —le explicó.

Aquel carrito tenía un compartimento inferior que se abrió en cuanto Nox pasó la mano. De pronto, casi seis postres distintos aparecieron ante sus ojos y los olores dulces le picaron en la nariz.

—¿Tanto? —preguntó Eiren.

Él asintió.

—No conozco tus gustos, quería acertar con algo —confesó Nox dándole una explicación

más íntima de lo que hubiera esperado.

Hasta ahora se había limitado a resaltar hechos o lo que hacían otros vampiros. Hablar de sí mismo le resultó extraño, aunque lo agradeció enormemente.

—Nunca había visto tanta comida junta —se sorprendió Eiren.

Y, por alguna razón, también a Nox.

—¿Nunca?

—No.

Él se contuvo, esperando respuestas. Lo pudo descifrar por cómo apretó los puños y la mandíbula mientras la miraba. No era de muchas palabras a veces, pero se expresaba lo suficientemente bien.

Eiren no quería dar detalles de su vida.

No eran necesarios.

Y, aun así, sintió que esa vez no había escapatoria.

—Cuando eres la imperfecta, tu madre, tu trabajo y tu vida no te permite una vida demasiado resuelta —expresó riendo con amargura—. En mi trabajo siempre descontaban algo porque no era perfecta, mi madre siempre ponía menos porque debía tener una figura perfecta y, ¡Oh sorpresa!, la mía no lo era y la vida te hace sentir… Menos. No te da demasiada hambre sintiéndote tan y tan bien.

Hablar había resultado más difícil de lo que hubiera imaginado jamás, así que, incapaz de seguir mirándolo, bajó dispuesta a sondear los postres. A ver cuál de ellos parecía más apetitoso.

—Comía, no cabe duda, pero no como para repetir —quiso remarcar Eiren tratando de dejar claro que comía.

No estaba muerta de hambre.

¿Y por qué le importaba a Nox su vida anterior? Ya nada de eso existía.

—Pues aquí come todo lo que quieras y repite.

Su voz profunda resonó con fuerza mientras se debatía que comer. Al parecer eligió la carne mientras Eiren tomaba uno de los platos de postres. Ascendió con una sonrisa y se lo puso delante.

—Claro, para que puedas comerme después —dijo Eiren incapaz de mantener la boca cerrada.

Lo miró, hipnotizada, cuando Nox se llevó un trozo de carne a la boca y masticaba. Sus colmillos asomaron un par de veces, mortíferos y a punto para tomar lo que quisieran.

—Por supuesto —contestó sin arrepentimientos.

Sí.

Bueno.

Mejor centrarse en el postre y desear que ella no fuera su postre sangriento.

CAPÍTULO 11



Palabra del día: Gato.

Uno, dos y tres.

¡Listo!

¡Conseguido!

Eiren sonrió al darse cuenta de que su fuego había regresado. Lo mejor era que había conseguido quemar las ataduras de sus manos liberándose de una vez. Aquel vampiro podría autoproclamarse su amo, pero si esperaba tenerla atada todo el día iba a enseñarle una lección.

Corriendo, fue a desatar sus pies y jadeó al sentirse libre. Saltó del colchón al suelo y corrió al baño, ese ser no comprendía que los humanos iban frecuentemente, aunque pensaba recordárselo continuamente.

Salió de puntillas, creyendo ilusamente que así podría hacer que ningún vampiro la escuchase. Sabía de sobra que iban a detectarla en cuanto diera la oportunidad por lejos que estuviera.

Una parte de ella estaba emocionada, la otra en cambio… Temía una mala reacción por parte del vampiro.

¿Y si la castigaba?

¿La alimentaría de rodillas? ¿Le pegaría? ¿La mordería?

Todas las ideas eran horribles, no supo decir cuál le gustaba menos, así que, solo dejó de pensar en ello y trató de trazar su siguiente línea de pensamiento.

¿Y si salía de la habitación?

Yendo hacia las ventanas, las abrió con suma facilidad dándose cuenta de que las contraventanas eran otra historia. Estas estaban reforzadas y apuntaladas de tal forma que no permitían que el sol se colase. Ni siquiera el más mínimo rayo de sol podía entrar por esas ventanas.

Entonces era cierto que los vampiros no toleraban el sol.

Quizás, escapar de día, le daba una ventaja superior.

Movió sus dedos alrededor de la contraventana, buscando alguna fisura para que cediera y se abriera, pero no la encontró. Con un suspiro frustrado, se fue a la de al lado obteniendo el mismo resultado.

—Santa mierda —murmuró.

Su plan de huida hacía aguas.

Revisó la única ventana que había en el baño y gruñó por culpa de la impotencia que sintió. Ese lugar era una maldita jaula, una que necesitaba romper para salir de allí como fuera.

«¿A dónde?». Se preguntó mentalmente.

Si había algo que no podía recriminarle a Nox es que era sincero. Aquel hombre golpeaba con la verdad por mucho que doliese y le había dicho la verdad por mucho que esta hubiera aplastado su corazón.

Su familia la había repudiado, no podía volver por mucho que lo desease de corazón. Además, no podía explicar nada de lo sucedido en palacio porque… ¿Quién la creería?

Apretando los puños, respiró luchando por calmarse.

Bien.

No podía volver a casa, no obstante, sí podía vivir en libertad. Y para eso tenía que encontrar la forma de salir de ese dichoso lugar. Puede que estuviera loca, tal vez pecaba de ingenua, pero nadie la detendría.

Caminando hacia la puerta de la habitación se imaginó un millón de cosas que podrían pasarle en el exterior. Había sobrevivido al sótano del pasillo, luchando como nunca antes en su vida.

Aunque no podía engañarse.

Nox la ayudó.

—Sé valiente —se susurró animándose.

Poniendo la mano en el pomo, lo giró esperando que este no funcionara y, para su sorpresa, lo hizo.

Siempre creyó que Nox la dejaría no solo atada si no, además, encerrada con llave. Una sonrisa se dibujó en su rostro al percatarse de que había cometido un error. Uno que iba a aprovechar.

Sacando la cabeza con el miedo atascándosele en la garganta, miró a derecha e izquierda esperando ver a alguien que diera la voz de alarma. Se sorprendió cuando descubrió que era un lugar realmente solitario.

Frunciendo el ceño, confusa, dio un paso hacia el exterior y esperó.

Segundos después aceptó que nadie estaba cerca o la hubieran lanzado contra la habitación a toda velocidad.

«No seas tonta y huye». Pensó Eiren.

Cerró la puerta de la habitación con sumo sigilo, no esperaba que Nox enloqueciera antes de entrar. Aunque una parte de ella se moría por ver el momento en el que abría y se encontraba toda aquella gran estancia vacía.

«Va a matarme». Se dijo a sí misma.

Si no la encontraba no podía matarla, lo que significaba que debía ponerse en movimiento antes de que alguien la pillase.

A toda velocidad, tomó el camino de la izquierda sin saber muy bien los motivos, solo quería irse de allí y le pareció un camino como otro cualquiera. No sabía qué había al final de los dos, así que, fue una decisión a cara o cruz.

De pronto, un leve crujido en su espalda la asustó. Parándose en seco notó su corazón latir en sus oídos. Girando la cabeza no vio nada y suspiró. Quizás estaba paranoica después de todo.

Nadie podía culparla.

Siguió caminando por aquel largo pasillo preguntándose cuándo se acabaría.

Un segundo crujido la sobresaltó dándose cuenta de que sí que la estaban siguiendo. Es más, quien lo hacía, quería que se diera cuenta.

Mirando hacia el final del pasillo comprobó que las luces se habían apagado, algo curioso que le indicó que su atacante estaba ocultándose aprovechando esa dichosa oscuridad.

—Si querías que supiera que me estás siguiendo, no entiendo por qué no te dejas ver —anunció Eiren.

Quiso sonar fuerte, decidida y lo único que consiguió fue un hilo de voz que la hizo parecer realmente asustada.

Dando un par de pasos hasta quedar en la luz, Shade apareció sonriendo. Por alguna extraña razón le recordó al gato Cheshire. Tenía los ojos rojos como cualquier vampiro y poseía un increíble parecido con su hermano Nox, solo que él era algo menos musculoso que él.

Su cabello rubio descansaba sobre sus hombros de una forma curiosa, casi parecía un hechizo porque estaba perfectamente ahuecado para mantener la postura a pesar de los movimientos.

Los recuerdos de la primera vez que lo vio la golpearon con dureza. Fue en el sótano, después de que Nox apareciera. Él venía completa y absolutamente bañado en sangre algo sorprendido con sus poderes.

Como todos, hasta ella misma seguía sin creérselo.

El pasillo se quedó a oscuras de golpe, provocando que sus instintos se pusieran en alerta de golpe. Si iba a cazarla pretendía luchar hasta el final por mucho que no fuera rival para alguien como él.

Camuflándose en la oscuridad, reapareció ante ella provocando que su mano se incendiase a modo de advertencia.

No pensaba dejarse comer así como así.

—Buen truco, pero está visto. ¿Tienes algo nuevo? —dijo Shade sin mucho entusiasmo, como si lo viera todos los días.

Eso la confundió.

¿Lo tenía?

Solo había una manera de comprobarlo…

Eiren agitó la mano deseando que algo nuevo saliera de ella como si de una chistera mágica se tratase. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, la puerta de la habitación que había tras Shade explotó en mil astillas.

Los dos, visiblemente sorprendidos, se miraron, miraron la puerta y volvieron a mirarse.

—Eso está muy bien —la animó.

¿Era idiota?

—Y agradezco que no me lo hayas hecho a mí —prosiguió Shade.

Volviendo la luz, Eiren parpadeó mirando los restos de la puerta que ahora parecían esparcidos por el suelo sin control.

¿Él se lo agradecía?

—Apuntaba hacia ti —se sinceró Eiren.

Eso lo puso serio.

—Bueno, entonces agradezco que tengas mala puntería —reconoció Shade.

La tenía y eso la molestó. Si le hubiera hecho eso al vampiro ahora tendría una preocupación menos y estaría más cerca de la libertad. Su agradecimiento no significaba nada si ahora pensaba cenársela.

—¿Y ahora puedes decirme por qué mi hermano te ha dejado suelta sin correa? —preguntó el vampiro casi iluminando sus ojos.

Estaba en problemas. Realmente lo estaba.

Dando un paso hacia atrás, quiso alejarse todo lo posible antes de que él bajase la mirada hasta sus pies, midiéndola.

—¿Realmente crees que puedes escapar de mí? Soy más rápido.

Era un creído, aunque no le faltaba razón.

—¿Y si te calcino? —preguntó Eiren con una sonrisa inocente.

Shade le devolvió la sonrisa pareciéndose todavía más al gato de Alicia en el país de las maravillas, colmillos incluidos. No era una persona a la que enfadar o retar, lo supo por solo verlo removerse incómodo.

Esperaba que corriera.

Perseguirla y atraparla.

Mientras se agachaba hacia su oído, Eiren tembló luchando por no reaccionar de ninguna manera. No pensaba darle el gusto.

—Corre, diminuta y deliciosa cosa. Dame algo divertido.

Eiren negó con la cabeza.

—¿Y tu seleccionada? Juega con ella.

Su mirada sin alma le indicó que esa mujer no había sobrevivido al sótano, de hecho, él mismo parecía haberse bañado en su sangre para disfrutarlo. Aquello provocó que la bilis escalase por su garganta.

—Eres muy intuitiva, tal y como dijo Nox —rio Shade.

Si quería salir con vida de ese pasillo iba a tener que pelear. Pero, para ello, debía dejar de temblar para ser capaz de pensar en algo más que esos colmillos clavándose en su piel.

—Tu hermano no me ha mordido porque sabe que lo quemaré —anunció Eiren ganando tiempo.

Eso lo confundió unos segundos.

Pocos.

—Yo soy un temerario.

Bien pues. Él se lo había ganado.

Eiren, levantando las manos, las apoyó en el pecho de Shade dejando que su magia naciera por sí misma. El fuego las envolvió prendiendo su ropa a tal velocidad que el vampiro retrocedió siseando.

Entonces… Corrió.

Se lanzó a la carrera mientras escuchaba un tremendo estruendo a su espalda. Sabía que era Shade quitándose la camisa que amenazaba con prenderlo por completo, pero no se giró para comprobar.

Sabiendo que la cazaría más pronto que tarde, lanzó una llamarada hacia su espalda dejando claro que lo quemaría hasta los huesos si la seguía. No iba a ser una presa fácil por mucho que su seleccionada lo fuera.

Derrapando cuando el pasillo se acabó, Eiren luchó por no caer al suelo al encontrarse unas grandísimas escaleras.

Bajando los escalones de tres en tres, echó un brazo hacia atrás proyectando una explosión que hizo volar por los aires una parte del pasamanos de la escalera. Y Shade, que parecía estar cerca, gruñó con ferocidad.

—¡Para! —ordenó.

Eiren reprimió hacerle un corte de mangas.

Sabía que ese lugar era una especie de vestíbulo porque, al acabarse las escaleras, había una gigantesca puerta que solo podía significar una cosa: libertad.

—¡Eiren! —gritó Shade.

Lanzándole otra explosión lo escuchó maldecir en voz alta.

¿Ahora qué?

No era una presa fácil.

Lanzándose sobre la puerta, vio un borrón por el rabillo del ojo. Reconociendo a su captor, esperó poder tener una ventaja más antes de que la atrapase. Por desgracia no pudo hacer nada porque contempló, con impotencia, como Nox aparecía ante ella con una mirada tan fría y letal que le arrancó un jadeo.

Incapaz de detenerse en seco, chocó contra su cuerpo duro. Eiren lanzó un pequeño grito al aire mientras luchaba por pensar una escapatoria.

Ese hombre iba a castigarla.

Manteniéndose mortalmente quieta. Apretó los puños dejando los brazos a ambos lados de su cuerpo mientras su respiración agitada comenzaba a controlarse. Jadeó un par de veces luchando por respirar, pero nada grave.

No lo miró. Rehusó hacerlo y decidió bajar la mirada al suelo como si ese lugar fuera su favorito ahora.

Las manos de Nox cayeron sobre sus hombros con cierta fuerza provocándole un respingo, aunque no hizo el menor ademán de mirarlo. Pensaba seguir así hasta que ese hombre hiciera lo que quisiera con ella.

—¿Y bien? —preguntó Nox tras unos segundos.

Eiren se encogió de hombros notando sus pesadas manos todavía sobre ella.

—Quiero ver cómo la castigas —rio Shade.

Eso sí la enfadó.

Girando sobre ella misma todo lo que Nox le permitió, lo miró con verdadero odio y gritó.

—¡Que te den!

Shade echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajada llena.

Ese vampiro estaba loco.

—Joder, es más sorprendente de lo que esperaba —comentó Shade calmándose con una mano sobre su estómago.

¿Eso era lo que tenía que decir?

¿De verdad?

—¡Intentaste comerme! —le recriminó Eiren.

Quiso encararlo, ir hacia él y calcinarlo vivo mientras todavía se tuviera en pie. Ese hombre le había impedido escaparse, su corazón estaba al borde del infarto y tenía la desfachatez de reírse.

Aunque recriminarle a un león sobre comerse una gacela también podía resultar divertido.

Nox la contuvo en su sitio cuando quiso moverse y, con un gruñido de frustración, se mantuvo allí. Esperando.

—No, no lo hice. Tú lo diste por sentado —explicó Shade.

Eiren parpadeó, sorprendida.

—¿Entonces?

¿Todo ese cardio para nada?

¿Torturaba su comida para que después supiera mejor?

—Quería ver hasta donde llegabas —contestó Shade encogiéndose de hombros como si nada.

Ese hombre la ponía enferma.

Había jugado con ella como si de un entretenimiento se tratase.

—Si hubiera podido te hubiera quemado —confesó totalmente convencida.

—Lo sé, lo he visto.

Lástima que no lo hubiera sentido.

Eso la hubiera hecho feliz.

—Entonces, ¿no ibas a morderme? —preguntó Eiren incapaz de dejar de tratar con Shade.

Era mucho mejor que el monstruo que tenía tras de sí.

—No. No eres mía, no tengo ese privilegio, aunque debo reconocer que me encantaría que Nox me dejase probarte un poco —sonrió Shade volviéndose otra vez como el gato Cheshire.

¿Sabría que se parecía a él?

¿Conocería el cuento para empezar?

Las manos sobre sus hombros se afianzaron con fuerza recordándole que tenía alguien más con quien lidiar. Eiren, que no tenía muy claro qué iba a pasar a partir de ahora, tragó saliva y esperó.

Puede que su suerte se acabase ahora.

CAPÍTULO 12



Palabra de hoy: Inconsciencia.

Si Eiren tenía un defecto en especial, uno a resaltar de verdad, era no pensar antes de actuar. Para cuando su cerebro procesaba la información ella ya había cometido una gran estupidez.

Agitando sus manos, el fuego se expandió a través de su cuerpo como si de una explosión se tratase. Ahuyentando a los vampiros de su alrededor, Eiren llevó sus manos a la puerta principal abriendo directa al exterior.

La violencia de su fuego aumentó cuando la primera brisa de aire puro rozó su rostro.

Supo que debía correr, sus instintos se lo pidieron a gritos, pero se vio congelada en el sitio un par de segundos antes de arrancar a toda prisa.

—¡Señorita! —gritó un hombre cerca de ella.

El corazón de Eiren bombeó tan fuerte que no tuvo oportunidad para seguir pensando nada con claridad.

Era un gran jardín, uno que estaba cubierto de nieve. A su alrededor, se abrió un paraje realmente hermoso que nunca esperó ver. Repleto de setos y árboles, ese lugar era mucho más maravilloso de lo que había podido imaginar.

—¡Señorita!

El fuego a su alrededor se avivó como si de una hoguera se tratase cuando esa voz sonó abrumadoramente cerca. Mirando directamente hacia él, sin dejar de correr, apenas pudo ver a un hombre de mediana edad visiblemente sorprendido.

Era humano.

No poseía ojos rojos.

—¡No os acerquéis a ella! —bramó Nox a su espalda.

La nieve se derretía bajo sus pasos, ayudándola a correr más rápido que cualquier humano que quisiera darle caza. Además, el fuego impedía que los vampiros la tocasen de alguna forma.

Y eso le hizo pensar en la verja del final, la que daba a un bosque que nunca antes había contemplado.

Aquel lugar era el mismo castillo al que había sido invitada para la Gran Noche, aunque ahora

todo era distinto. Ese lugar no se veía desde la entrada, el gran edificio negaba la posibilidad de ver el hermoso bosque que había a su espalda.

Llegando a la verja, abrió empujándola con fuerza y, al salir, notó una sensación extraña. Fue como si acabase de cambiar de mundo o hubiera algo diferente en el aire a partir de ese paso.

—¡Entra ahora mismo! —gritó Nox.

—¡Los monstruos de ese lugar son mucho peores! —gritó Shade.

Eiren se detuvo entonces, casi creyéndolos.

Mirándose a sí misma comprobó de primera mano por qué no podían tocarla. Toda ella era una bola de fuego incapaz de ser apagada. No era de extrañar que, a pesar de sus esfuerzos, todos se mantuvieran a distancia.

—¡Eso lo dudo! —exclamó Eiren mirando a los dos vampiros.

No había monstruos peores que los vampiros.

¿Verdad?

—Eiren.

La voz más suave de Nox llamó su atención. Frunció el ceño, confusa, con un hormigueo en su cuerpo que la hizo sentir bien. Las pulsaciones de su corazón comenzaron a bajar, casi como si comenzase a comprender que no había nada que temer.

—Ven conmigo —pidió tendiéndole una mano.

Ese era un buen plan.

¿Dónde estaría más a salvo que con Nox?

¿Verdad?

Bajando la intensidad de su fuego, Eiren dudó un poco antes de estirar su mano hacia él.

Y, de pronto, el hechizo le estalló en la cara como si de una pompa de jabón se tratase. Enfadada o más bien furiosa, el fuego emergió mucho más fuerte a su alrededor dándose cuenta de su engaño.

De su control mental.

—Buen truco, eso tengo que reconocértelo. Casi haces que caiga —le sonrió verdaderamente sorprendida.

—Es mucho mejor eso a que te escapes —le reconoció él sin atisbo de arrepentimiento.

Ella miró hacia la profundidad del bosque. La verdad era que aquel lugar tan oscuro consiguió ponerle los cabellos de punta, no obstante, era mucho mejor que quedarse como bolsa de sangre en un palacio lleno de vampiros.

—Ven conmigo, Eiren. No hagas estupideces —pidió Nox.

Enarcó una ceja antes de negar con la cabeza.

—Antes preferiría besar a un murciélago rabioso —declaró convencida de sus palabras.

Shade tosió reprimiendo una risa.

—Hombre, no vas mal encaminada después de todo —comentó.

—Ese bosque te hará trizas, Eiren. Puedes no creernos, puedes pensar que solo queremos hacer que vuelvas a tu estatus de prisionera, pero es la verdad. No sabes lo que esconde este lugar —explicó Nox.

¿Y cuál era su mayor defecto?

Efectivamente: no pensar.

Así pues, solo sonrió.

—Prefiero arriesgarme —declaró lanzándoles una ráfaga de fuego que los hizo retroceder al instante.

Después, en clara desventaja porque ellos eran seres paranormales, corrió adentrándose en ese

bosque.

El gruñido de Nox fue tan sonoro que supo que todo el castillo había conseguido escuchar algo semejante.

No le importó, siguió adelante luchando por ser libre.

Escuchando crujidos a su alrededor, serpenteó a través de los árboles. Esquivó y lanzó ataques al aire creyendo así golpearlos. Tuvo claro que no consiguió dar en el blanco, pero eso no la detuvo.

Era libre.

Podía aferrarse a eso.

***

Eiren no estaba hecha para el ejercicio. O al menos eso pensó después de más de veinte minutos huyendo de esos malditos vampiros. Supo, por los gritos, que también se habían unido unos cuantos humanos a la búsqueda.

Hasta Ebony participaba.

Y, para su sorpresa, sus gritos parecían realmente compungidos. Estaba preocupada de verdad.

Adentrándose cada vez más en el bosque el cansancio se hizo demasiado presente como para soportar el fuego. Parte de él se apagó quedando solo un poco en sus manos y sus pies a modo de advertencia.

Quizás así los disuadiera de atacarla.

La oscuridad era total, tanto que tropezó un par de veces con unas pocas raíces que habían salido a la superficie en busca de alimento.

Cuando cayó al suelo una tercera, gimió lastimosamente antes de levantarse. La idea de escapar ya no le parecía tan brillante como hasta entonces. No había rastro de monstruos, pero tampoco de salida.

—¿H… Ho… Hola? —preguntó una voz.

Eiren, llevándose las manos a la boca, reprimió un grito mientras luchaba por encontrar quién hubiera emitido dicho sonido.

Girando sobre sí misma pudo vislumbrar una especie de camino abandonado. Una vez tuvo algo suelo asfaltado, lástima que ahora la vegetación lo hubiera destrozado para regresar a su origen.

Siguiéndolo poco a poco luchó por retener su corazón en su caja torácica.

—¿Al… Alguien pue… puede oírme?

Esa voz.

Era tan familiar.

Caminando hacia ella, Eiren se dio cuenta de que podía ser la peor de sus ideas hasta la fecha. Aun así, necesitó ir hacia allí porque toda ella se lo pedía. Era de imperiosa necesidad encontrarla.

—¿H… Hola?

Entonces la vio.

Encogida como si de un cachorrito abandonado se tratase, una mujer de largos cabellos temblaba en el suelo abrazada a sí misma.

La reconoció al instante.

Para su sorpresa se trataba de una de las chicas que luchó por salvar en el sótano del castillo. Sí, puede que sus generosos pechos la hicieran destacar, pero sus grandes ojos azules también lo

hacían. Era casi como un sello de identidad.

—Ey, hola —susurró Eiren.

Quedándose mortalmente quieta, aquella jovencita miró hacia ella. Y la mente de Eiren se puso en marcha. Había algo distinto en ella, como si le hubieran arrancado una parte importante de sí misma.

Sus ojos azules eran algo especial.

Solo que…

Esta vez…

Eran rojos.

Jadeó dándose cuenta del problema que tenía ante sí.

—Yo te conozco… —dijo la pobre mujer.

Con sus ropas totalmente desgarradas y ensangrentadas, parecía haber vivido un infierno peor que el suyo. Toda ella estaba cubierta de heridas, de barro y sangre que bien podía ser suya o no.

Eiren retrocedió un paso.

—No te acerques a mí —amenazó dejando que el fuego se extendiera por su cuerpo.

La pobre niña la miró con desconcierto antes de asustarse de verdad.

—Tú quisiste ayudarnos… ¿Por qué ahora me temes?

Sintió lástima por su llanto.

De verdad.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Eiren luchando por mantenerse cuerda.

¿Esos eran los monstruos que Shade y Nox dijeron?

Vio en sus ojos un horror peor de ser devorada, gritó con dolor reviviendo los recuerdos de una noche de auténtico horror antes de que todo se fundiera a negro. Después, solo el bosque.

—Me hizo mucho daño y me obligó a beber su sangre… Dijo que sería divertido —explicó.

El estómago de Eiren se revolvió.

¿Era un vampiro ahora?

—¿Tienes hambre?

Entonces la chica comprendió su miedo. Con horror se llevó las manos a los labios y tocó sus colmillos superiores, aquellos capaces de desgarrarla si se lo proponía de verdad.

—¡Oh, no! ¡Jamás te haría daño! Tú quisiste ayudarme. Hiciste todo lo posible para salvarme —explicó entre lágrimas.

No podía creerla.

—¿Y si el hambre te hace morderme?

Que la llamaran desconfiada, pero viajar con una recién convertida en vampiro no le entusiasmaba lo más mínimo. No es que fuera partidaria a donar sangre de su vena por la bondad de su corazón.

Le gustaba donde estaba, ahí, fluyendo entre sus órganos vitales.

—Te juro que no lo haré. He comido algo ya… Creo que era un conejo o un gato. A ti no puedo hacerte daño, has sido la única buena de verdad.

Sus palabras transmitieron tanta sinceridad que el corazón de Eiren se ablandó. No era más que una joven asustada, convertida en un monstruo capaz de devorar cualquier cosa que tuviera pulso y realmente destrozada.

—Vale, bien. Vayamos juntas —aceptó Eiren.

—¿A dónde?

Un disparo resonó en el aire obligándolas a agacharse.

La vampira gruñó mostrando los dientes antes de encogerse y llorar con verdadera

desesperación.

—¡Allí! ¡Casi la tenemos! —gritaron unas voces tras ellas.

Bien.

Era el momento de correr.

Alejando el fuego de su mano izquierda, empujó su cuerpo a seguir adelante. No se lo pensó dos veces, tomó la mano de la vampira y la obligó a correr a su lado mientras parecían ser perseguidas por auténticos malnacidos.

Los disparos resonaron a su alrededor impactando contra el suelo, ramas y troncos de árboles mientras ellas luchaban por sobrevivir. Fue tan aterrador que hubo un momento en el que dejó de sentir todo su alrededor, solo a su corazón marcándole el paso.

—¡Tu fuego! —gritó la vampira.

—¿Qué?

Se miró a sí misma. No había nada de malo en él.

—Los atraes. Eres como una antorcha andante.

Un disparo demasiado cerca de su oído confirmó la teoría de su acompañante. Gracias a su magia tenía una diana en el culo del tamaño del castillo del que acababa de escapar.

—¡Me comerás si me apago! —exclamó Eiren.

Colmillos o balas.

¿Cuál sería su muerte?

—¡No te haré nada! —suplicó la vampira.

No podía creerla porque no sabía de lo que era capaz con su hambre, no obstante, era el mejor plan que tenían. Así pues, después de mirarse a los ojos durante unos segundos de duda, cedió apagándose por completo.

Abrazando a la terrible oscuridad.

Solas.

CAPÍTULO 13



Palabra de hoy: Despertar.

—¡Dile a tus putos hombres que no toquen lo que es mío! —siseó Nox alcanzando al jefe del escuadrón de los humanos.

Ellos llevaban en la zona cerca de tres horas y sabía que era cuestión de tiempo que dieran con Eiren. A pesar de que eran la escoria más baja de la escala evolutiva de su propia especie, sabía con seguridad que dañarían a la joven sin pensárselo dos veces.

—¿Qué hace tu propiedad en nuestro bosque? —preguntó Zion.

Negociar con esos seres era inútil, pero si ese primate escuchaba podría librar a la humana de una muerte cruel.

—Escapó. No sabe lo que hay en este bosque. Es inocente —explicó Nox masticando las palabras.

Inocente no era porque se había escapado.

Cuando le pusiera las manos encima iba a saber el significado de obediencia.

—¿La chica de las luces? Algunos vampiros han empezado a hablar de ella.

Por supuesto que Zion había oído hablar de Eiren. Era un zorro en un gallinero, quizás el más listo de todos los de su estúpido grupo. Aunque su existencia con ellos era pacífica, a veces las cosas simplemente se torcían.

—Esa es —admitió a regañadientes.

Muchos de los humanos subían y bajaban de sus buggies o quads para suministrarse de armas para la cacería de esa noche. Todos tenían un objetivo claro, pero si Eiren entraba en el tablero de juego podía convertirse en la pieza más preciada de todas.

—¿No la has convertido en vampira? —preguntó Zion, midiéndole.

¿Y abrasarse vivo?

Había que ser idiota para hundir sus dientes en ella.

—No. No quiero estropearla convirtiéndola. Me es más interesante con sus poderes intactos.

Esa era una realidad.

—Daré el aviso, pero no prometo nada —dijo como si no le importase nada.

Mentía.

Había visto el brillo en sus ojos en cuanto la mencionó.

Tomándolo del cuello de la camiseta que llevaba, levantó al humano sin demasiados miramientos mientras sus hombres parecían volverse locos y defenderlo apuntándole con sus estúpidas armas.

—Si la tocan arrasaré este bosque árbol a árbol y ejecutaré a cada uno de tus hombres. Después te traeré sus pedazos para que les des sepultura —explicó Nox con una calma absoluta.

Zion tembló.

Sí, ahora estaban en la misma sintonía.

—Está bien, tú ganas —admitió el humano.

Tras soltarlo, el jefe tuvo que hablar con sus hombres para que siguieran con su trabajo, no sin antes indicarles que Eiren estaba prohibida. Aquello se convertía en una misión de rescate.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿La llevo a la puerta de tu gran castillo y la dejó allí con un lazo en la cabeza? Es una persona, no una pieza de carne —explicó Zion apuntándolo con una escopeta.

Sin humor para seguir jugando, Nox tomó el cañón del arma y lo retorció sin esfuerzo hacia abajo, apuntando al suelo como si ese arma siempre hubiera sido de esa forma desde su construcción.

Entonces el miedo se reflejó en sus ojos.

—Los motivos no importan, lo capto. Te la traeré.

—Hasta que salga el sol mis hombres y yo también estaremos en el bosque —explicó Nox.

No pensaba dejarla ahí fuera.

No con todo lo que representaba ese lugar.

—¿Y ya está? —preguntó Ebony—. ¿Dejas que esos humanos la busquen? ¡La matarán!

Estaba furiosa o, más bien, asustada.

—¿No es lo que hacéis vosotros con vuestras presas? Esta es especial por sus luces de colores, pero sigue siendo un entrecot entre vosotros —rio Zion.

Nox movió el mentón desatando a Shade que, hasta entonces, se había mantenido en la absoluta oscuridad, esperando pacientemente. Su hermano, con verdadera diversión, apareció tras Zion y lo inmovilizó.

—Tic, tac, tic, tac, humano —rio hincando sus dientes en su garganta.

No importó lo mucho que se resistió, fue incapaz de moverse porque Nox lo mantenía cautivo con su mirada. A él y al resto de su equipo, los cuales parecían realmente molestos con esa muestra de fuerza.

—Suéltalo, Shade.

A regañadientes, lo hizo.

—Estás verdaderamente bueno, humano —rio antes de volver a camuflarse en la oscuridad de la noche.

Hecha clara la advertencia solo esperaba no tener que explicarse de nuevo.

—Buscaré a esa chica yo mismo, tranquilo —aceptó Zion pasándose los dedos por la herida del cuello con rabia.

A veces debían recordar que eran presas, no amigos.

Que vivían porque ellos lo permitían.

***

—¿Los hemos despistado? —preguntó la vampira, temblando.

Estaba asustada de verdad, casi más que ella misma.

—Si mis padres me vieran ahora… Estaban tan orgullosos de mí —lloró con desesperación.

Estaban agotadas.

No recordaba haber corrido nunca tanto, resultaba aterrador saber que estaban siendo cazadas por lo que fuera que las persiguiera y disparase, eso sin contar con los vampiros que tampoco habían abandonado el bosque.

Eran presas de grupos distintos.

Apiadándose de la joven, se sentó a su lado antes de rodearla con sus brazos y atraerla hacia su pecho. Quiso que se sintiera protegida después de todo. Era solo una pobre mujer inocente que estaba viviendo un infierno.

Durante toda su vida se le había exigido ser perfecta. Toda ella se había moldeado a un sistema absurdo que marcó toda su vida hasta conseguir su gran premio. Y este era tan cruel que no tenía sentido.

Monstruos.

Crueles y despojados de humanidad.

—Tranquila, saldremos de esta —prometió aferrándose a la esperanza.

¿Qué podía decirle?

No quería ser cruel porque la vida ya lo estaba siendo.

—¿Sabes quiénes nos disparan? —preguntó Eiren.

¿Sería el personal del castillo? Aunque le parecía demasiado radical pasar de querer atraparla a matarla, quizás Nox se hubiera vuelto loco.

—Después de que mi seleccionador me convirtiera me desperté aquí encadenada y con una venda en los ojos. Un hombre… Un humano me dijo que corriera, que si era de las últimas en ser capturada el seleccionador y él ganarían mucho dinero —explicó entre temblores.

Aquello fue peor de lo que hubiera esperado jamás.

No solo la Gran Noche alimentaba a los vampiros si no que, encima, algunos se les convertía y se los lanzaba a un bosque para ser piezas de caza. Apostaban entre ellos, humanos y vampiros para enriquecerse con el miedo de inocentes.

—Son unos monstruos… —dijo Eiren con verdadero odio.

Llevaban horas en aquel infierno oscuro quizás ya no tan oscuro, lo que le hizo plantearse algo realmente aterrador.

El corazón de Eiren sufrió un vuelco comprendiendo que no tardaría en amanecer. Eso significaba que tenían poco tiempo para la vampira, la cual se calcinaría sin remedio, muriendo.

—Levanta, vamos —ordenó de forma decidida.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que buscar el castillo. Rápido, antes de que nos den caza —propuso Eiren.

El miedo se dibujó en sus rasgos faciales de forma tan atroz que sintió verdadera lástima por ella.

—¡No! No quiero regresar a ese lugar —lloró la vampira, rota.

Era el mal menor ahora mismo.

—Escúchame bien —pidió Eiren arrodillándose ante ella y acunando su rostro—. Va a amanecer y el sol puede matarte. Ahora eres uno de ellos, hablaré con Nox, le suplicaré, lo que

haga falta, pero prometo cuidar de ti.

Ella no parecía convencida.

—Te quemarás si no nos movemos y no quiero que mueras, ¿me escuchas? Yo puedo hablar con los vampiros y tratar de suplicar clemencia por ti.

Que los dioses la ayudaran.

¿Nox conocería el significado de la palabra piedad?

Pero dado que sus opciones eran casi nulas, de todas las cosas horribles que podían pasarle, esa era la menos mala.

—¿Crees que me aceptarán? —preguntó esperanzada.

A Eiren se le hizo un nudo en la garganta.

—Haré todo lo posible para que así sea, pero tenemos que movernos ahora.

A regañadientes la vampira le dio la mano y comenzaron a caminar. No tenían claro dónde estaban, pero necesitaban ubicarse antes de que el sol les diera la bienvenida a un nuevo día.

—Ves mejor, ¿verdad? —preguntó Eiren.

La pobre chica asintió.

—Necesito que te centres y que me digas si eres capaz de ver el castillo. Necesitamos saber dónde está o estaremos dando vueltas en círculos —le explicó.

Estaba asustada, cansada y realmente en shock, pero hizo lo que le pedía. Era mucho más valiente de lo que aparentaba. Ambas necesitaban salir vivas de todo ese dichoso lío.

Quizás la pudiera salvar después de todo.

Hicieron falta unos largos minutos, además, subirse a un árbol, para localizar el castillo.

—Estamos muy lejos de él —jadeó la vampira descendiendo.

No importaba.

Era la única oportunidad que tenían.

Llevándose las manos a la cabeza, Eiren se apretó las sienes como si así fuera capaz de obligar a su cerebro a pensar.

—Corre hacia él —ordenó, decidida.

La pobre muchacha abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué? ¡No! No puedo dejarte atrás.

Su corazón era demasiado bonito para estar sufriendo aquel infierno.

—Puedes y lo harás.

Volviendo a acunar su rostro cuando comenzó a negar con la cabeza, Eiren puso su frente contra la de ella.

—Escúchame bien, ahora eres más rápida, muy rápida a decir verdad. Ve al castillo, sálvate. Yo llegaré más tarde, a mí el sol no me afecta. Cuando llegues diles que vienes de mi parte, que no te hagan daño, que se esperen a que yo llegue y les explique todo lo sucedido.

Estaba tan asustada que lloró desesperadamente mientras negaba una y otra vez.

Tenía que ser fuerte.

Agitándola para hacerla reaccionar, la miró a los ojos.

—Puedes hacerlo. Eres más fuerte, más rápida y más todo. Corre todo lo que puedas, oigas lo que oigas y entra a ese castillo. ¿Vale?

—No quiero dejarte sola —sollozó la pobre vampira.

La abrazó con sumo cariño. En el fondo era solo una pobre alma aterrorizada incapaz de ver más allá de una muerte atroz. Era su misión hacerla reaccionar, tenía unas buenas cartas sobre la mesa, tenía que usarlas.

—Lo harás. Es tu única oportunidad. Corre.

El sonido de los cazadores comenzó a envolverlas. Pronto darían con ellas si no conseguía sacarla de allí.

—¡Vamos! ¡Ahora! Hazlo por mí. ¡Corre!

La empujó con fuerza instándola a correr, hicieron falta dos empujones más para que la vampira asintiera antes de irse tan rápido que pareció convertirse en un borrón. Claramente no era tan rápida como un vampiro con más años, no obstante, sería lo suficiente como para no caer en las trampas de los cazadores.

Eiren también corrió cuando los escuchó mortalmente cerca.

Habían encontrado sus huellas y la estaban siguiendo como si perros de caza se tratasen, hasta creyó escucharlos reír y fingir aullar como lobos. Aquello le revolvió el estómago.

Ahora solo tenía que seguir adelante, hacia donde estaba el castillo.

Después…

Tal vez sus opciones eran demasiado reducidas como para seguir con vida.

CAPÍTULO 14



Palabra de hoy: Miedo.

El sol comenzó a filtrarse entre los árboles de forma muy lenta, casi agónica. Aquel bosque era tan espeso que representaba una verdadera dificultad para que la luz llegase al interior.

Eiren tropezó con una raíz cayéndose al suelo de forma aparatosa. Gimió reprimiendo un grito mientras las lágrimas mancharon su rostro. Estaba tan agotada que apenas era capaz de pensar con claridad.

La habían estado siguiendo durante lo que le pareció una maldita eternidad. Ellos reían, gritaban y la insultaban diciéndole que la iban a destripar cuando la encontrasen. Lo peor era que los creyó.

Sabía que decían la verdad.

Todavía no podía ver el castillo. No sabía si en algún momento se había despistado y había perdido el rumbo, quizás solo daba vueltas en círculos.

Solo esperó que la pequeña vampira hubiera llegado. Estaba segura de que Nox se habría enfadado con su presencia, solo esperaba que la hubiera ayudado como merecía. Que estuviera a salvo de una vez por todas.

No podía seguir caminando.

Tenía ampollas en los pies, unas que dolían mucho, haciéndola incapaz de centrarse a pensar. Solo deseaba regresar y eso le provocó una risa cruel.

¿Quién hubiera imaginado que tenían razón?

¿La perdonarían al llegar?

Escuchando de nuevo a los cazadores, el corazón bombeó dándole fuerzas para seguir. Una segunda idea se le formó en la mente mientras buscaba a su alrededor una mejor opción.

Encaramándose a un árbol, trepó por él no sin antes resbalarse un par de veces. Lo había hecho alguna vez cuando regresaba a casa después de escaparse. Para subir a su habitación siempre aprovechaba el gran manzano que tenía ante su ventana.

Este árbol era más resbaladizo que su manzano, pero acabó subiendo a una gran rama. Una lo suficientemente gruesa como para poder sentarse en ella. Después, solo permaneció en silencio

deseando de todo corazón que no la vieran.

Aquel árbol era demasiado espeso. Había tenido que apartar pequeñas ramas para lograr alcanzar la que le servía de asiento ahora. Eso lo convertía en un gran escondite para ella.

—¡Eiren! —gritó una voz.

Estremeciéndose de los pies a la cabeza, ella se mordió el interior de sus mejillas luchando por no emitir ruido alguno.

—Jefe, ¿crees que el otro grupo la habrá encontrado antes? —dijo otra vez.

—Tenemos que encontrarla nosotros. ¡Eiren, sal!

Miraron a su alrededor.

No había sido tonta, antes de subir al árbol había esparcido sus huellas por todas partes para despistarlos, lo cual pareció funcionar.

—¡No te haremos daño!

Quiso poner los ojos en blanco, pero se contuvo.

Era humano, lo que la sorprendió mucho más. Lo sabía porque la vampira se lo había dicho, solo que, al verlo, el corazón se le desgarró un poco más. Había conocido a los monstruos de verdad, aquellos seres que solo los veían como alimentos y ahora era testigo de otros.

Unos con los que compartía raza.

—¡Eiren, sal! ¡Tengo comida, agua y podrás descansar!

Eso sonaba tan tentador que lloró en silencio. No se había dado cuenta del hambre y sed que tenía hasta que ese hombre lo mencionó.

Observándolo un poco más se fijó en su pelo corto, apenas en punta con un poco de gomina. Parecía oscuro, al menos lo era desde ese campo de visión. Estaba vestido de militar y lucía aterrador.

Era alto, mucho más que un humano medio y corpulento. Empuñaba un arma de fuego con dos manos mientras miraba a su alrededor convencido de que ese era el punto exacto donde encontrarla.

Ella solo rezó para que se fuera.

—¡Sé que tienes miedo! Yo también lo tendría, Eiren. Tienes que salir. Cuidaré de ti. Tengo ropa limpia, medicinas y una manta bien acolchada para el frío. Estoy seguro de que lo necesitas.

¿Por qué lo sabía tan bien?

La resultó realmente tentador aceptar si no fuera porque hacía escasas unas horas esos hombres la habían estado disparando. Todo lo que decía eran promesas vacías que no quería escuchar.

—Has sido muy valiente, Eiren. Estoy realmente sorprendido. Solo déjame que te ayude.

Parecía tan sincero.

Eso era más cruel todavía.

Necesitaba mantener la cabeza serena. Ese hombre le susurraba palabras bonitas luchando por quebrar su voluntad. Sabía que cuando cayera en sus redes la asesinaría de la forma más terrible.

No podía permitirlo.

—Eiren, puedes creerme. Nadie te hará daño. Sé que lo que has vivido te hace pensar que somos monstruos y seguramente no te equivoques, pero a ti te cuidaré.

Claro.

Como todos.

Los vampiros comían humanos, pero a ella no. Y los humanos cazaban lo que había en su bosque, no obstante y de nuevo, a ella no.

Curioso, ¿verdad?

Era una trampa. Todos la matarían sin importar el bando que fuera, estaba condenada desde que se subió a ese carruaje.

—¿Jefe? —preguntó otro hombre.

Lo vio quedarse quieto, casi como si así pudiera escucharla, solo que no lo hizo. Se pasó la mano por la frente con evidente desesperación y suspiró con pesar. Parecía muy nervioso.

¿Era un cabo suelto?

¿Demasiada molestia para su caza?

—No está aquí —declaró—. Es una chica lista, no nos lo pondrá fácil, pero tiene que aparecer. Seguid buscándola, pronto le empezarán a fallar las fuerzas y será nuestro momento.

Sonó tan frío que un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Nada quedaba de esa voz tan dulce que había usado para llamarla, ahora veía a ese hombre como realmente era.

Un asesino.

—¡Eiren! Sé que eres lista, lo estás demostrando, pero te estás quedando sin opciones. Ven conmigo, descansa y buscaremos una solución.

¿Solución a qué?

—Mi nombre es Zion, soy como tú, un humano.

Y una mierda que eran iguales.

Él estaba matando vampiros recién convertidos y ella solo quería un poco de paz y tranquilidad. No se parecían en nada, no pensaban igual, mucho menos podían ser amigos.

—¡Seguid buscando! ¡No puede haber ido muy lejos! —bramó realmente enfurecido.

Estaba cansado, lo notó en su voz y sus gestos. Las horas le estaban pasando factura al igual que a ella.

—¿Y los vampiros? —preguntó uno de sus hombres.

—Ya habrán vuelto al castillo y los que quedan están a punto de morir por el sol. Ahora solo importa la chica.

En otras palabras: ella.

No le hacía la menor gracia.

Los vio marchar en direcciones distintas, aunque no bajó inmediatamente creyendo que se habrían escondido para sorprenderla. Dejó que el tiempo pasase y, sin darse cuenta, sus ojos empezaron a cerrarse lentamente.

Luchó contra el cansancio, quiso hacerlo con todas sus fuerzas, lamentablemente no lo consiguió.

Y se durmió.

***

Apenas hacía una hora que se había dormido cuando un grito atravesó el cielo. Fue una voz conocida, una que provocó que toda ella se pusiera en marcha inmediatamente aun sin saber si era producto de su imaginación.

Un segundo grito le confirmó que lo que escuchaba era real y aterrador. Se trataba de la vampira, la cual no parecía estar muy lejos de su posición y acababa de ser atrapada.

Maldita sea.

¿Por qué no había ido al castillo?

Bajando a toda prisa del árbol, arrancó a correr hacia ella, quizás tuviera una oportunidad de ayudarla o tal vez solo lo hizo por asegurarse de que no se estaba volviendo loca. Que no se

estaba imaginando aquello.

—Me vas a hacer muy rica, chica —dijo uno de los hombres demasiado cerca.

Eiren se escondió entre los arbustos buscando poder ver aquella situación antes de meterse a ciegas.

Vio a dos humanos. Uno de ellos, corpulento y con aspecto desaliñado, sostenía a la vampira cogiéndola de un brazo. La zarandeó con fuerza antes de propinarle un sonoro guantazo para que dejase de llorar.

—¡Calla! ¡Alertarás a los otros cazadores!

No lo hizo, siguió llorando con auténtica desesperación.

Eso provocó que la arrastrase hacia una zona soleada y la dejase bañarse por aquello que más temía. Todo su cuerpo prendió de golpe, fue tan abrumador de ver que Eiren sintió una arcada.

La vampira aulló de dolor para después ser arrastrada hacia la sombra de nuevo donde el fuego se extinguió. Por desgracia su piel estaba destrozada, echando humo mostrando la gran herida que se le había formado en la espalda.

Hasta la propia ropa se derritió pegándose a ella como una capa más, lo cual parecía algo terriblemente doloroso.

—Si sigues llorando dejo que te tuestes al sol —la amenazó.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, vio como la vampira asentía mientras sorbía los mocos entre temblores.

—Ahora sigue rastreando a la chica o dejo que te quemes un buen rato —la instó.

Entonces lo comprendió.

En algún momento de su huida la habían capturado y la estaban usando para dar con ella.

—¡¿Por dónde seguimos?! —bramó el hombre zarandeándola un poco provocándole más dolor.

Lloriqueó un poco antes de agachar la cabeza, parecía ser consciente de que estaba cerca, muy cerca y eso la sorprendió.

—Yo… Yo no lo sé… —lloriqueó.

Eso enfadó a los cazadores. Vio cómo se hacían señas el uno al otro para que la empujase al sol, escarmentándola.

Gracias a lo espeso que era el bosque, todavía quedaban zonas en completa oscuridad, aunque eso no duraría demasiado porque ya veía al sol abrirse paso poco a poco.

Cuando llegase el mediodía, con el sol en lo más alto, no quedaría zona del bosque sin iluminación. El tiempo se les acababa.

—Tú lo has querido, zorra llorona, toca tostarte al sol.

Eiren reaccionó, provocando una ráfaga de fuego la lanzó hacia los dos hombres, los cuales se vieron sorprendidos por su magia. Con las ropas encendidas soltaron a la vampira y saltaron al suelo rodando para extinguir las llamas.

—¿Qué demonios? —murmuró uno de ellos.

—¿Te gusta la sensación de arder? —preguntó Eiren atravesando los arbustos que hasta entonces le habían servido de escondite.

No pensaba huir.

Ahora tocaba pelear.

—¡Tú! —escupió el que había sostenido a la vampira—. Vas a ser el premio gordo de esta cacería.

El fuego de Eiren la envolvió lentamente desde los pies a la cabeza. Primero fue como si de una cinta se tratase para después convertirse en toda una llama que rugió con verdadera

ferocidad.

—Yo creo que no —sonrió visiblemente enfadada.

No era el premio de nada y la otra chica tampoco.

Agachándose cuando la apuntó con su escopeta, quemó los pies del primer cazador fundiendo sus botas entre sus dedos. No se detuvo cuando aquel hombre rugió de dolor, tampoco cuando la golpeó con la culata de la escopeta en la cara.

Quemó hasta que estuvo satisfecha de lo que estaba haciendo. Después, cuando el dolor amenazó con desmayarla, se alejó un poco de ellos buscando una perspectiva mejor.

Con aquel hombre fuera de combate solo quedaba un cazador.

—¡Corre! —le dijo a la vampira.

La pobre estaba abrazada a sí misma, llorando y temblando mientras su piel luchaba por recuperarse.

—Yo…

—¡Que corras! ¡Ahora!

Obedeció para su alegría, si quedaba una oportunidad para ella debía aferrarse con uñas y dientes.

—Esa zorra morirá pronto, el sol ya casi está en lo más alto —rio el cazador que la hirió al principio.

Ese hombre era su persona menos favorita del mundo, lo cual era mucho decir porque ya conocía a unos cuantos indeseables. La crueldad que había mostrado por alguien que había sido humana le pareció despreciable.

—¿Por qué? Es solo una chica asustada.

El cazador siguió riendo.

—No. Es un asqueroso trofeo que llenará mi estantería.

Suficiente.

Ese hombre merecía morir.

—Y tú, puta, voy a golpearte hasta que pierdas el conocimiento y después pienso follarte una y otra vez antes de entregarte a Zion.

Así que era uno de los hombres de Zion.

El mismo que le había prometido que la cuidaría. Por suerte no se había creído ni una palabra de sus palabras envenenadas.

—Apuesto a que no lo consigues —dijo Eiren.

Yendo hacia ella, recibió una ráfaga de fuego que esquivó con rapidez antes de apuntarla con su arma. Disparó, aunque la bala no llegó a ella, se fundió cuando intentó atravesar su carne.

Barriéndola con sus pies, el cazador la tiró al suelo. El golpe fue tan contundente que perdió el aire de sus pulmones. Tosió en busca de aire dándose cuenta de que todo su fuego se extinguió.

Con horror, luchó por invocarlo de nuevo y fue incapaz de hacerlo.

—¡Estás demasiado cansada para hacer luces de colores, putita mía! —rio.

Mientras escalaba sobre su cuerpo, Eiren se retorció queriendo salir de su agarre.

Él era mucho más corpulento que ella y pareció no notar cuando le lanzaba puñetazos y arañazos. La inmovilizó mientras su mirada excitada y lasciva caía sobre su cuerpo. Aquel hombre estaba completamente loco.

—Me gusta cuando pelean, lo hace más divertido.

Eiren se estremeció. No dejó de pelear cuando las manos de ese hombre tocaron sus pechos y menos cuando quiso descender hasta su sexo. Lanzándole un cabezazo certero a la nariz, lo hizo aullar antes de que usase su escopeta como objeto para contenerla.

Poniéndosela en la garganta como si una vara de metal se tratase, la aplastó obligándola a usar sus manos para no morir allí mismo. Tomó los extremos de aquella arma de fuego e hizo fuerza para contrarrestar la suya.

—Voy a meterme entre tus piernas, zorra. Y si sobrevives, te dejaré con Zion. Si no, cavaré una zanja y nadie encontrará tu cuerpo jamás.

Lo decía de verdad, pudo verlo en sus ojos.

Eiren comenzó a ver un montón de puntitos blancos a su alrededor, los cuales indicaban que le faltaba suficiente respiración como para perder el conocimiento. Si eso pasaba ese ser iba a destrozarla sin piedad.

Debía luchar.

Quizás muriese, pero lo haría llevándose a ese ser.

Concentrando la poca energía que tenía en la mano derecha, lanzó una llamarada directa a la cara del cazador.

Como era de esperar, el hombre se llevó las manos a los ojos mientras el fuego lo consumía y la soltaba lo suficiente como para salir de debajo de su agarre. Se arrastró por el suelo hasta conseguir ponerse en pie.

Entonces tomó la escopeta y le apuntó a la cabeza.

El cazador, de rodillas y con media cara quemada, levantó ambas manos en señal de rendición mientras se reía.

—No tienes lo que hay que tener para sesgar una vida. Eres solo una puta barata.

Eiren no pensó.

Apretó el gatillo volándole la cabeza de un disparo. El retroceso del arma fue tal que notó su hombro resentirse por el golpe y gimió de dolor encogiéndose. Durante unos segundos tuvo que permanecer quieta, aunque no tuvo claro si fue por el dolor o por lo que acababa de hacer.

La magnitud de sus actos la atropelló con fuerza.

Había matado a un hombre.

Incapaz de detenerse para no venirse abajo, giró sobre sí misma y arrancó a correr a toda velocidad hacia el castillo.

No quería pensar.

No podía pensar.

No debía pensar.

Solo correr.

—¡Ah! —gritó a lo lejos la vampira.

Alertada por sus chillidos, fue hacia ella a toda prisa con la intención de acabar con el malnacido que le estaba haciendo daño.

Y, cuando llegó, el alma cayó sobre sus pies sin remedio alguno.

La pobre estaba en una sombra que empequeñecía por el paso irremediable del sol. Eiren miró a su alrededor comprobando, con horror, que no quedaba escondite para ella a metros de distancia.

No era justo.

Nada de lo sucedido lo era.

—No quiero morir… —lloró la vampira—. Quise ir al castillo, lo juro, pero me cogieron cuando me faltaban unos pocos metros y me llevaron hacia ti.

Lo sabía.

Lo había comprendido.

—Nunca les hubiera dado tu ubicación, solo los movía en círculos mientras se enfadaban más

y más. No quería que te hicieran daño —sollozó la pobre huyendo del sol.

No había nada que hacer. La mente de Eiren no estaba preparada para algo semejante, para dejarla marchar después de pelear tan duro por su vida. No quería que eso pasase.

Necesitaban un milagro.

—Lo sé —dijo Eiren, temblando—. Sé que lo has hecho lo mejor que has podido y es tan injusto todo lo que te ha pasado…

Iba a ser alguien inocente, invisible y anónima.

Una muerta más.

—¿Cómo te llamas? Yo Eiren.

No se habían presentado en todo ese tiempo, quitarle el anonimato era lo único que podía darle en un momento como ese.

—Brita —contestó la vampira comprendiendo lo que quería de ella.

Ambas lloraron.

No por dolor, solo por impotencia. Las dos sabían que el final de una de ellas estaba cerca, tanto que parecía terriblemente doloroso. No podían hacer nada, no existía un milagro para algo como eso.

El sol era irrefrenable.

—Quiero que sepas que has peleado como nadie, has sido valiente y fuerte y nunca te olvidaré —jadeó Eiren—. Ojalá hubiera podido ayudarte mejor.

El sol alcanzó su brazo prendiéndolo en fuego al instante. La pobre se retorció y encogió para caber en la minúscula sombra que quedaba.

—No quiero que duela, Eiren… Es demasiado —sollozó Brita.

Bien.

Eso sí podía hacerlo.

Recordando las historias paranormales que alguna vez había leído, recordó que los vampiros podían morir con una estaca en el corazón. Eso era fácil de decir, pero hacer algo semejante la horrorizó.

Sin tiempo para pensar, dejó la escopeta en el suelo y subió a un árbol dispuesta a hacerse un arma para acortar el sufrimiento de esa mujer.

Rompiendo una rama gruesa, la partió lo más puntiaguda que pudo. Además, creyó poderla limar con una roca que encontró en el suelo lo suficientemente grande. Nunca se imaginó que se vería haciendo algo como eso.

—Vale, Brita, esto es lo mejor que tengo, lo siento —explicó enseñándole el arma.

El sol estaba a punto de cubrirla por completo, así que, tomó su asentimiento como un sí y corrió a ella. Luchó por no pensar demasiado en lo que hacía, si se detenía ahora sería incapaz de llevarlo a cabo.

—Lo siento mucho, Brita. De verdad.

—Gracias, Eiren.

Ambas lloraron.

Juntas.

Dándole una mano a modo de consuelo, Eiren apretó los dedos para hacerla sentir mejor. Después, tomó aire y apuñaló a la vampira en el corazón tan rápido que pareció irreal.

Aquella estaca improvisada pareció encontrar el corazón de la vampira rápido, fugaz y casi lo sintió ceder bajo su arma.

Con un jadeo ahogado, Brita se desplomó entre sus brazos. La tomó como pudo y la acompañó al suelo entre sollozos cada vez más sonoros. Completamente rota, se abrazó a Brita

mientras su piel parecía ennegrecerse lentamente.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Repitió esas palabras una y otra vez.

Sin descanso.

Mientras las lágrimas mojaban su piel y la ropa ensangrentada de una mujer a la que ya no le quedaba vida. Después de obligarla a ser perfecta la habían lanzado a los brazos de monstruos que la despedazaron sin piedad.

No importó su vida, tampoco sus logros, solo su sufrimiento.

—Jamás te olvidaré —susurró Eiren.

Convirtiéndose en cenizas, a Brita se la llevó una brisa de aire que pareció acompañarla a un lugar mejor. Entre sus brazos solo quedaron sus ropas, el recuerdo de que una vez poseyó un cuerpo.

Ahora era solo un recuerdo.

Sus padres nunca sabrían el horror que acababa de vivir. Para ellos su niña estaría viviendo una vida de ensueño. Solo Eiren sabría lo que habrían sido sus últimas horas de vida.

Su tormento.

Su dolor.

Y lloró por ella, lo hizo con tanto sentimiento que creyó romperse por dentro. Una parte de sí misma se fracturó en mil pedazos sabiendo que jamás se recuperaría. Nadie le devolvería la inocencia.

No podrían hacerle ver el mundo como algo bueno. Estaba lleno de monstruos horribles que se alimentaban de pobres jóvenes perfectos.

Abrazándose a sus ropas se vació poco a poco, olvidándose de todo lo demás. Necesitaba esos segundos, esos pocos minutos antes de seguir peleando por su vida. Por salir de aquel maldito bosque.

Ahora sí conocía el significado de la palabra miedo. Y este se había afianzado sobre su piel como una bestia salvaje.

CAPÍTULO 15



Palabra del día: Caza.

Ya estaban cazándola de nuevo, solo que esta vez se trataba de dos grupos distintos. Uno de ellos, la rodeó subidos en quads mientras fingían ladrar y aullar como perros en celo.

—Vamos, zorrita, ven con papá —dijo uno de ellos.

Sin dejar de correr, Eiren lanzó un par de explosiones con las que los hizo volcar. Puede que no tuviera fuerzas como para hacerlos estallar por los aires, pero aprovecharía todas sus armas sin pensárselo dos veces.

El segundo grupo, liderado por Zion, parecían seguir una línea diferente.

—Para, te ayudaremos —dijo él.

¡Claro que sí!

Y era tan tonta que se lo creía.

Ese hombre había fumado demasiadas hierbas venenosas como para creerse que pudiera pararse en seco y confiar en ellos.

Dándoles el mismo recibimiento que al otro grupo, los asustó con un par de explosiones. Es más, los hizo retroceder mientras ella seguía adelante con su maldito plan de huida.

—¡No la ataquéis! ¡Es una orden! —bramó Zion a todos.

Al parecer todos los cazadores eran suyos, tanto los que querían violarla y matarla como los que fingían ser hermanitas de la caridad y le prometían comida y agua. A todos los trató de la misma forma, lanzó explosiones que los obligaron a dispersarse para no salir malheridos.

—¡Maldita sea, Eiren! ¡Para de una vez! —le gritó profundamente enfadado.

¿Sería posible algo semejante?

Eiren se ofendió al escucharlo. ¿Cómo podía enfadarse con ella?

¿Acaso tenía que ser una niña dulce y obedecer a pies juntillas?

Después de todo lo sucedido en ese bosque supo que aquellos monstruos estaban mal de la cabeza. No solo la habían perseguido, la habían golpeado, insultado y tratado de disparar, además, la habían obligado a matar a una persona inocente para evitar su sufrimiento.

¿Y ahora tenía que detenerse porque un hombre se lo pedía?

No existía ser en el mundo que la hiciera cambiar de opinión.

Gimió al ver el palacio a lo lejos, fue como si, por fin, una buena cosa le pasase. Ya no le importaba tener que enfrentarse a los vampiros, seguramente ellos le proporcionarían una muerte más dulce que los cazadores.

Quizás por la adrenalina del momento o por la alegría, la magia regresó a ella durante unos instantes a máxima potencia. Y tuvo suerte porque acababa de ser rodeada por los quads del grupo que buscaban hacerle daño.

Sin planteárselo siquiera, Eiren movió ambas manos desatando un cúmulo de explosiones que poco a poco fueron golpeando a los quads que le cortaban el paso. No quiso mirar, tampoco regodearse en si mataba a alguien.

Solo necesitaba llegar al palacio de una vez.

Nunca debió irse.

Tuvo que creerles.

Pero ¿cómo hacerlo si pensaba que los peores monstruos eran los vampiros?

Ya nada podía ser peor.

¡Cuánto se equivocaba!

Una ráfaga de disparos sonó en la lejanía, muchas de esas balas chocaron contra los árboles o en el suelo, lo que provocó que a veces gritase asustada por la cercanía de los sonidos.

Una batalla campal se formó a su espalda cuando el grupo de Zion apareció contra los cazadores que querían hacerle daño. Mientras peleaban entre ellos, Eiren se detuvo entonces con cierta confusión.

Siempre había creído que Zion quería hacerle daño, no obstante, eso podía significar que se equivocaba.

Sin tiempo para seguir pensando en ello, giró de nuevo hacia el castillo y arrancó a correr. Necesitaba salir de ese bosque antes de que este la consumiera. Tarde comprendía el horror que se gestaba entre aquellas ramas.

La de sangre derramada que vivía ese lugar.

Un dolor cegador y agudo en la pierna le arrancó tal grito que creyó desgarrarse las cuerdas vocales. Entonces fue capaz de asimilar que acababan de dispararle. Por un momento creyó perder el conocimiento y cayó de rodillas al suelo.

Llevándose las manos al muslo, la sangre se hizo presente. Al parecer la bala había atravesado su carne dejando un orificio de entrada y otro de salida. Ardía tanto que, cuando quiso hacer presión, su cuerpo amenazó con desmayarse.

—Eres solo una puta, voy a despedazarte.

Un cazador apareció ante ella, armado con un cuchillo de grandes dimensiones. Seguramente era de esos que servían para despedazar grandes piezas de carne y este en concreto quería ser usado en ella.

Jadeando por el dolor, Eiren lanzó una ráfaga de fuego antes de luchar por levantarse. Tiró de su cuerpo hacia arriba diciéndose a sí misma que tenía que salir de aquel dichoso lugar de una vez.

Si hasta ese momento había sentido dolor, no tenía comparación con lo que sintió cuando apoyó el pie en el suelo. Su pierna casi pareció estremecerse por completo al hacer ese movimiento.

Gritó de dolor antes de arrancar a correr. Cojeaba, no podía apoyar bien el pie, pero estaba demasiado cerca para abandonar ahora.

Un disparo pasó demasiado cerca de su oído. Asustada, gritó llevándose los brazos a la cabeza

a modo de protección sin ser capaz de detenerse. Sabía que si se paraba no iba a ser capaz de arrancar de nuevo.

Solo cuando estaba a pocos metros de palacio se dio cuenta de que los vampiros la esperaban. A plena luz del día no podían salir a ayudarla, pero permanecían en la salida de las puertas principales, donde el techo formaba una especie de carpa que los dotaba de sombra suficiente como para no morir calcinados.

Los tres estaban allí.

Nox, Ebony y Shade. Esperándola.

Sus ropas habían pasado por tiempos mejores, lo que le indicaba que habían estado buscándola por el bosque y que, a pesar de haber salido el sol, ellos habían rehusado cambiarse.

Esperando a que regresase.

Si Brita hubiera podido llegar a ellos estaría viva.

—¡Corre! —la animó Ebony.

Eiren quiso llorar.

Por el rabillo del ojo fue consciente de que otro cazador trató de tomarla. Antes de poder tocarla un disparo en la cabeza lo abatió de golpe.

Sabiendo que era contraproducente hacerlo, Eiren miró hacia atrás comprobando que había sido Zion quien la había ayudado. Él seguía luchando con alguno de sus hombres, pero había sido capaz de salvarle la vida.

—¡Corre! —bramó Zion señalando al castillo.

Estaba cerca, demasiado cerca como para rendirse. No le importó lo cansada que estaba, la de heridas que tenía o el dolor que le producía el disparo. Arrastró la pierna como pudo luchando por llegar a palacio.

Un lugar más seguro que el bosque.

Aplacándola por la cintura, un nuevo hombre apareció lanzándola al suelo. Cuando su cuerpo se golpeó contra el suelo el aire abandonó sus pulmones durante demasiado tiempo.

Eiren, aturdida, tosió en busca del oxígeno que le faltaba y se dio cuenta de que tenía al cazador sentado a horcajadas sobre ella. De pronto un puñetazo en la cara le nubló la vista.

Gimió de dolor doblándose hacia la derecha después del golpe. Hasta creyó llorar elevando sus brazos para protegerse.

—¡Zorra! Eres la captura más difícil que he tenido —se quejó el hombre.

Como si eso fuera importante.

Retorciéndose bajo su peso, Eiren luchó por liberarse de él. No fue hasta que él llevó una mano hacia la herida de bala que no se detuvo. El dolor fue tal que gritó de forma gutural, casi rompiéndose en aquel momento.

—¿Duele? —rio metiéndole un dedo en la herida.

Lloró.

Eiren gimió mientras aquella sensación horrible la noqueaba por completo.

Estaba débil, sola y no podían ayudarla.

Iba a morir allí.

«Sigue peleando». Se dijo mentalmente.

El cazador hurgó en su herida haciéndola gritar de dolor de tal forma que su cuello ardió durante unos segundos. Las lágrimas salían sin control mientras seguía retorciéndose bajo su asqueroso agarre.

Y fue cuando movió ambas manos a la vez que el mundo cambió de nuevo. Sin saber cómo, una gran raíz salió del suelo desde detrás de ella y barrió al cazador a toda velocidad

estrellándolo contra el árbol más cercano.

El sonido fue nauseabundo y, mirarlo, fue mucho peor. Había quedado partido en dos, con los ojos bien abiertos, como si no creyera que había llegado su hora de morir.

Girando sobre sí misma, Eiren buscó estar boca abajo para apoyar ambas palmas de las manos en el suelo. Después, empujó con fuerza para ser capaz de ponerse en pie. Gritó mientras el dolor la desgarraba por dentro, pero no se rindió.

Ya no podía correr.

Aquellos metros iban a tener que ser a pie.

Mirando a su alrededor, fue consciente de que la raíz seguía flotando a su espalda como si de una extensión de su cuerpo se tratase.

La usó cuando un nuevo atacante trató de darle alcance. Con pequeños movimientos de muñeca, consiguió que se envolviera en su cuello y lo decapitara al mismo tiempo que Eiren cerraba los ojos para no ver.

Pocos pasos después tropezó cayendo al suelo. El sonido fue menor al dolor, el cual la cegó unos segundos antes de ser capaz de seguir adelante.

Quizás fuera porque estaba perdiendo demasiada sangre o porque necesitaba descansar, sin embargo, comenzó a reír cuando el último de los cazadores apareció ante ella.

No quedaban más, lo sabía porque Zion estaba ejecutando a los últimos desertores de sus órdenes.

Solo quedaba ese.

—Por favor… —susurró Eiren caminando a pequeños pasos.

Cojeaba o, más bien, arrastraba la pierna izquierda mientras el dolor se extendía por todo su cuerpo.

—De nada te servirán las súplicas.

Eiren sonrió negando con la cabeza.

—No estoy suplicando, te estoy pidiendo que te apartes o te despedazaré. Solo quiero descansar.

Ese fue el turno de reír para el cazador.

—Y lo harás, putita, cuando te haya convertido en una preciosa pieza de caza. Un trofeo digno de los mejores.

Comprendiendo que ese hombre no la dejaría marchar nunca, apretó ambos puños de golpe mientras sentía a la raíz en su espalda, casi crujiendo esperando la orden de ataque.

Un disparo atravesó el aire directo a su cabeza. Eiren no le había visto sacar su arma, pero supo cuál era su objetivo. Por suerte, consiguió que la raíz la envolviera en el momento justo.

Clavándose en la madera, esta se retorció algo molesta antes de dejar caer la bala completamente aplastada.

Con la respiración entrecortada, tomó aire profundamente cuando su enemigo arrancó a correr hacia ella. No controlaba su poder, pero podía confiar en él. Cansada hasta el extremo, removió una mano haciendo que la raíz golpease a ese hombre en el plexo solar.

Lanzándolo contra el suelo, Eiren dio un par de pasos más hasta el arma que había dejado caer con el impacto.

Mientras ese hombre murmuraba confuso, se agachó tomando aquella pistola que se sintió genial entre sus dedos. Pesaba mucho más de lo que hubiera imaginado en un principio, aunque no importó.

Apuntándole mientras avanzaba, no articuló palabra alguna; no las necesitaba.

—Eres solo una pieza de caza que alguien devorará, ellos o nosotros —escupió el cazador

mirándola a los ojos.

No contestó, no podía.

Solo disparó.

Después del primer disparo tembló a consecuencia. El sonido fue abrumador y el retroceso no dolió tanto como esperó.

—Eiren… —susurró Zion llegando a su espalda.

Volvió a disparar.

Y después otra vez.

Con rabia, con impotencia, por todos aquellos inocentes que habían muerto en ese bosque y que jamás tendrían la oportunidad de vivir.

—Eiren… —volvió a decir Zion.

Girándose con los ojos llenos de lágrimas, lo apuntó con el arma directamente al pecho. También logró mover la raíz para indicarle que estaría en serios problemas si la atacaba.

No iba a morir allí.

No ese día al menos.

—No soy el enemigo —comentó Zion levantando las manos en señal de rendición.

No lo escuchó, decidió seguir caminando hacia la verja del castillo mientras todavía tuviera fuerza capaz de tenerse en pie. Supo que la siguió por el sonido de sus botas y solo deseó al cielo no tener que seguir peleando.

Cuando llegó a aquella separación de metal, gimió llevando una mano a ella. Tiró de ella abriéndose sin dificultad mientras chirriaba con el movimiento.

—Yo podría ayudarte —susurró Zion.

No quería su ayuda.

No quería nada.

Entró lentamente antes de tomar la verja y cerrar dejándole claramente fuera del recinto. Él no podía entrar, era el señor del bosque. El monstruo que perseguía a los seleccionados que convertían en vampiros.

Era otro monstruo.

—Vete —escupió Eiren.

—Si me escucharas…

—¡Que te vayas! —gritó incapaz de seguir con más cosas sobre sus hombros.

Lo apuntó con el arma en clara advertencia, no quería seguir escuchándolo. Solo necesitaba parar. Quería que el dolor se acabara, que el miedo se esfumara y necesitaba dejar de pensar.

—Qué tan mal lo hemos hecho para que nos creas a nosotros los monstruos de tu cuento —dijo Zion mirándola visiblemente afectado, atormentado—. Lo siento muchísimo, Eiren.

—¡Vete! —gritó apuntándole con el arma.

No pudo avanzar más. Su cuerpo apenas se movió para buscar el muro donde la verja empezaba. Solo entonces, con la espalda contra aquel muro de piedra, descendió poco a poco rompiéndose por completo.

Gritando al cielo, arrancó a llorar como nunca antes.

Se desplomó sobre sí misma mientras el miedo y el dolor la abrazaban como fieles amigos.

Nadie recordaría las víctimas de ese bosque, como tampoco a los nombres de esos elegidos que un día fueron perfectos. El mundo los había tratado con extrema crueldad mientras vampiros y humanos se divertían con ellos.

No lloró solo por ella, lo hizo por todas las almas que nunca antes había podido salvar. Por todos aquellos que sufrieron entonces, que vivieron el mismo horror que ella acababa de vivir.

Recordó a Brita en su corazón, porque sabía que esa mujer había sido un alma buena e inocente que había merecido algo mejor.

Sentada con las piernas extendidas, Eiren se llevó las manos a la cabeza mientras sus gritos y sollozos la sorprendían. Sabía que seguía empuñando la pistola en su mano derecha, pero no la dejó ir.

Era lo único que le quedaba a modo de protección.

Primero se tapó los oídos amortiguando sus propios sonidos. Odiaba sentirse tan destrozada, aunque después se acunó la cabeza como si así encontrase el consuelo que nadie podría darle.

Y, ahogándose en sí misma, tomó todo el aire de sus pulmones y gritó con toda la rabia de su corazón. Estuvo segundos gritando, diseccionándose por dentro mientras el dolor la fracturaba en pedazos tan pequeñitos que nadie la recompondría.

Dejó escapar todos los sentimientos que se arremolinaban en su pecho con ese grito, con ese sonido que pareció hacer temblar al palacio y al bosque entero y a todos los que habitaban allí.

Ningún ser quedó indiferente entonces.

Todos notaron su dolor, compartieron una brizna de ese sentimiento que la despedazó.

Después el silencio la abrazó dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, agotaba.

Exhausta.

—Brita no se merecía lo que le hicisteis… —le recriminó al cazador—. Ninguno de ellos se lo merecía.

Zion tardó unos segundos en contestar abrumado por los acontecimientos.

—Los convirtieron en monstruos, ya no tenían salvación —se justificó.

Eiren lo miró mientras las lágrimas seguían cayendo por su rostro.

—Tú eres el monstruo, ella era un ser maravilloso.

Lo vio aceptar sus palabras mientras asentía. Después, giró y comenzó a irse adentrándose en aquel bosque del horror. Esa era su casa, su hogar, el de unos hombres que cazaban bestias por diversión.

Solo que no eran bestias.

Eran personas.

Inocentes.

No fue capaz de mirar a los vampiros, no podía. Ellos hacían que el mundo fuera amargo y oscuro. Siempre odió la perfección, pero ahora ese significado era mucho más oscuro.

Solo quería desaparecer.

Que todo acabase.

—¿Por qué no entras?

La voz de Zion la sobresaltó, al parecer había regresado a pesar de todo. Quizás llevaba sentada allí demasiado tiempo.

No tenía que contestar, sin embargo, quiso hacerlo.

—¿Me has visto bien? Estoy sangrando. Si te quedas en silencio casi puedes sentir como sus colmillos tiemblan de hambre —confesó Eiren.

Era una presa y una que sangraba.

No pretendía engañarse.

—¿Y por qué no regresas al bosque conmigo? Yo cuidaré de ti —propuso Zion.

Eiren rio.

—Discúlpame, pero vete a la mierda. Tus hombres me han despedazado.

Zion la miró o quizás fue ella quien lo hizo, solo supo que se quedaron en silencio unos segundos.

—Una parte de mis hombres no aceptó mis órdenes. Quise sacarte sana y salva del bosque desde el momento en el que supe que entraste en mis lindes. Aunque me ayudó a seguir pensando lo mismo cuando el vampiro amenazó con comerme.

Eso la sorprendió.

—¿Nox?

Asintió.

—Parecía preocupado por ti.

—Supongo que queda mal que las propiedades se escapen —susurró Eiren casi sin fuerzas—. ¿Por qué me lo cuentas? ¿Qué ganas tú con eso?

Estaba sorprendida, aunque resultaba agradable saber que buscó ayuda para encontrarla.

—Nada, solo pensé que merecías saberlo. Esos tres hermanos entraron en mi bosque recordándome mi posición en el mundo. No me mataron, aunque podían hacerlo, solo para que tú regresases a casa.

Esas eran unas palabras que la aturdieron o quizás es que le faltaba demasiada sangre como para seguir hilando pensamientos.

—¿Por qué me querías con vida? —preguntó Eiren.

Sus ojos seguían llorando y su pecho continuaba buscando aire para seguir viviendo dándose cuenta de que no se veía capaz de parar.

—Me hablaron de ti, de tus poderes y quise verlo.

—Ya me has visto. Ahora púdrete.

—No soy el peor de todos los presentes en tu vida —se justificó Zion.

Hipócrita.

—No es una competición. Eres un monstruo como el resto, aunque gracias por matar a los hombres que querían hacerme daño. Eso te lo debo.

Era justo.

No estaría ahí sin esa ayuda.

¿Y cómo acababa todo aquello?

¿Cuándo su cuerpo se cansaría de llorar?

Luchando por calmarse, por tomar el control de sus emociones, respiró profundamente un par de veces. No vio salida, todo era demasiado oscuro ahora, mucho más de lo que imaginó nunca.

Entonces recordó el arma.

Y tal vez fuera una salida.

Mirándola todavía en su mano, pareció casi completar la pieza del rompecabezas que era su triste vida. Entonces la levantó y la llevó a su sien mientras todos sus instintos le pedían que se detuviera.

¿Y ahora?

¿Qué debía hacer?

¿Rendirse después de todo?

El bosque era un lugar de horror, pero sangraba y los vampiros podían comerla. ¿Quedaba salida después de eso?

Jadeó cuando algo calentito cayó sobre ella. Es más, una mano la echó un poco hacia delante para conseguir que esa tela la abrazase por completo. En ese instante Eiren volvió a abrir los ojos, aturdida.

Un hombre de mediana edad le sonrió como si fuera la persona más especial del mundo.

—¿Qué? —preguntó Eiren.

Ya no podía formar frases. Patética.

—Hola, señorita Eiren, mi nombre es Charles y soy el mayordomo de esta finca. Siento que no nos hayan presentado como es debido.

Era humano. Estaba agachado quedando a su altura para que pudiera verlo bien. Tenía el pelo negro, con alguna cana por la edad, aunque le resultó un hombre atractivo. Sus ojos oscuros como la noche no le parecieron perversos en absoluto, de hecho, le transmitieron calma.

—¿Me permite? —preguntó llevando sus manos a la pistola.

Eiren dudó unos segundos antes de ceder el agarre sobre el arma.

—Muy bien, señorita. Es una idea muy acertada.

Bueno, al menos podría discutir con Nox sobre eso ya que una vez le dijo que no tomaba decisiones acertadas. Ir al bosque había sido una mierda de idea, pero soltar el arma había sido bueno.

¿Verdad?

—Sé que está agotada, lo comprendo perfectamente, señorita. Pero necesita tratamiento médico urgente. No solo esa pierna me preocupa, tiene demasiadas heridas que necesitan ser tratadas de inmediato.

Eiren sollozó un poco.

—Me van a comer…

Estaba asustada.

¿La sangre los atraería como a los tiburones?

—No lo harán, se lo aseguro. Ellos deberían estar durmiendo a estas horas y siguen preocupados por usted. Estuvieron horas buscándola hasta que el sol los obligó a retirarse. De ser posible caminar bajo el sol, ellos hubieran estado allí, ayudándola.

Eiren lloró de nuevo al escucharlo. Nadie podía querer salvarla, se negó a creer que pudieran estar preocupados porque nadie en toda su vida lo había estado. De haber sido su familia sabía que la hubieran dejado morir sin remordimientos.

Nadie podía quererla.

No a la imperfecta Eiren.

Abriendo un termo, el mayordomo pareció llenar algo antes de dirigirse a ella de nuevo.

Tendiéndole una taza con un líquido caliente, el mayordomo sonrió amigablemente guiando sus manos para que la cogiera. No la soltó hasta que vio que tenía suficientes fuerzas como para sostenerla.

—Beba un poco, después, caminaremos hasta el palacio —anunció Charles.

Aquello la horrorizó.

¿Tenía que ponerse en pie?

Olvidando un poco eso, tomó un sorbo de lo que parecía sopa. Gimió dolorosamente y creyó jurar que era lo más sabroso que había probado en toda su vida. Estaba tan sedienta que se quemó un poco al beber un poco más rápido.

—Ha debido de ser un infierno, señorita Eiren. Ellos la escucharon gritar, pelear y llorar, no crea que no saben por lo que ha pasado. Saben que es una luchadora.

Terminándose la taza, tembló.

—Y aun así no pude salvarla —gimió refiriéndose a Brita.

Charles asintió.

—Sé que tiene un buen corazón y que lo intentó. A veces no podemos hacer aquello que más deseamos. Lo siento mucho por usted.

Quitándole la taza con sumo cuidado, la dejó en el suelo junto al termo mientras sacaba una barrita energética. Dudando entre si dársela o no, levantó un poco la manta que había enrollado a

su alrededor para ver su herida de bala.

Después solo la abrió y se la ofreció.

—Coma un poco, pero debemos levantarnos.

Eiren la tomó con ambas manos como si aquel alimento fuera un salvavidas, hasta lo apoyó en su pecho antes de darle el primer mordisco.

—Va a doler… —susurró Eiren.

Sí.

Lo haría.

—Yo la ayudaré —prometió Charles.

Tomándola de la cintura, Eiren supo que no estaba preparada realmente para el dolor que vendría a continuación. Usando las pocas fuerzas de flaqueza que le quedaban, tiró de su cuerpo hacia arriba mientras el mayordomo la ayudaba.

Gritó con auténtico dolor, casi sintió que su estómago se revolvió amenazando con devolver su contenido. Aferrándose a su barrita energética, luchó por seguir en pie cuando todo su cuerpo le pedía caer.

—Lo ha hecho muy bien, señorita. Ahora solo unos pasos —la animó.

No eran solo unos pasos, pero decidió ahorrar fuerzas discutiendo con ese hombre. En su lugar, tomó un bocado mientras luchaba por caminar arrastrando una de sus piernas.

Un paso.

Otro paso.

El dolor era tal que comenzó a lanzar un quejido cada vez que se movían. Se sentía tan mal que llegó a pensar que no alcanzaría la entrada al dichoso palacio.

Entonces unos brazos la envolvieron arrancándole un leve grito, sorprendida. Sin dudarlo, reconociendo su olor, Eiren tembló un poco antes de abrazarse a Nox mientras este la levantaba en volandas.

—Me has asustado —confesó Nox.

Aquello la dejó sin aliento.

No lo miró a los ojos, no pudo hacerlo, solo apoyó su rostro en su pecho mientras parecía flotar en el aire.

—Lo siento —susurró Eiren.

CAPÍTULO 16



Palabra de hoy: Pesadilla.

—Necesita sangre —declaró Ebony.

Lo sabía, pero puede que no estuviera preparado para ello.

—¿Más? —preguntó Shade—. Le acaban de meter una bolsa de la mejor calidad.

Su hermano miró la bolsa con tanta hambre que hasta su estómago rugió en consecuencia.

—Toda esa sangre podría haberme saciado y hemos tenido que metérsela en vena a Eiren —refunfuñó.

No era el más agradable cuando tenía hambre.

—Necesitaba la transfusión —recalcó Ebony.

Recordarle a Shade una y otra vez lo mismo no funcionaba para nada. Él seguía mirando aquella bolsa casi como si sintiera que se había desperdiciado de alguna forma. No se negó, por supuesto, porque una parte de él conocía la importancia necesaria de ese acto.

—¿Y quieres ponerle otra? —preguntó Shade casi ofendido.

Ebony negó con la cabeza.

—No. Sabes que no es eso a lo que me refiero.

Nox sabía bien qué era lo que su hermana proponía. En silencio, caminó hacia el lado de Eiren. Estaba tumbada en una cama de la enfermería, cubierta por una sábana blanca que ya tenía alguna mancha de sangre.

Sus heridas habían sido mucho mayores de las esperadas. En su aventura en el bosque había tenido que pelear tan feroz que pareció ignorar gran parte de ellas. Y lo peor era ese disparo en la pierna.

Dormida así parecía en calma, en paz incluso, pero él mismo sabía que aquella mujer se estaba debatiendo entre la vida y la muerte.

Los médicos habían trabajado en su cuerpo durante horas, tantas que hasta llegó a creer que saldrían a decirle que no había resistido. Para sorpresa de todos, se mantenía con vida.

Aunque con pocas esperanzas.

Odió el moretón que lucía en el lado izquierdo del rostro. De haber podido hubiera asesinado

al humano que le dio un puñetazo. Su piel estaba inflamada y púrpura, casi negra por el impacto.

Eiren gimoteó en sueños, se removió y, al hacerlo, el dolor se reflejó en su rostro.

Ebony y Shade dejaron la discusión al momento, volviendo a ella como si no pudieran abandonarla. Él acarició su frente con los nudillos y con sumo cuidado.

—Nox… —susurró Eiren.

¿Podría reconocer su toque?

—¿Eso es bueno? —preguntó Shade, ansioso, inclinándose tanto sobre la humana que tuvo que instarlo a retroceder.

Con el ceño fruncido, su hermano negó con la cabeza.

—Su pulso es irregular. Sufre —declaró.

Lo sabía.

El bombeo de su corazón resonaba en sus oídos desde el momento en el que la tuvo entre sus brazos. Casi fue como si sus corazones conectasen de alguna forma y ahora no pudiera desprenderse de ese sonido.

Resultaba agotador.

Estar preocupado era molesto.

Después de que Eiren se adentrase en el bosque el caos había girado a su alrededor sin remedio. Fueron a buscar a Zion para advertirle a él y a sus hombres que no era una presa, no debían tocarla.

Y no les importó.

Parte de su grupo la cazó como un trofeo, uno que les daría mucha más reputación de la que ya tenían.

¡Estúpidos humanos!

Buscaron sin descanso, siguiendo cada sonido que encontraron hasta que el sol los obligó a retroceder. Nunca antes se había sentido tan impotente como en ese momento. Regresar a palacio fue cruel.

La escuchó llorar.

Gritar.

Romperse.

Y pelear.

No suplicó, no se rindió o se bloqueó como algunos de su especie hacían.

Cuando encontró a Brita la antepuso a su supervivencia. Veló por la vampira ayudándola cuando más lo necesitaba. No la dejó atrás o creyó que era un monstruo, la animó a llegar al castillo para salvarse.

Y la ejecutó para que no sufriera cuando el sol iba a consumirla.

Ese fue un gran acto de bondad. Uno que hasta pareció conmover a Shade, el cual, al escucharlas en la lejanía, jadeó sin palabras. Algo poco habitual en alguien como su hermano pequeño.

Pero cuando llegó al castillo, cuando estaba a un paso de lograrlo, su magia se reveló. Sus poderes invocaron las raíces de esos árboles que la habían retenido durante un día entero. Las usó a su favor, matando a todo aquel que se acercó a ella.

También disparó.

Lo hizo para sobrevivir.

Creyó ver llorar a Ebony cuando el cazador le metió el dedo en la herida de bala y Eiren rugió al cielo de dolor. Ese malnacido se había llevado su merecido después de todo ese sufrimiento.

Entonces entró.

Regresó a casa.

Y se desmoronó por completo.

Nunca antes un grito como el suyo había significado tantas cosas a la vez. Jamás en sus siglos por el mundo creyó posible ver a una persona romperse en tantos pedazos como lo había hecho Eiren en ese momento.

Lloró vaciándose por dentro y no solo lo hizo por dolor o miedo, lo hizo por todos aquellos a los que no había podido salvar. Nadie sobrevivía o volvía a ser el mismo después de llorar de esa forma.

Eiren había cambiado.

El bosque lo había hecho.

El doctor entró rompiendo sus pensamientos, acompañado por una enfermera, se acercaron a la paciente y los instaron a retroceder. Lo hicieron, aunque Nox tardó en darse cuenta de que les estaba gruñendo como un vampiro infante.

Avergonzado, removió la cabeza como si así pudiera conseguir que sus pensamientos regresasen a la normalidad. Llevaba demasiadas horas sin descansar y eso le estaba pasando factura, seguro que era eso.

—¿Cómo está? Con sinceridad —pidió Nox rompiendo su voto de silencio.

Solo cuando el doctor rehusó mirarlo supo que estaba demasiado mal como para reconocerlo.

—Señor… La señorita Eiren ha sobrevivido a algo impensable… Lamentablemente su cuerpo no parece estar respondiendo.

Esas palabras se clavaron como estacas en su cuerpo.

—Vamos a intentar ponerle una bolsa más de sangre, suero y algún medicamento para el dolor para ver si remonta, sin embargo, no podemos ser optimistas en su estado —explicó el doctor.

Eso no era lo que quería escuchar. Apretó los puños con rabia al oír algo semejante porque necesitaba que sobreviviera.

—¿Qué tipo de sangre es? —preguntó Shade.

El doctor, algo confundido, tardó un poco en contestar.

—Universal.

Shade jadeó lastimeramente apoyándose en los pies de la cama de Eiren.

—La mejor sangre de todas… Sabía que estaba buena solo con olerla.

Ebony no tuvo reparo en propinarle una sonora colleja.

—¡No es momento para eso! —le regañó.

Él, molesto, se acarició la zona de cuerpo atacada y sacó los dientes al mismo tiempo que le siseó a su hermana con fiereza. No era el momento y lugar para eso. Irremediablemente el pecho de Nox vibró cuando rugió como un animal salvaje provocando que sus hermanos bajasen las cabezas de forma sumisa, mostrando que él llevaba el mando a pesar de todo.

—Lo siento, hermano. Lo decía porque tengo alguna cosecha buena de esa sangre. Podríamos usarla con Eiren si la necesita —explicó Shade.

Nox parpadeó, perplejo.

¿Shade compartiendo su colección de sangre? Nunca creyó ver jamás ese hecho.

—Lo lamento, señor Shade. La sangre de consumo vampírico pasa por un proceso distinto de la médica. Por ahora tenemos buenas reservas de sangre, así que, no debe sufrir porque a Eiren se le acabe —explicó el doctor.

Bufó, molesto.

—Quizás deberían descansar. Si hay algún cambio se les avisará de inmediato —ofreció la

enfermera.

¿Descansar?

Cierto.

Hacía dos días que no dormían nada, mantenidos en vilo por la humana que reclamó como suya.

—Ebony, Shade, id a descansar —ordenó Nox.

—¿Y tú? —preguntó su hermana.

Él no sabía qué hacer.

—Yo… —Dudó—. Pondré unos guardias en la puerta y espero que me avise de cualquier cambio sea importante o no.

Su voz sonó mucho más dura de lo que planeó. Hizo temblar al médico mientras luchaba por asentir. No se sintió culpable, quería que todos supieran que sus vidas estaban ligadas a la de la humana.

Así, tal vez, ella mejorase.

***

Dos horas después Nox se vio arrastrado a enfermería de nuevo. Nadie lo llamó, no le alertaron de que hubiera ocurrido algo grave y, aun así, sus pies lo trajeron allí incapaz de descansar.

—Majestad —dijeron al unísono los dos guardias apostados a ambos lados de la habitación asignada para Eiren.

Entró dejando que el olor a sangre fresca inundase sus fosas nasales. Fue embriagador unos segundos hasta que reaccionó. La sábana que la cubría estaba manchada de sangre, una que se hacía más grande a medida que los segundos pasaban.

Yendo a toda velocidad, la levantó comprobando que la herida de bala se había abierto.

—¡Que venga alguien! —rugió.

Casi un ejército de médicos y enfermeras entraron atropelladamente en la habitación. No tardaron en comenzar a trabajar, la sutura había saltado por los aires provocando que la sangre volviera a escaparse.

—Necesita más anestesia —comentó una enfermera a la que prefirieron ignorar.

Solo cuando el primer pinchazo atravesó la carne malherida Eiren se removió con tanta fuerza que desestabilizó al doctor. Aulló al cielo de dolor mientras buscaba con sus manos, a tientas, su herida.

Nox llegó a su lado, tomó sus manos con calma, luchando por no hacerle daño.

—Tienes que dejar que te cosan esa herida —le explicó.

El siguiente pinchazo fue peor, gritando una pequeña explosión hizo impactar a una de las enfermeras contra la pared.

Eiren abrió los ojos, con cierta dificultad, entre lágrimas. Parecía atrapada entre el sueño y la vigilia, como si fuera incapaz de estar en un sitio totalmente y todo aquello le fue mucho más confuso.

—Tenemos que sujetarla —anunció un médico.

Esas palabras, sumadas al miedo que destilaba la humana, la hicieron luchar por salir de la cama.

Las manos comenzaron a caer sobre su cuerpo provocando que ella gritara presa del terror. Gritó, lloró y pataleó mientras sentía la imperiosa necesidad de escapar de ese lugar.

—¡Señorita, no está en el bosque! ¡Esto es necesario para curarla! —gritó un médico.

Nox jadeó.

¿Ella creía que estaba en el bosque?

Subiéndose a la cama, se sentó al lado de Eiren y la envolvió entre sus brazos. Ella se resistió, siendo incapaz de discernir lo que estaba ocurriendo. Solo sabía que debía escapar, huir de ese lugar cuanto antes.

Apoyándola en su pecho, fue firme en sus movimientos, impidiendo que se hiciera más daño del que ya tenía.

—Eiren, estás en palacio. Están cuidando de ti —explicó Nox en su oído.

Sus ojos claros lucharon por enfocar la realidad que la rodeaba y pudo ver cómo no era capaz. Los fantasmas de los recuerdos del bosque se arraigaban sobre ella como lo habían hecho los cazadores.

Vio de soslayo como empezaban a suministrarle un calmante que no tardaría en dormirla.

—Eiren, tienes que dejar de pelear. Vas a estar bien —la animó Nox.

Ella se siguió moviendo un poco antes de reconocer su voz.

—¿Nox?

Él acarició su frente dándose cuenta de que estaba demasiado caliente hasta para ser humana. Indicándoselo al médico, este pareció estar de acuerdo con él cuando puso sus asquerosos dedos en la frente de Eiren.

Rehusó ese pensamiento, ese que le pedía matar a todos los que la estaban tocando en ese momento porque era infantil y estúpido.

—Estoy aquí, Eiren.

Ella quiso girarse para darle alcance, así que, él giró por ella y se quedó justo delante para ayudarla. Lo abrazó con tanta fuerza y desesperación que un jadeo ahogado se escapó de su garganta.

—No me volveré a escapar, lo prometo. No me dejes aquí —lloró temblando tan dolorosamente que algo dentro de él se removió.

Estrechándola entre sus brazos buscó reconfortarla, algo que pareció conseguir a pesar del llanto.

—No volverás al bosque, te lo prometo. Estás en palacio, va a estar bien —prometió Nox.

Ella, casi ocultando su rostro en su pecho, se aferró férreamente a su cuerpo como si este fuera el único lugar a salvo del mundo.

—No me dejes aquí, Nox. Seré una buena propiedad. No me escaparé, no me iré, no…

Con ternura, Nox acarició sus cabellos queriendo demostrarle que estaba a salvo. No estaba en ese lugar, no regresaría a él. Solo necesitaba dejarse cuidar, que los médicos hicieran su trabajo.

—Volvamos a palacio —propuso viéndose incapaz de arrancarla de esa especie de alucinación.

Eiren asintió.

—No dejes que me atrapen. Yo… Yo no quiero seguir matando —suplicó entre lágrimas.

Nox gruñó mientras luchaba por contener sus propias emociones, esas que estaban destrozando su pecho mientras trataba de contener sus lágrimas. De haber podido hubiera hecho arder ese bosque con los cazadores dentro.

—Estoy aquí, estarás bien. Esa parte de los monstruos se ha ido.

—No volveré a escaparme, solo… No me dejes aquí…

Moviéndose hacia delante y hacia atrás cuando notó el sueño llamar a la puerta de Eiren, la

acunó con cariño mientras acariciaba su cabeza una y otra vez. Contra su pecho, ella seguía sollozando, aunque ya parecía no ser capaz de usar palabras.

Poco a poco se fue apagando, como cuando vio el poder de su fuego por primera vez, cuando la reclamó como suya en el sótano.

—Parece, pequeña, que has encontrado el camino a casa —susurró Nox.

Su respiración regular le indicó que Eiren había caído presa del sueño. Rehusó a soltarla unos segundos más, acunándola mientras se cercioraba de que soñaba profundo, olvidando las pesadillas del bosque.

Tal y como predijo, el bosque la había destrozado.

Y lo más sorprendente es que Nox no era feliz por ello.

CAPÍTULO 17



Palabra de hoy: Simbiosis.

Después de lo que creyó que había sido la alucinación más terrible jamás vivida, Eiren despertó después de un largo y profundo sueño.

—¿Hola? —preguntó.

No sabía dónde estaba.

Si mal no recordaba, se encontraba en el hospital, pero ese lugar distaba muchísimo de ser lo que debía ser. Estaba en una habitación muy lujosa, una con una cama casi gigantesca y grandes muebles con ribetes dorados.

—Hola, niña.

Una voz la sobresaltó.

Girando sobre sí misma se encontró a una mujer que creyó reconocer, solo que vestía un hermoso y majestuoso vestido. Parecía preparada para un gran baile, de borgoña y dorado, esas telas se entrelazaban sobre su figura haciéndola bellísima.

—¿Ebony?

No.

No era ella a pesar del parecido más que asombroso que compartían. Puede que fuera rubia igual que la vampira que conocía, pero esta tenía un tono más oscuro. Además, sus labios eran muy distintos, tenían una forma diferente y eran mucho más finos.

Casi como si se parecieran a los de… ¿Shade?

—Te he saludado, criatura —inquirió algo molesta.

Ese tono de voz y la forma en la que frunció el ceño le resultó tan familiar que casi ronroneó: ¡Nox!

—Disculpe, no quería ser grosera. Es solo que… Me recuerda a unas personas que conozco.

¿Cómo había llegado allí?

Bueno, en realidad… ¿Dónde exactamente era allí?

Cuando esa mujer avanzó un paso, Eiren retrocedió uno. No la conocía, pero sabía que tenía

en común con ellos más que su físico. Sus ojos rojos delataban su condición de vampira.

Y no quería que intentase algo indebido.

—¿Asustada?

—Pelearé si lo intenta —amenazó antes de levantar una mano y mostrar una pequeña bola de fuego—. ¿Lo ve?

Efectivamente, lo veía y eso la dejó perpleja. Durante unos segundos la miró tan sorprendida que hasta parecía no ser capaz de reaccionar nunca. Así pues, pasado un tiempo demasiado largo, Eiren apagó su fuego.

—¿Puedes hacer más cosas? —preguntó la desconocida.

Asintió.

Aunque rehusó enseñarle más. No iba a mostrar sus cartas a menos que no tuviera más remedio para hacerlo.

—¿Cómo te llamas, criatura?

—Eiren.

Ella no quiso saber el suyo.

Tenía demasiadas preguntas en la cabeza, todas ellas se arremolinaban bajo una verdad indudable: necesitaba saber quién era ese mujer. Además, podría añadir a la lista el saber cómo había llegado a ese lugar.

—¿Me conoces?

Eiren negó con la cabeza.

—Pero conoces a alguien que se me parece —declaró convencida.

Como si de un baile se tratase, aquella mujer avanzó un paso y ella retrocedió de nuevo. Sabía que eso la molestaba, no obstante, no iba a darle el gusto de tenerla cerca solo porque lo desease.

Tendría que respetar unas normas.

—¿Es familiar del Rey Nox? —preguntó Eiren.

Eso sí la hizo reaccionar.

—¿De qué conoces a mi hijo, criatura?

Retrocediendo hasta que sus piernas chocaron con la cama, Eiren inclinó la cabeza como si toda aquella habitación diera vueltas. Estaba cansada, mucho más de lo que le había parecido al principio.

¿Qué pasaba?

Llegando a ella a gran velocidad, la vampira la ayudó a sentarse en el colchón mientras la observaba con preocupación.

—¿Es su madre? —jadeó Eiren recuperando el aliento.

Ella sonrió con cariño.

—Sí.

—¿Y de Ebony y Shade?

Rio.

—Sí.

Eiren se agachó hasta meter la cabeza entre sus piernas. Durante unos minutos el mundo se movió demasiado rápido. Dolía, hacía frío y la confusión la golpeó con fuerza. Por suerte poco a poco volvió a la normalidad.

Notó la mano de la vampira en su espalda, en círculos, ayudándola.

—¿Mejor?

Eiren asintió.

—Lo siento… No sé muy bien qué está ocurriendo —explicó con sinceridad.

No sabía qué hacía allí.

—Estos viajes a veces son confusos. Imagino que has llegado a mí porque estás al borde de la muerte. Al menos así se me dijo que ocurriría —explicó la vampira con una sonrisa piadosa.

¿Muerte?

Señalando hacia arriba se vio a sí misma en un contexto muy diferente. Tumbada en una cama de hospital, los doctores y enfermeras danzaban a su alrededor luchando contra la muerte.

Se estaba yendo.

—Entonces… ¿Qué es este lugar? —preguntó Eiren.

—Mi hogar. El mismo castillo que tú habitas ahora, pero muchos siglos antes.

La confusión la golpeó con dureza.

—¿He viajado en el tiem…?

La vampira negó con la cabeza. Tratándola como si fuera de cristal, tomó sus manos y las apretó con cierta calidez. Después, se las colocó en el regazo sin intención de soltarla como si ese contacto fuera necesario para no perderla.

—Nos hemos encontrado a medio camino. Creo que yo he venido a ti, mi don me lo permite. Puede que, incluso, tú hayas venido un trozo hacia mí.

Aquello era cada vez más confuso.

Mucho y mucho más.

¿Serían las drogas del hospital? Bueno, los medicamentos y calmantes que le habían suministrado.

—¿Esto es una alucinación? —preguntó Eiren.

Frunciendo el ceño como Nox, la vampira pareció hacer acopio de su paciencia.

—No. Esto es real.

—¿Y por qué no ha venido a la enfermería si quería hablar conmigo? ¿Por qué en sueños?

Sí.

Esa mujer la miraba como si estuviera loca y puede que fuera real.

—Criatura, en tu tiempo yo morí hace muchos siglos.

Y ella estaba a punto de caer por una madriguera siguiendo a un precioso conejo blanco.

—¿Qué eres para mi Nox?

—Un dolor en el culo —escupió Eiren sin pensárselo dos veces.

Recapacitando, rio un poco antes de tragar saliva. Sintió dolor en su pierna, así que, soltó sus manos del agarre de la vampira y se acarició donde le habían disparado. Ardía tanto que jadeó al sentir una herida que no parecía visible.

—Discúlpeme. Vengo de una sociedad en la que nos obligan a ser perfectos y, gracias al esfuerzo, nos seleccionan para una gran Noche de bailes y felicidad para ir hacia la capital. El destino final de una sociedad que no ve que algo falla. No fui seleccionada a mi edad…

Respiró.

—Pero sí ahora. Y, lo que resultó ser perfecto, se convirtió en una noche de horror. Aunque no crea que todo fue malo. Antes de eso, cuando me pareció sentir que algo iba mal, quise tirarme por un balcón.

La vampira abrió los ojos, horrorizándose.

—Déjeme decirle que intenté salir por la puerta y dos veces. Como no me dejaron decidí que era buena idea saltar por el balcón. Entonces el hombre más guapo que yo haya visto me interrumpió y, con su galantería, luchó por llevarme dentro de la sala. Al final acabó cogiéndome porque soy algo cabezona y quise saltar a toda costa.

Sus instintos la habían avisado.

—Nox y yo bailamos y creí que era un cuento de hadas. Fue increíble a pesar de tener la maldita sensación de que algo iba a ir mal. Al final fue así. Ser perfecto solo era para que los vampiros seleccionaran a los mejores y se los comieran.

Los recuerdos fueron tan dolorosos que cerró los ojos al mismo tiempo que apretó los puños sobre sus rodillas. Ese había sido un día aterrador, tan terrible que seguía teniendo aquellos gritos presentes.

—Mis poderes explotaron cuando quise salvar a los demás… Y no lo conseguí. Al final Nox me reclamó como suya y… Aquí estoy… Sin saber muy bien el porqué.

La vampira señaló hacia su imagen, la misma que aparecía y desaparecía mientras estaba en el hospital.

—¿Y cómo llegaste a ese punto? —preguntó.

—¡Culpa de Shade! —gritó y, sonrojándose, negó con la cabeza—. Él me hizo creer que me comería, así que hui… Quisieron pararme y me advirtieron que el bosque me destrozaría, pero yo solo quería ser libre…

Una de las peores decisiones de su vida.

Y mira que tenía una buena colección.

—No es que ellos me hayan tratado mal, la verdad. Ebony ha sido increíblemente cariñosa conmigo. Shade solo jugó a asustarme, en realidad se alegró cuando vio mis poderes nuevos. Y Nox…

¿Él qué había hecho?

—Me salvó en el sótano cuando no podía más. Mató a los suyos para que no se acercaran. Me ató a una cama, pero ha dejado que me asee y me ha dado de comer. No ha sido cruel y es brutalmente sincero. Te dice las cosas sin tener en cuenta el daño que harán. Y… Bueno… Él no me repudió cuando regresé del bosque. Estuvieron buscándome hasta que el sol salió y me cogió cuando llegué a su lado. Y menos mal porque no podía más.

Hablaba.

Eiren hablaba y hablaba como si se fuera a acabar el mundo.

Se dio cuenta de que resultaba muy sencillo entablar conversación con esa mujer o, quizás, todo se resumía a que necesitaba ser escuchada.

—Y si no te han lastimado nunca, ¿por qué huiste, criatura?

Eiren se sintió culpable y la miró casi haciendo un puchero.

—Me dan miedo. Nox no ha negado que quiere comerme y que no lo hace por miedo a que lo calcine. Ellos son capaces de las peores cosas, son asesinos y hablan con bastante tranquilidad sobre lo que les ocurre a los seleccionados. Yo… No quería acabar así. Simplemente pensé que los monstruos eran los vampiros y entré en ese bosque creyendo que todo mejoraría.

Se equivocó.

—Y a pesar de que no me lo merezco, cuidan de mí y no sé por qué lo hacen —concluyó.

Ya está.

Se había vaciado por dentro.

—Entonces, de alguna forma me estás contando que eres la propiedad de mi hijo mayor y que el resto de mis hijos también te conocen. No te muerden, no te dañan y no entiendes qué haces con ellos. Pero, cuando el bosque se hizo algo terrible, regresaste en su busca.

Un resumen algo pobre, pero estaba de acuerdo.

—De todas las opciones la de volver era la menos mala. Quedarme en ese sitio hubiera sido peor.

La vampira sonrió.

—¿Te alegraste cuando notaste la cercanía de Nox?

Eiren negó con la cabeza siendo incapaz de mentir de viva voz. Así pues, la madre de aquel hombre la sondeó con la mirada hasta que cedió.

—Vale. Puede que un poco sí.

No hacía falta confesar algo así, no obstante, tampoco se vio capaz de mentir.

—Entonces, ¿Nox cuidó de sus hermanos todo este tiempo? —preguntó la vampira con esperanza.

Eso la hizo dudar, no podía rellenar los huecos del paso del tiempo desde su época a la suya.

—No sé mucho, pero parece que llevan juntos muchos años. Tienen personalidades muy marcadas, pero parecen encajar —explicó Eiren.

Eso hizo feliz a esa mujer a un nivel que no fue capaz de comprender. Quiso preguntar, pero rehusó porque no tenía las palabras adecuadas. No sabía qué podía saber después de todo.

Ella, en cambio, sí tenía mucho por contar.

—Verás, Eiren, hace muchos siglos el bisabuelo de Nox cometió un crimen atroz. Arrancó toda la magia del mundo, sellándola para que solo los vampiros fueran los amos del mundo. No es que no fuéramos poderosos antes, pero las posibles guerras por el poder con otras especies lo llevaron a cometer la más terrible de las locuras.

Eiren parpadeó luchando por entender todo lo que le decían.

—Condenó a la extinción a cientos de seres que merecían un destino mejor que ese. Muchos luchamos desde entonces para restaurar la antigüedad, el momento en el que la magia se movía libremente por el mundo. Nos nutría, nos hacía mejores y, tal vez, con tiempo hubiéramos sido capaces de encontrar la paz. No se les permitió trazar países, tampoco crear gobiernos o ejércitos. Antes de que esos seres pudieran pensar cualquier cosa, ese hombre se lo arrebató todo. El miedo a lo desconocido lo empujó a sellar a todo el mundo para que los vampiros siguieran siendo los más importantes. No comprendió que los cambios son necesarios, que podríamos haber encontrado el camino.

Las guerras eran algo a temer, pero matar y exterminar para evitarlas le parecía el mismo acto de crueldad. No les dio la oportunidad de crecer, tampoco les concedió el poder de levantarse y equivocarse. Cortó de raíz lo que podría haber sido malo para el mundo sin tener en cuenta que, quizás, la diversidad hubiera hecho que el mundo fuera un lugar mejor.

—Eres una bendición, criatura.

El dolor se extendió por el cuerpo de Eiren a tanta velocidad que quiso gritar. Para su horror, abrió la boca y no salió sonido alguno.

Miraron hacia su imagen en el hospital, la estaban conteniendo porque todo su cuerpo convulsionaba peligrosamente. Todos gritaban a su alrededor, casi se sintió como si de una guerra se tratase.

Entonces lo vio.

Sintió a Nox a su alrededor, aferrándose a ella con fuerza.

—Espero que vuelvas a mí, Eiren, pero ahora tienes que irte —anunció la vampira.

Eiren quiso hablar siendo incapaz.

No sabía volver.

¿Cómo era eso posible?

—Cambiarás el mundo, Eiren, que no te quepa duda. Ahora regresa y sobrevive. Aférrate a eso. Tienes que vivir.

Todo se fundió a negro y poco importó que luchase por alcanzar a la madre de Nox. Sus brazos no se movieron, pesaban tanto que dolía. De pronto notó unos brazos a su alrededor

mientras el mundo giraba demasiado rápido.

¿Y si regresaba al bosque?

No.

Él no permitiría.

—¿Nox? —preguntó, aturdida.

El dolor se arraigó en su cuerpo casi como si quebrase su columna vertebral. Gritó un poco antes de retorcerse agotada entre los brazos de Nox. Su aroma inundó sus fosas nasales mientras buscaba una escapatoria.

—Tienes que hacerlo —lo instó Ebony.

¿Hacer qué?

—¡Lo sé! —gritó Nox.

—Puedo hacerlo yo… —se ofreció Shade.

¿Qué estaba pasando?

***

El mundo se había vuelto del revés desde que Eiren estaba en su vida. Lo imposible sucedía una y otra vez y Nox se veía obligado a actuar por encima de sus convicciones morales.

La humana moría entre sus brazos.

Después del delirio del bosque no habían conseguido estabilizarla. Iba en caída libre a las manos de la muerte si no hacían algo.

—No lo harás tú —gruñó Nox.

Debía hacerlo él.

Colocándose lo mejor que pudo, rodeó a Eiren poco a poco, acomodándola sobre su pecho. Su débil corazón apenas bombeaba sangre suficiente, pronto todos los órganos se apagarían sin remedio.

Los humanos resultaban ser seres frágiles.

—Eiren, escúchame bien, te estás muriendo, pero hay una manera de evitarlo —explicó Nox.

Una que negó hacer.

Una que no había hecho jamás en todos los siglos que llevaba caminando por el mundo. Aun así, estaba a punto de ofrecerse a Eiren. Esa humana estaba consiguiendo algo impensable.

¿Por qué?

—Nox… No importa. Deja que me vaya… Solo te he dado problemas… —susurró Eiren siendo incapaz de abrir los ojos.

El pecho del vampiro se elevó con fuerza dejando que un gruñido se escapase de entre sus labios.

—¡Todos fuera! ¡AHORA! —bramó.

No había excepciones con esa orden. Todos los presentes se vieron obligaros a marcharse por mucho que quisieran quedarse en ese lugar. Lo vio en sus rostros y no le importó.

Necesitaba ese momento a solas.

—No le hagas daño… —suplicó Ebony antes de cerrar la puerta.

No era un monstruo.

¿O sí?

¿Tan mal concepto tenía su hermana de él?

—¿Quieres morir, Eiren? —preguntó Nox atrayéndola más contra su cuerpo.

La humana no contestó inmediatamente. Con miedo, acarició sus cabellos luchando por

escuchar el bombeo de su corazón. Solo cuando detectó sus latidos fue capaz de sentirse algo mejor.

—No, pero…

No existían «peros» suficientes a partir de ese momento.

—Escúchame bien. Eres mía y vas a seguir siendo mía. Te ordeno que hagas lo que te pida ahora que sé que quieres vivir. ¿Vale? —advirtió Nox.

Estaban al borde del precipicio. Podían lanzarse juntos o dejarla morir.

Supo que una parte de él sabía que dejarla morir lo libraría de los problemas que iban a seguir cayendo sin control sobre sus hombros, aun así, no podía hacerlo. No era lo más racional, pero no podía.

La necesitaba con vida.

—Vale —susurró Eiren.

Ahora todo estaba pactado.

—Vas a beber mi sangre. No te convertirá en vampiro si no mueres mientras mi sangre siga en tu sistema. Te ayudará a sanar a una velocidad mayor a la de los humanos y te salvarás.

Eiren luchó sin fuerzas por salir de entre sus brazos. Supo que no era lo que había esperado oír, pero la mantuvo contra su cuerpo por puro egoísmo. Necesitaba sentirla, saber que seguía viva.

Que su corazón latía.

—Eres mi propiedad y yo te ordeno que vivas. Tomo el control de esto, Eiren y te haré beber por mucho que te resistas.

No quería morir, lo sabía.

Y se rindió entre sus brazos.

Acariciando su frente, Nox realmente se tomó unos segundos para asimilar lo que estaba a punto de hacer. Nunca había dado su sangre a nadie, no lo habían probado de esa forma que podía considerarse íntima.

Mordiéndose en la muñeca, abrió una herida lo suficientemente grande como para que empezara a salir.

Entonces elevó a Eiren llevándole la muñeca a los labios e instándola a beber.

—Toma, pequeña —susurró.

Sus labios, algo fríos, tomaron lo que le daba. Dio un pequeño sorbo que le produjo un hormigueo en su pecho, uno que decidió ignorar. Después, tomó un poco más antes de querer separarse.

Nox la contuvo.

—Tienes que beber más.

Ella negó.

—Es metálica… Sabe… A sangre.

Un gran discurso para una moribunda. Al menos sabía que sus papilas gustativas seguían intactas. Para un humano la sangre sabía fatal, pero eso no importaba en un momento como ese.

La notó tener una arcada antes de seguir bebiendo su sangre tal y como le ordenó.

No necesitaba saciarse, tampoco beber una gran cantidad, solo algo más de lo que había tomado.

—Bien, muy bien —dijo Nox notando sus labios en su herida.

Su cuerpo sanó rápidamente, cerrando la herida que se acababa de hacer. Supo que no debía abrirla de nuevo para seguir alimentándola. Con lo que había tomado ella estaría bien.

Lo sabía.

Eiren lamió lo que había sido su herida, limpiándole los restos de sangre o tomando todo lo que quedaba, no tuvo claro por qué lo hizo, pero le gustó. Sentirla de esa forma le arrancó un gemido bajo que luchó por ocultar.

Después, ella se apoyó en su pecho buscando ese contacto que él le proporcionaba.

—Vas a estar bien —prometió Nox.

Eiren respiró lentamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora no puedes morirte o estaremos jodidos los dos.

Tumbándola, quiso marcharse, dar paso a los doctores para que monitorizasen su mejoría hasta que pudieran decirle que estaba fuera de peligro. Esa era su preocupación mayor, la que lo angustiaba con fuerza.

Y, cuando quiso abandonar su cama, ella lo tomó de la mano.

La miró abriendo sus preciosos ojos claros, los mismos que contemplaron los suyos rojos. Por un breve instante solo existieron ellos, el resto del mundo acababa de desaparecer por arte de magia.

—¿Puedes…?

Nox se agachó un poco.

—¿Sí?

Eiren se mordió un poco el labio con cierto dolor. Se removió con dificultad antes de ceder al cansancio y quedarse quieta.

—¿Podrías quedarte un poco más? Sé que tú mandas, que soy tu propiedad, pero me gustaría… Un poco más, por favor.

Algo se calentó en su pecho, la forma en la que le pidió que siguiera a su lado lo descolocó mucho más de lo que hubiera imaginado jamás. En ese momento no era el monstruo al que temer o del que huir, deseaba su contacto como si él fuera su lugar seguro.

Asintiendo, Nox subió a la cama ayudándola a recostarse a su lado. Después, rodeándola con un brazo, la ayudó a apoyarse sobre su pecho. Ambos suspiraron a la vez con ese contacto.

—Gracias —susurró Eiren.

Nox acarició su cabeza.

¿Por qué estaba haciendo todo eso?

—Duerme —le ordenó.

Notó cómo sonreía antes de cerrar los ojos y dejarse llevar por el cansancio más agotador. Y fue entonces cuando Nox se centró en su corazón. Este pasó de débil y marchito a bombear con fuerza.

Su sangre ya estaba haciendo efecto.

Acababa de salvarle la vida.

CAPÍTULO 18



Palabra de hoy: Entendimiento.

Eiren despertó con los brazos entumecidos. Quiso moverlos y, por alguna extraña razón, le fue imposible ejecutar esa acción. Gruñendo, molesta, trató de cambiar de postura y tampoco fue capaz.

—Te harás daño si sigues retorciéndote como un gato —dijo Nox, molesto.

¿Qué hacía él ahí?

Abriendo los ojos tardó en ser capaz de enfocar. La poca luz de la estancia la molestó provocando que siseara volviéndolos a cerrar.

El miedo se le atascó en la garganta de golpe.

Escuchando sus latidos del corazón, notó como todo su cuerpo se había recuperado milagrosamente. Efectivamente beber la sangre del vampiro la había salvado. No había sido agradable, pero los resultados eran increíbles.

Escuchó el sonido de las sábanas al rozar su piel cuando se movió, también el movimiento de piernas que hizo Nox, mirándola a lo lejos. Cruzó una sobre la otra para después dejar descansar sus manos sobre ellas.

¿Cómo podía saber eso con los ojos cerrados?

Jadeó.

Un sonido en el pasillo la alertó. Fueron unos pasos apenas imperceptibles, pero tan sonoros para ella que se sorprendió. Después, centrándose en esa persona, fue capaz de descubrir que parecía inquieto.

¿Era un hombre?

Dudó entre llamar a la puerta o no, lo escuchó levantar la mano para hacerlo, aunque se contuvo finalmente.

—Es Shade y no tardará en unirse Ebony.

Eiren abrió los ojos de nuevo ante sus palabras. Sus ojos quemaron unos segundos antes de adaptarse a ver.

Estaba en una habitación, aunque no en la enfermería y tampoco en la que estuvo cautiva la

primera vez. Esta era significativamente más grande y eso que la anterior ya lo era.

La cama era grande, con sábanas de seda que resbalaban con su toque. El dosel de la cama se erigía de madera de nogal, fuerte y oscura con grandes grabados. Era elegante, mucho.

No quiso ver más.

Se negó a mirar al vampiro que estaba sentado a los pies de su cama, en una silla.

Decidió centrarse en sus manos, las cuales no podía mover. Esta vez no estaban sobre su cabeza, pero sí extendidas hacia las esquinas de aquella cama. Y fue cuando vio lo muy atada que estaba.

—¿Otra vez? ¿De verdad? —preguntó visiblemente ofendida—. Creí que habíamos superado esto.

Nox se encogió de hombros sin importarle lo mucho que lo fulminó con la mirada. Parecía inmune a todo.

—¿Lo hemos superado? —preguntó él con cierto toque pícaro en su voz.

—¡Por supuesto! —gritó segundos antes de quejarse por el sonido de su voz.

Sus oídos sensibles quisieron sangrar por su voz y se estremeció por completo.

No podía ser verdad.

—¿Me has convertido en vampiro?

Estaba realmente asustada con la idea.

—No. Pero mientras mi sangre esté en tu organismo notarás los cambios que separan a los humanos de los vampiros —explicó con calma.

¿Cómo podía permanecer tan tranquilo mientras ella sentía hasta el más mínimo sonido? Odió como la ropa rozó la piel de Nox, también como Shade tragó saliva o como los pasos de Ebony acercándose a su hermano la alertaron.

—Joder… —susurró evidentemente sorprendida.

Había muchas diferencias entre ellos.

—Es abismal el cambio, da miedo.

—Supongo que sí.

Eiren lo volvió a fulminar con la mirada.

—¿Es que no recuerdas nada de cuándo eras humano?

—Nunca fui humano. No puedo recordar algo que no he sido. Procedo de una familia pura, sin transformaciones. Nacemos con esta condición arraigada a nuestros genes.

Aquello la descolocó. Siempre pensó que una vez fue humano, que lo transformaron condenándolo a esa existencia y, para su sorpresa, nunca había rozado mínimamente la humanidad.

Eso explicaba muchas cosas.

—Muy interesante. ¿Y ahora vas a explicarme qué hago atada? —inquirió de nuevo.

Nox rozó las palmas de sus manos adrede molestándola con el sonido. Sabía bien donde golpear. Era un ser realmente perturbador.

—Pretendo tenerte así hasta que mi sangre haya abandonado tu sistema. No me arriesgaré a que mueras —explicó sin más.

¿Por qué eso la enfadaba?

Tiró de las cuerdas sin importar el dolor que le provocaron en las muñecas.

—¡Por supuesto! Porque una eternidad conmigo se te hace demasiada tortura, ¿eh? No es que yo esté deseando ser tu perra el resto de mi vida.

Nox apareció a su lado, tan cerca de su rostro y a tanta velocidad que le arrancó un gemido de sorpresa.

—Y ahí está, la Eiren indomable. Sabía que no tardarías en salir.

¿Y eso qué significaba?

—Por ese motivo no puedo dejarte suelta. Porque eres tan impredecible que morirías haciendo una tontería. Además, has confesado que no esperas ser mía el resto de tu vida, lo cual me molesta más de lo que me gustaría —explicó Nox.

Su presencia la ponía nerviosa. Esos ojos rojos, esa mirada peligrosa, su cabello blanco como la nieve… Sus labios gruesos, ese rostro perfecto de ser paranormal listo para cazarla.

Inconscientemente Eiren apretó sus piernas con la necesidad imperiosa de calmar algo que se había encendido entre ellas. Es más, fue incapaz de dejar de mirarlo provocando que sus labios se entreabrieran un poco.

—¿Tienes miedo de que me escape de nuevo? Seguramente te cansarás de mí en unas pocas semanas. No puedes esperar que sea tu mascota los años que me quedan —contratacó Eiren.

Él no se retiró.

Fijándose mucho en cada una de las reacciones que estaba teniendo, pareció satisfecho con alguna de ellas, aunque no pensaba preguntar cuál de ellas lo hizo sonreír.

Moriría antes de plantearse algo así.

—No vas a ser de nadie más que mía. Eres mi mascota y me servirás obedientemente el resto de tu vida sea corta o larga —declaró—. Además, tienes un historial ya sobre tu cabeza. Por supuesto que sé que intentarás escaparte de nuevo.

Eiren se incorporó lo que pudo encarándolo de frente. Apenas quedaron unos pocos centímetros entre sus rostros. No iba a achantarse bajo aquel ser que podía despedazarla en segundos.

—¿Y pretendes encadenarme siempre? —preguntó.

—Mientras no pueda confiar en ti, sí.

Aquello la golpeó duro en el corazón, aunque luchó por no mostrar reacción alguna.

—¿Por qué te escapaste, Eiren?

Su nombre en sus labios sonaba tan… Diferente.

Fue como si por primera vez alguien pronunciase esa palabra, como si todos los demás lo dijeran mal y ahora solo ese sonido fuera real.

—Sabes por lo que me escapé —comentó Eiren—. Tu hermano cumplió muy bien su papel como asustador profesional. No sabía lo que había en el bosque y pensé que era mejor que quedarme con vosotros.

—Te equivocaste —escupió molesto.

Ninguno de ellos se retiró como si aquello fuera una especie de competición. Frente a frente mientras parecían consumirse el uno al otro.

—¡Claro que lo hice! ¡Eso es más que evidente! Pero no creas ni por un segundo que no volveré a intentar obtener mi libertad. No soy de nadie —bufó Eiren.

Nox se movió rápido y fuerte. Tomándola del cuello, la obligó a retroceder hasta que volvió a apoyarse sobre las almohadas que tenía. Entonces la apretó con cierta fuerza consiguiendo colocarse sobre ella.

—No te convienen esas palabras, Eiren. Para un vampiro la propiedad lo es todo. No sabes lo posesivos que podemos volvernos.

Ella apenas fue capaz de respirar, no por su agarre si no por la intensidad de su mirada.

—Si alguien te toca, te mira o respira tu aire sin mi permiso lo mataré, pero, al mismo tiempo, también espero eso de ti. Tienes que vivir para mí. Soy tu dueño, puedo proveerte una buena vida o una condena. Todo depende de ti.

Bajando hasta sus labios, ambos respiraron el aliento del otro sin tocarse.

—¿Me matarías después de lo que te ha costado mantenerme con vida? —preguntó Eiren, tensando un poco más la conversación.

Jugaba con fuego.

Y podía quemarse.

Tal vez la habitación ya estuviera ardiendo después de todo.

—No sabes lo que otros vampiros hacen a sus mascotas. Podría…

Con su mano libre acarició su clavícula para después descender lentamente entre sus pechos. No los tocó, los sorteó con habilidad mientras el corazón de Eiren perdía el control y bombeaba a toda velocidad.

Después, siguió desciendo para su sorpresa hasta llegar a su pantalón, donde se detuvo en seco.

—Podrías gritar y nadie me detendría. Tomar todo lo que quisiera de ti que las leyes vampíricas no me castigarían. Sé que algunos lo hacen. No todos, muchos prefieren cuidar amablemente de sus mascotas, pero otros son implacables. Yo podría ser uno de ellos. Tomarte una y otra vez, hundiéndome en ti, Eiren.

Ella no dudó.

—Te quemaría si lo intentaras.

Nox rio ante sus palabras al mismo tiempo que asentía.

—Sí. Así eres tú. —Alejándose de su pantalón, su mano se apoyó en el colchón, hundiéndose un poco—. Me considero un hombre justo. No golpeo o violo a nadie. No soy un monstruo, pero si sigues mordiendo la mano que te da de comer…

¿Qué?

¿Qué pasaría?

Eiren solo respiró.

—Pronto tendré que presentarte en público. Esperan que te lleve a algún acto público y debes saber comportarte. Esto es lo que eres, ya hablamos de esto. Esta es tu nueva vida, adáptate o muere, no tengo mucho más que decir al respecto.

Soltando el agarre de su cuerpo, Eiren jadeó ante la falta del contacto. Se retiró de ella tan rápido como vino.

—Si soy tanta molestia para ti como parece, ¿por qué me reclamaste como tuya? ¿Por qué sigo siendo tu mascota? Podrías haberme dejado morir. Te lo puse en bandeja de plata.

Pero se había resistido a la muerte con voluntad de hierro, hasta compartió su sangre.

—Eres un enigma, uno que pretendo descubrir poco a poco.

Su magia.

—¿Todo es por esto? —preguntó encendiendo un par de dedos, lo justo como para no quemar la cama.

No era idiota.

No quería morir.

—Me encantaría poder decirte que sí, que solo es por tu magia, pero prometí que no te pasaría nada antes de ver de lo que eras capaz, Eiren, ¿recuerdas?

Sí.

Antes de que pudiera saltar por el balcón. Todos sus problemas empezaban y acababan en ese acto.

—¿Por qué?

Caminando por la habitación como un animal enjaulado. Nox negó con la cabeza.

—No lo sé. Solo sé que has puesto mi mundo patas arriba y que soy el rey de los vampiros. No puedo presentarme con una mascota desobediente o mostraré debilidad. No puedo permitirme que te escapes, que sepan lo del bosque. Eres un molesto dolor de cabeza.

O de culo como le había dicho a su madre.

—Prometí —empezó a decir Eiren, derrotada— que no volvería a escaparme y pienso cumplirlo.

Al menos por ahora. El bosque no era una opción por mucho que fuera lo primero que tenía a mano. Si quería su libertad iba a tener que encontrar otro modo de conseguirla.

—Hace un momento has dicho lo contrario. Nunca dejarás de intentar ser libre.

—Pero he prometido no volver a irme al bosque. Al menos tienes eso de mí y lo cumpliré.

Nox regresó a su lado, esta vez no la tocó, solo se colocó sobre ella con las manos a ambos lado de su rostro. Estaba conteniéndose, lo supo por cómo apretó los puños antes de empezar a hablar.

—¿Qué me ofreces, Eiren? Habla claro para que ambos podamos jugar nuestras cartas.

¿Eso era un juego?

Era su vida.

—En público seré quien quieres que sea. Enséñame a serlo para no debilitar tu posición de rey. No me escaparé, pero tienes que confiar algo en mí.

Enarcó una ceja nada convencido.

—¿Y cómo propones que eso ocurra?

Fácil.

—No me ates. Déjame que pueda moverme libremente por la habitación o por el pasillo. No me tengas como a un perro y yo prometo mejorar mi comportamiento.

No iba a prometer obediencia absoluta, pero necesitaba no sentirse enjaulada como un pájaro. Podía ser quien él quería que fuera, al menos de cara a la galería. Dentro ya no sabía si sería capaz de contenerse.

Nox la estudió con la mirada demasiado tiempo para su gusto.

—Es imposible. Alguien como tú no puede prometer eso —declaró alejándose.

Eiren estalló de rabia.

—Entonces te prometo una vida de tormento. Pienso estallar una y otra vez y escaparme cada vez que pueda —declaró sonriendo—. Como por ejemplo ahora.

Mientras hablaban había quemado un poco las cuerdas, distrayéndolo lo suficiente como para que no se diera cuenta. Así pues, se puso en pie a toda velocidad mostrándole con quién estaba tratando.

Él la tomó por la espalda, la aprisionó entre sus brazos con fuerza mientras su boca descansó en su cuello.

—Juegas conmigo, mascota y al final te morderé.

—La confianza debe ser mutua, Nox. Yo cedo y tú cedes o nuestra vida será un infierno.

Contestó afianzándola más entre sus brazos. Era suya, lo dejaba claro.

Lo que no comprendía es que Eiren tenía demasiadas cartas bajo la manga y no le importaba usarlas.

Moviendo ambas manos consiguió volar por los aires la ventana que tenían justo ante sí. Reventó junto a las contraventanas a tal velocidad que ambos jadearon por la sorpresa.

Y, cuando el sol se coló por ella, Nox retrocedió rápidamente.

Eiren caminó a toda velocidad hacia la escapatoria que acababa de abrir y salió a esa especie de balcón. Mirando a su alrededor, encontró una forma de escalar hacia el tejado. Por suerte era

el piso más cercano, aunque el más lejano con el suelo.

—¡Eiren, maldita sea! —bramó, furioso.

Ella escaló como pudo hasta subir a lo alto del palacio. Era buena trepando, solo necesitó un par de piedras salientes para conseguir su objetivo.

Y ahora tenía un vampiro enfadado en la habitación.

Quizás no había sido buena idea.

—¡A la que se haga de noche pienso cazarte y no seré gentil contigo! ¡Esta vez vas a comprender lo que significa ser una propiedad! —gritó, furioso.

Eso la estremeció.

Tenía razón. Acababa de cometer una terrible locura.

Shade entró sin ser invitado. Después de escuchar aquellos gritos supo que algo malo estaba ocurriendo en aquella habitación.

Siseó cuando el sol inundó la habitación y consiguió refugiarse en una esquina mientras luchaba por ver a Nox. Este permanecía de brazos cruzados en otra esquina mirando la ventana con verdadera ira.

—¿Y la chica?

Nox, poniendo los ojos en blanco, señaló hacia arriba.

—En el tejado —contestó.

Negociar con ella era realmente difícil.

—¿Y qué hace ahí? —preguntó Shade.

Era más que evidente, pero Nox no se molestó con su hermano. La humana tenía toda su atención.

—Aparentemente, huir de mí —contestó enfadado.

No podía confiar en ella. Escapaba siempre que podía, eso sin contar el riesgo que asumía haciendo esas cosas. Podía resbalar y matarse en cuestión de segundos, convirtiéndose en una vampira.

No quería eso.

—Sabe que vas a cazarla en cuando oscurezca, ¿no? —preguntó Shade.

Y tanto que lo haría. No escaparía de él en cuanto el sol se marchase.

—¡Es lo que trato de decirle! —gritó, pero no a su hermano, si no para que Eiren lo escuchase —. ¡Pero es terca como una maldita mula!

Ella, que había permanecido en silencio hasta entonces, habló.

—¡Que te den!

Fantástico.

Quería retorcerle el pescuezo con sus propias manos.

—Bueno, veo que esto es el paraíso —rio Shade.

Ebony también entró mirando la habitación. Encontró los restos de cuerda, había escuchado la conversación y era más que evidente que podía ver el sol y los cristales rotos.

Los poderes de Eiren mejoraban considerablemente.

—¡Eiren! ¡Deberías bajar! —gritó Shade, advirtiéndola.

A ella no pareció importarle que dos vampiros estuvieran diciéndole qué hacer.

—¡Que te den a ti también! —contestó sin remilgos.

Ambos rieron, tanto Shade como Nox. Fue como una forma de desestresarse. Esa mujer era imposible.

—Sí, el paraíso —anunció Nox.

CAPÍTULO 19



Palabra de hoy: Alucinación.

—¿Algún plan para hacerla bajar? —preguntó Ebony.

Sus hermanos se miraron entre sí encogiéndose de hombros.

—¿Y bien? —inquirió Ebony.

Nox salió de la habitación. Tenía que llamar al personal para que se encargase de la reparación de la ventana lo antes posible. Lo demás no era relevante o al menos no podía arreglarse en ese momento.

—¿Nox?

—¿Qué, Ebony? No puedo subir a buscarla. O baja por ella misma, se mata o espera a que anochezca. Sea como fuere, volverá a mis manos. Además, todos sabemos por qué se comporta así.

Lo sabían.

Y ese era uno de los motivos por los que la había atado en un principio. A partir de ahora usaría grilletes en vez de cuerdas, dada su facilidad por quemar sus ataduras con sus poderes.

—¡Oh! ¡Claro! ¡Está de subidón! —exclamó Shade.

Efectivamente.

No era ella misma, no podía serlo por la cantidad de sangre de vampiro que llevaba en su organismo.

Estaba presa de los efectos de aquella sustancia que bien podía ser una droga para los humanos. Todos sus sentidos estaban casi al 300%, además, la euforia recorría sus venas como un caballo de carreras.

No podía pensar.

No podía recapacitar.

Ahora era peligrosa para sí misma porque su mente estaba desconectada de toda lógica.

—No recordaba que para los humanos nuestra sangre es todo un viaje —bromeó Shade—. No me extraña que esté allí arriba. Lo raro es que no esté viendo unicornios de colores.

Debía ser rápido con ella a partir de ahora. Reaccionaba rápido, sus instintos le decían dónde golpear y conseguía algo efectivo. Esta vez era por la culpa de la sangre, pero en el bosque fue su propia supervivencia.

De mente rápida como Eiren parecía, era capaz de cualquier cosa.

Muchos dueños de mascotas humanas se divertían drogándolas con su sangre. A veces hasta los hacían pelear entre ellos o tener sexo para diversión de sus amos. Su sangre conseguía que fueran capaces de cualquier cosa.

Y ahora estaba en el tejado de palacio.

Caminando por el pasillo escuchó los pasos de Eiren. Siguiéndola inconscientemente fueron juntos durante un buen rato, hasta sorteó alguna claraboya por miedo a caer al vacío por uno de esos cristales opacos.

—¿Cuánto crees que le durarán los efectos? —preguntó Ebony a su espalda.

—Fácilmente unas ocho horas, después caerá rendida y amanecerá con una dolorosa resaca.

Siguiéndola, los tres, porque Shade se les unió, fueron viendo que caminaba con cierta dificultad. A veces se detenía, giraba un poco y seguía adelante. Seguramente el efecto de la sangre estaba llegando a su cúspide más alta.

¿Tendría alucinaciones?

—Va al invernadero —declaró Nox, convencido.

Aquel lugar, que había sido el sitio especial de su madre, llevaba mantenido desde entonces. A esas horas del día ellos no podían ir, pero corrieron hacia allí para verla a través de los cristales transparentes.

—Va a matarse. ¿Es que no lo ve? —preguntó Ebony, desesperada.

—No es capaz de hacerlo.

Había mantenido la esperanza de poder hablar con Eiren antes de empezar con los efectos. Lamentablemente, cuando la vio escuchar a Shade en el pasillo, debió darse cuenta de que ya estaba bajo los efectos.

Saltando a uno de los cristales, la respiración de los tres se atascó en sus gargantas. De haber podido hubieran sufrido un infarto en aquel mismísimo instante.

Eiren había saltado no tan inconscientemente, al menos no del todo, había elegido el cristal que estaba sujeto por una gran viga. Y después, siguió caminando como si buscase algo en ese lugar.

—Jamás tendré una mascota humana —sentenció Shade.

Nox solo gruñó.

***

Momentos antes, nada más escapar…

Eiren ya estaba terriblemente arrepentida y sabía que eso no iba a significar nada para Nox. Acababa de morder la mano que le daba de comer y sabía que el castigo le llegaría.

¿Cómo podía ser tan idiota?

Se sentó en el tejado dejando que el sol calentase su piel. Esa sensación la hizo sentir mejor, fue como rozar el paraíso con los dedos. Durante unos breves instantes el mundo desapareció.

Ronroneó embriagada por ese calor dejándose llevar.

Los minutos pasaron mientras el canto de los pájaros sonaba de fondo. Para cuando abrió los

ojos de nuevo contempló el mundo de nuevo, como si este se le presentase por primera vez.

A su derecha vio la sociedad perfecta que conocía. Los edificios todos iguales, la gente yendo y viniendo al mismo paso, vestidos de forma idéntica. Y a su izquierda el bosque, uno que le había arrebatado algo más que sangre.

Y en el centro estaba el palacio y sus tierras.

¿Cómo podía el mundo ser tan diferente?

Poniéndose en pie caminó un poco por el tejado teniendo cuidado de no caer. No decepcionaría más a Nox, no voluntariamente al menos.

Los colores se intensificaron a su alrededor. Hasta una música comenzó a sonar invitándola a bailar. Quiso resistirse, luchó por hacerlo, pero cedió moviéndose un poco al compás.

Y, como si de magia se tratase, unas pequeñas luces brillaron a su alrededor. Quiso tocarlas, no obstante, huyeron de su toque para después comenzar a serpentear lo que parecía un camino a seguir.

Eiren caminó entonces en esa dirección sin tener muy claro qué sucedería después. Una parte de ella le dijo que se mantuviera quieta, que regresase al interior. Fue a hacerle caso, lo intentó con todas sus fuerzas, pero algo la atrajo más instándola a perder el control.

Siguió el camino con verdadera curiosidad.

¿A dónde se dirigían?

A lo lejos vio una estructura de cristal, tan hermosa que pareció maravillada al instante.

Si ese era el lugar de destino no tendría problemas en ir a visitar ese lugar.

Avanzando paso a paso tuvo la sensación de que no estaba sola, como si Nox estuviera cerca, pero era imposible. No podía salir al exterior, el sol lo calcinaría vivo como vio con Brita.

Era un invernadero.

Un precioso y hermoso invernadero.

Nunca antes sus ojos habían presenciado un lugar tan hermoso, repleto de plantas de todo tipo y flores exóticas que no conocía. A pesar de estar en el exterior sabía que ese lugar era increíble.

Eiren frunció el ceño al ver una persona en su interior. Una que creyó reconocer.

—¿Paola? —preguntó en voz alta.

Esta pareció sentirla.

Miró hacia ella y le sonrió cálidamente. Es más, levantando una mano al cielo la saludó con ternura.

Eiren saltó al invernadero antes de ser consciente de lo que hacía. Después, caminó un poco más hasta dar con un saliente en pendiente. Se deslizó por él como si de un tobogán se tratase hasta un balcón.

—¿Paola?

Su hermana le indicó que entrase.

Bien, eso era fácil de hacer.

Tomando el pomo de la puerta de aquel balcón, la cerradura cedió entre sus dedos dándose cuenta de que no estaba cerrada con llave. Entró sin miedo a nada, su hermana no podía dañarla.

—Eiren, te he estado esperando —dijo su hermana.

—¿Qué haces aquí?

Estaba en una plataforma con unas escaleras, así que las tomó y bajó poco a poco hasta que estuvo en el piso inferior.

Aquel lugar era mucho más grande de lo que parecía en realidad. Con tres pisos de altura, todo cubierto de bellas plantas. Alguien cuidaba ese lugar con tanto esmero que quiso conocerlo.

Una planta de colores azules llamó su atención. Despistándose de lo que hacía allí, caminó

hacia allí con alegría.

—¿Ya te has olvidado de mí? —preguntó Paola.

Eiren parpadeó volviendo a la realidad. De hecho, un leve pensamiento atravesó su mente un par de segundos: no era real. Estaba en una especie de trance del que no podía escapar.

Lamentablemente ese pensamiento se esfumó.

—¿Cómo podría olvidarme de ti? —preguntó, ofendida.

Era su hermana y, aunque no hubieran tenido la mejor relación de hermanas, seguía en su corazón allá donde fuera.

—¿Y por qué no te escapas de Nox? Vuelve a casa —pidió Paola.

Lo que parecía una buena idea se convirtió en un plan de mierda. No podía regresar, no había lugar para ella en ese mundo perfecto. No pertenecía, si es que alguna vez pudo encajar en él.

—No puedo. Además, no quiero enfadar más a Nox.

—¿Qué te importa ese vampiro?

Paola fue tan despectiva con él que deseó con todas sus fuerzas golpearla con lo primero que tuviera a mano. Por suerte respiró y se contuvo lo suficiente como para seguir la conversación.

—¿No lo entiendes? ¡No puedo seguir forzando su mano! ¡Me matará!

Y no quería enfadarlo más.

Él había sido bueno con ella, no se merecía más problemas.

—¿Ahora tienes miedo? —preguntó Paola.

Eiren se llevó las manos a las sienes, las apretó con fuerza mientras trataba de entender qué hacía allí su hermana. ¿Cómo no era capaz de comprender que no podía seguir enfadando a Nox?

Ella no quería.

—Tú no eres real, eres un producto de mi imaginación —sentenció Eiren.

Miró a su hermana y casi pareció aparecer y desaparecer al instante. Fue un leve parpadeo, pero fue consciente de que ocurría. Pasó de llevar su ropa de la universidad para lucir el vestido que había elegido a la Gran Noche.

Aquello no podía ser real.

Eiren jadeó en busca de aire.

¿Qué estaba pasando?

—Eres imperfecta —sentenció Paola.

Eso le arrancó una risa amarga.

—¿De qué coño te sirvió ser perfecta, Paola? Hubieras muerto en el sótano o en el bosque. ¿Crees que esto es lo que merecías?

Ella no tenía ni idea del infierno del que se había librado. Ahora tendría oportunidad de una gran vida gracias a la equivocación de seleccionar a Eiren. Aquella boba no valoraba la suerte que había tenido.

—¡Me robaste mi puesto! —gritó Paola.

No quería escucharla.

No podía pelear.

Necesitaba que el mundo se detuviera un segundo, solo un instante para saber qué estaba ocurriéndole.

—¡Calla! —gritó Eiren con todas sus fuerzas y cerrando los ojos.

—Asesina.

Aquella voz la obligó a volver a abrir los ojos. Mirando al sitio que había ocupado Paola hasta hacía bien poco, vio a Brita con sus ropas desgarradas y cubierta de sangre como en el bosque.

—Brita, te juro que… Yo lo intenté. Me hubiera cambiado por ti. No merecías morir.

—Pero lo hice porque tu vida era más importante. Fue tu culpa. Si no hubiera vuelto a por ti estaría a salvo.

Eiren quiso retroceder, lo intentó, pero su cuerpo no reaccionó.

—¿De qué sirven tus buenas intenciones si después no ocurre nada bueno? ¡Me intentaste salvar la vida dos veces y las dos morí por tu culpa!

Luchando por respirar, ella se llevó una mano al pecho para tratar de amortiguar el dolor que sentía. Brita tenía razón, por mucho que doliera sus palabras eran reales. No había conseguido nada.

Era un fraude.

Débil y estúpida que ponía en peligro a todos los que estuvieran a su alrededor.

***

—Madre mía el viaje que está teniendo. Está jodida de verdad —jadeó Shade.

Estaba sufriendo alucinaciones y por cómo iba la conversación Brita estaba entre las personas que se le aparecían en ese instante. Al parecer no salvar a la vampira le había pasado una factura que no conseguiría pagar jamás.

—La culpa puede ser nuestro peor enemigo —sentenció Nox.

Y así era.

Eiren estaba sufriendo por eso.

Era una humana a al que habían criminalizado por ser diferente. Lo era, era indudable, pero en su mundo eso era un crimen atroz. Atormentándola toda su existencia, eso debía pasar factura en un momento como ese.

Sumado a Brita, la chica que no pudo salvar en ningún momento. La sangre de Nox estaba convirtiendo su existencia en pura agonía.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Ebony.

—No. Debe pasar el efecto —explicó Nox.

Pelearía consigo misma hasta que todo regresase a la normalidad.

—Si volviera atrás no sé qué podría cambiar para conseguir salvarte, de verdad… —dijo Eiren.

Nada.

El destino de Brita había estado sellado en el mismo momento en el que su nombre entró en la lista de seleccionados. Era estúpido creer que podría haber hecho algo para cambiarlo.

Estuvo cerca, eso sí.

No lo suficiente.

Su dolor era fuerte, podían escuchar su corazón romperse con cada cosa que su imaginación le decía. Era ella misma atacándose, sabía los puntos de presión adecuados para quebrarse.

—¡BASTA! ¡NO ERES REAL! —gritó Eiren con las manos en los oídos.

El suelo tembló por sus poderes. Sus sentimientos se filtraron por cada rincón de palacio mientras intentaba salir de ese trance.

—Sabe que no es real —susurró Shade.

—No importa, sigue doliendo lo suficiente como para afectarle —recalcó Nox señalándola.

Lloraba.

Estaba temblando de los pies a la cabeza mientras se sujetaba una cabeza que le jugaba malas pasadas. Rota, no fue consciente de que las plantas de su alrededor habían reaccionado a su magia.

Volviéndose más altas y lustrosas parecían haberla envuelto como si de una protección se tratase.

Huyendo de sí misma, Eiren se escondió debajo de la mesa de semillas que encontró. Se encogió hasta ser casi invisible y se volvió a coger las sienes como si así fuera capaz de espantar a los fantasmas.

—¿Señor? —preguntó Charles a su espalda.

Giró hacia él a pesar de que lo único que deseaba es ser capaz de atravesar el sol para dar con Eiren.

—El señor Reese viene para reunirse con usted tal y como le avisó con la misiva. Ya está aquí —explicó.

Santa mierda.

Después de lo del bosque había olvidado que Reese se había citado en palacio para hablar de temas del congreso. Para evitar ataques siempre se reunían de día, usando un carruaje preparado para el traslado.

Y ahora tenía que atenderle.

—Dígale que voy enseguida.

—Por supuesto, señor.

El humano se marchó a toda prisa para atender a Reese.

Los problemas se multiplicaban solos porque estaba convencido de que iba a querer ver a Eiren. Alegaría que estaba castigada o cualquier estupidez, no podía arrastrarla en ese estado hacia esa reunión.

—Vigiladla —ordenó antes de marchar.

Necesitaba sangre o algo fuerte que calmase su humor.

Lo antes posible.

CAPÍTULO 20



Palabra de hoy: Resurgir.

Ebony supo que estaban en serios problemas con la visita de Reese. No iban a tratar solo tema políticos. Ese vampiro era demasiado listo como para preparar una reunión bajo ese pretexto.

Quería a Eiren.

Los rumores decían que estaba buscando el apoyo de otros políticos importantes para preparar una querella contra el Rey. Reese había sido el primero en reclamar a Eiren, lo que lo convertía en su dueño, pero Nox había pasado por encima.

Podía hacerlo, por supuesto, lamentablemente iba a sufrir cierta resistencia.

Si ahora no la veía, si alegaba que la estaba maltratando o no tratando a consecuencia podían preparar un consejo de guerra.

A pesar de ser rey podían quitársela.

—Tenemos que hacerla reaccionar —indicó Ebony.

—¿No la ves? Está fuera de juego —contestó Shade.

Lo estaba.

Escondida bajo el semillero, apenas podía ser capaz de hablar o caminar. No estaba en condiciones de ser una persona coherente.

Y eso era un gran problema.

—Se la quitarán, Shade. Y él la destruirá. Además, sabes lo que madre nos dijo. Tenemos que ayudarla.

Su hermano gruñó, molesto.

—Podría matar a Reese.

Negó con la cabeza ante la ocurrencia. Matarlo ahora levantaría sospechas sobre los motivos, no era tan fácil hacerlo sin enfrentarse a un levantamiento del resto de señores vampiros.

—Señorita, tal vez pueda ayudar… —se ofreció Charles.

¿Qué podían perder?

—Díganos.

—Café. No saldrá de ese estado por completo, pero puede que sea más o menos funcional —

explicó llevando un termo entre sus manos.

Aquel hombre era mágico más que cualquier humano que hubiera contemplado jamás. Tenía la solución a todo con solo un chasquido de dedos, no importaba lo que fuera.

Aceptó porque no tenían nada que perder, así pues, lo dejó entrar en el invernadero.

—Tenga cuidado, Charles —pidió.

Eiren era impredecible.

***

—¿Señorita Eiren?

La voz del mayordomo Charles sonó tan lejana que bien podría ser un recuerdo o un susurro del viento.

—¡Oh, señorita! Ahí en el suelo va a ensuciarse. Venga conmigo.

Eiren frunció el ceño cuando una mano cayó sobre su brazo. Era real, notaba su calor y sentía su corazón ir tan rápido que creyó que podría estar al borde del colapso. Entonces lo miró y su sonrisa lo calmó.

¿Podría ser real?

—¿Charles? ¿Eres un producto de mi imaginación?

Después de Brita habían venido sus padres a recordarle que no era nada. No había conseguido ningún logro en su vida.

Dolía.

El mundo dolía.

—Estoy aquí, señorita. Lo que le ocurre es totalmente normal. El señor Nox debió explicarle los efectos de la sangre de vampiro, ahora mismo se encuentra, como decirlo… Drogada.

Jadeó.

¡¿Qué?!

—No le di la oportunidad de contármelo, discutí con él y volé por los aires una ventana —lloró y rio a la vez dándose cuenta de que estaba enloqueciendo con cada minuto que pasaba.

—Seguro que el señor Nox comprende lo que le está sucediendo.

—No. Dijo que no sería gentil conmigo —volvió a llorar y reír.

El mayordomo volvió a sorprenderla con un termo nuevo. Esta vez llenó de nuevo una taza que no parecía en nada a la primera que cogió. No era caldo, era café y su olor la hizo sonreír.

—Puede que el señor sea duro con usted, pero estoy convencido de que aplicará un castigo acorde a la situación. No puede enfadarse del todo porque parte de la culpa la tuvo su sangre. Es un hombre justo.

Todos decían eso.

Hasta él mismo.

Tomando la taza sin que le dijera por qué debía bebérsela, comenzó a hacerlo.

—Tal vez así se encuentre mejor. Aunque es posible que necesite un par o tres tazas más para notar el efecto.

Si no moría por la sangre de Nox iba a hacerlo por el efecto de la cafeína. Ese era su día de suerte.

—Tengo que arreglar la ventana —murmuró Eiren.

—¡Por supuesto que no! Eso lo harán los trabajadores del castillo. El señor no pondría esa responsabilidad sobre sus hombros.

Parpadeó.

Hablaba de Nox con especial cariño, hasta admiración, lo cual le resultó confuso.

—¿Por qué hay un humano en palacio? ¿También es su propiedad? —preguntó mientras el mayordomo la instaba a beber sin parar.

Tal vez no comprendiera que estaba abrasándose por dentro con cada empujón a su taza que le daba.

Ese hombre no conocía el significado de la calma.

—No me corresponde a mí explicarle eso. Seguro que el señor se lo explicará.

Estaba a un «señor» de hacer volar por los aires a ese hombre, aun así, le gustó el respeto que sentía por Nox. Resultaba adorable.

—Brita me ha llamado asesina —explicó Eiren viendo como Charles le rellenaba una segunda taza.

Él sonrió.

—¡Por supuesto que no, señorita! Ha sido producto de su imaginación.

Eso no quitaba lo que era.

—Sé que usted luchó como muchos otros no hubieran hecho. No se dio por vencida y tuvo la bondad de ahorrarle a la señorita una muerte horrible. He visto morir vampiros al sol y es lo peor que podría pasarles. Créame. Ella estaría agradecida con usted, aunque no pudiera salvarla.

Quizás tuviera razón.

Con la cafeína en su sistema volvió a sentirse un poco más ella misma. Todavía veía luces parpadeantes y hasta podía sentir algo de música, pero parecía ser capaz de discernir entre verdad y alucinación.

— No sé si puedes escucharme —dijo Ebony.

Miró a su alrededor siendo incapaz de encontrarla, no podía estar a la luz del día, ¿verdad?

¿Se la estaría imaginando?

Charles puso una mano sobre su hombro, calmándola. Después señaló hacia la puerta del invernadero indicándole que no estaba enloqueciendo. Ebony estaba allí. Suspiró aliviada.

—Mi hermano te necesita, Eiren —explicó la vampira.

Queriendo levantarse de golpe, se golpeó en la cabeza con la mesa. Encogiéndose de nuevo, se arrastró hasta salir de aquella mesa. Tuvo la idea de ir a por ella y fue incapaz de hacerlo porque Charles le dio su tercera taza de café.

Ese veneno era fuerte y amargo como el infierno.

Y estaba hecho a posta así para que ella volviera en sí.

—Tú y yo sabemos que no quieres irte con nadie más.

¿Eso a qué venía?

—Reese está aquí y no trama nada bueno, lo conozco. Si no te ve a su lado siendo la perfecta mascota conseguirá arrancarte de su lado. No importa que sea el rey, se te llevarán para entregarte a él. Y sé que no quieres eso.

Eso sin contar que la imagen del rey quedaría manchada irremediablemente.

Eiren se sorprendió ante sus palabras. Recordaba al vampiro de largos cabellos negros. Él había gritado a los cuatro vientos que era suya, única y exclusivamente suya hasta que Nox dijo lo contrario.

No podía permitir que la llevaran con él.

Era impensable.

Bebiendo aquella taza con prisa, ignoró que quemase como un volcán. Tragó y tosió tratando de alejar el malestar de ella. Después corrió hasta Ebony, la cual la miró con sorpresa.

—Creo que sigo alucinando porque brillas como un árbol de navidad, pero puedo

comportarme si me dices cómo —pidió Eiren.

Tenía que ser perfecta y podía serlo con un poco de ayuda.

—Ve con Nox y entretén a Reese, que no le diga que está Eiren fuera de combate o algo —ordenó Ebony a Shade.

El vampiro se adentró a la oscuridad con una sonrisa y desapareció camuflándose en ella como el verdadero Cheshire.

Ahora tocaba empezar una carrera verdaderamente contrarreloj.

Charles le tendió una cuarta taza, aquello haría explotar su corazón, pero al menos moriría intentando hacer algo bueno.

—Lo va a necesitar, señorita —explicó el mayordomo.

Cianuro hubiera bebido si se lo hubiera pedido.

No dijo nada, solo tragó como pudo mientras ese sabor horrible acababa con ella por dentro.

***

—¡Señor Reese! Es un placer atenderle en mi casa —sonrió Nox con perfecta cortesía.

No venía solo, esta vez traía una mascota humana, aunque no la chica que seleccionó la Gran Noche. Era un varón, algo más mayor que Eiren, vestido únicamente con unos zapatos y unos calzoncillos negros.

—¿Le gusta? Le aseguro que es una cosecha exquisita. Le dejaré probar después de nuestra reunión —ofreció Reese.

Él se limitó a asentir sin muchas ganas. No hundiría sus dientes en aquella carne que podía haber sido envenenada. No era tan estúpido como para caer en un truco como ese.

—No lo veo acompañado… —comentó.

Sí.

Su ausencia.

¿Qué debía decir?

Casi derribando la puerta, Shade entró como una tormenta natural. Sonrió a los presentes y se sacudió la ropa como si no hubiera pasado nada.

—¡Señor Reese! ¡Qué agradable sorpresa! Olí la dulce cosecha que trajo y no pude resistirme.

Sorprendido, el vampiro miró a Shade de los pies a la cabeza. Estaba acostumbrado al carácter irreverente de su hermano, así que se limitó a sonreír y dejarlo pasar como si de una chiquillada se tratase.

—Sírvase si quiere, es un ser muy dócil. No hizo falta ni apalearlo para que entrase en razón —le indicó Reese señalándolo con la mano.

Ese hombre nunca tenía problemas en compartir.

Lamentablemente, no pensaba permitir que su hermano fuera envenenado por una estupidez, así que solo chasqueó la lengua lanzándole un mensaje claro que captó rápidamente.

—No, gracias, me gusta cuando oponen algo de resistencia. Ya sabe, prefiero un buen grito, arañazos y eso —rio Shade.

Reese sonrió de forma cruel.

—Por supuesto, usted siempre tan primitivo —dijo comprendiéndolo.

Aunque Reese no le gustaba verse como un ser primitivo, comprendía a aquellos que se dejaban llevar por sus instintos más básicos. Después de todo, todos sentían esa necesidad a

veces.

—Le decía a su hermano que me sorprende no verlo acompañado —comentó Reese con evidente malicia.

—¡Oh, eso! Seguro que le ha explicado que Ebony se está encargando. Mujeres, ¿sabe? Nunca dan con el vestido ideal —Tosió un poco—. Está poniendo perfecta a la mascota, para que puedan verla radiante. No tardará.

Aquello encogió el corazón de Nox.

No sabía qué estaban planeando, pero Eiren no estaba en condiciones de venir a una reunión como esa.

—No me dio tiempo a explicárselo porque irrumpiste en la sala sin modales ningunos, hermano —regañó Nox.

No podían traer a Eiren.

—Estáaaa bien, ya me voy. Un placer volver a verle, señor Reese. Espero que podamos comer algo juntos algún día —se despidió Shade.

Ahora estaba más nervioso que nunca.

Guiando a Reese hacia la sala de reuniones como si nada hubiera pasado, su mente comenzó a volverse loca. Sabía que su hermano había venido a advertirle de que Ebony estaba planeando algo.

Nada bueno, seguramente.

—¿Está siendo dócil? —preguntó Reese.

Nox tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no mostrarle los colmillos. No podía comportarse como un adolescente por una mujer que no era más que una mascota.

Había cientos como ellas.

«Mentira». Se dijo mentalmente.

—Fue un reto las primeras horas, pero con el correctivo consecuente está yendo como la seda —explicó Nox.

Rio mentalmente.

Eiren no sabía obedecer.

Esa era la mentira más gorda que se había visto obligado a decir en toda su existencia. Que alguien pudiera creer que esa humana era fácil de llevar era porque no la conocía.

—Pero no ha venido aquí a hablar de ella, ¿verdad? Tenemos temas más importantes que ese a tratar —sonrió Nox desviando la atención.

No pensaba darle un gramo de protagonismo a su deseo estúpido de llevársela. No iba a conseguir nada, solo un agujero en el pecho si seguía presionándole sobre ese tema una y otra vez.

—Por supuesto, era mera curiosidad.

¡Claro que sí! Y él era un tierno corderito servido para la cena.

Sentándose en la gran mesa, los sirvientes comenzaron a servir platos y platos que harían sonrojar a cualquiera de los vampiros más poderosos del mundo. Después sirvieron copas con su sangre fresca más condecorada.

Tal vez así consiguiera no atraer la atención hacia Eiren una vez más.

Fueron conscientes de unos pasos algo más suaves que el resto, unos que atrajeron la atención de todos porque el aroma que la precedió les indicó que era Eiren.

Llamando suavemente a la puerta, esperó de forma paciente hasta que Nox fue capaz de volver en sí.

—Adelante —dijo.

Abriéndose la puerta ambos vampiros quedaron impactados por la humana que entró a la sala.

Vestida con un corpiño negro y una falda corta, Eiren era la imagen de la belleza personificada. Su cabello había sido recogido en una elegante trenza que dejaba al descubierto su esbelto cuello. Las perlas que lució la Gran Noche adornaban su pelo como estrellas en el firmamento.

A pesar de no poder ver su rostro al completo, supo que la habían maquillado para la ocasión. Además, llevaba unos grilletes acolchados que la obligaban a mantener las manos sobre su regazo, juntas y dócilmente.

Nox creyó perder la razón mirándola sin parar, siendo incapaz de reconocer a la mujer que tenía ante sí. Toda ella le decía que era lo que se esperaba de alguien de su posición. Que estaba a su merced.

Descalza, como se esperaba de las mascotas, y con la mirada al suelo, Eiren esperó a que Nox le diera la orden.

—Ven, mascota —ordenó con suavidad.

Sin levantar la mirada, caminó hasta quedar a su lado y entonces se arrodilló tal y como había hecho la mascota de Reese.

Nox no pudo evitar un leve ronroneo, uno que cortó a toda velocidad mientras olía el perfume inconfundible de Eiren. Era ella, no la habían cambiado por otra humana similar.

—Es una verdadera exquisitez —dijo Reese.

Lo era.

Francamente era la mujer más hermosa que jamás había contemplado.

Ahora era él el que se veía incapaz de pensar con lógica, no cuando aquella belleza descansaba a su lado esperando a que velara por ella. Debía ser un amo ejemplar y mostrarle a Reese que Eiren era perfecta.

Santa mierda.

CAPÍTULO 21



Palabra de hoy: Obediencia.

«No levantes la vista a menos que Nox lo ordene.
Arrodíllate a su lado.
Come de su mano.
No hables.
Obedece en todo lo que diga.
Si no quieres comer más pon una mano en su rodilla para que lo sepa.
Si Reese te habla mira a Nox para que te dé permiso para hablar.
Y nunca, nunca, nunca, pase lo que pase, uses tus poderes».

Eiren recordó una y otra vez el sinfín de normas que le dio Ebony. Era más difícil ser mascota que una idiota rebelde. Aun así, se obligó a seguir siendo lo que debía ser. Luchando por contener su corazón miró al suelo mientras aquellos dos hombres empezaron a hablar de aburrida política.

Bajo la mesa pudo observar que Reese llevaba una mascota también. Este parecía ser un hombre, uno que lucía mucho menos ropa que ella y que no llevaba las manos atadas.

—Mascota, mírame —ordenó Nox.

Tardó un segundo en reaccionar, pero obedeció sin rechistar.

Perdiéndose en su mirada roja dejó que él la observase realmente confundido con su actitud. Pareció recrearse con su maquillaje, el cual había sido todo logro de Ebony principalmente.

Le había hecho un ahumado negro que resaltaba sus ojos claros. Y la máscara de pestañas había hecho milagros con las suyas que siempre fueron largas y curvadas, ahora las notaba chocar contra el párpado superior.

Y sus labios, por supuesto, los pintaron de rojo sangre.

—¿Tienes hambre? —preguntó cortando algo que no supo descifrar.

¿Podía hablar?

No recordaba ninguna norma específica porque había miles a recordar. Entonces tiró de lógica.

—Sí, amo —contestó.

Él pareció satisfecho y, moviendo el mentón, le indicó que lo había hecho bien.

Bajando un trozo de algo que le pareció carne, Eiren luchó por seguir comportándose antes de abrir la boca y dejarse alimentar por Nox. Solo cuando el tenedor salió de entre sus labios dejó que aquel sabor embriagador la sobrecogiera.

Nunca había probado algo igual.

—Es un ejemplar maravilloso —ronroneó Reese provocándole un escalofrío que supo camuflar.

Ignorando a Reese dejó que Nox siguiera alimentándola mientras lo miraba casi sin pestañear. No pensaba fallar esta vez por muchas luces que viera a su alrededor. Iba a ser la mascota perfecta.

Aunque tuviera ganas de enfrentarse a Reese y hacerle pagar la noche que vivió en el sótano.

Ahora solo podía contraatacar siendo mejor.

***

Nox no salía de su asombro.

Absorto en Eiren apenas era consciente de que existía alguien más en aquella sala. No tenía ni idea de cómo habían hecho desaparecer sus alucinaciones, pero estaba allí comportándose mejor de lo que hubiera esperado jamás.

Comía de su mano provocándole ganas de ronronear en consecuencia y lo miraba como si fuera el único hombre en la faz de la tierra.

¿Quién podía resistirse a eso?

—Como le decía, señor Reese —tosió volviendo a la realidad—, la semana próxima habrá un congreso y debemos tener claros los puntos a tratar. Las insurrecciones del sector norte no pueden seguir sucediendo, provocan que yo, como rey, muestre una señal de debilidad que no puedo permitirme. Presentaré un recurso para aplacar esa molestia lo antes posible.

Reese bebió mostrando sus dientes afilados.

—Y por supuesto contará con mi absoluto apoyo. Esos insurrectos son una molestia que debimos aplacar en su día.

Mirando los platos de la mesa buscó cuál sería más apetitoso para Eiren. Perdiendo el norte de la conversación tomó un pastel de carne que creyó que sería perfecto para ella.

Cortó con sumo cuidado un pedazo y se deleitó dándoselo mientras ella lo tomaba con una sonrisa entre los labios.

Sorprendida por su sabor fue incapaz de mitigar un leve gemido que ahogó haciendo acopio de todas sus fuerzas.

Reese rio.

—Parece agradecida con gestos simples. Son las mejores mascotas, las que se dejan cuidar como merecen —comentó Reese.

Y ya estaban de vuelta en el tema.

Todo por su culpa, por no ser capaz de pensar en nada más.

—Sí. Resulta muy reconfortante cuando disfrutan de ser cuidadas —explicó Nox.

Mintiendo.

Esa mujer era la personificación de la tempestad, seguramente la habían embrujado o algo para seguir las normas.

—Regresando a los temas a tratar, la facción de alimento ha tenido un par de problemas con la familia Coulson —comentó Reese.

Notó a Eiren quedarse congelada a su lado al reconocer su apellido.

El muy vil lo había hecho a propósito.

Siguió alimentándola como si nada pasase, ella se fue calmando poco a poco mientras masticaba.

—Dígame —pidió Nox.

—Al parecer, que no hayan seleccionado a la señorita Paola ha hecho que sus padres llamen demasiado la atención. La perfección puede romperse, sabe usted lo frágil que es.

Escuchó los grilletes de la humana.

Poniendo una mano en su rodilla, Eiren le indicó que no deseaba comer más. Se lo permitió porque el tema seguramente le había quitado cualquier intención de seguir probando platos.

Permitiéndoselo, le indicó que bajase la mirada y así lo hizo no sin antes ver el terror en sus ojos.

Era de su familia de lo que estaban hablando.

—¿Y qué propone? Para tratar de trazar un tema en común y una solución acorde.

Estaba ganando tiempo mientras pensaba algo.

—Deseo proponer a Paola como seleccionada fuera de tiempo. La podríamos traer a palacio, tratarla como una reina para que la familia crea que subsanamos el error y yo mismo asumiría su custodia.

Nox tuvo que poner una mano sobre la cabeza de Eiren a mitad de frase para evitar que reaccionase de alguna manera. Amortiguó su movimiento antes de que se produjera manteniéndola firme en su posición.

Estaba buscando provocarla.

—¿Y cree que eso calmará a la familia? ¿Por qué especialmente usted estaría dispuesto a asimilar su custodia? —preguntó Nox.

Sabía que Eiren podía morder o quemarle las piernas a Reese en cualquier momento. Pero, para su sorpresa, se mantuvo inmóvil con una respiración pausada dejando que el mundo siguiera adelante.

—Estoy convencido de que la familia Coulson gozará de una buena reputación después de tener a sus dos hijas seleccionadas. Eso los calmará y regresarán a la normalidad.

Por desgracia, por mucho que le costase reconocerlo, tenía razón.

—Y me gustaría asumir su custodia ya que Eiren me fue arrebatada prematuramente. Quiero pensar que usted, como rey, comprenderá a la perfección mi interés por la señorita Paola. Tal vez así descubramos si ella posee los dotes de su hermana mayor.

Todo tenía tanto sentido que quiso vomitar allí mismo, eso sin contar que sentía a Eiren como una bomba a punto de explotar en sus pies. Ese hombre no tenía ni idea de lo peligrosa que era su humana o tal vez sí y buscaba conseguir justamente eso, una gran explosión.

Iban a morir todos allí.

—¿Ha redactado la solicitud? Para estudiarla a conciencia hasta el congreso —explicó Nox.

Sacando una carpeta, se la tendió y la tomó entre sus dedos.

—Podríamos seguir en mi despacho si lo cree conveniente para los temas que nos quedan, que son algo más sensibles.

No.

Solo quería alejarse de Eiren antes de que las palabras de Reese la hicieran enloquecer. Nadie debía creer que sería un tierno animalito todo el tiempo porque su paciencia tenía un límite.

Levantándose vio como ella lo miró un breve momento con verdadero miedo en sus ojos. No pudo calmarla o reconfortarla, solo pudo darle un toque en la cabeza con su mano.

—Quédate aquí —ordenó —. Usted y su mascota, señor Reese, pueden acompañarme. Eiren prefiero que se quede porque no está entrenada del todo para venir a mi despacho. En unas semanas estará perfectamente enseñada.

Sí.

Supo que esa mujer ardía por dentro mientras lo escuchaba hablar de ella como si de un mero objeto se tratase.

Aun así, agradeció que no hiciera ni un movimiento mientras caminaba hacia la salida.

—¡Oh! ¡Mejor! Dejemos que jueguen juntos. Tal vez se apareen y todo. Según dicen otros señores, eso los calma mucho, aparearse con sus congéneres —explicó Reese antes de ordenar a su mascota quedarse allí.

Nox lo vio todo rojo.

Si ese insignificante humano tocaba a Eiren iba a decorar las paredes con sus tripas.

—No. Prefiero que todavía no tenga esos placeres, no se los ha ganado —explicó Nox.

Ni se los ganaría nunca.

Nadie podría tocarla así.

¿Qué se había creído ese ser?

—Bueno, en ese caso solo que jueguen. Pasadlo bien, cositas —rio Reese cerrando la puerta.

CAPÍTULO 22



Palabra de hoy: Vampiro.

Eiren tembló cuando la mascota de Reese y ella se quedaron a solas. Todavía no podía verlo con claridad, pero sabía que la vencía en tamaño y peso solo vislumbrando sus piernas.

No es que pensase que pudiera tratar de violarla, pero las palabras de Reese no la dejaban tranquila en absoluto.

—¿Eiren? —susurró la mascota.

Ella se mantuvo en silencio.

—¿Señorita Eiren?

—Calla, se supone que no podemos hablar.

Aquel hombre estaba loco. El despacho de Nox estaba lo suficientemente lejos como para que ellos no los escucharan, aun así no pensaba que mantener una conversación con él fuera recomendable.

—¿Quieres follar conmigo?

Eiren tragó saliva.

—No. No quiero —contestó sin rastro de humor.

Debía comportarse.

No usar sus poderes.

Ser buena.

Pero si ese ser daba un paso hacia ella lo cocinaba a la barbacoa antes de que pudiera abrir la boca.

—¿No estás arto de follar con vampiros? Su piel es fría y muerden cuando lo hacen.

Estupefacta, Eiren buscó qué decir.

Ebony no la había preparado para esto.

—Será que tu amo no sabe hacerlo bien —contestó sin tener muy claro qué decir.

Con eso tal vez dejaba claro que Nox la había tocado, pero no hacerlo podía mostrar debilidad. Ahora comprendía que había necesitado más clases sobre comportamiento vampírico.

—Él siempre me trata bien, no me hace daño, pero no es lo mismo, ¿sabes? El cuerpo caliente

de un humano es mejor.

¡Qué suerte la suya!

—No vas a tomarme. Mi amo dijo que no me lo he ganado.

¿La dejaría en paz así?

Lo escuchó y vio moverse. Dejó su postura de espera poniéndose en pie al otro lado de la mesa, lo que provocó que el corazón de Eiren se volviera loco. No quería a ese hombre cerca.

—No nos escuchan, no pasa nada si follamos un rato, no nos castigarán por eso —prometió ese hombre.

Eiren miró hacia sus manos, los grilletes seguían allí lo que le daba una ventaja más a su agresor.

Bueno, si decidía atacar porque… No lo haría, ¿verdad?

—No quiero que me toques —declaró con algo más de seriedad.

Él rio.

—Es una pena porque estás buenísima —dijo caminando lentamente hacia ella.

Sabía que debía permanecer en aquel sitio hasta que Nox regresase, que las reglas eran las reglas, pero no iba a permitir que aquel hombre abusase de ella de ninguna manera.

—Además, mi amo me ha pedido que te haga sangrar. Necesita oler tu sangre de nuevo —declaró dándole alcance.

Estaba tras la silla que Nox había usado.

—No lo hagas —pidió Eiren muerta de miedo.

Supo que no la obedecería.

Así pues, empujó con fuerza la silla de Nox haciéndole perder el equilibrio para después gatear bajo la mesa tratando de poner el máximo de espacio entre los dos. Solo así se podría salvar.

—¡No vas a salvarte de mí! —gritó subiéndose a la mesa.

Lo escuchó tomar algo, seguramente ese algo no iba a gustarle ni un pelo y apareció por el lado contrario.

Girando sobre sí misma, quiso retroceder, pero él la tomó del tobillo tirando de todo su cuerpo hacia él.

—¡Ah! ¡Shade! —gritó esperando un poco de ayuda.

Pateó a su agresor con todas sus fuerzas. Solo cuando masculló alguna palabrota la dejó ir, el dolor que le provocó fue suficiente como para ella poder gatear hasta uno de los extremos de la mesa.

Al salir contempló su rostro encendido por la ira.

—No tienes que hacer esto… —inquirió Eiren.

Quizás entrase en razón.

Saltando sobre la mesa de nuevo, él llegó a ella a tanta velocidad que le cortó la respiración. Empuñando un gran cuchillo trató de apuñalarla, pero Eiren lo esquivó como pudo antes de girarse para arrancar a correr.

—¡Shade!

—¿Ni siquiera llamas a tu amo? ¡Eso es porque sabes que él nunca te salvaría!

No.

Era porque estaba demasiado lejos. Quizás su hermano estuviera cerca.

Alcanzándola de nuevo, se protegió la garganta con los brazos haciendo que el cuchillo se clavase en su brazo. Gritó de dolor antes de propinarle un cabezazo y alejarse de nuevo de él.

No podía usar sus poderes.

Debía ser buena.

—¡Ven aquí ahora mismo! —gritó la mascota.

Estaba demasiado lejos de la puerta como para alcanzarla, ese hombre la apuñalaría antes de ser siquiera capaz de llegar.

Entonces volvió a tirarse al suelo y gateó tratando de protegerse con la mesa. Era el único sitio que se le ocurrió lo suficientemente grande como para poder resistir un poco sus ataques.

—¡Eres presa fácil!

—¡Que te den! —exclamó Eiren.

Quizás enfadarlo no era su mejor baza, podía reconocerlo ante un tribunal, no obstante, estaba sometida a mucha presión.

Alcanzándole la pierna, la mascota le volvió a clavar el cuchillo arrancándole tal grito que supo que el suelo tembló a consecuencia. No quería usar sus poderes, pero si ese hombre seguía atacándola no sabría cómo contenerse.

Alejándose de él todo lo que pudo, tropezó con la falda de su vestido mientras gateaba y se golpeó contra el suelo.

Vio los pies de su agresor en el lateral en el que estaba y tembló.

Cerró los ojos cuando la mesa voló por los aires con todos los platos de comida sobre ella. Se estrellaron lejos mientras esperaba el terrible ataque de ese hombre que parecía haber enloquecido.

Un gruñido que no podía ser humano cruzó el aire hasta llegar a ella. Cubriéndola con su cuerpo, fue consciente de que los brazos de Nox la envolvían mientras mostraba los dientes de forma salvaje.

La mascota de Reese palideció al verlo.

Encogida bajo el cuerpo de Nox, Eiren supo que la estaba protegiendo. Mostró sus feroces colmillos en señal de advertencia consiguiendo que el humano soltase el cuchillo al instante.

Después buscó sus heridas con las manos mientras no perdía de vista a la mascota.

—¿Te atacó? —preguntó Nox.

O al menos eso creyó porque esa voz no pareció real. Fue una mezcla entre gruñido y ronca en la que no lo pudo reconocer.

—D… Dijo que quería follarme… Pero después dijo…

¿Podría inculpar a Reese estando él delante?

—¡¿Qué dijo?! —bramó Nox.

Eiren tembló.

—Que quería verme… Sangrar.

Lanzándose sobre el humano, Nox lo tomó del cuello obligándolo a retroceder hasta que su espalda golpeó violentamente la pared.

Eiren gritó cuando el sonido que escuchó la asustó. Justo en ese momento los brazos de Reese la tomaron desde la espalda. Gritó en su dirección y luchó por liberarse de su agarre.

—Tranquila, señorita Coulson, tiene que alejarse para que su amo no la dañe —dijo arrastrándola hacia atrás.

Todo era por su culpa.

Era un vil y terrible hombre que había orquestado todo eso.

—Señor Reese, su mascota ha atacado a la mía. ¿Cómo debemos proceder al respecto? —preguntó Nox.

No quería que eso siguiera, solo deseaba irse a su habitación y hacerse una bolita en la cama para desaparecer.

—Por supuesto, majestad, puede hacer con mi mascota lo que crea conveniente. Tiene mi beneplácito —accedió Reese para su horror.

No podía dejar que Nox decidiera el destino de ese hombre en un momento como ese, estaba fuera de control.

—Eiren, mírame —ordenó Nox sin rastro de humor en sus palabras.

Ella lo hizo mientras las lágrimas manchaban su rostro.

—Este ser te ha hecho daño, debe pagar y te ordeno que mires como pago tu ofensa de sangre.

—¡¿Qué?! ¡No! —las palabras se le escaparon antes de que pudiera pensar.

Ese hombre podía merecer un castigo, pero había sido instigado por su amo. No tenía control sobre su vida, estaba haciendo lo que le habían ordenado. Aun así, sabía que debía pagar.

Llevándose las manos a la boca impidiendo que alguna palabra más se escapase de entre sus labios, Eiren lloró en silencio mientras Nox la fulminaba con la mirada.

Había fallado portándose bien.

De nuevo.

Su corazón se detuvo unos segundos antes de seguir bombeando. No tenía que desobedecerle y no se había defendido con sus poderes para proteger a Nox. Ahora lo había lanzado todo por la borda por abrir la boca.

—¡Que mires te he dicho! —gritó Nox ordenándoselo fríamente.

Reese tomó su cara desde atrás instándola a no moverse. Luchó por hacerlo comprobando que su agarre implacable se lo impedía. Así pues, solo miró a los ojos a ese humano que parecía saber lo que le ocurriría.

No se defendió.

Tampoco confesó que los delitos eran por su amo.

Vio como Nox siseaba segundos antes de poner su boca en el cuello. Incapaz de decepcionarle de nuevo, Eiren miró casi sin pestañear sabiendo que el aire se escapaba de sus pulmones sin remedio.

No mordió, olfateó su miedo antes de meter su mano en el pecho de ese hombre para arrancarle el corazón.

El humano gritó y, un segundo después, murió mientras una de las manos de Nox lo mantenía sostenido contra la pared. Solo cuando vio el corazón en su mano derecha, supo que el castigo ya estaba hecho.

Había muerto.

Ese órgano palpitó un par de veces a pesar de no estar en el pecho del humano, después se detuvo en seco.

Reese la soltó entonces.

—Lamento lo que mi maleducada mascota haya podido causar. La próxima vez me comprometo a traer una perfectamente educada. No volverá a repetirse un bochorno como este, majestad —prometió el traidor de Reese.

Nox se colocó bien el cuello de la camisa que estaba manchada de sangre.

—Por descontado, espero que la próxima vez sus mascotas sean mucho mejores. Tiene una fama impecable con ellas. Me lo tomaré como un altercado aislado dada la magnitud del castigo que he ejercido.

Reese sonrió acariciando la cabeza de Eiren como si de un caniche se tratase.

—Por supuesto, majestad. Estará orgulloso de mis mascotas tal y como debería estarlo de ella. Se ha comportado excelente.

La reunión se dio por acabada entonces, marchándose tras un apretón de manos sin siquiera

mirar al humano que había sido de su propiedad. Él no le importaba, nunca lo hizo.

Había sido un medio para un fin.

Y ahora era desechable.

Basura.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Coulson. Será un buen entretenimiento en nuestras próximas fiestas. Y pensar que podría haber muerto el día de la cosecha.

Su voz le provocó una arcada que supo contener.

Quería a ese hombre muerto lo antes posible. Y, pudiendo pedir, sería ella misma quien lo ejecutase.

CAPÍTULO 23



Palabra del día: Castigo

—Dime por qué te ha atacado —pidió Nox.

Eiren apenas era consciente de que seguía respirando, seguramente porque su cuerpo lo hacía de forma automática porque no era capaz de controlar algo así en un momento como ese.

—Quería sexo conmigo porque decía que los vampiros sois muy fríos y mordéis. Le dije que no y después me dijo que le había ordenado hacerme sangrar, que quería oler mi sangre de nuevo.

No supo de dónde reunió el valor para hablar después de seguir mirando el cuerpo de aquel humano en el suelo.

Estaba muerto porque su dueño lo había orquestado así, había deseado empujarlos al borde en más de una ocasión hasta que lo había conseguido. Aquel malnacido merecía morir.

Agachándose velozmente ante Eiren esta gritó apartándose de él como si fuera a dañarla. Retrocedió hasta que se golpeó con la pared que tenía tras de sí, impidiéndole la escapatoria. Rompió los grilletes de sus manos sin apenas esfuerzo, liberándola.

—Eiren, soy yo —le dijo tomando su rostro.

¿Era él?

¿El mismo que conocía?

—Lo has matado… Era inocente… —dijo Eiren siendo incapaz de conectar pensamientos.

Estaba en shock.

La calma que Nox había conseguido saltó por los aires en cuanto pronunció esas palabras. Lo vio reflejado en sus ojos, los mismos que se encendieron como si de dos grandes luces se tratasen.

Tomándola del brazo tiró de ella hasta ponerla en pie, después arrancó a andar arrastrándola a su lado sin darle explicación alguna.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Eiren, asustada.

No obtuvo respuesta.

Salieron de la sala cuando Ebony y Shade llegaban a toda prisa. Apartándose del camino de Nox, fueron a ver lo que había ocurrido, dándose cuenta de lo que Eiren sangraba.

—¡Joder, tío! —exclamó Shade.

—¿Nox? —preguntó Ebony.

El vampiro gruñó de tal forma que los mantuvo lejos a todos de él.

—La puta mascota de Reese atacó a Eiren. No quiero que nadie me siga.

Mirándolos con cierta pena, cerró los ojos antes de tratar de seguir los pasos que Nox le imponía. No volvió a abrir la boca en todo el camino, dejó que tirase de ella aun cuando no podía seguir el ritmo.

Al final llegaron a una habitación, una en la que entró con un leve empujón.

El aroma a Nox le llegó por todas partes de una forma que la abrumó. Todavía sentía los efectos de la sangre del vampiro y gracias a ellos supo que esos eran los aposentos de él.

—¡Me desobedeciste! —gritó soltándola.

Eiren se encogió sobre sí misma esperando un golpe que no llegó. No quería mirarle, no podía ser capaz de predecir qué iba a pasarle ahora, solo quería salir de allí lo antes posible.

Aun así, se contuvo.

No podía seguir retándolo, no en ese estado.

—No quería mirar. Has matado un hombre… —susurró cuando supo que esperaba una respuesta de sus labios.

Se sobresaltó cuando las manos de Nox tomaron de nuevo su rostro obligándola a mirarlo. Quería que fuera consciente de que estaba cerca, de que su presencia era la única de esa habitación.

—¡El mismo que te hizo daño! Mataría a cualquier infeliz que trate de hacerte sangrar. Y mucho más por gusto de Reese. Pero no es eso y tú lo sabes. Me desobedeciste mucho antes.

Su estado de nervios había conectado todas las veces que ella había cometido una locura. Era algo que debía asumir, pero podría explicarse de alguna manera. Llegar a él un poco.

—Nox…

—Cállate —ordenó sin más.

Eiren miró al suelo cuando Nox la soltó. No supo los motivos solo que tenía que hacerlo para sobrevivir o su corazón colapsaría allí mismo.

—Te escapaste antes de que Shade diera contigo, te fuiste al bosque y reventaste una ventana. No me vengas ahora siendo la mascota perfecta porque lo has hecho solo para no irte con él.

Sus palabras dolieron mucho más de lo que quiso reconocer.

Todo tenía matices, pero no iba a discutirlos todos allí, solo uno, el que más le importaba.

—Y porque no quería ver debilitada tu posición como rey, pero sí, lo hice por mí —reconoció rompiéndose por primera vez.

No iba a luchar.

—Bien. Toca castigarte —sentenció Nox.

Eiren supo que en otras condiciones hubiera jadeado o cometido una locura. Ahora solo supo permanecer en silencio y mortalmente quieta mientras Nox parecía tratar de ver qué hacer con ella.

—¿Sabes qué les hacen a las otras mascotas? Las desnudan y azotan hasta que entran en razón. Y tú deberías vivir algo así —explicó mientras su voz seguía siendo tan terriblemente paranormal que asustaba.

Asintió.

Podía aceptar ese castigo si así lo quería.

Llevándose las manos al corpiño comenzó a desabrocharlo por delante tal y como Ebony le había enseñado. Era más difícil de lo que le había parecido en un principio, pero se desenvolvió bien enganche a enganche.

Quitándoselo, fue hacia la falda. Por suerte era más fácil de desatar y solo tuvo que deslizarla por sus piernas para hacerla desaparecer.

—¿Qué haces? —preguntó Nox.

Eiren tragó saliva.

Era más que evidente.

Llevándose las manos al sujetador, lo desabrochó con cierto temblor. No quería exponerse, aunque ya nada importaba después de todo. Había fallado intentando ser lo que debía ser.

Era solo una mascota.

No una persona.

Dejó de ser libre.

Ahora era como un cromo intercambiable.

Tirando su sujetador al suelo dejó que sus manos fueran hacia sus bragas, pero antes de bajarlas Nox la tomó de las muñecas con un fuerte gruñido retumbando en su pecho.

—¿Qué haces? —preguntó de nuevo masticando las palabras.

Ella lo miró a los ojos tratando de ver cómo podía preguntarle algo así.

—Para que me castigues como has dicho.

Nox jadeó.

—¿Cuándo he dicho que lo haría?

¿Hacía falta?

Había enumerado todos sus errores y lo que hacían con las mascotas desobedientes. Solo había tenido que unir los puntos.

—No lo has dicho cómo, solo que tocaba castigarme —contestó Eiren.

Volvió a querer bajarse la ropa interior, lo que provocó que él afianzara todavía más su agarre.

—Eiren, para.

—Soy eso, ¿no? Una mascota desobediente y tienes que darme un correctivo. Me he escapado, he matado, he reventado una ventana y te he gritado. ¿Qué más necesitas? Además, no he querido mirar al matar a ese hombre.

La lista era larga e imperdonable.

—Bien, déjate eso y gírate hacia la cama —ordenó Nox.

Cuando la soltó obedeció inmediatamente sin saber muy bien qué era lo que estaba a punto de pasar.

—Apoya tus manos sobre el colchón.

Lo hizo sintiendo que estaba a punto de sufrir un paro cardíaco. Su mente iba a mil por hora mientras su nariz se centraba en el olor de ese hombre. Además, sus sentidos sensibilizados la alertaron antes de que ocurriera.

Azotó su trasero dándole una palmada tan sonora que le arrancó un grito.

—¿Esto es lo que crees que mereces? —preguntó Nox.

Dolía, aunque sabía que podía haberle hecho más daño. Sabía que se lo merecía después de todo. Lo suyo había sido mucho peor que un azote en el culo como si de un niño se tratase.

—Sí, pero no es suficiente —pronunció Eiren.

Un segundo manotazo golpeó su trasero con la misma fuerza. Agitándose de los pies a la cabeza, Eiren cerró los ojos al mismo tiempo que apretaba los labios para evitar gritar.

—¿Cuántos crees que necesitas para corregirte? ¿Esto va a servirte de algo, Eiren? —preguntó Nox.

Pensó en ello.

—No lo sé —lloró sintiéndose idiota por llorar—. Pero no es suficiente.

Un nuevo azote la echó hacia delante y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no caer. Se sujetó con fuerza a las mantas de la cama para mantener el equilibrio tanto como fuera posible.

—¿Quieres que pare? —preguntó Nox.

Negó con la cabeza.

Azotó de nuevo arrancándole un grito ahogado por unas lágrimas que mancharon su rostro de nuevo.

Era débil.

Una llorona que no seguía las normas.

No podía regresar a casa, no tenía escapatoria y era una mascota. Era como el mismo ser que acababa de morir por culpa de su amo. Solo una posesión que podía ser usada para cualquier medio.

—Eiren, ya es suficiente.

Ella negó una vez más.

Otro azote dobló sus rodillas antes de volver a tomar la posición.

—¿Qué pretendes conseguir con esto? ¿Ser mejor?

No contestó, se ahogó entre lágrimas mientras sus sentimientos apretaban su pecho tan fuerte que dolía.

—Déjame preguntarte algo, ¿por qué no atacaste con tus poderes?

Eiren necesitó unos minutos para controlar sus sollozos, después respiró profundamente.

—Para ser mejor mascota, tenía que obedecer, aunque no pensaba dejar que me tocase —contestó finalmente.

Nox carraspeó un poco.

—¿Y esto te hace ser mejor mascota?

Sus preguntas dolían más que los azotes.

—No lo sé.

—¿Entonces?

¿Qué quería de ella?

¡La estaba volviendo loca!

—¡Pégame hasta que entienda que soy una mascota, que no valgo más que un puto objeto y se me clave en la mente! —gritó esperando un nuevo azote.

Esperó en silencio, con los ojos cerrados a que él diera su próximo movimiento. Necesitaba eso, había sido mala, merecía ese maldito correctivo porque ahora era eso. Una cosa a la que educar.

Nox la tomó en brazos tan rápido que un leve gemido escapó de sus labios. Sentándose en la cama ella quedó en su pecho apoyada con tanta fuerza que creyó mimetizarse con su piel.

Rehusó mirarlo a los ojos, no podía en ese momento.

—Ese es tu problema, que crees que te pido ser un objeto inanimado. Solo quiero unas normas básicas, Eiren. No quiero alguien que me siga a pies juntillas porque eso te convertiría en un ser distinto al que eres.

Su voz era distinta, mucho más calmada… Más él.

—En público debes ser una mascota y aquí, conmigo, podemos establecer unos límites para

que no te sientas una prisionera. Si confías en mí, puedo confiar en ti y dejarte un espacio de movimiento.

Eiren parpadeó, confusa.

—Pero… Merezco el castigo. He sido de lo peor.

El pecho de Nox vibró con su risa.

—Hoy he visto a una Eiren desconocida. Has seguido las normas, no has hecho nada malo y no te has defendido por miedo a decepcionarme, ¿me equivoco?

Asintió levemente.

—Tu vida peligraba y solo pensaste en mí, en qué pensaría de ti. Y sé que has pensado que fallabas cuando has hablado, te lo he visto en los ojos. Te has rendido o te has sentido derrotada en ese momento.

¿Cómo podía leerla con tanta facilidad?

¿Era un libro abierto?

—No existe castigo en el mundo que te haga dócil, Eiren. No eres ese tipo de ser, doblegable. Puede que hoy hayas querido serlo porque tus emociones te desbordan, pero sé que recapacitarás y volverás a ser la que eres.

Eiren sollozó incapaz de controlarse. Tener los sentimientos a flor de piel era lo más molesto que le había tocado vivir nunca.

—Y también sé que la culpa por lo de Brita te está rompiendo por dentro, pero ¿sabes qué? A pesar de sentirte derrotada he visto fragmentos de ti, momentos en los que eres tú misma. Cuando te vi regresar del bosque no creí posible que la Eiren que se marchó volviese, pero sigue dentro de ti sometida a mucha presión.

Su voz la calmaba de un modo que no podía explicar. Su cercanía, a pesar de su desnudez, no era incómoda. Él no la tocaba de forma sexual o buscaba abusar de ella. Tampoco le había arrancado la ropa.

Lo había hecho ella.

—Sé que no quieres ser una mascota, nadie en su sano juicio querría. Trabajaremos en ello, pero no puedo cambiar lo que eres. Serlo te deja con vida.

Aceptaba eso.

Lo asumía.

—Hoy ha sido increíble verte tan dócil, sé lo difícil que ha sido para ti y te lo agradezco. Me has ahorrado muchos problemas con Reese.

¿Por qué solo hablaba Nox?

¿Había perdido el habla?

Aclarando su garganta fue capaz de encontrar su propia voz, la que había quedado a relegada en segundo plano por las lágrimas.

—Lo hice por mí.

Nox acarició su mejilla.

—No. Lo hiciste por ambos —corrigió él.

Bueno, en eso podía tener razón, no lo discutiría.

—A mí no me gusta hacer esto, no lo había hecho nunca —confesó Nox.

—Pues te has quedado a gusto —suspiró Eiren.

Bajando una mano por su espalda, el vampiro acarició su golpeado trasero provocándole un respingo. Entonces retiró la mano como si ese lugar estuviera prohibido o quemase.

—Me lo pediste tú. Yo todavía no había decidido cómo castigarte, pero si te ha servido de algo… Tal vez lo necesitábamos ambos —explicó.

Cierto.

Ella lo había incitado a golpear una y otra vez.

—No vas a volver a escaparte.

Ya estaban estableciendo límites.

—Vale, pero no me ates de nuevo —propuso ella.

—Puedo aceptar eso.

Bien.

Estaban llegando a un entendimiento después de todo. Para Nox no era una mascota al uso o, al menos, eso le había dado la impresión. No quería una muñeca sin alma u opinión, pero había momentos en los que debía serlo.

Eso salvaría su vida.

—A ciertas personas le gustan los azotes —susurró Nox.

Ella se tensó.

—Estos no han sido placenteros —confesó Eiren.

Nox sonrió cuando la notó tensarse entre sus brazos. Después de todo lo que habían pasado sabía que sus emociones seguían como en una noria, subían y bajaban a tanta velocidad que no podía hacerse cargo de ellas.

Había asumido que merecía ser castigada, que ser golpeada corregiría su mal comportamiento. Era imposible.

No existía fuerza de la naturaleza que doblegase a esa mujer.

—¿Otro tipo de azotes te resultarían placenteros? —preguntó tentándola más de lo permitido.

Empujándola al límite.

Que le llamasen temerario, pero adoraba verla saltar como no debían hacer las mascotas.

—No sé de qué me hablas, Nox.

Bajo una mano por su espalda, recreándose en el movimiento mientras sus respiraciones cortas y bajas le indicaron que estaba disfrutando con aquello. Después, atreviéndose un poco más, volvió a tocar su trasero.

Eiren cerró los ojos al sentir los dedos de Nox trazar círculos en su golpeado trasero. Fue gentil con ella, sin provocarle daño alguno y eso fue tan reconfortante que subió ambas manos a su pecho.

Aferrándose a su camisa, tomó aire de forma irregular.

No sabía si eso estaba bien, pero se sentía genial.

—¿Esto te gusta? —preguntó Nox.

Eiren se mordió el labio inferior.

—Ehm…

Empujándola un poco más, abrió bien la palma de la mano tomando una de sus nalgas. Su tacto suave, a pesar de que la tela de su ropia interior los separaba, le produjo un enorme placer a Nox.

Su aroma resultaba adictivo. Ella era una especie de tentación que le habían puesto delante sin siquiera preverlo.

La escuchó agitarse antes de abrir la boca con un gemido que luchó por disimular. Tarde, porque a su oído de vampiro no se le podía esconder nada.

—¿Te gusta, Eiren? —preguntó.

Ella se aferró más a su ropa y eso le gustó, buscaba su cercanía y no golpearlo con lo primero que encontrase. Era un cambio significativo en su relación, parecía que estaban avanzando.

¿A dónde exactamente?

No tenía ni idea.

—¿Y si bajase un dedo? ¿Te encontraría mojada?

Tuvo que reprimir una risa cuando Eiren dejó de respirar unos segundos. Su cuerpo la delataba entre sus brazos tan mezquinamente que sabía que no podía mentirle. Aunque quizás probase de hacerlo.

—Puede que te mordiese si lo haces —declaró Eiren.

El corazón le latía en los oídos, ese hombre seguía acariciando su trasero haciéndole olvidar el dolor. Es más, hasta había disfrutado de ese toque y puede que tuviera razón en cuanto a su humedad.

No podía hablar o pensar.

Ya no quedaban conexiones suficientes en su cabeza.

—Tú misma, podría complacerte —propuso Nox.

¿Estaba de broma?

—¿Lo harías? —preguntó antes de ser consciente de que lo hacía.

Maldita fuera su forma de ser.

La otra mano de Nox se posó en su estómago haciéndola temblar de anticipación. Entonces sí que levantó el rostro y lo miró. Sus ojos rojos la sondearon buscando algún atisbo de miedo y no lo encontró.

Nox descendió colándose entre su ropa interior, alcanzando su sexo evidentemente mojado por la excitación. Ella gimió al notar su toque y él gruñó triunfante al notarla tan húmeda.

—Nox… Yo…

Ayudándola a apoyarse en él, dejó que su rostro descansase sobre su hombro con su aliento en el cuello.

No hacían falta palabras.

No las necesitaban.

Tocando su clítoris gimió en su oído enloqueciéndolo un poco. Ella reaccionaba tan bien a su toque que se sintió fuerte teniéndola entre sus brazos. Afianzando su mano en su trasero, comenzó a dibujar pequeños círculos alrededor de su punto de placer.

Pequeños suspiros y ronroneos escaparon de su garganta apoyada en él.

Instándole a descender más, bajó a su sexo, a ese lugar tan húmedo que le dio la bienvenida.

Penetrándola suavemente ella se tensó fuertemente lanzando lo que pareció un gruñido salvaje. Después besó su cuello mandándole miles de sensaciones a todo su cuerpo.

Despertándolo de lo que parecía un larguísimo letargo.

Cuando estuvo bien dentro de ella retiró el dedo para meterlo de nuevo, lo hizo un par de veces tan lentamente que hasta Eiren bufó, molesta. Rio antes de aumentar la velocidad.

Eiren no era capaz de articular palabra, solo podía sentir cómo Nox la masturbaba de tal forma que sabía que iba a derretirse entre sus brazos. Necesitaba sentirlo, tomarlo profundamente y solo consiguió apretarse más a su cuerpo mientras gemía.

Ese hombre aumentó la velocidad provocando que ella moviera las caderas acompañando el movimiento.

Besó su cuello, después descendió hasta la mandíbula hambrienta de él.

Necesitaba su toque, sus labios, su olor y todo su cuerpo porque estaba perdiendo el control.

Saliendo de ella lloriqueó en sus brazos en busca de más. No le hizo falta decir nada porque volvió a entrar esta vez usando dos dedos llenándola tanto que gimió profundamente.

—Nox… —suspiró perdiendo la cabeza.

La penetró dejando que un tercer dedo golpease su clítoris. El placer estalló a través de ella a

oleadas tan brutales que le costó respirar.

—Nox…

Lamió su cuello arrancándole un gemido, pero él se mantenía lejos de ella. Fue frustrante no conseguir lo que necesitaba. Así que, besó su mandíbula esperando mandar un mensaje claro.

No pareció entenderlo.

—Joder…

Él rio bombeando más fuerte.

—Déjame bes… Bes…

El muy ruin fue subiendo la velocidad lo suficiente como para no dejarle pensar con claridad.

—¿Qué quieres, Eiren? —preguntó divertido.

Ella movió sus caderas a su compás al mismo tiempo que se aferró a su camisa con verdadera desesperación. Él la enloquecía a tal nivel que le arrancaba el habla de una forma cruel.

¡Nunca se había quedado sin palabras!

Nox estaba tan caliente que creyó tener pulso como jamás había tenido. Ella reaccionaba tan bien a su toque que parecía irreal. Se contoneaba a su alrededor buscando el placer que le proporcionaba sin miedo.

Es más.

Quería más.

¿Podría él dárselo?

Besó su mandíbula buscándolo tan desesperadamente que sintió su creciente necesidad como suya propia.

¿A qué sabría?

Descendiendo poco a poco sus narices chocaron un poco antes de inclinarse para tomar sus labios. Eiren se aferró a él de forma tan instintiva que sus labios se aplastaron los unos con los otros, mimetizándose.

Rugió en su boca al sentirla tan necesitada de él y ella respondió gimiendo.

Tomó ese beso con total desesperación por sentirla y le abrió los labios con golpes de su lengua. Chocó con sus dientes poco antes de que abriera dejándole paso. Después el sabor dulce de ella lo embriagó.

Eiren estaba en una nube de placer.

Jamás la habían besado tan profundamente como ese hombre. Su lengua quemó todo a su paso saboreándola tan concienzudamente que creyó desmayarse. Era vil y despiadado con sus toques y, al mismo tiempo, gentil.

Sus lenguas chocaron, pero Nox se impuso antes de volver a saborearla.

Entonces notó que estaba a punto de explotar. Quiso romper el beso, alejarse para gritar, pero Nox la acompañó cuando retrocedió. Incapaz de escapar gritó en su garganta cuando el orgasmo la hizo explotar en mil pedazos distintos.

Él no retiró sus dedos dejando que su interior lo apretase con su orgasmo y tampoco soltó su boca. La reclamó como suya tan poderosamente que nadie hubiera podido quitársela.

Y, pasados unos segundos que supieron a años, se alejó un poco. Lo suficiente como para volver a respirar.

Entonces se miraron el uno al otro por primera vez desde que se conocían.

Saliendo de ella le robó un último gemido, después subió sus dedos a la boca y la saboreó lamiéndose un poco. Aquel hombre podía hacerle perder la cabeza si quería, ya estaba a su merced.

Después de eso la abrazó con tal ternura que creyó que nadie podría alcanzarla. El mal

quedaba tan lejos que el cansancio la golpeó con dureza.

¿Cuándo se había agotado?

¿Qué le estaba pasando?

—Nox… Yo…

—Shhh, descansa. Cuando sientes como yo, los sentimientos pueden agotar más que la guerra —le explicó.

Cedió lentamente a pesar de que trató de luchar. Al final supo que la batalla estaba perdida y se dejó llevar por el sueño. Abrazó a Nox queriendo no separarse nunca de su pecho, aspirando su aroma.

Él era alguien increíble.

Nox miró hacia abajo cuando notó la respiración de Eiren más profunda. Se acababa de quedar tan dormida que nada podría despertarla.

—Un bonito giro de los acontecimientos. Verás la resaca de mañana.

CAPÍTULO 24



Palabra de hoy: Resaca.

Eiren gimoteó despertando. Descubrió que, a pesar de haber dormido mucho, se sentía realmente fatal. Bufó molesta con esa sensación, girando sobre sí misma hasta quedar boca abajo. Después se tapó la cabeza con la almohada mientras el aroma a Nox la envolvió como una manta cálida.

—Veo que no eres de buenos despertares —dijo Shade.

Shade…

¿Qué hacía Shade ahí?

Saliendo de debajo de la almohada tuvo que volver a girar para incorporarse. Su cabeza se quejó entonces dándole el peor dolor que hubiera sentido jamás. Aquello era una tortura.

Quejándose, consiguió quedar sentada antes de llevarse las manos a las sienes.

—Duele…

—Se le llama resaca —explicó Ebony.

¿Ella también estaba allí?

Obligándose a abrir los ojos vislumbró a los dos hermanos sentados a los pies de la cama. Ambos sonreían con complicidad mientras ella solo suplicaba morir rápidamente. Era una tortura.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

Tenía la boca seca.

Miró a su alrededor en busca de Nox y no lo encontró. Respiró pesadamente sin tener muy claro qué estaba ocurriendo en aquel instante. Los recuerdos del día anterior la golpearon con fuerza.

—Hemos venido a ver qué te había hecho nuestro hermano después del ataque de la mascota de Reese —comentó Ebony.

Dejando que la sábana cayera, Eiren agradeció llevar una camiseta oscura que no recordaba haberse puesto. Bueno, en realidad lo último que recordaba era estar abrazada a Nox después de

un espectacular orgasmo.

Llevándose las manos a las heridas que aquel humano le hizo le sorprendió ver que habían desaparecido. No quedaba ni rastro de ellas, es más, tampoco le dolía el trasero, pero no se lo acariciaría delante de ellos para no desvelar detalles escabrosos.

—¿Cómo?

—La sangre de Nox seguía en tu organismo, así que te curaste a la velocidad de la luz —explicó Shade.

Eso era un alivio. Además, no había rastro de cicatriz por ningún lado, era fantástico.

—YYYYYYYYYY…. —canturreó Shade— ¿Qué ha pasado aquí? Porque huele a sexo salvaje.

Sonrojándose hasta la punta de las orejas, Eiren volvió a tumbarse tomando de nuevo la almohada. Decidió esconderse como un avestruz en la tierra y se cubrió con ella alejando a aquellos dos vampiros.

—Salvaje es la resaca que tengo. La sangre de vampiro es… Una droga total… Me hizo ver luces, alucinaciones y ahora me está matando —explicó ignorando la pregunta de Shade.

No pensaba darle el gusto.

—¿Así que te gusta mi hermano? —preguntó Ebony.

No.

No podía con esos dos.

—No podemos hablar de esto, chicos, me niego. —Sacando una mano de debajo la sábana señaló a Ebony primero—. Tú me has visto desnuda bañándome—. Pasó a Shade—. Y tú me perseguiste por el castillo. No podemos tratar este tema. No quiero.

Cada uno de los vampiros tomó uno de sus pies después de hacer volar la sábana que la cubría. No tuvieron reparos en reír mientras ella se retorcía un poco negándose a colaborar.

—Vamos, solo cuéntanos un poco. Somos amigos —ronroneó Shade.

Eiren sacó la cabeza de debajo de la almohada lo justo como para fulminarlo con la mirada.

—No te lo crees ni tú. Los amigos no se asustan —le regañó.

Mostrando los dientes y sin parpadear mirándola fijamente, Shade descendió a su tobillo como si fuera a morderla.

—Yo sí, pero puedo ser bueno…

Eiren luchó por quitarle el pie, pero era mucho más fuerte que ella.

—Te quemaré —le advirtió.

Eso lo hizo sonreír retirándose.

—Sabes que no puedo probarte. No es que no me muera de ganas, pero sé obedecer las órdenes de Nox. Solo quiero que sepas que hueles tan sabroso que tengo la necesidad de decírtelo.

Jadeó un poco ante su sinceridad.

—¿Gracias? Supongo.

—¡Venga! Arriba que tenemos que desayunar. No podemos seguir esperándote —la animó Ebony.

Bueno, más bien corrió a su lado y la levantó tan rápido que su cerebro rebotó en los límites de su cráneo. Gimoteó queriendo regresar a la cama y lo único que consiguió fue abrazarse a la vampira.

—No vuelvo a probar vuestra sangre en la vida… Nunca me había sentido tan mal —bufó.

Shade le dio palmaditas en la espalda.

—Venga, deja que te desnude y ve a la bañera mientras buscamos qué ropa ponerte.

Eiren hizo temblar el suelo de forma instintiva arrancándole una risa al vampiro.

—Era broma. Ya confiamos lo suficiente en ti como para que te bañes sola, pero si quieres ayuda… No dudes en llamarme.

Necesitaba darle un golpe a ese hombre con lo primero que encontrase a mano. Adivinando sus pensamientos, Ebony la llevó hasta el baño. Ahí, con los vapores del agua caliente ella ronroneó como un gatito.

—Venga, si tardas mucho entraré a buscarte —le indicó antes de marcharse.

Estaba… ¿Sola?

Corrió a meterse en el agua dejando escapar tal gemido que supo que los vampiros habían podido escucharla. No se escondió, dejó que los sonidos la envolviesen mientras su contracturado cuerpo se calmaba.

Eso era el paraíso.

***

—Con ese vestido va a parecer una pompa de jabón, Ebony —se quejó Shade.

Estaba de acuerdo con él, para su desgracia.

—Pues es precioso. ¿Qué tal este?

Enseñó otro todavía más lujoso y escotado. Eiren torció el gesto buscando las palabras adecuadas. No quería parecer maleducada, pero necesitaba algo con lo que sentirse más cómoda.

—¿Unos pantalones y una camisa podrían ser? O una camiseta, me manejo bien con ambas prendas.

La mirada de Ebony la asustó.

—Así no irás tan elegante como yo quiero —se quejó la vampira haciendo un puchero.

—Yo te lo agradezco, de verdad, pero necesito ir cómoda. De todas formas no voy a ninguna fiesta, no necesito tanta elegancia.

Resoplando como si nadie pudiera entenderla, salió de la habitación a toda velocidad esperando encontrar algo que le gustase a Eiren. Esta, agotada, se sentó en la cama de Nox con Shade tumbado tras ella.

—Ebony siempre quiso una hermana a la que mimar, vas a ser su muñeca de prácticas.

Lo miró, siempre riendo tan tenebrosamente.

—¿Y tú? ¿Siempre quisiste una hermana? —preguntó Eiren.

—Tengo bastante con mi melliza.

¿Ebony y Shade eran mellizos?

La sorpresa tuvo que ser tal que hasta él pudo leerle el pensamiento.

—Increíble, ¿verdad? Compartimos vientre materno y todo.

—Es que sois… No lo sé, nunca esperé que fuerais mellizos.

Regresando Ebony a la habitación, lucía una enorme sonrisa con mucha ropa entre sus manos. Estaba claro que iban a tardar más de lo esperado en dar con algo cómodo qué ponerse.

—Socorro —le susurró a Shade.

—¡Ah, no! No eres mi mascota, no tengo que salvarte de nada.

Traidor.

***

Después de veinte minutos batallando, Eiren consiguió ponerse un pantalón y una camisa de

corte algo más femenino. Le había gustado otra que trajo, pero esa se la arrebató de las manos antes de poder siquiera probársela.

Decidió dejar su cabello recogido con una trenza, era lo más cómodo y llevaba acostumbrada a llevarla desde pequeña.

—Vamos, a desayunar —la animó Ebony.

Eiren frunció el ceño.

—¿Me lo dices a mí? —preguntó.

Notando a Shade tras de sí, giró antes de que pudiera poner sus manos sobre sus hombros. Lo miró mientras su sonrisa felina le anticipaba sus palabras de alguna manera.

—Sí, ahora te han soltado un poco la correa. Nosotros te enseñaremos un trocito de palacio, lo demás ya te lo enseñará Nox, pero no puedes escaparte.

—No lo haré, le he dado mi palabra —explicó Eiren, convencida.

Siguiendo a los dos vampiros, salieron de aquella habitación. El pasillo era tan oscuro que tuvo miedo de tropezar, así pues, buscó a tientas a Ebony y se afianzó a su brazo con cariño.

—Pediré que te pongan algo de luz a partir de ahora, no queremos que te hagas daño caminando a oscuras por aquí.

Apreció la idea.

Luchó por recordar el camino, aunque no tenía mucha pérdida. Pasillo abajo acabaron en unas escaleras que conocía bien. El pasamanos ya había sido reparado y bajó acariciándolo tratando de encontrar el trozo que habían tenido que cambiar.

No lo encontró.

Después, al llegar abajo sus ojos se le fueron a la puerta principal.

Había sido tan estúpida huyendo.

Negó para sí misma.

—Mira, esta puerta es el comedor, al menos el más pequeño. El de fiestas, como el de la Gran Noche, está al otro lado del palacio —explicó Ebony.

Lo que ella consideraba «pequeño» era algo a reconsiderar porque ese comedor distaba mucho de poder calificarse así. Era gigantesco, aunque sí que debía reconocer que era algo menor al que había estado.

Al final de todo había una gran mesa con ciertos platos ya colocados. De nuevo volvió a ver unos cuantos humanos sirviendo a los vampiros. Estos no parecían asustados, se movieron como si ellos no fueran una amenaza y trabajaron a su alrededor con total tranquilidad.

¿Qué hacían humanos ahí?

Instándola a sentarse, Eiren se detuvo un momento a admirar la enorme lámpara de araña que tenían sobre sus cabezas. Solo tres decoraban aquel inmenso salón y eran suficientes como para dar envidia al sol.

Eran hermosas, nunca antes había contemplado una con un diseño tan intrincado. Después, regresando a la realidad, se sentó donde Ebony le indicó.

—Toma lo que quieras —la animó la vampira.

Dudó.

Era fácil decir eso, pero no conocía la mitad de los platos de la mesa.

—Eh…

—Permítame ayudarla, señorita —la animó un recién llegado Charles.

Tomando un plato, el mayordomo puso unas cuántas cosas para que probase. Después se lo colocó delante para que disfrutase de su desayuno.

—Estoy seguro de que estos sabores los encontrará más conocidos que otros platos más

exóticos. Por supuesto la animo a probar todo lo que desee.

—Gracias.

El mayordomo asintió satisfecho.

—Y gracias por todo. Siento que me has ayudado mucho más de lo que puedo pagarte. Cuando regresé del bosque, en el invernadero, ahora…

Él le restó importancia moviendo una mano como si todas aquellas cosas no fueran nada, pero para Eiren habían significado muchísimo. Solo esperaba poder compensarle de alguna forma.

—Es mi trabajo, señorita. Me siento feliz de haber sido de ayuda —dijo antes de marcharse.

Miró el plato de nuevo, estaba más lleno que antes y frunció el ceño buscando quién estaba dejando caer más comida de la cuenta. Con una sonrisa, Ebony le pasó algo parecido a embutido y pan tostado.

—Come, perdiste mucho peso por culpa del bosque y tu hospitalización —le explicó.

¡Tampoco había sido para tanto!

—¿Y esperas que no pase por la puerta después? Esto es demasiado.

Ebony fue a replicar, sin embargo, llegó una nueva invitada. Era una mujer hermosa, lucía un vestido blanco que le hizo recordar a una novia. Con una radiante sonrisa caminó hasta Shade, el cual le devolvió la sonrisa.

—Mi señor —dijo tendiéndole un brazo desnudo.

—¡Aquí no hagas eso, Shade! ¡Delante de Eiren, no! —regañó Ebony.

Comprendió que esa mujer era el desayuno del vampiro. Lo que más curioso le pareció es que ella no gritaba o venía en contra su voluntad. Se había preparado para eso, hasta parecía muy perfumada.

—A Eiren no le importa. Además, el comedor es para comer, ¿verdad?

¿Le estaba preguntando a ella?

No quería contestar a algo semejante.

—Eh… No me importa —dijo con cortesía.

¿Cómo negarse?

Sin tiempo para mentalizarse Shade clavó los colmillos en la muñeca de la mujer. No le dio escapatoria, aunque tampoco la buscó, envolvió su brazo alrededor de su cintura para afianzarla a su cuerpo.

No gritó.

Eso fue lo que más la sorprendió.

Siempre recordaría cuando en el sótano la mordieron, fue tan doloroso que a veces creía soñar con esos colmillos rasgando su piel.

Sin pestañear, Shade no dejó de mirarla con la intensidad capaz de fundirla en su asiento. Ella luchó por comer, pero sintió que se le cerraba el estómago al escucharlo sorber.

—Creo que… Creo que volveré a la habitación. No tengo hambre —declaró Eiren levantándose tan rápido que tiró la silla.

Estaba tan nerviosa que tembló ante el sonido.

—Lo… Lo siento —dijo levantándola de nuevo.

Shade dejó ir un poco a su presa.

—¡Vamos, Eiren! Esto no es nada. Es su trabajo y no le hago daño en absoluto. Todos los vampiros tenemos donadores de sangre. No siempre podemos beber de la sangre embotellada, es aburrido.

—Me al… alegro mucho.

¿Por qué no podía hablar?

Caminó a toda prisa hacia la salida. No podía ver eso, no sabía los motivos, pero su mente no era capaz de digerir algo así. Eran comida, ella era comida y no un comensal más a la mesa.

Sus instintos le pedían correr.

—Eiren, por favor —pidió Ebony alcanzándola.

Ella negó sin palabras, tenía la garganta cerrada sin sentido.

No entendía por qué reaccionaba así cuando era algo natural para ellos.

—Lo… Lo siento… Eb.. Ebony —tartamudeó.

Saliendo del comedor, el primero que encontró fue el mayordomo que la recibió con una cálida sonrisa.

—No se preocupe, señorita Ebony, yo guiaré a la señorita Eiren a la habitación del señor Nox. Allí podrá descansar un poco.

Se lanzó hacia él como si este hombre fuera un salvavidas en un mar revuelto. No miró atrás porque pudo sentir la risa de Shade. Lo había hecho a propósito para ponerla nerviosa.

Y había ganado.

—Eres un imbécil —escuchó escupir Ebony a su hermano.

CAPÍTULO 25



Palabra de hoy: Humana.

—El imbécil de Shade la asustó alimentándose de su donadora de sangre —gruñó Ebony.

Su hermana estaba tan enfadada que casi podía sentir sus dientes rechinar al apretar las mandíbulas.

—Tiene que acostumbrarse, vive entre vampiros —rio Shade.

—¡Claro que tiene que hacerlo! Pero primero deberías haberle dejado comer, algo que aposentara un poco su estómago para después lanzarla a la cruda realidad. ¡Es una humana! Hasta hace poco no sabía que existíamos, sus instintos son más desarrollados que los del resto. Todo su cuerpo le pide correr en dirección contraria a nosotros, mendrugo.

Que sus instintos estaban más desarrollados era cierto, lo había visto la noche del baile. Detectó los vampiros a su alrededor sin saber muy bien qué eran. Trató de huir porque toda ella se lo dijo.

—La próxima vez seré más cuidadoso. Solo quería saber si le ponía vernos comer, a algunos humanos les pasa —explicó Shade.

Nox parpadeó ante la estupidez de su hermano.

—¡Fue mordida en el sótano! Le desgarró la carne siendo tan duro que seguro que no lo ve con buenos ojos. Y lo sabrías si hubieras escuchado algo de lo que te he dicho desde que llegó.

Aquello parecía un partido donde sus hermanos se pasaban la pelota. Ebony tenía más tacto con Eiren, lo que parecía funcionar. Además, cada vez que Shade hacía algo con la humana esta salía de su alrededor asustada.

—No volverás a asustarla, deja que nuestra hermana te guíe. No quiero tenerla corriendo por el castillo huyendo de tu comportamiento —ordenó Nox.

Su hermano gruñó en respuesta. Le gustaba la diversión y no le prohibía no beber, solo deseaba que Eiren comenzase a comprenderlo poco a poco. Meter las cosas a presión sobre esa chica solo conseguía resultados negativos.

Ya deberían saberlo.

—De acuerdo, dejaré que mamá Ebony cuide de su pollito. La tienes como una muñeca a la que alimentar y cambiar de ropa, pero bajo ese aspecto inocente hay una mujer con poderes capaz de reventarnos. No lo olvides, hermanita.

—¿Y la instas a sacar más magia asustándola?

—No digo que sea un buen método, pero la primera vez funcionó y la ayudó en el bosque.

—Un bosque al que no hubiera ido si tú no la hubieras asustado.

—Minucias, Ebony. Te quedas con los pequeños detalles.

Sus hermanos le daban dolor de cabeza. Llevaba toda la noche encerrado en su despacho atendiendo a políticos y peticiones absurdas. No tenía tiempo para discusiones como esa.

Tenía un tema en mente, uno que se le estaba volviendo recurrente y que había sacado con sus hombres de más confianza. Tal vez sus hermanos arrojaran luz a sus dudas.

—¿Creéis que los humanos nos encuentran atractivos? —preguntó sin más.

Sus hermanos lo miraron como si acabase de enloquecer. Quiso retirar la pregunta, pero ya estaba sobre la mesa.

—Lo somos, pero quizás porque somos depredadores —explicó Ebony.

Eso no contestaba demasiado o no era lo que él deseaba saber después de todo. Encarar esa conversación le estaba resultando de lo más difícil.

—¿Creéis que pueden sentirse atraídos por nosotros? No porque seamos vampiros, si no por algo más —reformuló Nox.

Sus hermanos se miraron fijamente unos segundos.

—Yo siempre que he tenido sexo con ellos ha sido bajo mi influencia vampírica. No creo que mis seleccionados me eligieran voluntariamente, pero me encargo de que disfruten mucho —explicó Ebony.

—Yo he follado con alguna donadora de sangre, pero se lo toma como su trabajo. Hay pasión, no obstante, estoy convencido de que no es más que un trámite. Quizás haya humanos que quieran algo más de nosotros, muchos altos cargos lo dicen, pero no me ha gustado involucrarme en algo semejante —contó Shade —. No me gusta que haya sentimientos de por medio.

Uhmmm.

Eso era algo bastante singular. Al parecer los humanos no elegirían a un vampiro por voluntad propia lo cual le resultó un poco decepcionante. Después de lo ocurrido con Eiren la noche anterior creyó que la pasión entre ellos podría haber sido real.

Tal vez sentirse vampira la confundió.

Debió pensar en ello.

—¿Lo preguntas por algo en particular? —preguntó Ebony.

—¿Tiene que ver por una preciosa humana que estaba esta mañana durmiendo en tu cama con una camiseta y unas braguitas sugerentes?

Su hermano era un dolor de cabeza.

—Es tuya, hermano, tómala en las posturas que quieras sin preocuparte. Deja de pensar tanto las cosas —añadió Shade.

El collejón que Ebony le soltó sonó tanto que todos se quedaron en silencio unos largos segundos.

—No es una prostituta para usar y tomar —defendió su hermana—. Empieza a tener en cuenta los sentimientos de los demás, Shade, o te atacaré cuando te vea cerca de ella.

Al parecer Ebony se estaba encariñando tanto de la chica que ya enseñaba sus propios colmillos para defenderla. Solo porque tenía razón lo dejó estar, no intercedió para golpear él mismo a Shade.

—Soy bueno con ella, no le he hecho daño y le he dicho que somos amigos —replicó.

—En vez de decírselo tienes que serlo. Los amigos no se asustan o se hacen sentir mal voluntariamente —regañó Ebony.

Estaba claro que el desayuno la había enfadado de verdad y llevaba toda la noche tratando de no explotar. Lamentablemente lo había acabado haciendo dejando claro su punto.

Y, bajo su punto de vista, no le faltaba razón.

—Pero tiene que entender que soy un vampiro, es mi naturaleza.

—¿Y ella? —añadió Nox esta vez—. ¿No tienes que entender que es una humana?

Eso dejó a Shade boqueando como un pez buscando alguna respuesta. Al final asintió mientras tragaba saliva. No le había gustado escuchar esas cosas, pero parecía comenzar a comprender el punto de vista de los demás.

—Valeeee. Vosotros ganáis, seré más bueno con ella —aceptó.

Era algo bueno.

—¿Algo más con lo que torturarme? —preguntó Nox.

Ellos negaron.

—¡Ah, sí! Charles me ha dicho que no ha probado bocado en todo el día, deberías hacer que comiera —explicó Ebony antes de marcharse.

Cuando se encontró solo, la mente de Nox viajó entre sus muchas preocupaciones. Entre ellas estaba Eiren, en concreto su familia la cual los estaba empujando a hacer algo que no iba a gustarle.

Negando que su hija fuera especial y perfecta estaban causando tal revuelo que Reese pretendía usarlo a su favor. Por mucho que quisiera rebatirlo o buscar una solución no la encontró.

Iba a tener que entregar a Paola y eso no podía ser bueno.

¿Cómo se lo tomaría Eiren?

Regresando a una de las muchas conversaciones que había tenido ese día, logró recordar la que había tenido con sus más cercanos. Su mano derecha y su ayudante, los cuales también habían parecido muy interesados en la humana.

Era casi como una atracción turística.

—¿Es fácil de llevar? —preguntó Snider.

—Viene de la facción alimentaria, no conocía a los vampiros. Le costó comprenderlo, pero es buena chica.

—¿Sabe bien?

Todo se resumía a sangre. A una que no había probado por miedo a quemarse vivo. No era tan estúpido como para morder a Eiren sin su permiso. Sabía de lo que era capaz y no dudaría en atacarlo por mucha tregua que hubieran firmado.

—Deberíamos dejar ese tema —pidió Nox.

—Cuéntanos al menos si es buena en la cama —rogó Nazra.

No quería hablar de eso.

—¿Y por qué debería contar eso? No es como si no hubierais estado con humanas antes —contratacó Nox.

Ambos hombres bufaron poniendo los ojos en blanco.

—He estado con un par de seleccionadas, pero estaban condicionadas por mis mordiscos y mi encanto vampírico. Fui gentil con ellas, por supuesto, pero no es lo mismo como desearlo realmente —explicó Nazra.

Snider se amasó el pelo como si tratase de recordar.

—Yo también he probado los placeres carnales de los humanos y puedo decir que, si pudieran, no elegirían estar con nosotros. He visto a algunos de nuestros donantes de sangre tener sexo entre ellos y responden mucho mejor con los de su especie. Parecen conocerse mejor, tener una conexión pasional alta. Quizás es que nos ven sus jefes, amos o asesinos —explicó su mano derecha.

Reese había dicho lo mismo. Los humanos preferían estar con humanos después de todo, lo que le provocaba unas ganas enormes de gruñir hasta que el palacio se viniera abajo.

Él había estado dentro de Eiren, su pasión había sido real y no por miedo o algo similar. Ella lo había buscado con desesperación.

—Pero mi hermano, que tiene una mascota desde hace diez años, dice que ella no querría estar con nadie más que él. Que una vez le mostró que no era un objeto sin opinión, ella se abrió y lo deseó. Que el sexo con ella es una de las cosas que más le sorprendió a pesar de tener experiencia previa con humanas. Cuando se entregan lo hacen de verdad, sin contemplaciones y es un gusto perderse en ellas. Quizás lo pruebe alguna vez, la soledad y la eternidad son aburridas —declaró Snider más perdido en sus pensamientos que pensando exactamente lo que estaba diciendo.

Conocía a algunos vampiros que tenían parejas o mascotas humanas. Parecían encantados con ellas, pero el resto solía ser de la misma línea de pensamiento.

Los humanos no elegían a los vampiros por voluntad propia.

Y eso lo removió por dentro.

CAPÍTULO 26



Palabra del día: Hambre.

Eiren llamó a la puerta del despacho de Nox porque Charles se lo indicó, es más, la acompañó hasta allí como si necesitase su supervisión para no escaparse. Todos la miraban de reojo esperando que hiciera una locura.

Suspiró.

Se había ganado esa fama a pulso, no se quejaría por ello. Los comprendía después de todo.

—Pasa —pidió Nox.

Abriendo, entró en aquel lugar que le pareció majestuoso. No fue por el tamaño, pero sí por los cuadros y estanterías que adornaban sus paredes. Todo tenía un toque de oro distintivo de un rey.

Al igual que el escritorio donde estaba trabajando. De madera tan oscura como la noche, tenía un par de hermosos detalles que la hacían única. También había dos grandes sofás rojos como la sangre con un estilo contemporáneo que le encantaron.

Y la alfombra fue lo que más le gustó. De pelo largo estaba perfectamente cuidada, de un color claro no tenía ni una sola mancha. Parecía mullida y deseó hundir sus pies descalzos en ella.

—¿Te gusta? —preguntó Nox sacándola de su ensimismamiento.

Ella dio un pequeño salto al escucharlo.

—Sí. Es muy tú.

Elegante.

Fuerte.

Peligroso.

—Me han dicho que no has comido.

Sí.

Alguien se había chivado y tenía claro que iba vestida con un elegante vestido y era una mandona sobre cómo vestirse. Ya tenía una idea muy clara de quién era el pajarito que se lo

había explicado.

—No tengo hambre —se atrevió a decir Eiren uniendo sus manos a su espalda con inocencia.

Nox enarcó una ceja que le robó el aliento.

Carraspeó un poco en busca de aire, uno que parecía haber huido de la habitación desde que había entrado ella.

—Sé lo que ha hecho Shade.

Por supuesto que lo sabía.

Se lo habrían venido a contar tan rápido que apretó los puños en señal de frustración. No quería que pensase que era débil.

—Entra —ordenó.

La puerta del lateral de aquel despacho se abrió dejando pasar a un hombre que le pareció muy atractivo. Elegantemente vestido, supo que se trataba de un donante de sangre por el perfume que tenía a su alrededor.

Era el mismo que el de la donante de Shade.

—Sé que no has entrado en el mundo de los vampiros con el mejor pie y me gustaría enseñarte un par de cosas.

«Por favor, que no lo muerda delante de mí». Pensó Eiren.

—Eh… Tal vez pueda dejarte cenar en paz, estoy cansada, prefiero ir a dormir —mintió girando sobre sí misma tratando de alcanzar la puerta.

Era una gran ilusa si pensaba que podría librarse de eso.

—Eiren, para —ordenó Nox.

Ella lo hizo, aunque no giró para no tener que ver esa escena. Ya había tenido suficientes mordiscos por ese día, la idea de que Nox se alimentase mientras ella miraba era demasiado.

—Gira —ordenó.

Eiren bufó.

—¿Tengo que verlo? Sé que necesitáis sangre, me sirve con eso —replicó.

—Gira.

Hundiendo los hombros rindiéndose, hizo lo que le pidió encarándolo sin muchas ganas de mantener esa conversación.

—Como te decía, has entrado con mal pie a nuestra sociedad. Te presento a Irving, es uno de mis donantes de sangre.

—Un placer conocerla, señorita Eiren —dijo el humano con una sonrisa.

Ella se sonrojó.

Aquel hombre era muy atractivo y no parecía asustado ante la presencia de Nox en absoluto. Fue algo extraño para ella después de lo vivido en el sótano. Esa interacción no era violenta.

—Un… Placer… Sup… Supongo.

Nox la observó con detenimiento. Estaba tan nerviosa que su corazón era de las cosas que más sonaban en la sala, además, pareció sonrojarse ante el humano, lo que le indicó que le pareció atractivo.

Una parte de él gruñó en consecuencia, pero lo mantuvo bajo control.

—La selección es una vez al año, una cosecha de primera. Y, entre ese tiempo, bebemos sangre embotellada o directamente de la vena. Es un trabajo como otro más y no causamos dolor a ninguno de nuestros empleados.

Eiren parecía estar a punto de desmayarse o de lanzarles un ataque.

Sea como fuere debía mantenerse en alerta.

—¿Verdad, Irving? ¿Sientes miedo de mí? Explícale a la señorita Eiren en qué consisten tus

funciones —pidió Nox.

Dando un paso hacia atrás cuando el humano dio uno hacia ella, Eiren dejó claro que estaba incómoda.

—Disculpe, señorita. Estoy contento de trabajar al servicio de su majestad el rey. Su trato siempre es bueno y gozamos de un buen sueldo. Mi mujer y mis hijos también reciben regalos de su majestad en épocas navideñas. No sé qué haría sin este trabajo.

Cediéndole la muñeca tal y como había hecho la de Shade, Eiren jadeó anticipando lo que pasaría.

—No duele, señorita. El señor me ha explicado que la mordieron y que tiene miedo a ello. Ese vampiro le hizo daño a propósito —explicó Irving.

Llevándose una mano hacia lo que era ya una herida curada, su cuerpo se tensó con el horrible recuerdo.

—Tenemos unos cuantos porque si bebiéramos todos los días del mismo morirían a los pocos días. Si tenéis seis litros de sangre y bebemos medio, vuestro cuerpo tarda muchos días en volver a rehacer esa sangre.

Tecnicismos.

Como si fuera un trabajo de fontanero, mecánico o médico.

—No quiero ver esto —dijo Eiren armándose de valor.

Irving frunció el ceño.

—No es algo sexual si eso le preocupa. Todo lo que hacen es beber —le explicó.

Su mente comprendía las palabras que Irving le decía, al igual que las de Nox, pero sus instintos se revolvían bajo su piel suplicándole que actuara. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para quedarse allí.

Cuando Nox mordió escuchó el jadeo de Irving, fue apenas un segundo porque se mantuvo realmente tranquilo alimentando a aquel vampiro.

De hecho, los ojos rojos de ese hombre estaban puestos en ella. Casi sin parpadear, se alimentó de su donante.

Un sentimiento de dolor latió en su pecho.

¿Celos?

Luchando por sentirse mejor rompió el contacto visual girando sobre sí misma. Que la castigase después, pensaba aceptar lo que le impusiera antes de seguir sintiendo aquello.

Ella no quería alimentarlo, no podía sentir celos por nada.

Era una idiota.

Mirando a su alrededor buscando algo con lo que distraerse encontró una especie de mapa que reconoció. En él pudo ver su ciudad, palacio y el bosque solo que, por alguna razón, había un trozo más.

Uno que no había visto hasta ahora.

Acercándose ignorando lo que sucedía a su espalda, observó aquel mapa que luchó por reconocer y memorizar.

***

Nox dejó a Irving después de que Eiren se girase. Había visto el dolor en sus ojos abrumándola por completo. No se enfadó por verla girar. También había notado que, cuando los recuerdos la llevaron al sótano, se tocó el costado en el que había sido mordido.

Ebony tenía razón, tenía miedo.

Pero esta vez había visto algo más.

Mirando a Irving, este le dio una mirada cómplice, como si comprendiera lo que Eiren sentía, algo que él no pudo descifrar.

Entonces se fijó en el mapa y supo que era el momento de explicarle tanto que no supo cómo reaccionaría.

Levantándose caminó hacia ella con mucha cautela. Dejó que el sonido de sus pasos lo delatara para no asustarla, ahora mismo era como una bomba a punto de explotar. Solo debía manejar con cuidado la situación.

—¿Ves algo interesante?

***

—¿Ves algo interesante? —preguntó Nox.

Ella señaló el mapa.

—El mundo es mucho mayor de lo que siempre creí.

Estaba a su lado, su aliento sobre su cabeza la inquietó. No quiso mirar hacia atrás para no ver a Irving. Sabía que él la había leído mucho mejor que Nox porque dibujó una sonrisa antes de girar.

¿Cómo podía ser tan transparente?

Cuando notó el suspiro de Nox, supo que la explicación que vendría a continuación iba a ser importante. Él dudaba sobre cómo decírselo. El mundo estaba a punto de cambiar ante sus ojos.

—El mundo está repartido en facciones. La tuya —señaló la que conocía— es la facción alimentaria. Los humanos que vivís allí se os cosecha como a los mejores para tomar vuestra sangre una vez al año. Sois un experimento que nos da una noche al año.

Sí.

Eso ya lo sabía.

—No todos son perfectos y aquellos que acaban saliéndose demasiado de la línea son reclutados para el bosque. En él vive Zion, el rey o jefe del lugar. Tienen pequeños asentamientos, familias y escuelas. Además, tiene un grupo donde, una vez al año, cazan a los vampiros recién convertidos. Muchos señores vampíricos convierten a sus seleccionados y apuestan. El último en morir hace rico a su seleccionador y al humano que lo mate.

El corazón se le detuvo al instante. Ella entró de lleno a la cacería esa noche, sabía bien lo que les sucedía a los pobres seleccionados.

—Palacio está aquí, ya sabes lo que es.

Sí.

Él era el rey.

No había mucho más a decir.

—Y esta facción es la que se conoce como la facción de paz. Humanos y vampiros conviven. Estos no son alimento, hacen trabajos que nosotros no podemos hacer por nuestra intolerancia al sol. También ayudan con la elección de leyes, tienen escuelas y forman parte de la sociedad. Alguno de esos trabajos, los mejor remunerados, son los de donantes de sangre. Nunca recibirán daño alguno y, si eso ocurre, sus jefes son vilmente castigados.

No podía asimilarlo todo tan rápido como hablaba. Había una parte del mundo donde vampiros y humanos convivían pacíficamente. No eran iguales, nunca lo serían porque ellos eran superiores, pero por ese motivo el personal de palacio eran gran parte humanos.

Ellos ayudaban cuando el sol los recluía en sus habitaciones.

—Respira, Eiren —la animó Nox.

Haciéndole caso dejó que el aire regresase a sus pulmones, apenas había sido consciente de haber dejado de respirar.

—Antes de que estas sociedades existieran viví mucha guerra. Los vampiros querían sublevar a los humanos y ellos querían nuestra extinción. Se perdieron muchas vidas en el camino. Al final separamos el mundo en diferentes estados para que todos podamos coexistir. No digo que la facción alimenticia sea correcta, pero ayuda a que los vampiros no ataquen a diestro y siniestro dejándose llevar por sus instintos más bajos.

Tenía sentido para su desgracia. Por mucho que no le gustase, el mundo que habían creado vivía en una paz duradera.

—En esa facción nos hacían donar sangre cada seis meses, era algo obligatorio porque decían que hacía falta en los hospitales…

La risa de Nox le indicó que sus sospechas eran ciertas. Su sangre servía para alimentar a los vampiros.

—Facción alimentaria se llama. Lo siento —explicó Nox.

Escondidos en una vida perfecta no sabían el mundo que les rodeaba. Habían vivido engañados toda su vida, ignorando el peligro real que tenían a su alrededor. Fue como si todo cambiase de golpe.

—En mayor medida buscamos una vida pacífica entre todos. Sé que os seleccionamos una vez al año, pero procuramos que el resto viváis en paz. No es perfecto, no es genial, pero mantiene la paz. He visto a vampiros arrasar ciudades enteras por sed de sangre, no te gustaría verlo. Podemos ser verdaderas bestias.

Eiren miró el mapa de nuevo. Ya conocía tres de los cuatro estados de ese lugar, no sabía si algún día vería el que le quedaba, pero debía reconocer que le pareció curioso que pudieran vivir de forma pacífica.

Habían encontrado la forma de que todos pudieran ser medianamente felices.

A pesar de todo, no debían olvidar que los humanos eran los débiles en esa ecuación. La naturaleza había creado seres increíblemente poderosos para alimentarse de ellos. No podían escapar.

—Gracias… Por… Gracias por explicármelo —tartamudeó.

CAPÍTULO 27



Palabra de hoy: Locura.

Eiren tartamudeaba cuando se ponía nerviosa, le pareció tan adorable que tuvo que reprimir el impulso de abrazarla para reconfortarla. Sabía que necesitaba su espacio, comenzar a pensar en todo lo que le había explicado y asimilarlo.

Era un largo camino.

Para alguien crecido en la facción alimentaria el resto de facciones podían suponer un caos absoluto.

—¿Puedo irme? —preguntó Eiren removiéndose incómoda.

Era mucho más alto que ella y corpulento, estaba acostumbrado a tomar más espacio que Eiren, pero a veces, cuando estaba nerviosa o asustada, se encogía de tal forma que la hacía ver diminuta.

—Deberías comer, los humanos no podéis estar tanto tiempo sin probar bocado. Sé que todo esto es abrumador, pero tienes que alimentarte —le explicó.

Odió cómo rehusó mirarlo. Parecía metida en su mundo, en esa mente donde todo iba a toda velocidad. Quería ver esos ojos claros y sus labios rojos como la sangre. Deseaba que le hablase o que pelease con algo.

—De acuerdo.

Que lo matasen, pero verla tan sumisa le arrancó un gruñido que provocó que Eiren diera un respingo. Debía estar loco si quería verla saltar, verla pelear como le había enseñado hasta ahora.

Dejando que sus instintos de vampiro lo controlasen unos instantes, usó su cuerpo para acorralarla contra la pared. La llevó hasta la esquina provocando que esta al fin lo mirase de una vez.

Sus enormes ojos claros lo sondearon buscando una explicación a su comportamiento.

No la había.

Estaba loco de verdad.

—He dicho que lo haría —explicó Eiren.

Cierto.

Lo había dicho.

Colocando cada mano a un lado de su rostro la contuvo con su cuerpo dejando que su calidez lo embriagase. Se rozó contra ella con cautela, vigilando ese giro de manos que podía hacer y calcinarlo.

—Lo sé… —susurró Nox acercándose todavía más a ella.

Aspiró su aroma como si de una droga se tratase. Tal vez era eso después de todo, una droga que le habían enviado para volverlo loco.

Eiren no podía ver a Irving a pesar de que sabía que estaba en la habitación. Nox la había acorralado contra la pared mientras parecía más salvaje que nunca. Su cuerpo estaba contra el suyo, no aplastándola, pero sí lo suficientemente fuerte como para notarlo con claridad.

Jadeó cuando la olfateó, de hecho, descendió hasta su cuello para sentirla mejor y toda ella se estremeció contra su cuerpo.

No podía ser normal que reaccionase así con Nox. Su cuerpo se encendió de golpe tan fuerte que luchó por no frotarse contra él como si buscase marcarlo de alguna manera.

Era fuerte, su aroma salvaje la envolvía casi haciéndola ronronear con verdadera desesperación.

Ese hombre encendía partes de ella que siempre creyó muertas.

—Nox… —susurró atrayendo su atención.

Mirándola desde arriba sus ojos rojos la fascinaron. Eran los de un depredador que podía arrancarle la vida con un suspiro, no obstante, siguió sintiéndose realmente atraída por él.

—Eiren.

Su voz fue un gruñido tan ronco que apretó las piernas luchando por ocultar lo que acababa de provocar en ella. Se sonrojó queriendo alejarse de él, pero sus grandes brazos se lo impidieron.

Nox solo sentía el corazón de Eiren como si no existiera nada más en el mundo. Era tímida, lo cual siempre le había parecido adorable y, cuando se sonrojaba, era más hermosa todavía.

La notó intentando ocultarle su excitación cuando sus piernas se apretaron a causa de su voz. Lo miró con cierto arrepentimiento, como si se castigase por sentir eso y quiso decirle que él estaba loco por ella, por su cuerpo… Por todo su ser.

Parecía un vampiro hambriento, aunque no eran los colmillos lo único que quería clavar en ella. Quería sentirla, tocarla y saborearla hasta quedar saciado. Hasta que sus gritos lo dejasen sordo y extasiado de placer.

La miró de nuevo.

Sus labios entreabiertos le dieron la bienvenida. Sabía que era un pecado que se moría por volver a probar.

La leyó tratando de descifrarla. Su corazón bombeaba tan rápido que amenazaba con salírsele del pecho. Además, sus mejillas sonrojadas le decían tanto con tan poco. Y sus ojos.

Esos ojos que podían embrujarlo…

Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo. Aquello lo golpeó duramente, en concreto en su pecho.

Eiren, ¿se excitaba con él?

Tal vez no había sido por culpa de su sangre en su cuerpo… Tal vez lo desease de verdad.

«Los humanos jamás elegirían a los vampiros voluntariamente». Recordó.

Todo el mundo se lo había dicho.

Todos.

El mundo no podía equivocarse con esto.

Aclarándose la garganta para tomar el control de su cuerpo, Nox se alejó de ella siendo consciente de que estaba a punto de tomarla. No iba a forzar algo que ella no quería, no podía hacerle eso.

Pero olía su excitación, una que seguramente había forzado por ser su depredador.

—Si quieres… —comenzó a decir Nox.

Era su amo.

Los amos debían proveer a sus mascotas todos los cuidados necesarios para que estuvieran bien.

—Podría buscar a alguien que te satisficiera sexualmente —propuso Nox.

Una parte de él le dijo que mataría a cualquier ser que pusiera sus asquerosas manos encima de su delicada piel. Se bañaría en la sangre de todos los que quisieran tener algo con ella.

Pero fue lógico como siempre lo había hecho.

Ella tenía una necesidad y él podía dársela.

Puede que los humanos no quisieran estar con vampiros, pero estaba convencido de que encontrarían la solución.

—Señor… —dijo Irving—. Yo me ofrezco voluntario si me lo permite.

Nox gruñó ferozmente.

A ver, para ser prácticos a Irving ya lo conocía. Tenía una familia por lo cual no establecería un vínculo afectivo con Eiren, solo le daría lo necesario para dejarla satisfecha. Podría funcionar.

Además, estaba convencido de que le había parecido atractivo. Todo estaba bien con eso.

—¿Qué opinas? —preguntó Nox apartándose para que viera al humano.

Para cuando volvió a mirarla había tanto dolor en esos ojos claros que creyó que caería de rodillas suplicando perdón. De pronto ese sentimiento desapareció haciendo que la ira tomase el control.

—Si te acercas a mí te hago pedazos —amenazó Eiren a Irving con un gruñido tan gutural que no la reconoció.

Cuando el palacio comenzó a temblar supo que se trataba de Eiren. Estaba tan fuera de sí que no comprendió cómo había sucedido algo semejante. Hacía poco que ella había reaccionado tan bien y ahora… No era ella.

—Eiren…

Ella lo cortó.

—Déjame salir de aquí o no respondo de mis actos.

Apretó los brazos a su lado luchando por no moverlos, vio cómo se contenía para no hacer algo terrible.

—Eiren, si no te gusta este humano podemos buscar…

—Nox, te juro que estoy al borde. Solo deja que me vaya y me airee o algo.

Estaba luchando contra sí misma.

Nox quiso comprender por qué estaba reaccionando de esa forma. Si la había ofendido de algún modo podían tratar de hablarlo. No conocía mucho las reglas humanas después de todo.

La vio ir hacia la puerta y la contuvo con un brazo. Ella tragó saliva controlando su respiración, parecía hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse.

—Podemos hablar.

El suelo tembló de tal forma que comprendió que no podían.

No ahora al menos.

Dejándola marchar, cedió sin ser capaz de dar con la solución a ambos.

Confundido.

Eiren agradeció que Nox cediera. Se sentía tan mal que necesitaba salir de ese maldito despacho antes de que lo hiciera volar por los aires.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?

Nadie podía sentir nada por la imperfecta de Eiren.

Después de lo de anoche creyó que a Nox le gustaba. Tan ilusa y tonta que daba lástima. Nadie podía verla atractiva o querer algo más para ella, aunque al menos había tenido la delicadeza de proponérsela a un humano.

Chocando con Ebony al salir, la miró de tal forma que la vampira retrocedió de golpe.

—¿Qué está pasando? —preguntó, confundida.

No quería hablar.

Mucho menos mover las manos, así pues, giró recordando el camino a la habitación. No es que desease estar en la de Nox, pero tampoco tenía otra asignada. Se metería en la bañera y esperaría ahogarse de algún modo.

Tan estúpida.

¿Cómo podía haber llegado a imaginar que le gustase a alguien?

En su facción había aprendido esa lección por las malas, ahora la había olvidado durante demasiado tiempo.

Ella era imperfecta.

Un objeto defectuoso.

—¡Eh! —exclamó Shade apareciendo de repente.

Tomándola de los brazos la miró con contundencia, sondeó sus ojos buscando algo que ella no quería mostrar.

—¿Quién te ha hecho daño? —preguntó visiblemente preocupado.

Eiren negó siendo incapaz de abrir la boca.

Él la agitó un poco.

—¡¿Qué quién te ha hecho daño?! —volvió a repetir, esta vez su tono fue mucho más duro y severo.

Estaba molesto de verdad.

—N… Nadie… Yo misma —lloró sin darse cuenta.

Los recuerdos de su facción a veces podían resultar ser terribles, todos esos le vinieron encima como un cubo de agua fría. Llevaban llamándole la atención por ser distinta desde pequeña.

¿Cómo pudo olvidarlo?

Shade secó sus lágrimas con las palmas de sus manos mientras acunaba su rostro.

—Vamos, Eiren, dime algo.

Ella apretó las mandíbulas rehusando hablar, aun así, supo que el vampiro no se retiraría hasta que le diera cualquier cosa. Por pequeña que fuera le serviría para después huir a la habitación.

—Olvidé…

—¿El qué?

Shade estaba tan preocupado que no le recordó al sonriente gato que siempre parecía.

—Que no podía gustar a… Nadie… —soltó.

Casi en shock, Shade la soltó y aprovechó para escapar. Arrancando a correr lo dejó atrás sabiendo que la alcanzaría si quería. Agradeció entonces que él no quisiera hacerlo y la dejara ir.

Solo quería alejarse el máximo posible de Nox.

Que hubiera mundos de distancia entre ellos.

CAPÍTULO 28



Palabra del día: Hermandad.

—A ver, hermano. ¿Qué le has hecho? —suspiró Ebony, agobiada.

Nox había despachado a Irving después de que Eiren hubiera huido a trompicones de su oficina. Estaba tan enfadada que sabía bien que podía hacer saltar el castillo completo por los aires.

Al menos había luchado por contenerse.

Nox negó.

—No quiero hablar del tema.

—¡Pues vas a hacerlo porque puedes ser mi rey y ella tu mascota, pero si le haces llorar voy a pegarte! —bramó Shade entrando sin control.

Agradeció que la puerta hubiera estado abierta porque entró de tal forma que la hubiera reventado con su toque. Su hermano estaba casi tan enfadado como Eiren, con los puños apretados y enseñando los colmillos, dejó claro que había metido la pata.

Lo peor es que no sabía cómo había sucedido.

Mostrándole los dientes a Shade lo obligó a retroceder. Comprendía que estaba enfadado después de ver a Eiren, pero ahora debía bajar un poco el tono para poder tener una conversación real.

Nox supo que tenía que ceder y explicar algo.

—Estábamos cerca, sentí su corazón, su aliento atascándosele en la garganta. Sus pupilas se dilataron mucho y sentí su excitación. Creí que necesitaba que le dieran placer.

Después todo se había ido al traste.

No es que su idea le hubiera gustado, pero no tenía claro qué debía haber dicho.

—Esto no me gusta —dijo Shade.

—Dime que no hiciste lo que creo que hiciste —suplicó Ebony.

Al parecer su hermana debía de ser la más lista de la familia en esos temas, porque ya se

imaginaba por dónde iba a salir. La notó mirándolo con los ojos desorbitados esperando que una estupidez abandonase su boca.

—Le dije que podría buscar a alguien que le diera placer. Irving se ofreció y me pareció bien porque lo vio atractivo, pero enloqueció. Mucho.

Y todo el palacio tembló por ella.

Ebony se tapó los ojos al mismo tiempo que Shade arrancó a reír tan fuerte que todo ese lugar pudo haberlo escuchado. Estaba tan confuso que no comprendió las reacciones de sus hermanos.

¿Tan equivocado había estado con Eiren?

¿No sería excitación lo que sintió?

Tomando asiento, Ebony se tomó unos segundos antes de explicar algo y Shade parecía estar fuera de combate entre la risa y la preocupación por Eiren. De su hermano no iba a sacar nada claro.

—Se excitó contigo, burro. Quería sexo, si es que ha podido desear eso porque eres un idiota, contigo. No con el donante —explicó Ebony.

La mandíbula de Nox cayó, la controló de inmediato, pero luchó contra esas palabras.

—Pero soy un vampiro. Creí que los humanos no querían tocarnos. Todos decís que los humanos no nos elegirían voluntariamente —contestó siendo claro.

No le gustaba la idea de que alguien pudiera tocarla, solo de pensarlo su interior rugía como un animal salvaje, pero había querido que tuviera lo que necesitaba. Él no estaba en las opciones porque le parecía irreal.

Solo sintió excitación por él la noche anterior por su sangre, ¿verdad?

La sangre la había empujado a sentir algo por él, después de todo, sus sentidos estaban más desarrollados en ese momento. Después, cuando todo había pasado, ya no quería nada con él.

¿Verdad?

¿Cómo podía ser tan difícil descifrar algo así?

—Al parecer ella sí te ha elegido voluntariamente y la has rechazado. Un duro golpe para una mujer. Yo no te perdonaría en siglos —comentó Ebony.

Y de ahí venía el dolor tan crudo que reflejaban sus ojos.

Ella había venido a él y él la había entregado a un humano como si de un trozo de carne se tratase.

Gruñó regañándose a sí mismo por ser tan insensible. No la consideraba una muñeca sin alma, tenía su propia voz y pensamiento. Habían hablado de ello y entonces había metido la pata en el peor momento.

Creyendo que necesitaba que alguien la ayudara a llegar al orgasmo como si de una necesidad fisiológica se tratase.

—El sexo con humanas, Nox, es increíble. Su piel está caliente, su corazón galopa como el de un caballo de carreras y su hendidura es tan cálida —ronroneó Shade, provocándolo—. Pero con Eiren lo llevas crudo porque lleva un cabreo que no se le va a quitar en días.

Nox se pasó las manos por las sienes, controlando sus emociones.

—Entonces, ¿quería sexo conmigo? —preguntó, sorprendido.

Había sido real.

El momento que habían vivido la noche anterior, ella lo había querido a él sin ayudas externas. No quería humanos, tampoco a otros vampiros, Eiren lo había querido solo a él.

Y ahora se sentía el más idiota del universo.

—Que seas tan listo para unas cosas y tan tonto para otras es sorprendente —le reprendió Ebony.

No se enfadó con su hermana, visto así tenía razón. No había sido capaz de pensar por sí mismo.

Dejó que todo su entorno lo influyera haciéndole creer que jamás desearía estar con un vampiro. Se perdió en lo que parecía lógico y no en lo que sus propios ojos estaban viendo.

Su cuerpo reaccionaba a su toque, nada más importaba.

—Anoche ella y yo… Nos besamos, pero después de hablar con todos creí que lo había hecho por la influencia de mi sangre en ella. Y hoy he vuelto a excusarla, creyendo que solo era una necesidad y que me miraba así por ser un depredador de su especie.

Estaba tan avergonzado.

Era un patán.

—Nox, sé que te has negado a sentir algo toda tu vida por culpa de mamá. Que todo esto te es confuso. Celos, pasión, etc… Pero no puedes negar que te mira como si no existiera otro hombre en el mundo. Eso no es por ser vampiro y ella humana —explicó Ebony.

La mera mención a su madre le hizo gruñir. Sí, se había mantenido alejado de cualquier tipo de sentimiento que no fuera útil para seguir sobreviviendo. Por supuesto que había tenido sexo con vampiras a lo largo de los años, pero algo casual y sin opción a repetir.

Eiren era tan distinta a todo.

Tan alejada de lo que conocía.

No solo quería besarla, necesitaba probarla, protegerla entre sus brazos mientras gemía su nombre.

Y hacerle daño había sido tan atroz que todavía lo sentía dentro de sí. Quemándolo.

—Le has hecho daño de verdad —reconoció Shade—. La he visto en el pasillo más rota que cuando el bosque y eso ya es decir. No sé mucho de humanos, pero sí que sé lo que he visto. La has rechazado. No está enfadada porque sí, está dolida. Hasta dijo…

Su hermano calló.

—¿Qué dijo? —pidió Nox.

No quería decir nada, lo vio en sus ojos, no obstante, ya había lanzado la piedra. Ahora no podía esconder la mano.

—¡Vamos, Shade! —exclamó Ebony también desesperada.

Finalmente cedió.

—Dijo que había olvidado que no podía gustar a nadie —explicó.

Aquello cayó sobre Nox de tal forma que fue peor a que le clavasen una estaca. Se encogió hacia delante mientras ponía las manos en su escritorio luchando por volver a sentir algo.

—Sé que en su mierda de facción le hicieron daño con no ser perfecta, pero tú has sido el último clavo de su ataúd. Si no te gusta déjaselo claro, que no se haga ilusiones y ya está. Es lista, lo entenderá y pondrá sus ojos en otros.

La broma final de Shade lo enfadó de tal forma que giró hacia él mostrándole los colmillos. Cuando se trataba de Eiren se comportaba como un adolescente en celo. No podía ser así.

—No pienso dejar que otro la toque —reconoció Nox de viva voz, casi sin creerse haberlo dicho en voz alta.

—Pues arréglalo antes de que saltemos todos por los aires —pidió Ebony.

Eso haría.

Necesitaba hacerlo.

—Me calcinará —confesó Nox.

Sin duda lo haría.

De estar él en su posición no hubiera dudado.

—Oye, ¿y qué pasa con Irving? ¿No tiene familia? ¿Por qué quiso tener sexo con Eiren? —preguntó Shade.

El humano leía a Eiren tan bien que Nox sintió celos. Haciéndolo llamar entró tan rápido que tropezó un poco con la alfombra.

—¿Señor? —preguntó, confundido.

—¿Por qué te has ofrecido a Eiren? —preguntó sin tapujos.

Necesitaba respuestas.

El humano se pasó la mano por el pelo tomándose unos segundos para responder.

—Señor, jamás sería infiel a mi esposa. Lo dije solo para que la señorita Eiren reaccionara.

Miró a su donante, había algo en ese hombre que le molestaba y quizás era el saber que le parecía atractivo a Eiren.

—Explícate mejor.

Él asintió.

—Cuando lo alimenté sintió celos de mí y se giró. No había miedo o asco en ella, solo celos. La señorita Eiren siente algo por usted, aunque no parece tener claro el qué. Cuando usted propuso que tuviera sexo con otra persona palideció, yo solo empujé un poco la situación para hacerle entender, señor, que ella no desea estar con otra persona salvo con vos.

¿Tan evidente era?

¿Y por qué él no lo había visto?

—Los humanos nunca elegirían estar con vampiros voluntariamente —recordó Nox en voz alta.

Irving se encogió de hombros.

—Somos muchos humanos, ¿todos entramos en esa afirmación? Porque si es así, la señorita Eiren debería ser considerada unicornio u otro ser. Vi perfectamente lo herida que se sintió cuando usted la rechazó.

Nox se llevó las manos a la cara mientras su mente luchaba por controlar su genio. Todos parecían tener claro algo que no había visto venir. Visto en retrospectiva, se había comportado como un imbécil.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó sin tener muy claro a quién se lo decía.

—Si me lo permite, señor. Gracias a mi feliz matrimonio he aprendido que una mujer enfadada es la peor de las calamidades. Hable con ella antes de que todo se vuelva mucho peor.

Ese humano era mucho más sabio de lo que imaginó nunca.

—Gracias, puedes retirarte —le ordenó.

—¿Preparo tu lápida para tu tumba? —bromeó Shade.

Lo señaló con un dedo en una amenaza velada.

—Calla la puta boca, hermano.

Tenía que solucionar ese problema cuanto antes.

CAPÍTULO 29



Palabra del día: Reminiscencia.

Camino a su habitación, Nox se encontró a Eiren apoyada en la pared con los ojos cerrados y las manos cerradas en puños sobre su cabeza. No había entrado en la estancia, lo cual le hizo temer un ataque.

Todo aquello era nuevo para él.

Hasta el momento en el que Eiren llegó a su vida el sexo solo había sido tratado como una petición fisiológica más que un deseo de conectar con alguien. La eternidad había sido sencilla así.

Alejándose de cualquiera, tomando lo que quería y olvidándolo después.

Con Eiren las reglas del juego cambiaban. No deseaba tomarla y dejarla a un lado. Quería saber qué le gustaba, cuáles eran sus puntos más placenteros, soñaba con saborear su cuerpo, con poseerla.

Ese pensamiento lo estaba volviendo completamente loco.

—¿Por qué no has entrado? —preguntó Nox llegando a ella.

No cambió de postura, bajó los brazos o abrió los ojos. Se mantuvo así como si de esa forma todo estuviera bajo control.

—Es tu habitación, yo no tengo ninguna asignada. Después de lo de tu despacho no tuve claro si era bienvenida a ella o tendrías un lugar para mí —explicó.

Abriendo la puerta quiso indicarle que pasara, pero siguió sin reaccionar.

Tragando saliva, Nox llevó una mano sobre una de las de Eiren provocando que esta abriera los ojos.

El dolor estaba dibujado en ellos de una forma tan visceral que parecía desangrarse por dentro.

—Eres más que bienvenida. Este es tu sitio a partir de ahora, si quieres o si necesitas intimidad podría pedir que te preparasen una habitación para ti sola —propuso Nox.

Ella no parpadeó siquiera.

—¿Y podría irme ahora?

No estaba en sus planes verla alejarse.

—No. Ahora me gustaría que entrases y pudiéramos hablar un poco sobre lo sucedido.

Ella no parecía muy segura de eso.

—¿Irving vendrá?

Estaba convencida de que la obligaría a aparearse con el humano, no debió sorprenderse por ese pensamiento, pero le dolió que creyera que la forzaría a eso después de todo.

—No.

Eso la ayudó a relajarse.

Sus brazos bajaron poco a poco sin que nada explotase y eso ya fue un avance significativo.

—Por favor, Eiren, solo quiero hablar —pidió Nox.

Aceptando esos términos, ella arrancó a caminar hacia el interior de la estancia. Entrando él tras ella, cerró dejando al resto del mundo en el exterior. Nadie importaba más ahora.

—Quiero empezar disculpándome…

—No tienes que disculparte por nada —cortó Eiren.

Fue tan tajante que lo dejó sin habla.

—Solo me has recordado lo que soy, debería estar agradecida por ello después de todo —rio amargamente—. ¿Sabes cómo fue mi primera y única experiencia sexual?

No quería saber cómo otro hombre había estado en su interior y mucho menos cómo la había tocado, no obstante, parecía muy decidida a contárselo. Aceptó asintiendo a pesar de que prefería que le disparasen.

—No era perfecta, Nox. En la sociedad esa que montáis quien no lo es se convierte en una puta paria —dijo con ira.

La rabia burbujeaba en las venas de Eiren con tanta fluidez que solo revivía una y otra vez su vida. Él la había ayudado a no olvidar sus orígenes, lo que le habían marcado que era. Solo por eso no le permitía disculparse.

No tenía derecho a hacerlo.

—Nadie cuidó de mí antes porque pensaban que lo mío era contagioso o algo. Y, cuando un chico se acercó a mí no lo vi venir. Debí darme cuenta mucho antes, pero estaba tan falta de cariño que caí de lleno.

Jadeó en busca de aire.

Los recuerdos dolían tanto que amenazaban con ahogarla.

—Me tocó un poco las tetas —dijo provocando que Nox gruñese como un animal a punto de saltarle encima—. Y me metió la punta de la polla antes de sacarla después de un flash de foto.

Lloró.

Pero no por dolor si no por rabia.

—Había apostado con mi hermana Paola que no podría tener sexo conmigo. Llevaba un móvil en la mano para tener una evidencia de que lo había hecho. Que había ganado. Después se alejó de mí como si yo pudiera contagiarle una enfermedad mortal o algo.

Antes de que pudiera reaccionar, Nox la había aprisionado contra la pared. No le hizo daño, aunque sí la asustó. Con los ojos encendidos como dos grandes lámparas, sus colmillos sobresalieron de sus labios con ferocidad.

Golpeó con las palmas de sus manos a ambos lado de su rostro arrancándole un grito.

—Dime cómo se llama y lo haré pedazos —ordenó con una voz infrahumana.

Él daba miedo de verdad, pero rehusó mostrárselo.

Acercó su rostro al suyo.

—Tendrías que matar a toda la facción alimentaria de ser cierto, Nox, porque nadie me trató bien jamás.

Retrocediendo, buscó apoyar su cabeza contra la pared. Entonces cerró los ojos dejando que el dolor la hiciera pedazos.

—Por eso no tienes que buscar a nadie para que me satisfaga. Sé perfectamente que no puedo gustar a nadie. No quiero obligar a nadie a tener que fingir algo que no quiere. Puedo ayudarme a mí misma. No necesito nada más.

Mentira.

Lo había querido a él más que a nada en el mundo, pero un rey no podía ponerse a la altura de un despojo como ella.

—Nadie te tocará porque lo mataré si lo hace —gruñó Nox.

Eso sonaba tierno a pesar de lo posesivo que era.

—No es necesario, de verdad.

Nox supo que estaba al borde de cometer una locura. El hombre que le había hecho eso a su Eiren merecía una tortura lenta y dolorosa, al igual que Paola. Habían sido innecesariamente crueles con ella.

Quería borrar esos recuerdos de su mente, tocarla hasta hacerle olvidar esa experiencia tan nefasta y que jamás pudiera volver a pensar en ello.

—Siento lo que he hecho en el despacho… —comenzó a decir luchando por pronunciar palabras en vez de gruñirlas.

Ella no abrió los ojos, negándole leer sus sentimientos, alejándolo y haciendo aquello más doloroso.

—No tienes que disculparte por nada. Como te he dicho, ha sido un buen recordatorio.

Ella pensaba que no merecía ser deseada, que nadie lo haría por los defectos que siempre le habían remarcado. Se sintió agonizar poniéndose en la piel de Eiren, repudiada por todos.

Hasta por él.

—Todos me han dicho una y otra vez que un humano no elegiría estar con un vampiro voluntariamente. Así que, cuando olí tu excitación creí que lo mejor era darte a alguien de tu especie, para que no sintieras asco conmigo —explicó Nox.

Eso sí la hizo reaccionar.

Mirándolo directamente frunció el ceño como si no pudiera comprender lo que le decía en ese momento.

—No me excité con Irving, como tampoco lo hice la noche anterior. Lo hice por ti —y ahí volvió a cerrar los ojos, alejándose todo lo que pudo de él—. Pero entiendo lo que ocurre.

Nox gruñó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella suspiró.

—Eres un rey. Alguien como tú no podría estar con un despojo como yo. Soy consciente de ello.

Él siempre había sido considerado alguien justo, un rey que pensaba las cosas antes de actuar, pero esa mujer era mala influencia. Lo empujaba al límite, uno en el que no controlaba las consecuencias.

Tomando su rostro con ambas manos bajó directamente a su boca y la besó con fuerza.

Eiren llevó sus manos a sus antebrazos tirando de ellos hacia abajo para liberarse de su agarre, de hecho, gritó entre sus labios luchando por liberarse. Enfadado y molesto, se retiró dejándole respirar, aunque no soltó su rostro.

—No hagas esto, no quiero tu misericordia —lloró.

—No es misericordia, Eiren. Es deseo —jadeó.

Ambos compartieron una respiración rápida.

—Quiero besarte, aunque no solo la boca. Deseo que tu cuerpo se contonee con el mío, acariciarte, meter mi lengua en ti, saborearte y mucho más —la miró directamente mientras decía esas palabras.

Eiren pidió al cielo que algo ocurriera para poder alejarse de ese hombre. Sus palabras la encendieron tanto que creyó posible desmayarse allí mismo. Su cambio radical de actitud la confundió.

Nadie podía querer estar con ella, ¿no?

—¿Qué más quieres? —preguntó casi sin respiración cayendo de lleno en las redes del vampiro.

Del depredador.

Su sonrisa le aflojó las piernas, supo que se mantuvo en pie porque él sostenía su rostro.

—Quiero que me beses, que me chupes y que me dejes entrar en ti. Me muero, literalmente, por poseerte. Necesito estar dentro de ti, que grites mi nombre y me acaricies. Quiero que tu cuerpo se funda con el mío entre cientos de orgasmos hasta que te desmayes entre mis brazos.

—¿Por qué? —preguntó.

Su corazón latía rápido y esperanzado.

Él la deseaba de verdad, no era un juego o una apuesta.

Era real.

—Te deseo, Eiren —sentenció Nox.

Besándola dio por finalizada la conversación. Gruñó sobre sus labios instándola a abrirlos y lo hizo, dejó que su lengua lo arrasase todo mientras Eiren luchaba por mantenerse en pie.

Nox dejó que una de sus manos abandonase la mejilla de Eiren para viajar hasta su nuca. Ahí, la tomó con fuerza hacia su boca, tomándola una y otra vez mientras su sabor lo enloquecía.

Bajando la otra mano llegó hasta su trasero, uno que pellizcó un par de veces para después tomarlo y traerla hasta su cuerpo.

Eiren se frotó contra Nox cuando la cercanía fue tal que parecían no tener ropa puesta. Él estaba bebiéndola con su beso, consumiéndola de tal forma que tuvo que sujetarse a sus brazos para evitar caer.

Animándose a caer en la tentación, dejó que su lengua entrase en la boca de Nox dejando que este gimiera de placer.

Saboreó su boca, la tomó con urgencia como si fuera el aire que respiraba y decidió dar un paso más. Con cautela rozó uno de sus colmillos, no se pinchó con él, pero sí que dejó que su lengua subiera y bajara un par de veces antes de que la lengua de Nox se impusiera.

—Cuidado con lo que juegas… —sonrió separándose para permitirle respirar.

Jadeando en busca de aire, ambos se miraron con los labios inflamados por el beso.

El sonido de la ropa rasgarse le arrancó un gemido. Después miró hacia abajo dándose cuenta de que su camisa había cedido entre los dedos de Nox. Y su sujetador corrió la misma suerte.

Sin darle tiempo a abrirlo, aunque lo intentó, lo destrozó liberando sus pechos.

—Son tan jodidamente perfectos —susurró Nox descendiendo.

Besó su clavícula antes de que sus manos le arrancasen los trozos de tela en los que se había convertido su sujetador. Después, algo menos ansioso de lo que parecía, tomó sus pechos y los masajeó.

Eiren gimió levantando la cabeza al aire como si fuera un lobo aullando a la luna.

Cada parte que él tocaba quemaba, era como si sus manos pudieran ser capaz de encenderla más allá de cualquier lógica.

La lengua perversa de Nox bajó de su clavícula a su pecho. Tomando uno de sus pezones en su boca, lo torturó de tal forma que todo el cuerpo de Eiren se estremeció sin control alguno.

—Nox…

Él rugió como un animal, triunfante por conseguir que sus labios llorasen su nombre.

—Sabes mejor de lo que imaginé —confesó el vampiro yendo a por el otro pecho.

La garganta de Eiren se rasgó con un grito de placer. Contoneó las caderas mientras estas hervían, en busca de más. Deseaba ser acariciada por completo, tomada por ese hombre.

Entonces el miedo la golpeó dejándola tensa por completo.

—Espera… —susurró.

De rodillas como estaba Nox no se molestó en levantarse, la miró con su pecho en la boca siendo incapaz de dejarla ir.

—Yo… —jadeó de placer.

Su lengua no le dejaba pensar.

—Yo no tengo mucha experiencia…. Ya te he contado lo único que he hecho… —bufó en busca de aire desesperadamente—. Sé la teoría, pero me da miedo no…

Gimió cuando los dedos de Nox abrieron sus pantalones.

—¿Y si no sé complacerte? —preguntó asustada.

Como si del tiempo estuvieran hablando, Nox cerró los ojos lamiendo de nuevo su pecho, mordisqueándolo mientras se retorcía entre sus brazos. El placer era tan brutal que creyó ser capaz de desmayarse.

Cedió cuando le arrancó los zapatos y su corazón se detuvo cuando notó su pantalón bajar lentamente.

—Nox… —graznó en busca de aire.

Ese hombre podía consumirla allí mismo.

Nox no deseaba nada más que seguir lamiéndola. Su sabor era tan adictivo que tenía claro que jamás se cansaría de besarla. Sus manos buscaban desnudarla, no quería que la ropa los separase de ninguna manera.

Y ella reaccionaba tan bien a su toque.

Creyendo que había sido suficiente bueno quitándole los pantalones, rompió su ropa interior haciéndola gritar de sorpresa.

Soltó su pecho para contemplarla de verdad. Ahí, contra la pared, ella era la imagen de la belleza personificada. Su cuerpo era un oasis en un desierto de eternidad, tan hermosa que pedía ser tomada.

¿Ella creía que no iba a ser capaz de complacerle?

Rio en su interior.

Si ella supiera el efecto que tenía sobre él con solo existir.

—Ya me complaces —reconoció segundos antes de que su boca tomara su sexo.

Sujetando sus piernas antes de que sucediera se anticipó a su reacción. Ella, entre temblores, gimió casi perdiendo el control de su cuerpo. De no haber sido por sus manos hubiera caído al suelo.

—Nox… Nox…

Su nombre quedaba tan bien entre sus labios.

El sabor de esa mujer era tan embriagador que gimió de puro placer. Lamió dibujando círculos alrededor de su clítoris. Usando sus dedos para separar sus labios buscó su entrada, tan

húmeda y preparada que creyó que esa mujer había sido creada para él exclusivamente.

Metió un dedo perdiéndose en su interior, lo hizo con delicadeza.

La mente de Eiren daba vueltas en círculos por culpa del placer. Entre respiraciones y gemidos se limitó a sentir todo lo que Nox le daba. Poco a poco, mientras él succionaba su clítoris, notó que estaba a punto de explotar.

—Voy a… —Quiso avisarlo.

Lo intentó de verdad.

Comprendiéndola, Nox se aferró a su cuerpo con más fuerza y tomó su orgasmo cuando su cuerpo explotó en fuegos artificiales. Eiren gritó dejando que el placer la enloqueciera.

Nunca antes había sentido algo tan brutal. Su piel temblaba anhelando el toque de Nox, deseando tenerlo.

Ascendiendo con la lengua a través de su cuerpo, Nox dibujó una línea sobre su piel al borde del colapso.

Llegando a su cuello, la besó y lamió recreándose en ese momento, casi haciéndole creer que la mordería. No fue consciente de que dejaba de respirar en ese momento con cierto miedo.

Nox rio un poco.

—No voy a morderte a menos que me lo pidas… Y créeme, esta vez no te dolería —prometió.

Sin darle tiempo a pensar, trazó un reguero de besos hacia su mandíbula para después tomar su boca.

Perdiéndose en el placer que Eiren le provocaba la besó profundamente. Después, la tomó del trasero y la levantó instándola a envolver su cintura con sus piernas. Lo hizo a toda velocidad como si se negase a dejarlo ir.

Ella era perfecta.

Entre besos y gemidos, caminó con ella en brazos hasta la cama, donde la depositó.

Desnuda era un manjar para la vista.

Animándose a seguir, Eiren giró hasta gatear hacia él. Nox supo que podía ronronear como un gatito con esa vista de ella. Quedándose quieto permitió que ella llegase a los botones de su camisa.

Los abrió poco a poco, recreándose en el movimiento mientras sus pechos se movían con cada respiración.

Estaba embobado en ella.

En sus ojos claros, su boca entreabierta y esos labios inflamados por su culpa.

Cuando le quitó la camisa acarició su pecho provocando que él echase la cabeza hacia atrás gimiendo. Su toque era caliente, pero fue mucho mejor cuando notó un tímido beso en sus abdominales.

Quedándose mortalmente quieto, Nox jadeó mirándola tomar la iniciativa.

¿Que no se veía capaz de complacerlo?

Debía estar loca para creer eso.

Lamió su pecho arrancándole gemidos profundos, como gruñidos que quedaban en lo más bajo de su garganta. Y descendió poco a poco mientras sus manos abrieron su pantalón.

Desnudándolo, Eiren dejó de respirar un par de segundos antes de ver ese gran miembro que apuntó directamente a su cara. Él era más grande de lo que había visto nunca, no es que tuviera una gran carta para comparar, pero lo era.

Estaba tan duro…

Sin meterle prisa, los ojos rojos de Nox la observaron cuál sería su próximo movimiento.

Animándose a sí misma mentalmente, tomó su polla entre sus dedos arrancándole un gruñido

de lo más tentador. Comenzó a masajearlo, descendiendo y ascendiendo poco a poco mientras él parecía derretirse entre sus dedos.

Nox la vio lamerse los labios, deseando probarlo y tuvo que pararla. Acunando su rostro, bajó a besarla mientras la alejaba de su erección.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Si me la chupas ahora explotaré y me muero por estar dentro de ti —confesó sin atisbo de vergüenza.

Empujándola con suavidad, la ayudó a subir hasta lo más alto de la cama donde la depositó sobre las almohadas. Estaba tan caliente y perdido en ella que su cuerpo estaba al borde.

No quería explotar sin tomarla.

—Hace algún tiempo que yo no… —jadeó Nox abriéndole las piernas con las suyas.

Después acarició una desde la rodilla hasta la cadera.

—No quisiera disparar demasiado rápido —rio confesándose.

Eiren le sonrió tímidamente.

Eso lo volvió loco.

Dejando que una mano de la humana acariciase su mejilla, Nox descendió tomando sus labios con cariño.

La besó dejando que todo desapareciera. Solo estaban ellos dos en aquella habitación, nada más era real. Solo deseaba seguir sintiéndola bajo él contoneándose en busca de más.

Entrando en ella, la penetró poco a poco, gimiendo ambos por ese contacto tan íntimo.

Ella era el placer más crudo que había sentido en toda la eternidad. Y, de golpe, Nox se detuvo en seco.

Abriendo los ojos con verdadera sorpresa, Eiren supo que algo pasaba. Salió de ella alejándose un poco mientras las manos del vampiro se apoyaron en sus rodillas como si no pudiera estar separado de su cuerpo.

—¿Qué ocurre? ¿Hice algo mal? —preguntó, asustada.

Nox tragó saliva.

—Eres virgen —sentenció.

¿Qué?

CAPÍTULO 30



Palabra del día: Virgen.

Nox sabía perfectamente lo que había notado. Su himen seguía intacto, nadie había entrado en ella hasta lo más profundo. Recordó entonces lo que le había contado del humano y encajó en su cabeza.

—Pero tuve relaciones sexuales antes… —susurró Eiren visiblemente avergonzada.

No lo suficiente.

Él no rompió su virginidad.

—Dices que solo metió la punta para una foto o puede que al darte mi sangre se reconstruyera, a veces pasa o eso dicen, pero sea como sea, lo eres.

—¿Estás seguro?

Estaba aturdida.

Él estaba como en trance, la miraba de tal forma que comenzó a sentirse algo incómoda. Nunca esperó ser virgen después de todo, pero no creyó que fuera un problema. Al menos hasta que lo vio tan consternado.

—Sé lo que he notado —declaró Nox.

Los ojos de Eiren se llenaron de lágrimas.

¿La rechazaba ahora?

—¿Y eso es algo malo? —preguntó.

No quería respuestas, tenía suficiente con lo que estaba viendo.

Giró queriendo huir de su toque, alejarse de ese hombre tan rápido como pudiera antes de que la vergüenza la venciese. Él la contuvo con sus manos tomándola de la cintura.

—No. Para —ordenó.

—Solo deja que me vaya.

Pero él no se lo permitió, la bloqueó bajo su cuerpo mientras se miraron el uno al otro con fuerza.

—¿Y por qué me miras como si fuera a contagiarte algo? —preguntó Eiren, herida.

Ser imperfecto no se contagiaba, estaba libre de eso.

—No es eso.

—Pues ayúdame a entenderte —pidió loca por comprender qué bicho le había picado.

Y, si no quería decirle nada, al menos que la dejase marchar de una vez por todas.

—Tú primera vez debería ser especial. Necesitas velas, esto tiene que ser más romántico. Mereces algo mejor, una cena elegante, que te seduzca poco a poco y no que me meta en ti tan loco de deseo como me siento ahora mismo.

Sus palabras atropelladas la sorprendieron.

Quería seducirla, buscaba que su primera vez fuera especial y eso encogió su corazón. Nunca antes se había molestado en pensar algo bonito para ella. No había importado a nadie.

—Nox, para, deja de pensar un momento —pidió.

Él frunció el ceño.

—Eres perfecto, esto es perfecto y no desearía nada mejor. Nunca antes se habían preocupado por mí de esta forma. Es genial.

Nox negó.

—No es suficiente. Mereces más que a un vampiro que parece un adolescente de nuevo.

Miedo.

En sus ojos había miedo de hacerle daño o de marcarla de alguna forma. Acunó su rostro un poco perdiéndose en su tacto mientras ella le regaló una sonrisa. Era realmente afortunada de tenerlo en su vida.

Besó castamente sus labios y se retiró un poco.

—Pero eres a quien deseo, Nox. Prefiero a este vampiro adolescente que a cualquier humano que puedas encontrarme —explicó provocándole un gruñido de advertencia.

Él no quería compartirla.

Mataría a quien lo intentase y lo sabía bien.

—Déjame solo calmarme un poco, para tomar esto con más calma —suplicó Nox.

Permitiéndole alejarse, Nox salió de la cama con las manos en las sienes. De haber tenido un corazón que bombease sabía bien que este estaría al borde un paro cardíaco después de esto.

Ella era virgen.

Su primera vez debía ser especial.

Y ella… ¿Lo quería a él?

Suspiró dejando que sus emociones se calmasen todo lo posible.

Notó como Eiren salía de la cama buscándolo. La pobre parecía estar sufriendo de nuevo por su culpa y él necesitaba que supiera que no la estaba rechazando. Jamás haría eso, no a ella.

Tomó su rostro entre sus manos, acariciándola mientras la miraba con ternura y la besó.

Su lengua entró en ella tomándola una y otra vez dejando que sus gemidos lo volvieran loco.

No podía perder el control.

«Nox, sé lo que ella merece». Se dijo a sí mismo.

Rompiendo el beso descendió entre jadeos hasta que su frente quedó sobre la de aquella mujer que amenazaba con volverlo completa y absolutamente loco.

—Eiren, tú… ¿Me entregarías tu virginidad?

Necesitaba oírlo.

Quería que fuera suya, pero sentirlo de sus labios era la mayor tortura a la que podían someterlo.

—Nox… Te deseo… —respiró en su boca.

Con esas palabras el destino de ambos quedó sellado. Gruñó tomándola en brazos y la

condujo hasta la cama. Volviéndola a dejar sobre las almohadas necesitó hacer acopio de todo su autocontrol para no enterrarse profundamente en ella.

Antes tenía que excitarla todavía más.

Eiren tembló bajó la intensidad de la mirada de Nox. Le pareció increíble que le preguntase si podía tener sexo con ella después de comprobar que era virgen, pero sabía que en el interior del vampiro se estaba librando una batalla campal.

Estaba nervioso.

Mucho de hecho.

Descendiendo por su cuello, la besó con cariño mientras sus manos comenzaron a acariciarla. Fue gentil, pero fuerte dejando sus pezones realmente torturados. Los pellizcó poniéndolos duros como piedras.

Eiren movió sus caderas gimiendo.

Él no aceptó la invitación de entrar, es más, sus piernas envolvían las de Eiren en vez de ser al revés.

Ese terco vampiro se resistía a entrar y eso le arrancó un bufido ansioso.

Su sonrisa le hizo tragar saliva. Tenía la boca seca mientras ese hombre lamía sus pechos, los torturó permitiendo que un dedo entrase en la humedad de su cuerpo. Ambos gruñeron al unísono.

—Estás tan mojada para mí… —suspiró Nox descendiendo por su vientre.

Lo estaba.

Era su más absoluta culpa.

—Nox… —lloriqueó.

Fue a lamer su sexo, su boca descendió allí, pero Eiren lo contuvo con una mano.

—Si… No… Me dejas probarte… Te veto… La entrada… —alcanzó a decir tartamudeando.

Estaba tan nerviosa.

Entre risas Nox sorteó su mano tomando su clítoris entre sus labios. Eiren se retorció poniendo una mano sobre su cabeza y entrelazando sus dedos en su cabello blanco como la nieve.

—Eres… Tan… R… Ruin —sopló al borde del orgasmo.

Llegó sin previo aviso. Explotó en su boca mientras la habitación parecía iluminarse con luces de colores. Aquel hombre era increíble, una y otra vez la lanzaba al placer sin recibir nada a cambio.

—¿De verdad quieres chuparme? —su voz ronca en su oído casi la lanzó a un nuevo orgasmo.

Apretó las piernas con fuerza dejando que sus muslos rozasen de placer. Él había subido tan rápido que no lo había visto venir.

—Sí…

Sin dejar que se moviera, solo le permitió girar un poco el rostro antes de tener esa hermosa erección ante ella. No se lo pensó por miedo a que el vampiro saliera huyendo. Abrió los labios y besó la punta.

De rodillas a su lado, el vampiro se agarró al dosel de la cama con una mano con tanta fuerza que la madera crujió.

A Eiren le gustó su sabor. Lamió toda su longitud de arriba abajo para repetir la operación un par de veces. Nox tembló entre gemidos que lo llevaron a apretar su agarre sobre la madera.

Y enloqueció cuando abrió la boca tomándolo profundamente.

—Joder, Eiren —graznó mirándola tan intensamente que ella creyó desmayarse.

Lo saboreó a conciencia. Lamiéndolo y jugando a descubrir qué le gustaba más. Movió su

lengua por distintos puntos hasta que encontró que lamer su punta provocaba los gruñidos más profundos.

Lo torturó unos minutos hasta que él tuvo que salir de ella.

—Vas a matarme —jadeó.

Con rapidez se movió cubriéndola con su cuerpo. Entró en sus piernas poco a poco, mirándola para encontrar un atisbo de miedo. Nox gimió cuando solo encontró deseo en aquellos ojos claros de Eiren.

Ella era un regalo.

No lo temía, lo deseaba casi más que respirar y lo torturaba con su lengua mejor que nadie antes. Había estado a un paso de correrse entre sus labios, pero logró contenerse y aun no sabía cómo.

Ahora tenía que ser gentil.

Tomarla con calma.

Eiren respiró a trompicones cuando el peso de él le indicó que estaba a las puertas de su sexo.

—Te dolerá un poco, pero después haré que el placer valga la pena, ¿de acuerdo? —le explicó Nox.

Lo sabía.

Confiaba en él.

—Vale —susurró Eiren pasando sus manos por la espalda de aquel hombre.

Estaba nerviosa, no iba a mentir en eso, pero el deseo era mayor a cualquier instante que hubiera vivido jamás.

Entró en ella lentamente, torturándola con su miembro dejando que su cuerpo se hiciera a él. Sintió como lo rodeaba, aunque también cuando se detuvo entre respiraciones cortas.

—Eiren…

Dijo Nox besándola.

Perdiéndose en sus labios él empujó con fuerza rompiendo su himen. Fue un momento de dolor que la sacudió de los pies a la cabeza, pero que él no permitió que fuera a más con sus besos.

Se mantuvo tan quieto después que creyó que él era el que se había desmayado.

Pocos segundos después volvió a moverse poco a poco. Sus caderas fueron adelante y hacia atrás mirándola fijamente, observando cualquier reacción que Eiren pudiera tener para detenerse en seco.

—¿Duele? —preguntó.

Eiren gruñó sorprendida por el placer que sintió. Contoneando sus caderas pareció ir más rápido de lo que Nox planeaba porque la detuvo poniendo una mano en su cadera. La aprisionó tan fuerte contra el colchón que supo que podía llorar por detenerla.

—Dime algo, habla —suplicó acercándose a su boca.

Lo intentó.

Abrió la boca dándose cuenta de que no había dejado salir ni una mera palabra, solo un gemido que acompañó a los movimientos de Nox.

Esa mujer se había roto o al menos sus cuerdas vocales. Abrió la boca un par de veces para no regalarle ni una palabra y él las necesitaba. No podía seguir hasta que no supiera que estaba bien.

Descendió hasta poner su oído cerca de sus labios.

—Di algo —ordenó.

—Más… —suplicó Eiren.

Bajo las más puras de las sorpresas, liberó sus caderas permitiendo que ella se contonease en

busca de más. Se movió bajo su cuerpo con tal habilidad que Nox gruñó preso del placer.

Sonrió triunfante.

Ella estaba bien.

Ambos lo estaban.

Aumentando el ritmo, Eiren comenzó a gemir tan seguido que se convirtió en música para sus oídos.

Lo acarició con desesperación, después subió por sus brazos hasta envolver su cuello con ternura. Se alzó buscando su boca y él se la dio. La besó bombeando en su interior tan fuerte que creyó que podría romperla.

Eiren acompañó sus movimientos.

—Voy a… —susurró metiendo sus dedos en su pelo.

Era una magnífica sensación.

Animándola sin palabras, aumentó el ritmo dejando que el orgasmo la alcanzase. La notó estremecerse de los pies a la cabeza al mismo tiempo que su interior lo apretaba con fuerza.

Gritó o más bien rugió al sentirla así.

Antes de que pudiera recuperarse del orgasmo, el mundo giró muy rápido para Eiren. De pronto se vio sentada a horcajadas sobre el vampiro, uno que sonreía ante su confusión.

—Móntame.

Tomando sus caderas, la ayudó a conseguir un poco de ritmo. Después, dejándola sola ella experimentó hasta que dio con los movimientos adecuados. Aquellos que los hacían disfrutar a los dos.

Apoyando sus manos en el pecho de Nox lo vio cerrar los ojos de puro placer y fue lo más erótico que había visto en toda su vida.

—¿Estás bien? —preguntó el vampiro.

No fue capaz de contestar.

Solo gruñó.

—¿No puedes hablar? —rio levantando sus caderas, clavándose tan profundo que ella gritó de puro placer.

—Me he fijado que tartamudeas cuando estás nerviosa, pero no lo haces con mi polla dentro de ti, aunque tampoco te salen las palabras —bromeó.

Hasta el momento la había dejado moverse sola, pero ahora la acompañó provocando el doble de placer. Aquello debía de ser el paraíso porque nunca antes había sentido nada tan intenso.

—Uffff —contestó Eiren.

Nox se divirtió con ella. Entregada al placer como estaba no era capaz de articular palabra.

Gemía, gruñía y arañó un poco su pecho dejando que las sensaciones la enloquecieran. Era una imagen difícil de olvidar jamás. Se estaba quedando grabado en sus retinas.

—No puedes ni hablar, ¿eh?

—Más.

Estaba cerca del orgasmo.

En realidad los dos lo estaban.

—Solo di mi nombre, Eiren. No hace falta que digas nada más —la animó.

No le confesaría lo cachondo que le ponía escuchar su nombre entre sus labios, que era una de las cosas que más placer le daba. Eso y estar en su interior, o que lo tocase, que lo besase…

Bueno, en realidad ella le daba placer siempre.

—Nox… —suspiró sabiendo que pronto llegaría.

Alcanzando sus pechos, los tomó a ambos y los masajeó minutos antes de que ella gritase al

cielo llegando al orgasmo.

Su intimidad se contrajo sobre su miembro provocándole que aumentara el ritmo mientras Eiren jadeaba con su propio placer. La tomó salvajemente dejando que ella lo montase sin parar hasta que el mundo explotó a su alrededor.

Gruñó al llegar al orgasmo, sus colmillos dolieron un poco cuando apretó las mandíbulas con fuerza antes de gritar. El placer fue tan crudo y brutal que lo sacudió por completo.

Nunca antes había sentido algo así.

No era posible alcanzar ese nivel de éxtasis.

Eiren se desplomó, agotada, sobre su pecho. Cerró los ojos mientras lo único que podía hacer era respirar ahogadamente. Después de aquello estaba rendida de tanto placer.

Nox la envolvió con sus brazos con suma ternura, donde ella se derritió dándole unos pocos besos en el cuello.

Estaba tan agotada.

Tan feliz.

Cuando salió de ella gimió un poco.

Tumbándola en la cama, Eiren buscó su contacto dándose cuenta de que se había marchado. Frunciendo el ceño luchó por abrir los ojos. Solo cuando notó sus manos entre sus piernas ella se resistió, sorprendida de su toque.

—Solo voy a limpiarte, tranquila —la advirtió.

Nox podía oler la sangre y eso le estaba volviendo loco.

Al romper el himen había sangrado un par de gotas que le pedían lamerla hasta consumirla. Pero estaba tan agotada por todo lo que había sentido que no quería seguir torturándola.

Había ido al baño a mojar una toalla, una con la que la estaba limpiando. No solo había sangre, también limpió los restos de su propio orgasmo que clavó hasta lo más profundo de Eiren.

Incapaz de abrir los ojos, Nox la observó.

Su pelo alborotado y sus mejillas sonrojadas le decían que había sido un buen momento para ambos.

Una vez estuvo limpia, dejó la toalla a un lado y entró en la cama junto a la mujer que parecía ansiarlo. Cuando lo notó se abrazó a su cuerpo como si él fuera un salvavidas y su cama un mar embravecido.

Tapándola para que no cogiera frío, la instó a colocarse mejor.

Eiren ronroneó feliz cuando la ayudó a apoyarse en su pecho. La envolvió con un brazo y buscó la mano que ella depositó en su corazón. Después entrelazó los dedos con los suyos.

La acarició con ternura, moviéndose brazo arriba y abajo para después pasar a su espalda.

—Duerme un poco porque después vas a comer. No te vas a librar —dijo con un poco de autoridad.

Eiren frotó la mejilla en el pecho de Nox.

—Vale —rio antes de dormirse.

Aquello era el paraíso.

Y no quería irse de allí jamás.

—Ha sido brutal —susurró Eiren casi al borde del sueño.

—Para mí también —confesó Nox.

CAPÍTULO 31



Palabra del día: Oasis.

Eiren despertó con los besos de Nox por su espalda. Gimió cuando su lengua dibujó su columna vertebral. Tenía la sensación de haber dormido mucho, muchísimo. Como si llevasen días en la cama.

—He estado pensando —dijo el vampiro.

—Uhmmm —contestó ella dejándose llevar por los besos.

Ella no podía pensar con sus labios sobre su piel, así que giró sobre sí misma alejándose de él. Después, cuando lo encaró, disfrutó con la mirada pícara que le dedicó.

—¿Qué has pensado? —inquirió Eiren.

Recortando la distancia que les separaba casi ofendido por haberse atrevido a alejarse, Nox la envolvió entre sus brazos. Bajó hasta su boca tomando sus labios, primero lo hizo suavemente, pero pocos segundos después su lengua entró en ella con un hambre salvaje.

Su mente le dio tantas vueltas que solo pudo responder gimiendo en su boca mientras se sujetaba a sus brazos.

—¿Es algo malo? Porque creo que los besos son una distracción —sonrió Eiren.

Nox besó la punta de su nariz.

—Es posible… —reconoció—. He pensado que no te asignaré ninguna habitación. Quiero que te quedes en esta conmigo.

Parpadeó, sorprendida.

Durante unos segundos lo miró tratando de comprender lo que le estaba diciendo. No asignarle una habitación significaba compartir con él la cama, además de su compañía.

—¿Y yo tengo opinión?

Nox sonrió.

—Solo si dices sí —contestó al borde de la risa.

Aquel hombre le resultó tan adorable en ese momento que solo supo acariciar una de sus mejillas. Dejándose llevar por el contacto, Nox cerró los ojos dejando que su peso sobre ella.

—¿Y si digo que no?

Su mirada tenebrosa la sorprendió.

—Me mudaré a la habitación que te asigne —contestó.

Después llevó su boca al cuello de Eiren donde trazó círculos con la lengua para después pasar a pequeños besos muy sonoros.

—Pero aceptaré que quieras tu propia intimidad —susurró sin rastro de humor.

Él nunca la había forzado a nada y ese gesto se lo mostraba. Era sincero con sus intenciones, pero después la decisión era suya. Sí que era verdad que tenerlo besándola la condicionaba un poco, no podía negar que le gustaba la idea de estar en esa habitación y compartir cama.

—Contigo así no puedo pensar… —bufó Eiren incapaz de poner en orden sus pensamientos.

—No pienses entonces, solo di: Nox me quedaré contigo y dejaré que me beses entera, que me hagas gemir y me hagas llegar al orgasmo.

Eiren rio al escucharlo hablar. Su aliento le hizo cosquillas en el cuello poco antes de que le mordiera el lóbulo de la oreja.

—Eso ya no es solo compartir habitación… —jadeó Eiren en busca de aire.

—¿Y te parece un mal plan?

Para nada.

—Solo con una condición…

Los ojos de Nox parecieron iluminarse entonces con cierta curiosidad. No habló, esperó a que ella expusiera su punto.

—Me quedaré aquí solo si yo también puedo besarte entero y hacerte llegar al orgasmo.

Con un parpadeo él llegó a ella rodeándola de nuevo con sus brazos. Parecía que ese hombre vivía solo para sostenerla y Eiren se sentía tan cómoda entre ellos que ronroneó de felicidad.

—Trato hecho. También te desnudarás en cuanto pases por la puerta. —Se detuvo un momento y pensó—. Bueno, lo haremos los dos.

No esperó a que contestase. Volvió a besarla dejando que su cuerpo cayera sobre el colchón para colocarse él encima. Se perdieron durante largos segundos en la boca del otro, saboreándose y peleando con sus lenguas buscando ganar la batalla.

Al final, Nox gimió lastimeramente.

—Tengo mucho trabajo hoy. Si no me baño ya y empiezo a moverme llegaré tarde.

Eiren besó su mandíbula haciéndolo gruñir. Todo él vibraba cuando hacía ese sonido tan erótico.

—Pero eres rey.

—No creas que la corte real va a esperarme solo porque sea rey. Tengo que ser responsable y estos últimos días he estado distraído.

Depositando un beso en su frente le indicó perfectamente que su distracción tenía cuerpo humano.

Desapareciendo a toda velocidad se marchó al baño dejándola sola en la cama. Escuchó el agua caer, llenándose la bañera y Eiren se mezcló entre las sábanas. Aquella habitación se había convertido en una especie de oasis alejado del resto del mundo.

Levantándose, quiso buscar ropa o al menos lo que le quedaba con vida, lo cual significaba que era un mísero pantalón. Lo demás había perecido entre las manos habilidosas.

—Creo que vas a tener que prestarme ropa antes de que Ebony me vista como una magdalena —rio.

Nox no contestó.

Con curiosidad caminó de puntillas hasta el baño. La puerta no había sido cerrada del todo y

solo le bastó con empujar un poco para tener una rendija que le proporcionaba la mejor vista de todas.

Entrando en la bañera pudo observar el cuerpo de infarto que tenía Nox, un manjar para la vista.

—¿Ahora me espías? —preguntó quedando de espaldas a ella.

Eiren se sonrojó.

—No… Yo… Es… Que… No… Contestaste…

Nox sonrió.

—¡Oh! ¿Ha vuelto el tartamudeo?

¡Maldición!

Cuando se ponía demasiado nerviosa tartamudeaba como una tonta y odiaba que eso ocurriera. Así que, para no dejarse más en evidencia, asintió declinando la idea de seguir formando palabras en su boca.

—No estoy en contra de que me mires —la alentó Nox.

Eso la sorprendió.

Animándose a ser valiente entró al baño. Los vapores picaron en su nariz haciéndole llegar olores mezclados de bergamota, menta y alguna especie que no fue capaz de reconocer.

Todo eso era Nox.

Observándola como si ella fuera un animal salvaje, el vampiro no dijo ni una sola palabra. Estuvo ahí, dentro de la bañera mirándola y animándola a seguir adelante de alguna forma.

—Ti… tien… tienes un pelo espectacular.

Si seguía tartamudeando iba a morir de vergüenza.

Pero no había mentido. Su larga cabellera blanca como la nieve era algo mágico, casi hipnótico. Sabía que no podía existir un ser con un pelo como el de Nox.

—Me gusta la sensación que me provocas cuando metes los dedos dentro… —ronroneó Nox recordando lo que había pasado entre ellos.

Puede, que en momentos de placer ella hubiera acariciado ese cabello sedoso. Aunque no lo reconocería en voz alta.

Nunca.

—¿Qui… quieres que te l… lo..o lave?

Si el tartamudeo no se iba estaba dispuesta a hacer voto de silencio a este paso.

Pasándole el jabón, Nox pareció encantado con la idea.

Solo cuando tuvo el champú en la mano, Eiren se dio cuenta de que tal vez acababa de meterse en algo que le venía grande.

Humedeciéndose el pelo, Nox esperó pacientemente a que el corazón de ella se calmase antes de poder seguir.

«No seas cobarde». Se animó.

Echándose el champú en las manos las frotó para hacer espuma, después fue hacia él y comenzó a masajearlo. Solo cuando él cerró los ojos gimiendo como si fuera un gran animal ella dio un respingo.

—No voy a hacerte daño, Eiren —la reconfortó.

—L… lo sé.

Pasados unos minutos en los que ambos se mantuvieron en silencio, ella porque estaba concentrada con su tarea y él porque parecía haber entrado en coma, revivió aclarándose.

—Bu… bueno… Yo…

«Yo me voy, no cuesta tanto decir». Pensó Eiren.

Girando para huir de aquel baño, él la tomó del codo y tiró hacia su cuerpo. En un momento estaba huyendo y al otro estaba dentro de aquella preciosa bañera de patas doradas sobre el hombre más sexy de la creación.

Se sonrojó tanto que creyó ser capaz de fundirse allí mismo.

—Tu corazón me pone a mil, si sigues así de nerviosa no voy a poder controlarme —gruñó Nox en sus labios.

—¿L…lo sien… siento? —preguntó.

Lanzándose sobre su boca Eiren no tuvo oportunidad alguna. Se derritió entre sus labios soltando un sonoro gemido que él tragó. Sus manos la envolvieron por la cintura mientras ella luchaba por no hundirse sobre su cuerpo.

Su lengua no le dejó pensar nada. Bailó con la suya con fuerza para después tomar su boca arrasándolo todo a su paso.

Era feroz.

Hambriento.

Y encendía su cuerpo mucho más de lo permitido.

Sintiéndose valiente, Eiren metió una mano en el agua y, bajando, alcanzó su premio. Aquella erección dio un respingo antes de acabar de endurecerse entre sus dedos. Solo cuando apretó un poco más su agarre él rompió el beso y la miró con interés.

—¿Encontraste algo?

No contestó.

Mirándolo fijamente descendió mientras los brazos de Nox se lo permitieron. Encajándoselo en la entrada de su sexo, fue bajando dejando que él entrase en ella centímetro a centímetro.

Echando la cabeza hacia atrás, Nox gruñó glorioso.

Cuando estuvo completamente sobre él, hasta el final, ambos cerraron los ojos saboreando ese momento.

Eiren notó las manos del vampiro viajar por su espalda con verdadera desesperación.

—No sabía si hoy estarías muy dolorida. Los humanos os recuperáis tan lento… —confesó acariciándola.

Ofendiéndose, ella le enarcó una ceja. No quiso discutir, en esos momentos no podía así que comenzó a moverse arriba y abajo por toda su envergadura dejando que el placer los golpeara con fuerza.

—Lo retiro, no tan lento… —jadeó yendo a por su boca.

Tomándole la nuca la apretó a su cuerpo antes de moverse bajo ella a su mismo ritmo.

Aquel hombre era un pecado.

Cuando dejó sus labios descendió por su mandíbula hasta alcanzar su cuello. Allí dibujó pequeños círculos que le arrancaron unos fuertes gemidos a Eiren. Casi se olvidó de respirar cuando bajó por su clavícula yendo a por sus pechos.

—Eres tan jodidamente perfecta… —suspiró Nox antes de tomar un pezón en su boca.

Montándolo, Eiren necesitó subir el ritmo. Chocaron el uno contra el otro con el placer explotando a su alrededor. Una sensación en su bajo vientre le advirtió que estaba a punto.

—Nox… —gimió Eiren.

Él bajó sus manos a las caderas de ella cuando escuchó su nombre entre sus labios. Ayudándola a aumentar el ritmo sujetándola con fuerza, Eiren llegó a su tan ansiado orgasmo con un grito feroz.

Casi desplomándose sobre él Nox rio llevándose el otro pecho a la boca. Lo torturó con su lengua hasta que sus dientes lo tomaron con suavidad y tiraron de él.

—¡Ahhh! —gimió.

Levantándolos a la vez, él la ayudó a cogerse a los bordes de la bañera mientras la ponía de rodillas.

—¿Puedes? —le preguntó mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Eiren asintió.

Nox estaba en pleno éxtasis cuando se colocó tras ella. Le encantaba que el placer no le permitiera formar palabras. Le parecía tan sexy que reprimió el impulso de meter los colmillos en aquella delicada piel.

No podía morderla por mucho que se muriese de ganas.

Levantándole las caderas ella se sujetó con fuerza antes de que Nox volviera a meterse en su interior. Sus paredes lo apretaron con contundencia arrancándole un gemido que hizo temblar la estancia.

Esa mujer era placer puro.

Inimaginable.

Bombeando con fuerza ambos gruñeron y gimieron al mismo tiempo. Sus cuerpos chocaron una y otra vez proporcionándose tanto placer que fue capaz de prever el siguiente orgasmo de Eiren.

Descendiendo, besó su omoplato.

—Córrete para mí —pidió en su oído.

—¡Nox!

Su nombre entre sus labios mientras el placer la hacía desfallecer fue tan brutal que sintió que no tardaría en llegar.

Era una imagen increíble tenerla a su merced, respirando el mismo placer que él sentía. Perderse en su cuerpo, estar en su intimidad era mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

Reaccionaba tan bien a su toque… A sus besos…

Era sencillamente especial.

Casi como si lo leyera a la perfección, Eiren aumentó el ritmo arrojándolo al borde del abismo.

—Eiren, si no paras… —advirtió.

Ella solo giró un poco y le sonrió.

Sabía muy bien lo que hacía.

Y llegó al orgasmo con la imagen de aquella mujer sonriéndole solo a él. Se enterró en su cuerpo con fuerza disfrutando del orgasmo que Eiren le había proporcionado, casi ahogándose con él.

***

En algún momento del inicio de la noche ambos se ducharon y Nox le descubrió todo un armario de ropa que había preparado para ella. Poniéndose unos pantalones y una camiseta para estar cómoda, no tuvo claro qué iba a pasar a continuación.

Y lo supo en cuando lo miró.

Mientras ella se peinaba en el baño y se echaba un poco de perfume que Ebony había preparado como regalo, entró un sirviente con un carro lleno de comida.

Uno que casi tenía su nombre en grande con letras luminosas.

—Tienes que comer —advirtió Nox.

Y no era el mismo que el del baño, no.

Este era el autoritario y con el palo en el culo que ella bien conocía.

—¿Y si no tengo hambre? —preguntó Eiren tanteando el terreno.

Su mirada furibunda le indicó que si seguía por ese camino tal vez se ganara unos buenos azotes. Y, aunque la idea no le desagradó del todo, debía confesar que tenía mucha más hambre de lo que imaginaba.

—No he dicho nada —corrigió rápidamente acercándose al carrito.

Mirando a su alrededor reparando en que la otra silla estaba lejos, queriendo ir a por ella no la alcanzó porque los brazos de Nox la cogieron sentándola en su regazo. Eiren jadeó por pura sorpresa.

Ella lo sondeó con la mirada mientras él se encogió de hombros de forma inocente.

—¿Qué te apetece? —le preguntó destapando los platos.

Había mucho donde elegir. A pesar de que era el «desayuno» tenía tanta hambre que decidió elegir algo más contundente que unas tostadas.

—La pasta —dijo.

Buscando los cubiertos, Nox se adelantó pinchando lo que parecía un tirabuzón mojado en mucha salsa y lo guio hasta su boca. Eiren suspiró un poco dejando que él esperase un poco antes de separar sus labios para tomar lo que se le daba.

Estaba tan bueno que gimió de placer antes de continuar con las ideas que tenía en mente.

—¿Puedo comer por mí misma? —preguntó.

Nox negó con la cabeza.

—¿Esto es un rollo vampiro que no entiendo o algo?

Tras darle otro trozo de pasta contestó.

—Los vampiros somos territoriales. No somos como los humanos a pesar de mezclarnos entre nosotros.

—Vamos, que tenéis un punto dominante. De ahí el estar de rodillas, que me des de comer y todo eso —comentó Eiren.

Era algo más complicado que eso, pero era un buen resumen. Sí, eran dominantes, sus instintos eran más fuertes que lo de los humanos. Les gustaba cuidar de sus propiedades o parejas, puede que a veces tuvieran costumbres algo oscuras, pero para él era un placer que Eiren tuviera la confianza suficiente como para comer de su mano.

Ella lo volvía poderoso.

—Puede —reconoció—. ¿Te incomoda?

—Siempre que no sea siempre no me importa. Es… —pensó—. Un poco erótico.

Eróticos eran los pensamientos que tenía Nox en ese momento. Con ella sentada en su regazo y dándole de comer no era capaz de dejar de pensar en las cosas sucias que le haría.

—Me alegro de que lo veas así.

CAPÍTULO 32



Palabra del día: Problemas.

—¿Y qué esperas que hagamos? —preguntó Nazra.

Después de despertar con Eiren entre sus brazos supo que el día se complicaría hora a hora. Disfrutó de la visita de la humana en el baño y también comiendo juntos. Lo que vino después ya no fue tan agradable.

Dejándola libre por el palacio dejó que sus quehaceres lo atraparan. Su corte requería que estuviera pendiente de bastantes temas, unos que ya no podía dejar para más adelante.

—La petición de Reese es sólida —contestó Snider.

Sí.

Estaban abordando «ese tema».

Reese había pedido a Paola como compensación por llevarse a Eiren. Lo peor era que lo tenía todo tan bien pensado que no existía escoyo en el mundo con el que librar a esa humana de su destino.

Después de lo que conocía de ella no es que fuera el más partidario a tener piedad sobre su vida, pero sabía que eso iba a afectar a Eiren.

—¿Tu humana te ha hablado del tema? —preguntó Nazra.

Nox suspiró.

—No, ni una sola palabra. Aunque ha pasado por tanto en tan poco tiempo que es como si estuviera fraccionando las cosas para acabar de digerirlas —explicó Nox.

Sabía que cuando ese tema les estallase en la cara iba a ser terrible.

—Si no dejas que la tenga el resto de la corte no lo verá con buenos ojos. Para ellos es una humana más y la hermana de una con poderes. Van a querer probarla. Además, sabes que somos caballeros, si él la reclamó antes puede quedarse a Eiren si así lo creen conveniente.

Nox gruñó de tal forma que Snider tuvo que levantar las manos en señal de rendición.

—Todo aquel que intente llevársela morirá de una forma horrible —amenazó.

Nazra y Snider sonrieron ante su reacción.

—Nadie lo hará si entregas a Paola.

Suspiró.

—Voy a tener que entregar a su hermana y lo peor no es eso. Como mi propiedad deberá estar en el baile, a mi lado, como una mascota todo el tiempo. Hasta cuando Reese hunda los colmillos en ella —explicó Nox.

Se desplomó sobre la silla de su escritorio. Después de lo bien que había empezado la noche ahora todo se iba al traste.

—¿Y? —presionó Snider.

Era su amigo, pero en aquel momento quería estrangularlo mucho más de lo que estaba dispuesto a confesar.

—Es… Volátil. No confío en que se mantenga tranquila y calmada durante la ceremonia —explicó Nox.

Temía que todo volara por los aires cuando Eiren perdiese el control. Eso solo desestabilizaría todo. Eso es lo que buscaba Reese, dejarle en evidencia dando a entender que no ejercía suficiente control con su propiedad.

Y así tendría a Paola y a Eiren.

—Pues vamos a tener que explicárselo bien para que no se la lleven.

Nox enarcó una ceja cuando Snider habló en plural.

—¡Vamos! La has tenido escondida demasiado tiempo. Me muero de ganas por verla —explicó su amigo.

—Y yo también —animó Nazra.

Tal vez no era tan buena idea después de todo.

Quizás la solución era mantener a Eiren en una celda hasta que todo ese tema se calmase. Después ella enloquecería, prendería fuego a todo el palacio y su mísera existencia acabaría por reclamar a una humana como suya.

—Pero no intentéis asustarla —les advirtió.

Ambos asintieron y no tuvo más remedio que fiarse.

***

—¡¿Cuál es tu puto problema, Shade?! —gritó Eiren.

—¡¿El mío?! ¡Dirás el tuyo! ¡Que no sales! —contestó su hermano.

Sí.

Ya se arrepentía de salir de su despacho.

—Pues no lo entiendo. Es de noche, puedes venir conmigo y no voy a escaparme. ¿Qué más quieres de mí? —preguntó Eiren.

Nox se pellizcó el puente de la nariz caminando hacia las escaleras. Sus amigos, divertidos con lo que ocurría abajo, no corrieron esperando a ver cómo se desarrollaba la conversación.

—No me fío de que no corras al bosque de nuevo —se quejó Shade.

La risa de Eiren los estremeció.

—¿Yo? ¡Hay que estar loco para entrar allí de nuevo! Solo quiero aire fresco.

—Ni que fueras una planta —refunfuñó su hermano.

El suelo tembló.

A eso se refería. El humor de Eiren podía volverse complicado si se le pulsaba los botones adecuados.

—No, soy una persona y necesito aire fresco. Así que voy a salir y tú puedes ser mi perro guardián si te apetece —explicó ella.

Casi estaba contento con verla pelear por un poco de libertad. Nadie podía dominarla por mucho que ella creyera que podía ser sumisa.

—¿Eso significa que me dejarás morderte como premio? Si soy un perro…

Iba a matar a Shade.

—Si me muerdes te aso vivo —amenazó ella.

Nazra y Snider se asomaron muy divertidos con la escena. No estaban acostumbrados a toparse con nadie con ese carácter tan fuerte. Los humanos solían ser muy tranquilos cerca de los vampiros y las vampiras, dentro del amplio abanico que podía existir, eran mucho más calmadas que cualquier macho de su especie.

Sabían que ganaban más peleando que gritando. Así que ganaban de forma más sutil.

Eiren era como un huracán que podía arrasarlo todo.

—Yo me ofrezco voluntario para acompañarla a un paseo nocturno, señorita —se ofreció Snider bajando las escaleras.

La mirada de Eiren lo dijo todo.

Pasó de la sorpresa al miedo tan rápidamente que Nox empezó a caminar más rápido para que también lo viera. No quería que pensase que la había dejado sola con su amigo sin ningún tipo de protección.

Nazra también los siguió, aunque eligió ser más cauto.

—No, gracias —contestó Eiren.

Caminando hacia atrás supo que ella estaba valorando la situación. Su cabeza comenzó a ponerse en modo supervivencia cuando el número de vampiros en la estancia creció exponencialmente.

No la culpó.

Sus instintos la obligaban.

—Eiren, te presento a Snider y Nazra, dos buenos amigos que estaban deseando conocerte —explicó Nox tratando de calmarla.

Ella lo miró con verdadero terror.

Hubiera pagado por estar en su mente solo un segundo y ver qué era lo que la asustaba tanto.

Doblando sus rodillas, descendió poco a poco creyendo que debía comportarse como en los actos oficiales.

—¡Oh, no! ¡No es necesario! —exclamó Snider tomándola del brazo.

Asustada con su toque la mano de Eiren se encendió. Nox la tomó de la cintura apartándola un poco de todos creyendo que así podría tener el tiempo necesario como para explicarle todo.

—Son amigos, no van a hacerte daño. No quieren verte como una mascota tampoco. Puedes confiar en ellos —le dijo.

Eiren miró a los dos recién llegados con cierta cautela. Sopesó las palabras de Nox dejando que estas la calmasen un poco.

Snider, el que la había tocado, lucía una sonrisa amable que la puso nerviosa. Luchaba por ser amigable como si ella fuera un perro peligroso que estuviera a punto de morderlos.

Todos los vampiros eran atractivos o al menos los que conocía. Aquellos dos recién llegados no eran la excepción. Su porte elegante y su belleza los hacía resaltar como grandes depredadores.

Ambos tenían el cabello corto, lo cual le pareció un cambio. Dejando los cabellos rubios o blancos de la familia real, estos tenían un color mucho más oscuro. Nazra era castaño y Snider moreno, tanto como la noche.

Sus ojos eran como los de cualquier vampiro, rojos como la sangre.

Cincelados por los dioses, parecían. La imagen de la belleza personalizada, no una ruda, sino una más bien estilizada. Sus ropas culminaban esa imagen de poderosos que lucían con orgullo.

Eiren se rindió apagando su mano. Debía aprender a confiar en los demás, tal vez no fueran los monstruos que parecían.

—Un placer conocerla al fin —dijo Snider tomándole la misma mano que había encendido y besándole el dorso como un perfecto caballero.

El agarre de Nox sobre su cintura se afianzó todavía más mientras gruñía bajo.

Sí, los vampiros tenían ese toque más posesivo que muchos humanos.

—No hay necesidad de tanta cortesía, puedes tutearme —aclaró Eiren.

Aceptando eso el siguiente en presentarse fue Nazra, aunque no tomó su mano, solo asintió para después mirar a Nox.

—Vamos afuera.

Eiren dio un saltito cogiéndose con alegría al brazo de Nox cuando pronunció esas palabras.

Cuando la brisa nocturna acarició su rostro no fue capaz de reprimir el impulso de gemir. Se dio cuenta de que necesitaba el aire puro al menos cada pocos días, estar en el interior la ahogaba.

Soltando a Nox caminó escoltada por los vampiros. Con él a su derecha y sus amigos a su izquierda.

No tenía pensado huir, no obstante, no era capaz de hacerlo estando tan acompañada.

—Me alegra saber que caíste en buenas manos, has visto el lado dulce de mi raza —se alegró Snider.

Eiren se encogió de hombros.

—Si hubiera estado en mi lado del partido la Gran Noche no diría eso —contestó recordando ese espectáculo dantesco.

Ahora ya parecía lejano, como si nunca hubiera ocurrido, pero estaba ahí. En ese momento que cambió su vida.

—No recuerdo haberte visto, aunque a decir verdad apenas recuerdo caras —confesó Eiren.

Snider asintió.

—No nos vimos en la Gran Noche porque enfermé.

Eso provocó que ella ralentizase los pasos poco a poco, una idea comenzó a filtrarse en la mente.

—¿Los vampiros enferman? —preguntó.

Todos rieron.

—Solo cuando no queremos asistir a algo. Nazra, en cambio, estaba tan inmerso en su comida que no escuchó grito alguno. Tiene una capacidad fascinante para evadirse. Aunque, como consejero del rey, no puedo faltar muchos años seguidos —explicó Snider.

Con auténtica curiosidad miró a Nazra, él le levantó una mano y sonrió mostrando aquellos terroríficos colmillos.

Mirando de soslayo hacia el bosque la idea de correr no se le hizo tan desagradable, después de todo era un bocado para tres hombres que podían decidir tener hambre en cualquier momento.

Casi como si Nox pudiera leer sus pensamientos la tomó de la cintura apretándola a su cuerpo.

—Debo preguntarte algo —comentó Snider de repente—. ¿En tu estancia en tu facción notaste algo irregular contigo?

Eso la hizo detenerse en seco.

—¿Está de broma?

—No. La verdad es que tengo suma curiosidad de cómo son las cosas en esa facción perfecta.

Debes extrañarla después de todo, es un lugar idílico.

Snider la enfadó, sus palabras tan condescendientes y fuera de lugar le recordaron que no era una de ellos. Nunca lo sería porque ni siquiera formaba parte de su sociedad. Era comida.

Una que quemaba y se resistía, pero comida al fin y al cabo.

—En mi bonita facción perfecta te obligan a golpes a encajar en un molde que no tiene sentido. A los imperfectos como yo se los ningunea. Pero eso no importa, porque en vuestra sociedad ni siquiera somos considerados personas, ¿verdad? Pueden tener humanos aquí, pero los de la facción alimentaria somos otra cosa, ¿me equivoco?

—Eiren —advirtió Nox.

Ella quiso liberarse de su agarre y no fue capaz de hacerlo. Frustrada, dejó caer una respiración pesada antes de mirar al suelo.

Debía comportarse.

—No, Nox, déjala. Veo el fuego en su interior y sí, tienes razón, Eiren. Si os considerásemos personas nos haría culpables de vuestras muertes. Entiendo tu punto de vista y no digo que esté bien. Solo pregunté porque buscamos una forma de librar a Paola de Reese, pero dado que no mostraste ningún síntoma antes de la Gran noche no creo que podamos acogernos a que no tiene magia.

Las palabras de Snider la golpearon mucho más de lo que mostró.

Tal y como imaginó ella formaba parte de esa sección de gente que no era una persona, solo una bolsa de sangre andante. La decepción se marcó rápidamente en sus ojos a pesar de que luchó por esconderlo a toda prisa.

Tenía porqué preocuparse: Paola.

A pesar de no haber sido nunca grandes hermanas, lo que Reese planteaba era un nuevo asesinato.

Uno que no sabía si podía soportar.

—Yo… Lo siento —se disculpó Eiren siendo incapaz de pensar en nada.

Había atacado como una serpiente acorralada cuando Snider buscaba información para ayudarla.

—Yo no. Eres refrescante y has dicho la verdad. No deberías avergonzarte de darnos unos azotes con la sociedad que creamos. Intentamos que tengáis buena vida para así sentirnos mejor, pero los instintos nos hacen cazaros para no convertirnos en los monstruos que nos destinaron a ser.

Snider conocía las palabras correctas a decir y, aunque parecía que pensaba así, ella sintió que había algo más en ellas.

—Fui descortés —inquirió Eiren.

Nox acarició su espalda como si así la reconfortase, después la dejó ir confiando en que no saldría corriendo.

—Fuiste sincera y ahora entiendo el miedo que puede tener Nox de llevarte al baile. Tu lengua puede desestabilizarnos —explicó Nazra sin tapujos.

Eso era.

Espera.

¿Tenía que asistir?

—¿Por qué debería ir? ¿No sería mejor que me quedase lejos de un evento así? —preguntó Eiren.

No podía entregar a Paola, pero mucho menos verla antes de que Reese se la llevase. Eso era demasiado cruel.

—Por desgracia eres mía, lo que significa que debo llevarte. Además, el cabrón de Reese ha declarado que sería mejor tenerte allí para que tus padres te vean. Eso fomentará que no les pasa nada a los seleccionados como las malas lenguas tratan de difundir de tanto en tanto —explicó Nox.

Sabía que esos rumores existían, no obstante, eran tan lunáticos que nadie los había creído jamás.

Ilusos.

Entonces, ¿ella debía ir?

¿Qué clase de broma cruel era esa?

—Seré una buena mascota, no quiero que le pase nada malo a Nox o que me lleven con Reese —declaró Eiren convencida.

Irse con ese lunático de Reese era una locura por la que no pensaba pasar. Haría todo lo posible por evitarlo, tanto como si le pedían lucir una bonita correa y ladrar como un perro.

Todo con tal de librarse de ese hombre.

—¿A expensas de tu hermana? —preguntó Nazra.

Eiren bajó el mentón sin tener muy claro qué esperaban que contestara. No podía librar el destino de Paola, sus padres habían forzado tanto la situación que los había condenado.

Si no estuvieran armando revuelo.

Si hubieran estado callados.

No sabían la suerte que habían tenido al no ser seleccionados. Ahora sufrirían un destino atroz solo por ciegos.

Por envidia.

—Y, de nuevo, tenemos un problema añadido —dijo Snider.

Ese hombre iba a caerle mal de por vida si seguía hablando.

—Escupe —pidió Nox.

Pasando un dedo por el cuello de Eiren esta dio un salto hacia atrás antes de encenderse de los pies a la cabeza.

Sonrió mostrándole que había querido provocar esa reacción. Cerca de los vampiros sentía su corazón desbordarse y él lo sabía. Podía prometer ser buena mascota, pero iba a tener que trabajar por ello.

—Excepcional —dijo con cierto orgullo.

Snider estaba loco.

—No he podido evitar notar que no está marcada, Nox. Tal vez eso pueda ser usado en nuestra contra —declaró Nazra.

Bueno.

Nazra estaba escalando puestos en la lista de personas no favoritas.

—¿Cómo marcada? Decidme que no es lo que creo que es —suplicó Eiren llevándose las manos al cuello cubriéndoselo.

Los amigos de Nox no dijeron nada, se callaron esperando que fuera el propio rey quien lo dijera. Así pues, miró hacia él con la esperanza de que se refirieran a otra cosa y su corazón cayó al suelo cuando lo vio asentir.

Jadeó.

—¿Qué ocurre si voy sin ser marcada?

—No importa —trató de esquivar Nox.

Sí.

Sí importaba.

Pidiendo ayuda a los amigos los miró intermitentemente esperando quebrar alguno y que se lo dijeran.

Snider fue el primero en caer. Suspirando no le quedó más remedio que comenzar a hablar.

—Si no ven la marca en tu cuello pueden deslegitimar que Nox sea tu amo y pasar a quién reclamó primero.

Eiren se agachó poniendo las manos en sus caderas mientras buscaba aire disponible. Parecía que, a pesar de estar en el exterior, se habían llevado todo el oxígeno que pudiera existir.

—¡No! ¡No te asustes! —exclamó Snider—. Míralo por el lado bueno, al menos te queda tiempo para que te marque.

Ella lo miró esperanzada.

—¿Cuánto?

—Dos días —contestó con cierto pesar.

Volviéndose a agachar el poco aire que había conseguido tomar se marchó a toda velocidad. Llevándose la mano al pecho dejó que el miedo la golpease con dureza. Sabía lo que esos colmillos hacían.

El daño que provocaban.

Notó las manos de Nox en su espalda queriendo hacer que se sintiera mejor y ella solo pudo pensar en que iba a tener que permitir que la mordiera. Era un puente que no esperaba cruzar en mucho tiempo.

Dos días no era tiempo.

—Para ser eternos, ¿qué clase de definición de tiempo tenéis? ¡Me dices que tengo tiempo! ¡Dos días! —se quejó Eiren.

—Culpa de Nazra, no tendría que haber abierto la boca contigo delante —explicó Snider.

Acabó sentándose dejando que el mundo girase a su alrededor. La idea de ser una bonita bolsa de sangre en manos de Nox la abrumó mucho más de lo que hubiera imaginado.

Él era bueno con ella… Tal vez no dolía.

Un dolor fantasma y agudo le recordó el dolor que provocaba una mordedura.

—Mira, he prometido ser buena y eso, pero…

No acabó.

No podía decepcionarlo.

—¡Snider Straus! ¡Sal de mi maldita casa y deja a la humana en paz! —bramó Ebony a lo lejos.

—Pero si es la hermosa Ebony.

Eiren los miró con cierto interés.

—Ni bonita ni nada, sabía que esto acabaría así en cuanto Shade me explicó que os había dejado pasear con ella. Yo pensaba plantear ese problema poco a poco, pero los hombres tenéis el tacto de un cactus.

La vampira estaba muy enfadada.

—Y tú Nazra, siempre has sido el más comedido de los tres, me avergüenza ver que has sido tú el que ha soltado la bomba sin pensar en las consecuencias —declaró señalándolo con un dedo acusatorio.

Los dos hombres bajaron la cabeza como si fueran niños pequeños y acabasen de ser atrapados por su madre cuando cometían una travesura.

—La marca es irrevocable y tú lo sabes, Ebony —tanteó Snider.

—Sí, pero la forma de decirlo cambia. No pueden venir dos extraños y decirle «oye, déjate morder o se te llevan». Ella fue mordida en el sótano, aquella bestia la desgarró. No puede ver

nuestra mordedura como algo bueno.

Eiren aprovechó que todos comenzaron a discutir del tema para levantarse y comenzar a andar hacia las puertas del castillo. La ignoraron por completo, olvidándose de ella mientras iba hacia Shade, el cual había querido unirse a la fiesta también.

—Esta vez no fui yo el bruto —dijo con una sonrisa orgullosa.

Ella lo abrazó sin darse cuenta mientras temblaba.

Quiso echarle la culpa al miedo o que quizás necesitaba ese contacto antes de venirse abajo.

Era una mordedura.

No era nada.

Entonces, ¿por qué se asustaba tanto?

—¿Eiren? —preguntó Shade apretándola como si se fuera a caer.

Estaba realmente preocupado.

—Noquéame. Si va a morderme que no me entere o voy a explotar o algo —susurró mientras comenzaba a notar un ataque de pánico crecer en su pecho.

Se aferró a ese hombre como si fuera su salvador. Sabía que era el más indicado para pedirle que la noqueara, no tendría tantos reparos como el resto. Para su sorpresa, él la envolvió entre sus brazos con ternura.

Llevando una mano a la parte posterior de su cabeza, la acarició un poco.

—Nunca imaginé que eso pudiera asustarte tanto… —confesó.

Lo hacía.

Era irracional, pero lo hacía.

—Me da miedo hacer una locura —reconoció Eiren.

Era una locura con patas.

—Te aseguro que, cuando queremos, podemos ser realmente gentiles. No será como en el sótano, te lo prometo.

Eiren solo tembló.

Dejó de notar los brazos de Shade dándose cuenta de que los había levantado en señal de rendición. A pesar de que ella no se había separado de él, Shade permaneció sin tocarla y tan tenso como la cuerda de una guitarra.

—Te juro que no la toqué, fue ella la que se me aferró —se excusó.

Eiren giró la vista encontrándose a Nox tan cerca que su aliento le acarició la nariz.

Lenta, muy lentamente, soltó a Shade luchando por no hacer un movimiento en falso.

—¿Me vendes ahora? —le preguntó fingiendo estar ofendida.

Eiren reprimió una risa.

—Mira, puedo consolarte, pero no soy tonto. Con las cosas de otro no se juega —explicó Shade.

Vale.

Los vampiros tenían que aprender un poco de autocontrol. No era la única que tenía que adaptarse a ese mundo, ellos debían ponerse en su piel un poco más.

Pensó qué hacer ahora.

Abrazó a Nox tomándolo por el costado con la intención de que se le pasase el enfado. Notó que él suspiraba antes de ponerle una mano en la espalda.

—No estoy enfadado con ninguno de los dos, solo quería saber si estabas bien. Me sentí…

Nox no supo encontrar las palabras.

Ella levantó la vista.

—¿Preocupado?

Asintió.

—Sí.

Ese hombre mostraba una cara que no pensó nunca conocer. Para su sorpresa tenía sentimientos genuinos, aunque a veces le costara reconocerlos. Parecía realmente preocupado por ella.

—Tengo que seguir trabajando, lo siento —le dijo con pesar—. Puedes quedarte en el jardín si así lo deseas.

Eso fue muy dulce.

—Mejor me quedo dentro, aunque me gustaría visitar el invernadero si es posible.

Él aceptó.

Soltándolo poco a poco fue consciente de que todas las miradas estaban sobre ella. Sonrojándose decidió meterse en palacio sin decir ni una palabra para no empezar a tartamudear.

—Yo quiero algo así, Nox —suspiró Snider.

—Pues Eiren es mía, ni se te ocurra.

Snider rio.

CAPÍTULO 33



Palabra del día: Mordisco.

Dos días.

Dos malditos días.

¿Cómo iba a mentalizarse en 48 horas?

Tenía que ser la mascota perfecta, ver marchar a Paola y dejarse morder por Nox.

¿Algo más?

—¿Señorita? Si sigue regando ese rosal se va a convertir en una planta acuática —dijo Charles apareciendo a su lado de repente.

Ese hombre era demasiado sigiloso, casi como un gato.

Le provocó tal susto que gritó y lanzó la regadera lo más lejos que pudo antes de poder ser capaz de calmarse.

—Lo siento mucho, señorita —se disculpó Charles.

Eiren, con la mano en el pecho, jadeó.

—Casi me muero. Tienen que ponerle un cascabel o algo —comentó recuperando sus latidos normales.

Ambos se miraron y Eiren se dio cuenta de que traía un termo de nuevo. Aquel hombre siempre la sorprendía. No pudo evitarlo, rieron dejando que sus voces se entremezclaran un poco.

—Le he traído un poco de café, esta vez con leche y un poco de chocolate.

Sonó tan bien que sonrió.

—¿Y por qué ha venido? No voy a escaparme si es lo que cree —explicó Eiren.

Sus días como escapista habían acabado. Ahora quería quedarse, puede que todo seguiese siendo un mundo extraño, pero se sentía algo mejor. Nox era más abierto y debía reconocer que se sentía muy bien a su lado.

—Creí que necesitaría algo de compañía humana después de estar con tantos vampiros.

Ese hombre era adorable.

—¿Son siempre tan intensos? —preguntó Eiren.

Caminaron por el invernadero mientras Charles le tendió una taza de café. Al saborearlo el mundo le pareció mucho mejor, más colorido, como si esa bebida pudiera calmar los demonios que tenía en su interior.

—Lo son, señorita. Ellos tienen instintos más fuertes que nosotros y son poderosos, aunque creo que está consiguiendo adaptarse bien a este entorno.

Asintió.

—¿Lo dice después de escaparme a ese bosque del terror?

—Sí, pero regresó. Fue capaz de hacer lo imposible y aquí está. Y creo que los señores se preocupan por usted.

Eso sí que era una novedad en su vida.

Después de haber sido la rara de la familia durante toda su existencia, ser protegido por ellos resultaba tan extraño.

—No estoy acostumbrada a que me cuiden, ¿sabe? A veces me asusta que ellos sigan siendo amables todo el tiempo —explicó Eiren dándole vueltas al café una y otra vez.

Era como si ese movimiento calmase sus pensamientos.

O los mezclara.

—¿Por qué debería asustarle que se preocupen por usted?

Eiren miró hacia arriba dejando que su corazón se encogiera dolorosamente.

—No quiero olvidar lo que soy. Quiero decir, soy una mascota al fin y al cabo. Me da miedo confiar en ellos, dejar que me cuiden y que se acaben cansando de mí. Cuando la novedad pase, ¿qué será de mí?

Charles quiso hablar, pero ella continuó.

—No me malinterprete, soy feliz con su amabilidad, aunque me dé miedo. Solo que ahora…

«Que todo es más íntimo». Pensó.

—Tengo miedo —declaró.

Había un hermoso banco de madera, pintado de blanco, que casi le suplicó que se detuvieran un instante. Haciéndolo, se sentó en él mientras los pensamientos la perseguían incansablemente.

—Creo que es normal tener miedo, todos lo tenemos alguna vez. Solo no debe permitir que este miedo la bloquee y le haga perder algo importante. Conozco al señor Nox desde que yo era joven y puedo decirle que jamás lo vi así por nadie. Y, créame, no es por falta de intentos. Suelen acosarlo bastantes mujeres para alcanzar su posición.

Celos.

Una corriente por su estómago le hizo sentir unos celos enfermizos.

No tenía potestad sobre Nox, no eran nada más que amo y mascota. Y, aunque ahora parecía que eran íntimos, él no le debía lealtad alguna. Eso provocó que su corazón doliera de verdad.

No había conocido el dolor hasta ese momento.

—Yo siempre seré una mascota, nunca su pareja, ¿verdad?

Charles suspiró con una sonrisa.

—Ay, las etiquetas… Son ellas tan importantes… Sobre su cabeza siempre colgó la de «imperfecta» y eso quiso definirla hasta que usted demostró lo especial que era. Tal vez «mascota» reciba un nuevo significado si usted la lleva consigo. Las palabras adquieren infinidad de significados según la lucha que tengan tras ellas. Estoy convencido de que cambiará el mundo, de hecho, ya lo está haciendo.

Ese hombre merecía una estatua y que todos lo adorasen. Entendía el punto que decía, podía cambiar el significado de las palabras, pero eso no dejaba de ser menos doloroso.

Ella estaría atada a Nox el resto de su vida mientras él era libre de estar con quien quisiera.

«Creo que mi pasatiempo favorito es joderme a mí misma». Pensó.

—Deje que el tiempo lo coloque todo en su lugar. Cada pieza debe encajar como en un reloj.

Ese hombre era un galimatías interesante.

—Claro está que se oscurecerá un poco antes y puede dar miedo, pero al final siempre acaba viéndose todo con claridad —declaró yendo a regar un par de arbustos.

Eiren lo siguió sin coger una regadera, ya había tenido suficiente ahogando al pobre rosal.

—¿Qué quiere decirme? —preguntó.

Él solo sonrió y se encogió de hombros con indiferencia.

—Viene guerra, Eiren. La paz no dura eternamente y solo un idiota la daría por sentado. Usted representa el cambio. Ahora está en la elección de todos si evolucionan con el cambio o mueren aferrándose al pasado.

Se congeló al instante.

La guerra traía muerte. En el colegio había aprendido que hacía siglos que no había enfrentamientos y que ella los fuera a provocar le resultó abrumador. No quería que nada de eso ocurriera.

—Yo no soy nada. Solo una loca con poderes —rio queriendo destensar un poco lo que sentía.

Tomando unas tijeras de podar de una mesa cercana, Charles comenzó a recortar el seto de forma redondeada.

—Una magia que solo tiene usted. Piénselo. Si la magia fuera algo normal usted no sería especial y lo es. Su fuego hace mucho más que quemar a sus enemigos, crea esperanza.

—¿Esperanza?

Él asintió.

—Sí, los cambios son buenos. Ellos han construido una gran sociedad en la que casi todo funciona, pero como les pasa a todas las cosas grandes, comienzan a pudrirse poco a poco. Ahora toca fumigar.

Era una metáfora, pero una muy real porque tomó un spray con el que empezó a fumigar al pobre seto ya recortado. Los insectos que tenía incrustados en sus hojas comenzaron a retorcerse antes de morir y despegarse.

De lejos había sido una planta muy hermosa, aunque de cerca podía verse como muchas de las hojas estaban infestadas de bichos negros.

—¿Lo dice por las plantas? —bromeó Eiren.

Charles siguió fumigando.

—No. Las aguas se agitan lentamente, al final el movimiento será duro. Que todo vuelva a ser pacífico dependerá solo y exclusivamente de usted.

Cruzó los brazos en su espalda antes de soltar una larga respiración. Ese hombre daba que pensar y eso asustaba.

—Eso es mucha responsabilidad.

—Lo es, pero no está sola. La ayudarán y muchos serían capaces de morir por usted. Usted ha plantado la semilla, señorita Eiren, toca que germine.

Mirándolo fascinada, dejó que los minutos pasaran mientras dejaba al seto tan sano que creyó que echaría a andar en cualquier instante.

—¿Cómo es tan sabio?

—Soy observador, señorita, solo eso.

Sonrió.

—¿Más café? —preguntó Charles.

***

—¿Esto es lo que querías que viera? —le preguntó Nox a Ebony.

Todos habían sido arrastrados al invernadero poco después de dejar marchar a Eiren. Como si de una intuición se tratase ella había predicho que la conversación entre los humanos sería bastante profunda.

—No quiero que la cagues, Nox, por eso te traje aquí —respondió su hermana.

Todos se miraron en silencio mientras Nox miraba a la humana.

Ahora sonreía con las ocurrencias de Charles. Le explicaba alguna anécdota divertida de Shade o algunos criados, sin embargo, momentos antes había estado bastante angustiada.

—No puedes protegerla de su destino, amigo —declaró Snider.

Notó la mano de su amigo sobre su hombro y luchó contra el impulso de romperse allí mismo.

Los recuerdos del día en el que murió su madre llenó su mente con tanta claridad que se creyó allí mismo. Ella moría por amar, por no saber dejar ir a su pareja y, al mismo tiempo, abandonaba a sus hijos escupiendo unas palabras inconexas.

Unas que ahora podían materializarse en forma humana.

Eiren.

—No. No es ella. No cambiará el mundo y mi madre no vaticinó nada —negó Nox.

No podía serlo.

—Si le sigues negando lo que es empeorarás las cosas —recomendó Snider.

—Ella es solo una humana —contestó Nox.

Si la simplificaba mucho solo podía ver a la mujer que quería en su habitación, la que deseaba en sus brazos y ya está. No había nada más en ella. Su destino era estar con él, el resto del mundo podía irse a la mierda.

No la tendrían.

No quería darle la razón a Charles con la idea de guerra. Ellos estaban trabajando para que eso no ocurriera.

—Una que explota y quema cosas. Vamos, Nox. Sé que mamá te hizo daño, pero no sabemos el alcance de esto si no comenzamos a movernos —escupió Shade.

Gruñó en dirección a su hermano advirtiéndolo.

Era solo Eiren.

Nada más.

—¿Crees que Reese no ha pensado en ello? ¿O Zion? Saben los dioses que ese humano es más listo que un puto zorro —declaró Nazra.

Al parecer todos parecían estar un paso o tres por delante de él. Tenían demasiado claro que Eiren era algo más que lo que él quería ver. Negó con la cabeza alejando esos pensamientos.

No.

Ella no.

—Hermano, tenemos que enseñárselo… —susurró Ebony.

Los miró realmente enfadados, ellos no comprendían lo que sentía su corazón en ese momento ya que ni él mismo se entendía. Solo tenía una cosa clara: Eiren no era la persona que dijo su madre.

Estaban equivocados.

CAPÍTULO 34



Palabras del día: Cocina.

—¿Día duro? —preguntó Eiren.

Estaba hermosa sentada en su cama, esperándolo con una sonrisa amable. Él, en cambio, solo gruñó provocando que ella frunciera el ceño, confusa.

Agitó la cabeza como si así alejase algún pensamiento incómodo, después saltó de donde estaba y fue hacia él dispuesta a besarlo. Nox en cambio solo la tomó de la cintura y la apartó suavemente.

—Voy a ducharme —gruñó de nuevo.

—¿Quieres que te enjabone? —preguntó seductoramente.

—No.

Se sintió un verdadero cerdo cuando vio como el brillo de sus ojos se apagaba. También cuando bajó los brazos a ambos lados de su cuerpo después de haber deseado abrazarlo.

No miró atrás. Entró en el baño y cerró con llave para tener un momento a solas.

La burbuja de felicidad de Eiren había estallado demasiado pronto. En un momento creía que todo iba bien entre ella y el vampiro y ahora él la alejaba sin demasiados remilgos.

—Charles me ha ayudado con la cena, espero que te guste —canturreó Eiren intentándolo de nuevo.

Tal vez así él reaccionase.

—No tengo ese tipo de hambre, comí algo con Snider y Nazra. Otro día.

Eiren tragó saliva al escucharlo.

Había estado cerca de dos horas cocinando una tortura de plato que Charles juró que era el favorito de Nox.

Se sentó de nuevo en la cama dejando que los pensamientos la abrumasen un poco. Miró hacia el carro de la cena y se sintió tan estúpida que quiso llorar. Debía haberlo sabido.

Era una mascota.

No una persona.

Al final su existencia podía resumirse en ser un agujero para varios usos: sexo y sangre.

«Inténtalo una vez más, solo una». Se animó a sí misma.

—Es tu plato favorito y déjame decirte que es un auténtico reto prepararlo. No sabrá tan bien como cuando lo hace el cocinero, pero creo que ha quedado decente.

—Te he dicho que no tengo hambre —ladró Nox desde el baño.

Bien.

Podía ahogarse en la bañera si quería.

¿Cómo debía tratarlo cuándo saliera? ¿Abrirse de piernas y dejarse follar? ¿Estar de rodillas?

¿Qué puta etiqueta, protocolo o tortura tocaba hoy?

—¿He hecho algo malo? —preguntó Eiren yendo hacia la puerta del baño.

Tenía el corazón encogido tratando de recordar paso a paso todo lo que había hecho en el día de hoy. No recordaba haber metido la pata. Puede que hubiera sido algo sentimental con la idea del mordisco, sin embargo, no parecía muy afectado en ese momento.

—Si es por cómo he reaccionado por la marca, yo…

—Déjame, ¿quieres? —ordenó Nox.

—Cl… Claro.

Se sentó en la cama dejando pasar el tiempo. Al principio creyó que no tardaría en salir, quizás el olor a comida lo animaría y todo estaría bien. Lamentablemente, con el paso de los minutos supo que eso no ocurriría.

Casi una hora después el vampiro apareció envuelto en su toalla y con una mirada fría con el hielo.

—De hecho deberías ir a la habitación de al lado, he pensado que es mejor que tengas tu intimidad —disparó de repente.

El corazón de Eiren explotó en pedazos en ese instante. Fue como un cristal cayendo al suelo quedando hecho añicos, en trozos tan pequeños que solo podían pinchar al pasar por encima.

—P… Pero… Yo…

—Estarás más cómoda allí —la cortó de repente.

¿Qué podía hacer?

Levantándose de la cama luchó por no caer al suelo. Rehusó mirarlo y salió de aquella habitación cerrando a su espalda. Confusa, miró a su alrededor como si fuera a aparecer algo en una pared que le explicase lo sucedido.

Yendo hacia la nueva habitación escuchó la puerta de Nox abrirse y sonrió creyendo que vendría a hablar con ella.

Verlo sacar el carro de comidas a empujones fue lo último que esperó ver.

Después, sin mirarla, cerró.

El dolor y la ira se encendieron abriéndose paso por su cuerpo como si se hubiera convertido en un volcán a punto de explotar. Yendo hacia el plato que le había cocinado, ese que le había costado la vida misma, lo tomó y lo lanzó contra su puerta.

—¡Eres un maldito gilipollas! —bramó.

No esperó a que dijera nada.

Solo se fue.

No iba a arrastrarse por nadie, iba a morir peleando y estaba harta de ser dócil. ¿Quería una mascota suave?

Se había equivocado eligiéndola.

Bajando las escaleras casi de tres en tres se topó con un Shade la mar de sorprendido.

—¿Todo bien?

—Tu hermano es un bastardo, ¿lo sabías?

No quiso esperar contestación, solo descendió los pocos escalones que le quedaban y salió al exterior donde el sol comenzaba a salir. Después de eso, dejando la puerta abierta, vio a Shade tan estupefacto que apenas era capaz de hablar.

—¿Ya volvemos a jugar al escondite? —preguntó tanteando el terreno.

Eiren sonrió.

—Dile que le follen. Que si me lleva a la fiesta de mi hermana quemaré hasta al último chupasangres que vea. Después me matáis si queréis.

Sus miedos se habían hecho reales en tiempo récord.

Esa misma noche había pensado en qué pasaría cuándo se acabaría la novedad de tenerla y ya sucedía. No era su pareja, era solo un juguete que podía usar. Tenía esa potestad.

Ese poder.

—Mejor vamos a calmarnos —pidió Shade.

Ella negó.

—¡Me niego! —gritó Eiren dejando que el suelo temblase a su alrededor.

Satisfecha con su reacción se abrió de brazos y dejó que sus poderes fluyeran a través de ella con fuerza.

Etiquetas había dicho Charles.

Que podía reescribirlas.

¡Ja!

Era imperfecta.

Una mascota.

Una perdedora.

Y una idiota por creer que podía importarle a alguien.

Echó a andar por aquel precioso jardín. La noche era oscura, apagaba los colores maravillosos que había a su alrededor y decidió que vería todos los alrededores antes de que pudieran darle caza.

Después…

Ya daba igual.

***

Shade casi se estrelló en su puerta antes de conseguir abrir la puerta de Nox a toda velocidad. Antes de eso vio el desastre que había ante él y reconoció el carácter de la preciosa humana que había perdido el juicio.

—Hermano, tenemos un problema —declaró.

Nox ya estaba en la cama, tumbado y tapado con una calma que lo enfermó. Iba a querer matar a ese hombre lenta y dolorosamente.

—Olvídalo.

¡Oh, sí!

Casi había olvidado que Nox estaba de un humor de perros después de haber mencionado el tema de su madre. Ya tenía claro que eso era lo que había pasado entre ellos dos.

—¿Sabes dónde está Eiren?

—La he enviado a la habitación de al lado, necesitaba aclarar mis ideas.

Shade quiso apoyarse en el marco de la puerta pero la salsa de ese exquisito plato lo manchaba todo. ¡Menudo desperdicio tirarlo! Si no quería comerlo ya se lo podían haber dado.

—¿Y has tenido cierto tacto o le has disparado a discreción cómo sueles hacer con todos? —preguntó Shade.

Los ojos de Nox brillaron en la oscuridad.

No podía seguir empujándolo al límite.

—¿Tú me hablas de tacto? —le escupió.

Sí.

Como hermanos tenían eso en común.

—Vale, tiempo muerto, no me mates. Eiren, ¿dónde está? —insistió.

Shade empezó a temer por su vida.

—Me da igual.

¡Por supuesto que no!

¡No iba a gustarle ni un pelo! Aun así, decidió decirlo antes de que otro le diera el mensaje.

—Bueno, pues que sepas que la humana está en los jardines.

Saltando de la cama como si el mismísimo sol lo persiguiera, Nox apareció ante él tan rápido que estuvieron a punto de impactar el uno contra el otro.

—¿Y qué hace ahí? —preguntó, aturdido.

Shade sonrió.

—Disfrutar de un soleado día de verano, ¿a ti qué te parece? ¡Cagarse en todos tus ancestros!

Se miraron unos segundos, quizás demasiados antes de dejar salir una respiración ahogada. Las mujeres eran complicadas, aunque ellos empezaban a sospechar que era su forma de comportarse era el problema.

Eiren había demostrado ser bastante racional.

—Haz que entre —pidió Shade, incómodo.

No quería tenerla correteando fuera del castillo donde no podían protegerla.

—Por supuesto, ahora me pongo protección solar y salgo —contestó Nox con ironía.

Estaban atrapados.

Ebony llegó aplaudiendo a los dos patanes que tenía por hermanos.

—Solo dime que ella no ha preparado ese plato porque vas a estar muy jodido, hermano —suplicó su hermana.

Nox cerró los ojos.

Shade silbó.

—Te va a tostar en la barbacoa de sus manos vuelta y vuelta —declaró Ebony.

Los tres bajaron a la puerta principal. No podían alcanzarla, pero tal vez podían apaciguarla de algún modo racional.

Espera.

Estaban hablando de Eiren en pleno apogeo. Ahora no era una criatura racional.

Era una bomba a punto de explotar.

—¿Señores? —preguntó Charles.

Nox carraspeó.

—Eiren se ha escapado —declaró.

—En realidad no, señor. Está correteando por los jardines y oliendo todas nuestras hermosas flores —explicó el mayordomo.

Ya.

Bueno.

Esa era una versión de la historia.

—Debería estar durmiendo —explicó Nox.

El mayordomo pareció confundido.

—Tal vez no podía dormir y decidió estirar las piernas antes para un sueño reparador.

Shade se mordió la parte interior de los mofletes reprimiendo una risa. Ese hombre era muy ingenioso. Sabía perfectamente lo que había pasado o, más bien, lo intuía, pero los estaba torturando deliberadamente.

—No. No ha pasado eso —susurró Nox.

Su hermano estaba a punto de retorcerse en el suelo como un vil gusano.

—Espero, señor, que haya disfrutado del plato que la señorita Eiren le ha preparado. Ha estado dos horas peleando con la cocina. No tiene mucha experiencia, pero le ha puesto todo el corazón.

¡Por supuesto!

¡Golpeando en el corazón!

Ese humano se estaba ganando su más absoluto respeto.

—No lo hice, Charles. Fui un idiota —confesó Nox.

—Tal vez si se lo dice con esas palabras pueda convencerla de que entre.

—O puede que lo ase —rio Ebony.

De forma distraída, Eiren pasó ante la puerta con una corona de flores en la cabeza. Parecía feliz.

Aunque no lo estaba, por dentro estaba rota.

—¡Ah, señorita! —la llamó Charles—. Justamente estábamos hablando de usted. Decíamos que tal vez necesite dormir un poco después de una larga noche.

Sí.

Ese mayordomo era bueno. Debían subirle el sueldo, iba a proponérselo a Nox cuando todo estuviera solucionado.

Eiren solo miró a Charles como si el resto de personas que lo acompañaban no existieran. Su aura era tan fría que creyó que se congelaban en el sitio antes de escuchar una respuesta de sus labios.

—Prefiero dormir en la caseta del perro, gracias. Dado que soy una mascota de uso y disfrute, tal vez deba esperar mi turno para cuando mi amo quiera que le chupe la polla —sonrió como una perfecta dama.

«No digas ni una sola palabra». Pensó Shade.

—Eiren… —dijo Nox.

—¿Sí, amo?

Estaba pulsando los botones de Nox tan rápido que más bien los estaba aporreando a toda velocidad. Eso sí, siempre en el sol para mantener una distancia entre ellos bastante saludable.

No era tonta esa mujer y quien lo hubiera pensado alguna vez era un necio.

—Me gustaría que entrases.

—¿Debo chuparle la polla u ofrecerle mi coño o algún servicio extra?

Ebony jadeó reprimiendo una risa.

La tensión era tal que, de haber tenido un corazón funcional, este hubiera colapsado en esos momentos.

—No —contestó Nox perfectamente calmado.

Eiren miró a su alrededor.

—Entonces seguiré dando un paseo.

Y, sin más, se marchó.

—Voy a matarla lentamente —gruñó Nox.

—Señor, podría llamar a algún guarda humano para que la traiga de regreso a palacio.

Nox se tapó los ojos unos segundos.

—Claro y que ella lo haga saltar todo por los aires, no gracias. Puede retirarse a descansar.

El mayordomo no lo tuvo claro.

—Pero, señor…

—No importa. Los jardines son seguros, si quiere quedarse ahí que lo haga. Cuando llegue la noche no podrá seguir huyendo —declaró.

CAPÍTULO 35



Palabra del día: Desconfianza.

—Van a cortarte y servirte en pedacitos —comentó Ebony.

Era la única que quedaba en la puerta esperándola. Todos los demás se habían ido poco después de su berrinche. Estaba contenta de no tener a todos insistiéndole en que entrase de una vez.

—Vale —aceptó Eiren.

Bailó bañada por la luz del sol con alegría.

Era una sensación magnífica.

—Mi hermano se ha equivocado, lo sé, pero…

—Me da igual —declaró.

Por supuesto que no le daba igual. No quería seguir sufriendo, ese era el punto de la cuestión. Si aceptaba que era una propiedad, si comprendía que no tenían una relación y que nadie se preocupaba por ella tal vez así su corazón dejase de doler.

—¿Cuánto puede sufrir un corazón antes de colapsar? —preguntó dándose cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Atormentada miró a Ebony quien la miró con compasión.

—Lo siento, Eiren. Nox puede ser difícil.

Luchó por no llorar.

Por mantenerse fuerte.

—¿Sabes? Por un breve instante creí verlo de verdad. Debajo de esa apariencia temible, feroz y con un palo en el culo, creí ver a un hombre dulce, divertido y que se preocupaba por mí, pero fue solo una ilusión. Desapareció más rápido que al explotar una pompa de jabón.

Echando las manos a la espalda bajó la mirada al suelo luchando por no llorar. Necesitaba no romperse.

—Eiren, no es por ti. Hoy ha tenido un día difícil y está lidiando con muchas cosas a la vez.

Finalmente se rompió dejando que las lágrimas manchasen su rostro.

—¿Tan malo sería, Ebony? —preguntó Eiren.

No terminó la frase.

No podía.

Porque nadie podía quererla por la cantidad enorme de defectos que tenía. Estaba claro que Nox ya los había visto y se había arrepentido de ser amable con ella. Ahora era el de siempre.

El frío y despiadado Nox.

—Cielo, sé que es confuso, pero Nox te aprecia, lo veo.

Eiren se encogió de hombros sollozando.

—Como un niño a su juguete nuevo, después vendrá otro a remplazarlo. No sé cómo creí…

«Que pudiera importarle a alguien». Pensó terminando la frase.

No se quedó a escuchar, giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia cualquier lado. No le importaba dónde.

Solo necesitaba alejarse un poco, fortalecerse antes de que todo le viniera encima de nuevo.

Llegando a la verja que la separaba de la entrada del bosque se detuvo allí. Miró en el sitio en el que se había derrumbado, todavía había sangre seca en el muro donde se apoyó.

Había sido un infierno.

Y Rita.

Ella siempre estaría en su mente.

***

Nox miró por la ventana sintiendo la presencia de Eiren. Estaba nervioso. Después de meter la pata como lo había hecho verla en la entrada del bosque no lo reconfortó ni un poco.

Aquella mujer le quitaba años de vida.

—¡Tienes que arreglarlo! —bramó Ebony— ¡Necesito que colabore porque ya he preseleccionado cincuenta vestidos para la fiesta! Además, tú y yo sabemos que se la llevarán si no lo hace.

Bajo el miedo de su hermana de no poder pasar horas con Eiren vistiéndola y desvistiéndola como a una muñeca, había algo más. Nadie quería perderla. Caer en las manos de Reese la mataría.

—Yo no lo pensé, solo quería estar solo y pensar y reaccioné. Veo que le he hecho daño, no soy ciego, Ebony. Sé lo que nos jugamos.

Aunque a ella ya no parecía importarle nada.

Por desgracia temía haberla roto lo suficiente como para no tener retorno de ninguna manera.

Nox gruñó al ver a Zion acercarse.

—¿Ese humano qué quiere ahora? —preguntó.

***

—¿Pensando en dejar el castillo? —preguntó Zion.

Eiren no tembló al verlo, aunque quiso hacerlo. Solo levantó el mentón y abrió las manos preparada para atacar de ser necesario. Él solo sonrió antes de levantar las manos desnudas.

—Tranquila, no vengo armado. Te vi y quise saber cómo te iba entre tanto mosquito chupasangre.

—Mejor que en tu bosque, gracias por la preocupación —escupió Eiren.

Él encajó el golpe como un señor.

Asintió y no permitió ver emoción alguna.

—Debería disculparme por eso. Nunca quise que alguien inocente saliera herido.

—Rita era inocente y la cazasteis como a un puto animal.

No iban a llegar a un punto intermedio.

—Me han dicho que tu hermana Paola va a ser de Reese, ¿es cierto?

Golpeaba tan duro que jadeó como si acabase de recibir una bofetada.

No contestó.

—Eso no hubiera pasado en mi bosque —declaró convencido.

—No, en el tuyo solo la perseguirían hasta convertirla en un bonito trofeo de caza —escupió venenosamente.

Zion avanzó hasta quedar ante ella, solo separados por la verja. Eso calmó los latidos de su corazón, no se atrevería a abrir la verja para dar con ella. Estaba a salvo en ese lado del mundo.

—Aquí no dañamos a los humanos. La hubiéramos protegido antes de dársela a ese chupasangres —escupió con desprecio.

Eiren sonrió.

—Sí, lo entiendo. Ellos son bestias y tú los odias mucho. Ellos son los malos y tú el liberador que acabará con los monstruos de la noche. Lo pillo, Zion, pero las cosas no son tan sencillas. No todo es blanco o negro. Ni ellos son tan monstruos ni nosotros tan puros.

Él enarcó una ceja.

—¿Te han mostrado bondad? Porque te he visto gritarle a tu dueño cosas muy feas —rio agarrándose a la verja—. Eres una chica con una boca muy sucia.

Encendiendo una mano alertó a su igual humano.

—Además, sigues siendo su juguete, ¿no? No eres su igual, solo algo que usar ya sea follándote o alimentándose. Después solo estará con los suyos, protegerá a los suyos y morirá por los suyos. Tú y yo no estamos en esa categoría.

Llevándose las manos a los oídos, Eiren se los tapó queriendo dejar atrás las palabras horribles de Zion. Haciendo eso todo su cuerpo se encendió permitiendo que su cuerpo se convirtiera en una llama.

—Solo les entretienes por tus luces de colores.

Ella tragó saliva.

—Eres tan venenoso como una serpiente —le escupió.

Pero su corazón ya había sido tocado. Parte de él tenía razón: nunca sería su igual. Iba a ser su propiedad el resto de sus días. Sin voz ni voto en lo que a su vida se refería. Perdiéndose poco a poco.

—Solo te digo la verdad. Los conozco mejor que tú.

Eiren giró sobre sus talones queriendo separarse.

—¡No importa lo que pienses! ¡Ellos solo pondrán una correa en tu cuello! ¡Bonita, pero correa!

Estaba abrumada, demasiado golpeada por sus palabras. Casi se sentía como si cada una de ellas fuera un puñetazo a su estómago. Toda ella temblaba como una hoja mientras dejaba que su veneno profundizase.

—¡¿Qué quieres de mí?! —gritó volviendo a encararlo con lágrimas en los ojos.

Estaba al borde.

Aguantando mientras las respiraciones eran cada vez más violentas.

—Salvarte de ellos. Yo puedo hacerlo, Eiren —prometió Zion.

Por supuesto.

Aquello era un juego de poder.

La chica con magia era bien recibida en cualquier equipo, ahora solo quedaba apostar al mejor postor.

—Solo quieres mi magia. Yo soy ese lamentable camino por el que tienes que pisar hasta hacerte con ella —declaró volviendo a irse.

Nadie la veía a ella.

Quizás era demasiado tarde para darse cuenta.

Era mayor para juegos, para andar pensando en los cuentos de hadas. No existía el amor, tampoco el que alguien fuera a importarle su seguridad. Solo quedaban las brujas, sapos y monstruos de los cuentos.

Ellos siempre fueron reales.

Acechando en cualquier rincón.

—Sí, no voy a mentir. Tu magia es interesante, pero yo te veo, Eiren. Eres una chica fuerte, divertida y con un gran corazón. Sé cómo protegiste a Rita, que hubieras dado la vida por ella.

Eiren lloró.

Se estaba ahogando.

Pero no siguió avanzando, solo se quedó de espaldas a Zion.

—Otro la hubiera dejado morir, regodearse en su sufrimiento, pero tú tuviste la piedad suficiente como para acortar su sufrimiento. Esa bondad no existe en mi mundo, Eiren. Matar o ser matado, ahí es donde he crecido yo. Y eso te hace diferente.

Giró para verlo, aunque las lágrimas le tapaban parte de la vista.

—¿Qué me vendría bien alguien con tus poderes? ¡Por supuesto! ¡Hasta los chupasangres lo saben! A pesar de sus cosas paranormales sigues siendo increíble para ellos. Pero hay más, Eiren. Eres buena, eres fuerte y no he visto a nadie pelear como lo hiciste tú.

Limpiándose las lágrimas de los ojos, Zion se mantuvo allí, agarrado a la verja contemplándola de verdad.

—No puedo ir al bosque, no después de lo que viví —confesó Eiren con cierta vergüenza.

Zion asintió.

—Solo piénsalo. Eres humana y jamás serás como ellos, yo puedo ayudarte. Además, si algún día te cansas de que te chupen la sangre aquí tendrás un refugio donde sentirte humana de nuevo —explicó el humano.

Ese hombre parecía sincero. Por supuesto no pensaban exactamente igual, él pensaba que todos los vampiros eran monstruos y ella no. A pesar de todo tenían puntos de vista que se unían en algún punto.

—Gracias por tu invitación, lo tendré en cuenta —comentó Eiren.

—A cualquier hora, solo entra a mi reino. Todos sabrán guiarte a mí.

Después de eso, solo marchó como si ya estuviera todo dicho y no quedasen palabras que decir.

Pero a ella le quedaban tantas que tuvo que tragarlas lentamente.

CAPÍTULO 36



Palabra del día: Marcada.

Nox encontró a Eiren tumbada bajo el gran roble de su jardín. Parecía realmente agotada y es que no había parado en todo el día. Después de la visita de Zion había cabeceado sin rumbo por todos los jardines y él la había vigilado por las ventanas.

Trató de dormir en algún momento, pero su cabeza se lo impidió haciéndole rodar desesperadamente por la cama.

Odiaba ser vulnerable al sol.

No poder llegar hasta ella se había hecho un verdadero infierno.

Y más después de Zion. Ese dichoso humano había escupido palabras viles que sabía que habían hecho el efecto deseado.

Lo había notado en ella, en su forma de romperse.

Casi como si fuera consciente de que estaba siendo observada, Eiren abrió sus grandes ojos claros y parpadeó un poco ubicándose. Después se dio cuenta de que estaba allí.

Su estómago se retorció al ver el miedo en sus facciones.

—¿Vas a matarme? —susurró casi siendo incapaz de decirlo en voz alta.

Agachándose, queriendo no ser tan amenazante, Nox negó con la cabeza.

—No.

—Te he dicho cosas ho… horribles.

El tartamudeo.

Ahí estaba de nuevo.

—Y yo me he comportado como un idiota, creo.

No lo creía, estaba seguro de ello. Tal vez reconocerlo en voz alta era más difícil de lo que habría imaginado previamente.

Cuando el sol se puso había salido al jardín tan enfadado que imaginó las muchas cosas que le haría. Iba a azotarla, a atarla a cama durante días y a enfadarse tanto por actitud que se arrepentiría de lo que había hecho.

Por desgracia al verla todo se desvaneció.

—Pensé que estaba enfadado cuando te fuiste al jardín. No podía alcanzarte porque mi condición de vampiro no me lo permite y eso me enfureció todavía más. Solo quería llegar a ti de cualquier forma por mucho que me recordara que estabas segura en el jardín.

Ella parpadeó como un cervatillo a punto de ser cazado. No permitió que la tocase cuando quiso tomar su mano, se alejó de él aferrándose al árbol que tenía a su espalda, lo cual le provocó un pinchazo en el corazón.

No comprendía por qué se sentía así o lo que significaba ese dolor que acababa de sentir, pero decidió darle el espacio que necesitaba.

—Después vi a Zion hablarte y lo vi todo rojo. Sentí como sus palabras te traspasaban lentamente. No soy idiota, puede que no piense las cosas antes de enfadarme, que gruña más de la cuenta, pero lo vi. Noté como sus palabras te envenenaron profundamente.

No lo negó.

No podía después de todo.

Se había roto al sentirlas porque algunas de ellas alcanzaron su epicentro haciéndola temblar de los pies a la cabeza.

Tal vez si él era capaz de detenerse un momento, solo un instante, podría conseguir hablar. Estaba acostumbrado a alejarse cuando lo necesitaba, gruñía y todos se apartaban porque era el rey.

Nadie le cuestionaba.

Mucho menos le tiraban platos a su puerta.

—Entonces me di cuenta de que todo lo que he sentido todo este día no ha sido enfado sino miedo —confesó.

Tuvo que tragar saliva para poder digerir lo que estaba diciendo en voz alta. En algún momento del día había llegado a esa terrible conclusión. No estaba enfadado por su actitud, estaba muerto de miedo por lo que le había hecho.

Ella parpadeó, muy confusa. .

—Mis actos te habían empujado lejos de mí, alejándote, pero todavía tenía la oportunidad de arreglarlo cuando se hiciera de noche. Hablaríamos y tal vez podrías perdonarme, pero Zion…

Suspiró.

Estuvo horas pensando en lo que le diría para arreglarlo. Tal vez acabase arrastrado como un gusano y todo, pero conseguiría su perdón.

Por desgracia, después llegó Zion.

—Él te ha alejado de mí. Ha plantado la semilla de la desconfianza tan profunda que no puedo llegar a ella. Simplemente lo sé y la veo reflejada en tus ojos mientras te hablo. Con mis actos he afianzado que abra un vacío entre nosotros.

Ya podía tocarlo con los dedos.

Había sido tan déspota, tan cruel solo por querer alejarse. Podía haber hablado, haberle explicado que necesitaba calmarse y en su defecto eligió herirla. Eso no tenía excusa.

—Tiene razón, Nox. Nunca me verás como un igual —sentenció Eiren.

De haber necesitado el aire para respirar se hubiera ahogado en ese momento. Todos sus temores se hicieron realidad, no estaba equivocado, él la había alejado. No lo había hecho Zion, ese humano solo aprovechó las grietas que él creó.

¿Tenía forma de arreglarlo?

—No somos iguales, Eiren, pero eso no me importa. Ninguna vampira ha estado en mi habitación o me ha gritado que soy un gilipollas. Tampoco me han dejado alimentarla o se han

sentido seguras a mi lado. Ninguna de ellas me ha hecho reír y desesperarme al mismo tiempo. Yo… No soy perfecto, soy inmortal, pero mucho más imperfecto que tú, pero sé que no quiero que te vayas —se sinceró.

Le costó decir las palabras, pero mirando hacia atrás no pudo recordar ni una sola mujer que le hubiera marcado lo suficiente. Nadie se acercaba a la impresión que le dio verla en aquel baile quitándose los zapatos.

Y mejoró cuando quiso huir saltando por el balcón.

¿Qué clase de loco haría algo así?

Por supuesto ese fue el principio de su camino tortuoso, uno que estaba plagado de baches y peleas. Tal vez no había arreglo, no obstante, quería seguir intentándolo si ella le dejaba.

—Tal vez sea lo único que tenga claro después de todo —declaró Nox.

Eiren se mordió el labio inferior para después apretar los labios con dudas. Toda ella estaba en pleno caos. No había esperado las palabras de Nox, había sido tan sincero como siempre, aunque esta vez la tocó profundamente.

Reconocer que había sentido miedo debía de ser un gran paso para él.

A pesar de su eternidad y de lo magnífico que era tenía problemas con los sentimientos. A duras penas los reconocía cuando tocaba, así pues, reconocer que había tenido miedo era todo un reto.

Y agradeció escucharlo.

Solo necesitaba saber una cosa más.

—Si yo eligiera irme con él… ¿Me dejarías?

No y mil veces no gritó el interior de Nox.

Se revolvió en su propia mente mientras las ganas de matar a Zion aumentaban. Por desgracia, mirándola a ella sabía que necesitaba una respuesta más temprano que tarde.

¿Ella podría irse con Zion?

Nadie debería estar atado a un destino que no quiere. Eso solo la destrozaría hasta acabar con ella. Ya conocía esa parte de ella indomable. Si le impidiera hacer lo que quería seguramente se acabaría rompiendo en el proceso.

Y sería malo para ambos.

Suspiró queriendo encontrar las palabras adecuadas para ella, las que necesitaba y las que él se veía incapaz de pronunciar. Al final solo se dejó llevar por lo que sentía.

—Sí. Puedo no estar de acuerdo, pero no soy un monstruo, Eiren.

Ella lo aceptó asintiendo.

—Pero tampoco esperes que me lo tome bien —suspiró Nox añadiéndolo.

Eso sí la hizo sonreír.

Ahí estaba el Nox que conocía de verdad. por cómo era no podía dejarla marchar así como así, aunque era un gran paso.

Quedaron en silencio unos segundos mirándose un poco tratando de descifrar qué debían decirse a continuación. Al final fue la propia Eiren quien dio un paso al frente y tocó la mano derecha de Nox.

—Estoy un poco cansada, ¿podría dormir un par de horas? Iré a la habitación que me dijiste, es que dormir en este árbol para la espalda es atroz.

A pesar de que trató de decirlo con humor, destiló tanto dolor que se sintió como una herida punzante en su pecho. Nox contuvo el aliento luchando por no desangrarse allí mismo.

—No. Descansa en nuestra habitación. No te echaré nunca más. Tuve un mal día y no sabía cómo decir que necesitaba un poco de espacio.

Levantándose, Nox entrelazó los dedos con ella. Al ver que no se alejó prefirió echar a andar antes de que se le ocurriese huir o algo peor. Con ella nunca se sabía y debía aprovechar cualquier oportunidad que viera.

—Lo comprendo…

No.

No lo hacía.

Seguía dolida, de lo contrario le hubiera recriminado por su plato o el tiempo que había invertido para el vampiro más idiota de la creación.

Llevándola a la habitación hizo una pausa viendo alguna mancha todavía en la alfombra de su obra culinaria. Cuando lo había lanzado había preferido no salir a encararse con ella por miedo a una pelea.

Lo que no esperó es que ella aprovechase el sol para alejarse.

—Entra —le pidió.

Eiren supo que Nox la acababa de coger por los hombros por miedo a que saliera corriendo de él. Chico listo después de todo. Abriendo la puerta, su aliento quedó atascado en la garganta al encontrarse la habitación llena de velas encendidas.

Se detuvo en seco, tal vez se había equivocado de lugar, pero miró hacia el pasillo reconociendo el lugar.

Esa era la habitación de Nox claramente.

—¿Y esto? —preguntó sin tener claro si entrar.

Él la animó dándole un pequeño empujón, después cerró tras de sí mientras ella contemplaba el hermoso lugar. Era la misma estancia, no obstante, las velas le daban un toque romántico.

—Sé que no quieres que te muerda…

Cuando comenzó a hablar, Eiren se tensó bajo sus manos.

—No voy a alimentarme de ti, pero he pensado en clavar mis colmillos en tu piel. Solo eso servirá. No dolerá, será rápido y no sufrirás. Ni siquiera notaré tu sangre o solo tomaré una gota, tampoco es que tenga que atravesarte —explicó Nox.

A pesar de todo se había tomado el tiempo para comprender el miedo que tenía a ser marcada. No era por llevar una marca que la reclamara como suya, era el hecho de sentir esos colmillos en su cuello.

Y Nox encontró una solución.

—¿Y eso servirá? —preguntó Eiren.

—Sí. El evento es mañana, la herida estará con costra lo suficiente como para mostrar que me he alimentado de ti.

Simple.

Efectivo.

Y sin dar su sangre.

¿Quién era ese señor y dónde estaba Nox?

—¿Y renuncias a saborearme? —tanteó.

Él la miró con cierto grado de picardía en sus ojos.

—Quiero beber tu sangre, pero solo cuando tú me lo permitas.

Y ahí estaban, siendo claros y sinceros. Él no renunciaba a tomarla, aunque se tomaba muy en serio el tema del consentimiento.

—¿Y las velas?

Nox suspiró.

Tal vez había preguntado algo que no debía.

—Quise hacerlo por ti. Tú cocinaste para mí y yo lo desprecié, quería recompensar un poco lo que hice, aunque no me merezca tu perdón.

Bueno, al menos valoraba su titánico esfuerzo peleando en los fogones por ese plato. Nunca sabrían si había estado bueno, al menos recibía una disculpa a cambio después de todo.

—Gracias —susurró Eiren.

Caminando a su alrededor, Nox dejó su espalda y se quedó ante ella, mirándola con tan intensidad que creyó derretirse allí mismo.

—No quiero hacer que te vayas, pero no prometo ser perfecto. Tal vez quieras irte de mi lado en algún momento. Solo quiero que sepas que lo seguiré intentando siempre que tú quieras seguir conmigo —le dijo.

Eiren casi cayó de rodillas escuchándolo.

¿Cómo podía ser así un momento y estropearlo al otro?

Era lo más bonito que le habían dicho en toda su vida. Ese hombre buscaba hacerla llorar después de todo.

—Soy tu mascota —recordó Eiren.

Se hizo daño a propósito. Era mucho mejor pensar así que bajar las defensar y dejarle entrar. Después él podía llevarse su corazón, devorarlo para recordarle que apostó sin llevarse nada a cambio.

—Lo eres. Pero también siento que tú sujetas firme una correa en mi cuello —confesó Nox.

Eso sí la sorprendió.

—Exageras.

Nox negó con la cabeza.

—No. Antes no me había tenido que disculpar nunca o pensar en los sentimientos de los demás. Puede que tú tengas la etiqueta, pero yo soy la mascota entre tus dedos.

Estaba muriéndose con ese hombre. Incapaz de contenerse buscó refugio en sus brazos. Fue hacia él apoyando su rostro en su pecho mientras lo sostenía con fuerza. Su corazón bombeó tan fuerte que sabía que todo el castillo podía escucharla.

Nox la tomó con sumo cuidado antes de descender para dejar un beso en sus labios. Fue uno breve, lento y casto.

—Entonces, ¿vas a ser un buen chico?

Él sonrió.

—No. No lo seré, aunque te gustará —prometió.

De eso estaba segura.

Notando que la levantaba en volandas, la llevó hasta la cama donde la depositó con sumo cuidado. No le dejó pensar, supo que si lo hacía el miedo se apodería de ella, así que agradeció que la cubriera con su cuerpo a toda prisa.

—Siempre pu… puedes noquearme… —ofreció Eiren.

No.

Él no aceptaba eso.

—Te juro que no te dolerá —prometió.

—Vale.

No estaba convencida.

Estaba temblando y mucho.

A medida que él descendió no pudo evitar cerrar los ojos con fuerza. Tomó la camisa de Nox entre sus dedos y la apretó tanto que creyó que esas arrugas jamás se irían. Estaba tan nerviosa que se estremeció cuando el aliento de él acarició el lado izquierdo de su cuello.

—Ay —se quejó al notar un breve pinchazo.

Ahora vendría lo peor.

—Ya está —declaró Nox.

Ella abrió los ojos y parpadeó, perpleja.

—¿Ya?

Incapaz de aceptar sus palabras, rodó debajo de su cuerpo y fue al baño dispuesta a mirarse al espejo. En él vio dos pequeños pinchazos que dejaron escapar una insignificante gota de sangre.

Pero sí.

Ahí estaba su marca.

Pasó los dedos sobre ella.

Apareciendo tras de sí, Nox la rodeó con sus brazos antes de apoyar su mentón sobre su hombro. Parecía orgulloso y la miraba con tanta pasión que creyó ser capaz de derretirse allí mismo.

—Ahora eres irrefutablemente mía —condenó con placer.

Eiren sonrió.

—Sí.

Girándola sobre sus brazos la besó. No fue casto, tampoco lento. La devoró con hambre, con tanta que sus piernas flaquearon un instante. La tomó por la cintura elevándola para que envolviera sus piernas en su cintura y así lo hizo.

No rompieron el contacto, solo se aferró a él mientras su lengua lo saboreaba. Él era un pecado.

Un afrodisíaco que la encendió por completo.

Recorrieron el camino que les separaba hasta la cama sin ver por dónde iban, solo cuando chocaron con el colchón ella descendió entre cortas y rápidas respiraciones.

—Te deseo, Nox —confesó.

Y su sonrisa lo iluminó todo.

Ese hombre era increíble.

CAPÍTULO 37



Palabra del día: Selección.

—Este vestido no me deja respirar.

—No es el vestido, son tus nervios —explicó Ebony.

—No, tengo claro que es el vestido.

Eiren sabía cómo comportarse. Esa noche iba a interpretar dos papeles, el primero iba a ser con sus padres. Debía ser feliz, amable y tratarlos con tanto amor que creyeran que su vida era feliz ahora.

Después, cuando ellos se marchasen iba a pasar a ser la mascota del rey.

Y debía de ser perfecta.

Esta vez no podía permitirse fallar.

¿Y qué decir de todo lo que tenía que contemplar?

Paola.

Ella iba a ser de Reese.

No había escapatoria, tampoco puerta de salida o estratagema que usar. Su petición era sólida, tanto que la condenaba a morir en los brazos de aquel monstruo. Esa noche ella iba a ser suya.

—Deja que te maquille y ya estaremos lis…

La voz de Ebony murió cuando se giró para mirarla.

Eiren se había sentado en el tocador después de soportar elegantemente dos horas probándose vestidos. Al final habían elegido uno azul con aguas moradas que le quedaba impresionante.

El corsé resaltaba sus pechos, los cuales eran un espectáculo con el escote vertiginoso que tenía. No era muy pomposo, lo que lo hacía más libre de movimiento. La tela fluía a su alrededor haciéndola hermosa.

En cambio lloraba en silencio mientras se miraba al espejo.

Ebony se mordió el interior de las mejillas para no sucumbir y hacer lo mismo. El dolor de la humana era tan comprensible que ahora se avergonzaba de haber sido tan insensible. Se quejaba de sus hermanos, pero ella se acababa de comportar como una zorra.

Ignorando sus sentimientos.

—Eiren…

Ella, estremeciéndose, se secó las lágrimas rápidamente y le regaló una sonrisa fingida.

—Vamos, estás deseando ponerme guapa. Ya has conseguido vestido, zapatos y peinado, culmina tu obra de arte —dijo con tono alegre.

Sonreía mientras por dentro las paredes se derrumbaban a su alrededor.

Sonreía y por dentro pedía ayuda.

Sonreía aferrándose a una fuerza que pocos demostrarían.

—Lo siento mucho, Eiren, de verdad. Nadie debería pasar por lo que estás a punto de hacer.

Aceptó su consuelo a pesar de que su corazón quería romperse allí mismo.

No había tenido la mejor de las relaciones con su hermana, pero enviarla al corredor de la muerte así dolía demasiado. También tener que enfrentarse a sus padres la aterrorizaba.

¿Qué dirían después de abandonarla antes de la Gran Noche?

—Solo hagámoslo y ya está —respiró.

—Cielo, me tendrás a tu lado todo el camino.

Eiren sorbió un sollozo.

—No quiero meter la pata, Ebony. No quiero que se me lleven… No quiero que Paola sufra…

Tantas emociones en un espacio tan pequeño no podía ser bueno. Sentía su magia fluctuar a su alrededor conectando a través de su piel. Hormigueaba pidiendo una liberación que no podía darle.

Ebony se arrodilló para quedar a su altura.

—Voy a cuidar de ti. Mejorarás y te sentirás mejor. Tal vez no hoy, ni mañana, pero compensaré cada gramo de dolor que vas a vivir esta noche.

Eiren agachó la cabeza, quebrada. Para cuando consiguió subir la mirada y encarar a la vampira las lágrimas volvían a derramarse sin control.

—¿Por qué me cuidas? Nadie lo ha hecho nunca.

Simplemente, de una forma delicada, Ebony tomó las manos de la humana entre las suyas.

—No volverás a estar sola —prometió.

Y la creyó.

En el fondo de su corazón supo que era verdad lo que le decía. De una forma extraña ellos eran su familia ahora.

—Y ahora a maquillarte, no quiero que pienses que me ablando contigo —se quejó Ebony con una sonrisa antes de ir a por el polvo facial.

Eiren se miró en el espejo una vez más.

—Tú puedes —se animó a sí misma.

***

—¿Estás lista? —preguntó Shade.

Eiren dejó escapar el aire de sus pulmones lentamente.

—No, pero lo haré bien —respondió.

La misma sala que la vio bailar semanas atrás volvía a estar llena de gente. Quizás no tantos porque esta vez solo había un seleccionado, pero no habían escatimado en lujos para que los humanos no sospecharan nada.

Invitaron a varias familias que también tenían hijos seleccionados, lamentablemente sus hijos enviaron cartas excusándose por no poder estar allí por temas laborales… Ilusos, estaban muertos.

Pero eso calmaba a los vampiros de arrasar ciudades.

Tener una facción alimentaria garantizaba la paz en el resto.

El mundo estaba en calma gracias a su terrible sacrificio.

—Tú solo mézclate entre ellos, come algo, bebe y habla con tu familia si te apetece. Esta será la parte más fácil —explicó Shade.

Sí.

La peor vendría cuando entregaran a Paola a las sucias manos de Reese.

—Aquí no eres una mascota, Eiren. Eres una chica de la alta sociedad, ellos tienen que verte espectacular, que te envidien por ello. Restriégales que ahora tienes una gran vida y que fuiste seleccionada por ser como eres.

Las palabras de Shade estaban pensadas para consolar, para animarla a combatir todo lo que vendría ahora. Ahí, mientras esperaban tras una cortina como si fueran meros espías, vio pasar a más de una docena de vampiros.

—Shade…

Quería irse.

Huir.

—Todos quieren conocerte. La mujer que consiguió que el rey reclamara su propiedad. La capaz de hacer arder el mundo. No eres cualquiera.

La mirada de Shade fue tan intensa que tuvo la sensación de que estaba hablando con otro hombre diferente. En él había un cambio, algo que era distinto del primer ser que conoció.

—No tienes que animarme, sé lo que tengo que hacer, pero gracias —susurró Eiren.

Él chasqueó la lengua.

—No te animo, solo te digo la verdad para que no la olvides —dijo apretando su agarre de la cintura—. Nos preocupaste a todos cuando huiste al jardín. Vi como Zion te rompía en pedazos siendo incapaz de ir a retorcerle el pescuezo.

Suspiró.

—No solo Nox no pudo dormir ese día.

Su confesión la conmovió tan a dentro que creyó estar llegando a capas nunca vistas para ese vampiro.

—Cuando dices estas cosas, casi parece que te importo —bromeó Eiren tratando de apaciguar la sensación en su pecho.

Esa que le decía que era… ¿Querida?

Shade sonrió con esa sonrisa de gato que solo podía hacer él.

—Casi.

***

Cuando Nox vio entrar a Eiren del brazo de su hermano tan sonriente, algo en él se retorció. Parecían una pareja de recién casados, tan perfectamente en sintonía que luchó por no ir a preguntarle a Shade a qué estaba jugando.

Lo sabía bien.

Le estaba dando seguridad.

La estaba ayudando a lo que se enfrentaría esa noche. Como su fiel guardián, Shade parecía haber prometido lealtad absoluta a la pequeña humana que una vez asustó.

No solo él.

Ebony, quien apareció tras ellos, también lo había hecho. Su mirada feroz alejó un par de

vampiros que quisieron olfatear a la humana. Sin que ella lo supiera, había puesto de rodillas a la familia real.

Digno de admiración.

Sintió orgullo en su pecho al verla con el mentón alto, aparentemente valiente mientras todos la miraban y estudiaban. Sabían quién era, de lo que era capaz y no era solo una maldita bolsa de sangre.

Era mucho más que eso.

—Es una auténtica belleza —dijo Reese llegando a su lado.

Nox lo miró antes de que él le hiciera una reverencia de cortesía.

Siempre tan correcto.

—Lo es —concluyó Nox.

Ese vestido había sido confeccionado solo para ella. Ninguna mujer del mundo podía llevar esas telas a su alrededor y estar más hermosa que Eiren. El aire se congelaba a su alrededor rindiendo pleitesía a su cuerpo, sus curvas y su porte.

—Por suerte su hermana satisfacerá mis impulsos esta noche. Os admiro, majestad, nunca imaginé que ella luciría su marca con tanto orgullo. Casi parece la reina del lugar.

Reina.

Ella era una reina.

—Por desgracia los humanos son solo mascotas, de no ser así estoy seguro que el reino se arrodillaría ante ella. Ahora solo verá una yegua de monta y sangre. A pesar de eso, yo mismo la hubiera conservado conmigo su tiempo joven.

El horror se filtró a su corazón recordando que el tiempo de los humanos era tan limitado.

Tan corto.

Eiren moriría.

—Ella podría ser reina, tiene la madera para serlo —explicó Nox—. Su humanidad no es un problema.

Sí las leyes.

Reese sonrió.

—Bueno, por suerte esta noche la estrella no es nuestra hermosa Eiren. Mis ojos solo estarán puestos en la despampanante Paola. ¿Quién diría que existiría una belleza mejor que Eiren?

Nox se agachó al oído de Reese para después afianzar una mano en su nuca, lo hizo con tanta fuerza que casi le rompió el cuello.

—Vuelve a decir «nuestra» y conocerás tu lugar. Soy tu rey y no toleraré una falta de respeto. —Su voz se profundizó, volviéndose un gruñido—. Eiren es mía.

—Mis más sinceras disculpas —graznó Reese con evidente terror.

A veces olvidaban por qué era rey.

Solo había que recordárselo de nuevo.

Sin despedirse, atravesó la sala de baile ignorando a todos los que quisieron saludarlo. Dejó que le hicieran reverencias mientras sus ojos solo estaban puestos en la humana que colgaba felizmente del brazo de Shade.

Llegando a ella creyó calmarse.

Necesitaba olerla, sentirla y frotarse en su cuerpo para que toda aquella panda de vampiros creyera de una vez que era suya. Si algún cerdo de esos se aproximaba mínimamente los haría matar.

—Majestad —sonrió Eiren haciéndole una reverencia.

—Conmigo —gruñó Nox.

Algo sorprendida, Eiren dejó el brazo de Shade para entrelazarse en el que Nox acababa de tenderle. Después la alejó de ellos un poco mientras calmaba aquel sentimiento que lo abrasaba por dentro.

—Estás preciosa, Eiren.

Le encantó cómo se sonrojó al escucharlo hablar.

—Gra… Gracias. Tú también estás muy guapo.

Él era un vil gusano en comparación a ella. El resto del mundo lo era, tan feo y retorcido que daba asco.

Esa noche ella iba a tener que entregar a su hermana por el bien de la paz en los reinos. Eso la convertía en la mejor reina de todas, nadie podía imaginar alguien mejor. Una que se sacrificaba por el bien común.

Su reina.

Su amante.

Su mujer.

—¿Estás bien? —preguntó Eiren sacándolo de sus pensamientos.

—Perfectamente.

Quiso decirle mil cosas. Quería subirla a una de esas largas mesas que había, subirle la falda y estar en su interior. Necesitaba que lo poseyera tanto que le dolía el cuerpo y el espíritu.

También quiso tantas cosas. Verla feliz, no angustiada como estaba bajo las capas de maquillaje. Deseaba arrancarla del dolor, alejarla de lo que esa noche la rompería una vez más.

Por desgracia, Snider llamó su atención a lo lejos.

Tenían que discutir algún tema aburrido, algo de política que no le interesaba para nada, pero era el rey. No podía huir de sus responsabilidades por mucho que su pequeña humana lo embrujase.

—Esta vez no trates de saltar por el balcón —bromeó Nox.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Puede que lo haga para ver qué tal te sienta —contraatacó.

La odiaba.

Mentira.

No lo hacía.

—Resérvame un baile. Tengo que irme —explicó Nox depositándole un beso en la mejilla antes de dejarla ir.

A veces odiaba su trabajo.

***

Eiren se pasó los dedos enguantados por la mejilla. Él había sido tan tierno que estuvo a punto de suspirar como una de esas mujeres enamoradas que había leído en cientos de libros.

¿Enamorada?

No.

Ella no sabía lo que era el amor.

Viéndose sola ante la multitud, el miedo se instauró en su pecho mientras comenzaba a mirar a su alrededor en busca de alguna cara conocida. Shade y Ebony eran sus objetivos más cotizados.

Los necesitaba.

—Señorita, Coulson, es un placer volver a verla.

Reese.

¡Qué suerte la suya!

Fingiendo una dulce sonrisa, giró hacia él y tuvo que lidiar con su espantosa visita.

—Es solo Eiren, gracias —corrigió.

—¡Oh! Por supuesto. Disculpe mi error.

Sonrió siendo incapaz de contestarle.

—Su hermana es toda una belleza que está claro que usted no heredó. No me malinterprete, es bella, pero su hermana es… Un manjar.

Estaba usando las palabras adecuadas.

Las necesarias para hacerle tanto daño.

—Sí. Ella es la perfecta de la familia —masticó Eiren lentamente.

Reese la miró con detenimiento, casi como si así fuera capaz de meterse en su mente y ver en su interior.

—Me siento realmente honrado de poder disfrutar de ella esta noche —declaró el vampiro.

Eiren parpadeó rápidamente buscando algún tipo de autocontrol. Girando sobre sí misma fue hacia una de las mesas para tomar una copa de champán. Solo metiendo alcohol en su cuerpo sería capaz de sobrellevarlo.

—Su sangre correrá por mi garganta. Brindaré por usted, señorita Coulson —susurró Reese con una sonrisa triunfante antes de dejarla marchar.

Iba a matarlo.

Ese hombre necesitaba ser ejecutado.

Dejando la copa sobre la mesa, Eiren comenzó a quitarse los largos guantes que llevaba para poder calcinarlo vivo. Solo cuando el primero salió, dejando su piel expuesta, una voz resonó.

—Yo la ayudaré a colocárselo de nuevo, señorita.

Nazra.

Llegando a ella, tomó la prenda entre sus dedos luchando con ella para ponérselo de nuevo en su lugar. Eiren se resistió un poco antes de que su mirada roja la hiciera estremecer de los pies a la cabeza.

—Aquí no —gruñó suavemente.

—Déjame matarlo, Nazra —suplicó.

Sería rápida. No le haría sufrir lo mucho que lo necesitaba y después sus vidas seguirían.

—No puedes, lo siento —le recordó el vampiro.

Eiren lo fulminó con tanta ira en sus ojos que lo vio retroceder un poco para después volver a ponerle el guante. Después la tomó del codo como si así pudiera tenerla bajo control. Temía que pudiera explotar.

—¿Qué lo sientes? Es mi hermana. Entrega tú un familiar a estos putos chupasangres y entonces discúlpate —susurró Eiren evitando ser escuchada por el resto de invitados.

Él la miró con piedad. Comprendía el dolor que sentía a pesar de que no podían hacer nada.

—Eiren, no puedes lanzarlo todo por la borda. Te juegas mucho.

—Esto es una mierda, ¿lo sabes? —se quejó ella.

Asintió.

Entonces se liberó de su agarre alejándose de él lo más rápido que pudo.

CAPÍTULO 38



Palabra del día: Posesión.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Si es la usurpadora.

Paola.

Era lo que más necesitaba en ese momento para calmar sus nervios. Tener contacto con su hermana la enfermaba. Debía haberla echado de menos después de ese tiempo separadas, no obstante, verla le recordó todo el daño que le había hecho pasar.

—Hola, hermana —sonrió Eiren.

—Al final el destino fue justo y lo puso todo en su lugar —dijo alegremente subiendo los brazos como si un rayo de sol fuera a iluminarla en ese momento.

Como la diosa que se creía que era.

—Bueno, no todo —agregó Paola mirándola con desprecio de arriba abajo.

«Respira. Solo sigue respirando». Pensó Eiren.

—Me alegra que hayas sido seleccionada, era tu sueño.

Eiren se envenenó con sus propias palabras.

Se ahogó en ellas de forma tan profunda que supo que era tan culpable como el resto de ese asesinato.

—¿Cómo te trata la vida en la capital? Es una pena que todavía no hayan visto lo inservible que eres. Y ese vestido… Pareces esas mesas que se sirven con largos manteles hasta el suelo para ocultar sus feas patas.

Y ahí estaba la Paola que tan bien recordaba. La niña de los ojos de sus padres.

—Yo me siento bien. Gracias por fijarte en el vestido. La capital me trata muy bien, por cierto —volvió a sonreír Eiren.

Necesitaba escapar o sería ella misma la que la mataría si seguía hablándole así.

—No es el vestido lo que es un horror, hermana, eres tú. Tan gorda que parece que vas a reventar el corsé. Los caballeros de esta sala te miran tanto porque tienen miedo de que les saltes un ojo cuando implosiones —rio Paola con saña.

No podía saltar.

No podía defenderse.

No podía ceder.

—Me alegra que siempre estés ahí para recordarme lo que soy. Lo he extrañado —contestó Eiren.

—Por supuesto que sí. Ahora que me mudaré a la capital, viviré solo con la intención de que te expulsen. No merecen tener a una farsante entre ellos. Esta gente es la élite y ellos solo deben conformarse con lo mejor.

«Si tú supieras…». Pensó Eiren.

Poco imaginaba que su vida acababa esa noche. Después de todo ya no quedaría nada de ella.

Y a pesar de sus insultos, sintió lástima por lo que estaba a punto de vivir.

—Tengo que irme. Nuestros padres están cerca de la bebida, maravillados con todo esto. Seguro que se mueren de ganas de verte —rio Paola—. Yo tengo mejores asuntos que atender.

Yéndose, Eiren respiró cuando dejaron de compartir el mismo aire para respirar. Era tan tóxica que envenenaba todo lo que tocaba a su alrededor. Gracias al cielo que sus poderes no se manifestaron antes de la Gran Noche o ella misma la hubiera matado.

—¡Hija! —gritaron sus padres.

«Por favor, que alguien se apiade de mí». Pensó entre súplicas.

Les sonrió mientras veía de soslayo a su hermana tratar de encontrar a alguien.

Eso le dio cierta curiosidad.

¿Conocía a alguno de los vampiros de la sala?

Eso era imposible.

—¡Padres! Es una gran alegría volver a veros.

Ellos la miraron de arriba abajo como siempre, con tanto desprecio en sus ojos que se sintió tentada a echarse sobre sus rodillas suplicando que la amasen. No lo harían, nunca lo habían hecho.

Ella no era perfecta.

—Hija, ¿has engordado? Mira que siempre llevé tu dieta muy estricta para no coger esos kilos de más. Sabes que eres ancha de caderas —le regañó su madre.

—Lo peor es el pelo. Ese pelo parece un nido de pájaro. Te has vestido cara, pero pareces la misma de siempre. Un desperdicio —comentó su padre.

Las lágrimas picaron en sus ojos de forma tan terrible que suplicó al cielo fuerza. No podía darles el gusto.

No debía.

—Gracias por vuestros comentarios, siempre tan constructivos —contestó alisándose la falda con nerviosismo.

Su madre se acercó un poco más.

—Sabes que lo decimos porque te queremos. Ahora en el barrio somos importantes con dos hijas seleccionadas. Nos habéis dado un gran honor. Por eso te doy mi consejo, para que algún día puedas aspirar a ser hermosa como Paola.

Vamos, que era fea.

Luchó con todas sus fuerzas por no replicar. No podía, se lo habían dicho todos los vampiros de su alrededor.

Los ojos estaban sobre ella, esperando a ver sus poderes.

—Por supuesto, madre. Creí que, después de no venir a mi Gran Noche, ya no quedaban consejos para mí —explicó Eiren.

Sí.

Después de eso ya no era Coulson.

—Por supuesto que no, hija —sonrió su padre—. Eres nuestra vergüenza, pero queremos lo mejor para ti. Sería horrible si te echasen de la capital. Así que tienes que ser una buena chica, ¿vale?

El prestigio de la familia.

Tenían miedo de que ella manchase ese honor que habían recibido. Ahora que eran importantes no podían perder ese estatus.

Eiren parpadeó alejando las lágrimas.

—Sí, padre. Soy una buena chica —dijo con vergüenza.

Paola volvió a entrar en su campo de visión cuando ella miró hacia su derecha. Necesitaba cualquier excusa para salir corriendo de ese lugar antes de que cometiera el peor de los crímenes.

Pero lo que vio la congeló.

Paola estaba del brazo de Nox. Ella reía mientras le contaba cualquier cosa mientras el vampiro lucía amabilidad y hablaba con Snider. Los dos hombres parecían encantados con la nueva compañía.

Eiren lo vio todo rojo.

Tomando una profunda respiración fue consciente de que el aire de su alrededor comenzó a crepitar, no obstante, mantuvo la magia contenida mientras luchaba por mantener los nervios.

¿Cómo podía permitir que lo tocase?

¿Ya había caído en los encantos de su hermana?

¿La preferiría a ella?

Nox la miró entonces tan sorprendido que hasta creyó que acababa de asustarlo. Por un momento sus emociones estuvieron a flote antes de contenerlas y volver a ser el frío que tan bien conocía.

«Huye. Corre. Vete». Le dijo su propia mente.

Tenía que hacerlo.

Pero esta vez no pudo, no cuando Nox sostenía a Paola de su brazo como había hecho con ella. Con rabia comenzó a caminar hacia ellos dándose cuenta de que su visión se había vuelto de túnel.

Solo podía verlos a ellos.

—Señorita, Eiren. Es un placer volver a verla —sonrió Snider.

Lo ignoró.

—¿Podríamos hablar, majestad? —preguntó Eiren destilando tanta ira que tuvo que apretar los puños para contenerse.

Solo cuando sus propias uñas se clavaron en la palmas de sus manos se detuvo.

—Ahora no, hermana. El señor Nox me estaba contando algo muy interesante.

Eiren sonrió inclinando la cabeza sin ser capaz de mirar a Paola, solo tenía ojos para Nox.

Iba a matar a ese vampiro.

—¿De verdad? —preguntó como si le interesase el tema de conversación.

***

Eiren estaba a un paso de explotar. Nox lo vio reflejado en todo su lenguaje corporal desde que había visto a Paola colgar de su brazo.

No sabía cómo había pasado. Aquella garrapata se había acercado a él sin poderse escapar y

ahora no había manera de despegarla de su cuerpo. En otras circunstancias hubiera sido cruel y la hubiera apartado de malas formas, pero dado que era la hermana de Eiren, decidió ser calmado.

Solo cuando vio la furia en los ojos de la humana cuando hablaba con sus padres, se dio cuenta de que tal vez se había equivocado.

Y ahora, con su cabeza inclinada, estaba convencido de que era un peligro.

—Señorita Paola, déjeme presentarle a mi amigo Nazra, es duque y estoy seguro de que está deseando conocerla —propuso Snider.

Paola aleteó sus pestañas haciendo un mohín.

—Pero el señor Nox estaba a punto de explicarme algo de la capital… —lloriqueó solo como ella sabía hacer para obtener la atención de los hombres.

Eiren la miró con verdadera furia queriendo ser ella misma la que pusiera sus manos sobre su garganta.

—Preferiría que venga conmigo, después ya seguirá con Nox. Ahora parece estar muy ocupado —comentó Snider.

Para la alegría de Nox, su amigo fue el héroe del momento porque consiguió lo que pensó que sería imposible: soltar a Paola de su brazo. Ella se descolgó de él anudándose a su amigo como si solo pudiera caminar del brazo de un hombre.

—¿Usted era?

—El consejero del rey.

La sonrisa de Paola se ensanchó.

—Esa sucia harpía… —murmuró Eiren.

Y recordó que tenía un problema en forma de humana que estaba al borde de crear un caos jamás visto.

—Eiren, tranquila —susurró Nox poniéndole una mano en el hombro.

Eso avivó el fuego de sus ojos convirtiéndola en más letal que una estaca. Estaba tan fuera de sí que no era capaz de comprender qué era lo que estaba ocurriendo. Algo andaba mal con ella.

Temiéndose lo peor, la tomó del codo y la atrajo suavemente hacia una de las muchas cortinas que los separaban de los pasillos laberínticos del castillo. La llevó por uno de ellos hasta el primera sala que encontró.

No tendrían mucho tiempo porque sabía que la sucia rata de Reese se daría cuenta, pero necesitaba calmarla de algún modo.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó Nox.

Eiren enloqueció.

Comenzó a darle manotazos en el pecho luchando contra el impulso de quemarlo vivo.

—¡Tú eres lo que me ocurre! ¡Sucio chupasangres! ¡Maldito idiota! —exclamó en una locura tan frenética que le costó seguir el ritmo.

A duras penas comprendió lo que le dijo mientras lo golpeaba sin cesar.

Dentro de toda esa espiral de ira había algo más. No era bueno con los sentimientos, no obstante, supo detectar el dolor de Eiren. Él lo había visto más de una vez y sabía que estaba ahí bajo una enorme y gigantesca capa de ira.

—Para, Eiren.

—¡Eres como todos los demás! ¡Te odio, Nox!

Ella se sentía traicionada a un nivel tan profundo que no lo comprendió. No amaba a ese hombre, no sabía lo que era el amor porque no lo había experimentado, pero Eiren sabía que verlo tan feliz con Paola la había dañado internamente.

Su corazón sangraba porque él era el único del que pensaba que podía confiar. Esa persona

que siempre la miraría como si fuera especial.

Pero ahora…

Ahora…

¿Volvía a ser la Eiren imperfecta?

¿El despojo del que se avergonzaban sus padres?

Nox gruñó fuertemente tomándole de las muñecas. Después, la llevó hacia atrás dejando que la espalda de Eiren se golpease, suavemente, contra la pared. Eso no pareció calmarla porque siguió peleando ferozmente.

Ese era el espíritu indomable que tanto admiraba.

La humana fuerte que sabía que tenía, la que adoraba tener cerca.

—No sé qué he hecho para enfadarte tanto, solo dímelo y lo arreglaré —pidió Nox intentando llegar a ella.

No podía alcanzarla porque Eiren estaba mucho más lejos que su toque. El dolor de sus ojos se filtró en forma de lágrimas mientras parecía estar en lucha interna consigo misma.

Ahora era solo un cascarón y por dentro la guerra la estaba consumiendo.

Si solo pudiera alcanzarla de algún modo.

Calmarla.

Ayudarla.

—Dime qué es eso que te mueres por decirme. Qué he hecho tan terrible, Eiren —pidió Nox atenuando su voz, profundizándola sin gritar.

Necesitaba que ella se abriera a él una vez más.

No podían reconocer sus sentimientos si los encerraban bajo llave y los tiraban por la borda.

—No puedo —lloró.

Siguió forcejeando con él, aunque su intensidad bajó. Sabía que no tenía ninguna posibilidad contra su fuerza y, aun así, se negó a rendirse porque sus sentimientos la estaban enloqueciendo.

—Eiren, dímelo —pidió Nox.

—No…

Soltó una de sus manos casi suplicando que no le arañase los ojos. Al verla descender hasta su regazo casi sintió un alivio inmediato. Tal vez su toque la calmase lo suficiente como para hacerla reaccionar de nuevo.

Tomó su barbilla porque estaba loco por mirar aquellos ojos claros que tanto le gustaban. Eiren se los había negado al sentirse derrotada, bajando la cabeza perdiendo una batalla que no comprendía.

—Dilo —ordenó Nox.

Eiren luchó por respirar. El tacto del vampiro la ayudó a que su cuerpo volviera a cierta paz, pero seguía doliendo. Esfumada ya toda ira, solo quedaba ese sentimiento que tanto odiaba y que hacía sangrar a su corazón.

No quería decirlo porque iba a quedar en ridículo.

Él se iba a reír de ella.

La despreciaría después de eso.

—Eiren —dijo Nox colocándose ante sus ojos.

Buscó su mirada con la suya hasta que se vieron de verdad. Estaba luchando por comprenderla, por alejarla de ese inmenso dolor que la quemaba por dentro.

—Dímelo.

Su orden se sintió como una caricia, casi como si fuera una súplica.

Entonces cedió.

—Eres mío —sollozó.

Nox parpadeó confuso ante las dos palabras de Eiren. De no ser vampiro, hubiera estado seguro de que su corazón se había detenido en ese preciso instante en el que las pronunció.

Y, ante su falta de respuesta, Eiren tembló bajo su agarre. Las lágrimas le inundaban esos ojos claros, esa puerta a su alma y a sus sentimientos más profundos.

—Creí que eras mío, pero eres como todos los demás cayendo en los encantos de la perfecta Paola.

¡Oh, santo cielo!

Comprendiéndola fue como si alguien hubiera abierto una puerta que se le había cerrado durante demasiado tiempo. Lo vio tan claro como respirar, era tan lógico ahora que no sabía cómo podía haber estado tan ciego.

Él no comprendía los sentimientos y, sin embargo, ahora veía a Eiren claramente.

Nox sonrió.

—Deja de reírte de mí, te odio, Nox.

Negó con la cabeza.

Cuando fue a golpearlo con la mano libre, la volvió a atrapar y la contuvo contra la pared de nuevo. Levantó sus manos por encima de su cabeza mientras ella dejaba escapar un jadeo y después tomó sus muñecas con una única mano.

—No me odias, Eiren.

—Sí que lo hago.

No.

No lo hacía.

Él había gritado a los cuatro vientos que ella era suya, su propiedad y se había olvidado de la seguridad que Eiren necesitaba.

Lo que su corazón anhelaba.

—Fui amable con Paola por ti. Es tu hermana y vas a vivir una noche horrible. No quise despreciarla para no hacerte daño.

Los ojitos de Eiren parpadearon rápidamente.

—¿Qué? —preguntó confusa.

Nox asintió.

—Lo hice por ti, porque me muero por minimizar cualquier daño que puedas sentir. No puedo darte a tu hermana, pero puedo ayudarte en otras cosas.

Volvió a parpadear.

—En… entonces… ¿No has caído en sus encantos?

Nox no pudo reprimir una pequeña risa.

—¿Qué encantos? Si solo puedo mirarte a ti. No existe nadie en este comedor que tenga tu luz, Eiren.

Se sonrojó como a él tanto le gustaba. Estaba irresistible con ese color en sus mejillas y el tormento en sus ojos. Ahora estaba tan avergonzada que podía empujarla un poco más, sondear sus barreras hasta, tal vez, hacerlas caer.

—Tú eres mía —graznó Nox tan pasionalmente que escuchó su gruñido.

Ella asintió.

—Lo sé.

Pero no era suficiente.

Ahora se veía tan claro que supo que había sido un tonto por no haberlo visto antes. Era un vampiro idiota, uno muy muy idiota y sus hermanos lo regañarían y se burlarían al saberlo.

—Y yo soy tuyo —susurró al borde de su boca, dejando que sus labios se tocasen.

Eiren se estremeció.

—¿Qué?

Nox sonrió al ver su confusión en sus ojos y un atisbo de alegría. Entonces dejó que su índice se apoyara debajo de la barbilla de ella y la empujó para levantarle el rostro. Necesitaba verla.

Grabar su reacción en su mente.

—Soy tuyo, Eiren. De nadie más.

Y el interior de ella explotó alejando el miedo, el dolor y la rabia para dejar paso a la más profunda de las alegrías.

Nox bajó en picado hacia sus labios. Después ya pedirían ayuda a Ebony con su maquillaje, ahora necesitaba saborearla, poseerla hasta grabarle en su mente que se pertenecían el uno al otro.

No existía nadie más.

Solo ellos.

Ella se perdió entre gemidos ahogados entre sus labios. Sus lenguas se tocaron, bailaron la una con la otra reconociéndose, perteneciéndose de forma tan visceral que pareció dolor.

Se tomaron entre besos y jadeos al mismo tiempo que Nox frotó su cuerpo contra el suyo arrancándole un dulce gemido.

Ese sonido celestial.

Después solo se despegó un instante para mirarla de nuevo y tomó su boca otra vez. La besó, mordió y succionó su labio inferior arrancándole un gemido tan grande que pareció llegar al orgasmo.

Se pertenecían el uno al otro.

Suyos.

Siempre.

Y el mundo debía saberlo.

CAPÍTULO 39



Palabra del día: Paola.

Ebony no la regañó al retocar su maquillaje, le hizo falta un vistazo a los dos para comprender qué era lo que acababa de ocurrir.

—Entones… ¿Celosa? —rio Nox.

Eiren le dio un manotazo en el brazo para instarle a callar y solo consiguió que riese más.

—Deja de atormentarme.

—No puedo, eres adorable —confesó Nox.

«Adorable te voy a dar yo cuando te coja». Pensó Eiren.

Su sonrisa era increíble, era capaz de doblegar sus piernas haciéndoles imposible la misión de sostenerla. Reprimió el impulso de derretirse bajo su atractivo mientras Ebony la retocaba.

—Espero que sonrías igual cuando me cuelgue del brazo de algún vampiro en señal de cortesía. Tal vez hasta baile con alguno —bromeó Eiren.

El humor de Nox se esfumó fulminándola con la mirada de tal forma que parte de ella se encendió. No era el momento ni el lugar, pero él la provocaba de tal forma que ya se le hacía irresistible.

—No lo harás —gruñó Nox.

Ella lo apuntó con un dedo acusatorio.

—Ahora no te ríes, ¿eh? —inquirió Eiren.

Ebony decidió que habían llegado a punto muerto.

—Venga, tú fuera y tú —señalándola directamente—, no vuelvas a arruinar mi maquillaje o te castigaré.

Tragó saliva ante su ira.

—Sí, señora.

Nox también obedeció. Colocándose el traje perfectamente, como si nunca hubieran estado peleando, se marchó no sin antes regalarle una sonrisa juguetona. Una que le prometió sexo salvaje cuando tuvieran ocasión.

Ella solo jadeó aceptando el trato.

—Parecéis perros en celo —suspiró Ebony con alegría.

Eiren apretó los labios negándose a decir nada, ya bastante avergonzada se sentía.

***

La noche transcurrió lenta, demasiado para su gusto porque sabía que después vendría lo peor. No sabía si desear que todo acabase la convertía en una mala persona, tampoco deseaba que el tiempo se detuviera.

—Ese era mi hombre, zorra.

Paola de nuevo.

—Tú tan encantadora, hermana —sonrió Eiren.

Estaba convencida que al llegar había visto cuando Nox y ella pasearon juntos y que solo por eso se había acercado a él, para hacerle daño.

Tan harpía siempre.

—Él nunca podría fijarse en alguien como tú. Yo soy su tipo.

No iba a entrar en una pelea de gatas por un hombre. No después de haberse lanzado sobre él casi marcándolo para que nadie se acercase.

Estaba tan avergonzada.

Se había enfadado con él, le había golpeado y gritado… Mientras Nox luchaba por no hacerle daño ella había tenido un maldito ataque de celos.

Se quejaba de la posesividad de los vampiros y ella había tenido un dichoso y vergonzoso ataque de celos. Vivir con vampiros le estaba friendo el cerebro. No quedaban neuronas disponibles.

—Muy bien, Paola —la ignoró.

Pero sus padres volvieron a la carga también.

¡Qué suerte la suya!

—Mírate, eres una foca metida en ese vestido —escupió Paola con veneno.

—No le digas eso a tu hermana. No hay que insultar a las menos agraciadas, no todas son tan bien bendecidas como tú, mi amor —rio su madre.

Por supuesto.

Ya estaban todos.

Miró hacia Shade suplicando una copa y este, como si leyera su mente, negó con la cabeza.

No podía emborracharse.

Puso los ojos en blanco en señal de protesta silenciosa y pacífica arrancándole una risa a Shade.

—Mi amor, al fin te encuentro.

La voz de Nox provocó que su corazón saliera de su pecho y entrase dos o tres veces. Después, se detuvo para volver a arrancar a bombear tan rápido que un zumbido se instauró en sus oídos.

La cogió de la cintura apretándola fuerte como si supiera que sus piernas iban a flaquearle después de escucharlo.

Sus padres y su hermana abrieron las bocas y la cerraron como un pez fuera del agua.

—Señores Coulson, es una alegría para mí conocerlos al fin. Como sabrán su hija Eiren pasó a la capital y es para mí un honor poder decirles que le he pedido matrimonio esta misma noche y ha aceptado.

Todos entraron en estado de shock, Eiren incluida. Hasta Shade, que estaba bastante lejos,

escupió el champán que estaba bebiendo en ese momento.

—Por supuesto, siento no haberles pedido la bendición. Dada mi posición, me es muy difícil abandonar palacio —se disculpó Nox.

Eiren tenía que tragar.

O respirar.

Debía hacer algo de vital importancia para que su cuerpo siguiera en marcha después de todo esto. Estaba temblando bajo el agarre de ese atractivo vampiro que la había asaltado sin avisarla siquiera.

—No esperéis que asistamos a la boda —ladró su madre con toda la ira del mundo.

«No te rompas». Se dijo Eiren mentalmente.

Solo como Nox sabía hacer, su gesto se endureció haciendo temblar a su familia bajo su letal mirada.

—No les he invitado. Solo quería avisarles de que Eiren queda fuera de la familia Coulson. Si escucho algún insulto más sobre su cuerpo, virtudes o similar serán expulsados inmediatamente. Además, serán despojados de sus títulos con honores ahora que tienen dos hijas seleccionadas.

Eiren sintió un orgasmo allí mismo solo con las palabras de Nox. Él podía hacer temblar al mismísimo infierno. La estaba defendiendo tan ferozmente que luchó por no girar y besarlo allí mismo.

Lo necesitaba más que respirar.

Sus padres solo tartamudearon.

Esa sería la última vez que los viera.

—La noche ha terminado. Les dejo que se despidan de Paola.

Después se llevó a Eiren negándole un adiós que no necesitaba decir. Lo agradeció porque no sabía si hubiera tenido la fuerza de voluntad para mantenerse en pie después de todo.

—¿No nos debíamos portar bien? —murmuró Eiren cuando estuvieran lo suficientemente lejos.

—Soy el rey, puedo permitirme alguna travesura —sonrió.

Eiren solo cabeceó sobre la idea. Después, acurrucándose un poco hacia el costado de Nox, habló.

—Gracias.

—De nada.

Todos los humanos se fueron pocos minutos después. Sus padres tuvieron una lacrimógena despedida con Paola donde le desearon lo mejor. El corazón de Eiren se encogió tan dolorosamente que tuvo que mirar para otro lado.

Huyendo de esa situación.

No la verían nunca más. Ahora tocaba que sufriera y no iba a poder detenerlo.

—Dime que esto acabará rápido —suplicó Eiren.

Nox no contestó, solo le dio un ligero apretón en el hombro que le confirmó sus peores miedos: eso estaba lejos de acabar.

—Señorita Paola, como seleccionada de honor, le pido que me acompañe —pidió un sirviente.

Mirándolo se dio cuenta de que era el mismo que su noche. Ese hombre mayor que cuidaba de ella tan bien, siempre acompañado de su fiel termo. Él fue quien la llevó hasta allí.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Con una mirada altiva y una sonrisa arrogante, Paola lo siguió mientras los vampiros la seguían de cerca.

La sangre abandonó el rostro de Eiren casi atragantándose con su propia respiración. Era el momento, no podía pelear, debía mantenerse firme para cualquier cosa que pasase allí.

Recordando las instrucciones, soltó a Nox. Ahora era una mascota, iba a seguir a su amo a pies juntillas mientras muchos pares de ojos permitían que se llevase a cabo un asesinato.

Cuando Nox puso una mano en la parte baja de su espalda, Eiren fue consciente de que se había detenido. Respiró como pudo dejando que el miedo se contuviera en su pecho y siguió adelante.

Con el tambor de su corazón como banda sonora en sus oídos, Eiren recorrió aquellos terribles pasillos que siguió una vez. las imágenes se proyectaron en su mente una y otra vez.

Luchó.

Peleó.

Y perdió.

Su magia la envolvió queriendo sobrevivir.

Esos pasillos se habían llenado de sangre, sexo, gritos y miedo. En el frenesí de la sangre ellos habían caído esclavos de la carne. Muchos de ellos sometieron a sus seleccionados con sus dones, otros los dejaron correr para cazarlos y no quiso pensar nada más.

Reese fue el primero que la reclamó.

Y por eso estaban ahí.

La magia fluyó a su alrededor en su día y hoy debía mantenerla cautiva permitiendo un crimen atroz.

Eso iba a salvarla.

Llamaron a Paola, la hicieron entrar en la misma sala que un día acogió a Eiren. En su trono, Reese le sonrió con verdadera alegría. Estaba disfrutando con eso mucho más que cualquier otro presente.

—Paola, este señor fue su seleccionado. Le presento al señor Reese, su benefactor.

La hicieron entrar a la habitación, obligándola a permanecer en silencio. El rey debía estar presente mientras se restauraba el honor de caballeros que se había roto. Nox se la había llevado.

Y ahora recompensaba a Reese.

Como si no estuviera en su cuerpo, como si su mente hubiera muerto allí mismo, Eiren dejó de parpadear.

Solo contempló.

—Soy su humilde servidor, señorita Coulson. Déjeme decirle que es una belleza.

Las palabras de Reese mientras interpretaba un papel le revolvió el estómago. Sintió las lágrimas llegar a sus ojos tan feroces que fue consciente que se rompería pronto. Pidió a los dioses que la ayudasen en un momento como ese.

Que le arrancasen los sentimientos.

La mano de Nox se posó de nuevo en la parte baja de su espalda a modo de apoyo silencioso. Eiren buscó a su alrededor encontrándose con Ebony y Shade a lo lejos, en la habitación con ella.

Nazra estaba en la puerta y Snider estaba al lado de su rey.

Todos.

Para cuando Reese sonrió Paola ya supo que algo iba mal. Asustada, quiso retroceder siendo eso imposible porque la tomó de la muñeca.

—Tranquila, niña. Seré gentil.

Los gritos de su hermana resonaron con tanto terror que Eiren supo que estaba participando en algo atroz. Sabía que debía mantenerse fuerte, soportar aquello, pero estaba siendo tan duro.

Tan atroz.

—Quieta —ordenó Reese.

El cuerpo de Paola se quedó laxo a la espera de que su amo diera una nueva directriz. Él la giró sobre sus talones dejando que todos la mirasen. Congelada, parecía una muñeca sin alma.

Sin miedo.

Reese, desde atrás, apartó el pelo de su hermana antes de clavar sus colmillos en su cuello. El sonido fue tan asqueroso, tan horrible que Eiren supo que iba a recordarlo el resto de su vida.

«Lucha. Pelea. Quémalos a todos». Se dijo a sí misma.

La culpa era un sentimiento feroz. Se instauró en su pecho tan rápido y lo arrasó todo de tal forma que supo que jamás volvería a ser ella misma. Una parte de ella moría esa noche.

Su humanidad.

Ahora formaba parte de esos monstruos.

Podía engañarse a sí misma diciendo que lo hacía por salvarse, que Paola se lo había buscado, pero la realidad era que era tan culpable como cualquiera de esa habitación.

La mirada de Reese cayó en ella, la contempló mientras tomaba el cuello de su hermana. Fingió que era ella, que una vez anheló poseerla y se contentaba con esas migajas.

En realidad la estaba castigando por no irse con él.

La estaba despedazando.

Y Eiren solo pudo contemplar sin parpadear. Esa era su penitencia, mantenerse en silencio, mortalmente quieta y agonizando mientras Paola perdía la vida poco a poco.

Hasta su último aliento.

Después de eso podría considerarse la peor de los monstruos de la sala. No importaba lo mucho que hubieran matado el resto, ella era la peor. Ningún crimen era mayor que el suyo.

Las piernas de Paola se doblaron por la falta de sangre. Reese la tomó de la cintura y la sentó en su regazo sin dejar de comer de ella.

Eiren parpadeó luchando por alejar las lágrimas.

Supo que un par se escaparon mejillas abajo. Ellas, traicioneras, cayeron a su escote para después desaparecer.

Reese se detuvo un momento.

—Señores, con todos mirando es bastante extraño —bromeó.

Algunos vampiros rieron ante su ocurrencia.

De pronto se mordió la muñeca para llevarla a los labios de Paola.

—Bebe, querida —ordenó.

Su hermana estaba tan agotada que no fue capaz de hacerlo. Reese tuvo que obligarla, llenarle la boca para que ella pudiera tragar de una vez. Eso hizo que la mente de Eiren diera vueltas.

Miró a Nox sin poder decir nada.

No.

Paola no podía pasar por eso.

El agarre de Nox se hizo más fuerte obligándola a permanecer en su lugar.

—Señor, Reese, ¿qué pretende? En las normas del acuerdo se especificó que no se crearía un nuevo vampiro —explicó Snider.

Él lo ignoró unos segundos.

Después solo colocó bien su ropa mientras la muñeca que tenía en su regazo, apoyada en su pecho, respiraba agitadamente.

—Lo sé y lo siento mucho, pero creí que a todos los presentes les gustaría un espectáculo mayor. Estoy seguro de que la casa real y toda la corte perdonará mis terribles actos después de toda una vida de servidumbre. He sido un buen vampiro, jamás convierto a nadie, no soy un

bárbaro, pero esta vez podía permitirme un capricho —explicó Reese.

No.

No podía convertir a Paola.

—Como usted tan bien sabe, hacer algo así rompería el contrato que ha establecido con el rey. Se consideraría como un acto de rebeldía y se le confiscarían sus bienes y mascotas pertinentes —explicó Snider.

Nadie lo haría cambiar de opinión, lo vio en sus ojos y en la forma en la que sujetaba a Paola.

Buscaba dolor.

—Lo sé perfectamente y jamás se me ocurriría dañar mi reputación mostrando rebeldía. Siempre hemos encontrado vacíos legales pertinentes para cometer los peores crímenes. Somos vampiros, lo que queremos lo cogemos. Si no soy yo quien mata a Paola no habré cometido un crimen.

Eiren no fue consciente de lo ocurrido hasta que Paola cayó al suelo con el cuello en una posición antinatural.

El caos explotó a su alrededor en el momento en el que ocurrió. De pronto se dio cuenta de que Nazra y dos vampiros más sujetaban a un tercero que se retorcía ferozmente.

Él la había matado.

Le había arrancado la vida en un instante.

Arrancándole el corazón al vampiro, este cayó al suelo irremediablemente. Entonces Reese fue hacia Nazra sacando un pañuelo de su impoluto traje. Pidiendo el corazón, el amigo de Nox se lo entregó para que lo envolviera como si de un regalo se tratase.

Los pasos de ese vil vampiro resonaron con fuerza mientras se acercaba a su señor. Arrodillándose ante él le mostró el cuello en señal de sumisión al mismo tiempo que le entregaba el corazón.

—Mi rey.

Eiren no miró.

Su vista estaba en el cuerpo de Paola.

Nox tomó el corazón que le entregaron como signo para arreglar aquella disputa.

No podía castigarlo.

—Siempre seré su más leal súbdito.

—Acabas de confirmar que has buscado un vacío legal para acabar con la vida de la seleccionada. Convoco a votación a la corte para castigarte a conciencia.

Las palabras de Nox fueron tan firmes que el mundo entero pareció ser consciente del acto que se había llevado en esa sala.

Y un acto de traición.

CAPÍTULO 40



Palabra del día: Muerte.

Nox comprobó que Eiren apenas respiraba. Todos los presentes lo sabían, la notaban, sentían su sufrimiento como suyo propio. La habían observado soportar el castigo por no ir con el primer señor que la reclamó.

Ahora el cuerpo de su hermana yacía en el suelo a punto de ser llevada al bosque.

Miró a todos los vampiros presentes y gran parte de ellos sintieron vergüenza cuando sus ojos los sondearon. Habían sido todos partícipes de ese acto, él el primero y ahora necesitaba un castigo.

—Señor… —dijo Reese.

—Votemos —ordenó Nox.

Toda su corte, los diez vampiros que la formaban, se acercaron a su señor y se agacharon hasta quedar con una rodilla en el suelo. Lógicamente estaban Shade, Ebony, Nazra y Snider.

—El resto de vampiros presentes siéntanse libres de votar, sus voces serán escuchadas —comentó el rey.

No podía girarse hacia Eiren tomarla y salir de allí. No ahora.

A pesar de que deseaba reconfortarla más que cualquier otra cosa en el mundo, debía ser fuerte.

Por los dos.

—Todos hemos sido testigos de las artimañas del señor Reese. Cierto es que ha sido un vampiro fiel a la casa real y a las leyes impuestas. Lamentablemente, esta vez siento que ha traspasado los límites de la paciencia de un monarca.

De ser por él lo mataría allí mismo.

Se merecía la pena capital por todo el dolor que estaba causando.

—Votos a favor del castigo —anunció Nox.

Sus más allegados levantaron las manos en clara lealtad a su causa, no dudó ni un solo instante por ellos, pero eran cuatro de diez. Quedaban otras manos que debían alzarse para llevar a cabo lo que necesitaba.

Los seis restantes miraron a Eiren. Seguía paralizada en su postura, ajena a lo que ocurría a su alrededor.

No iba a poder salvarla de lo que ocurriría después, de cuando llevasen el cuerpo de Paola al bosque, pero podía darle algo de paz antes.

Una mano subió, un vampiro que llevaba en su corte casi toda su vida, desde antes de ser rey. Él, que se caracterizaba por su crueldad comiendo, había visto un atisbo de humanidad en todo ese acto cruel.

Dos manos más se alzaron con orgullo. Ellos, hermanos de nacimiento, eran dos vampiros con los que había chocado antaño. A pesar de eso, siempre escuchó sus palabras y muchas veces había seguido sus fieles consejos. No temían decir la verdad cuando tocaba a pesar de su humor a veces inestable.

Muchas manos más, que no eran las de los de su corte, pero sí de la alta sociedad de su mundo, se alzaron.

Estaban apoyando a su rey.

Y a Eiren.

Muchos de ellos no lo miraron a él cuando alzaron sus manos si no a ella. La vergüenza de los actos que acontecían en ese lugar había rasgados sus corazones muertos.

Ayudándolos a votar.

—Tiene los votos suficientes, señor —declaró Snider.

Así era.

Lamentablemente ningún castigo sería demasiado acorde al dolor que había infringido.

—Por la presente, como rey de los vampiros, yo, Nox, le condeno Reese por acto de rebeldía contra su rey. Sus títulos serán revocados, sus pertenencias sustraídas y seré piadoso permitiendo que pase a ser lacayo de uno de los señores vampiros de la corte durante cien años. Después, se revisará su caso y podrá ser liberado de su condena.

Su gobierno era simple y claro.

Primero estaba el rey.

Después su corte de diez vampiros.

Y después un gobierno que la ayudaba a redactar leyes de veinte miembros más.

Pocos llegaban a esa élite. Los demás eran duques y condes que él nombraba en servicio a su rey. Si lo ayudaban, este devolvía el favor. Si lo atacaban, era implacable.

No podía matarlo por el sufrimiento de Eiren, las leyes no sustentarían el caso, pero sí castigarlo por admitir buscar un vacío legal.

Su propia lengua viperina le había traicionado.

Solo esperaba que ese castigo fuera suficiente para la humana que seguía sin reaccionar a su lado.

—Señor, os arrepentiréis de esto. ¡He sido un vampiro fiel y servicial! ¡Solo quería lo que era mío! ¡Eiren es mía! —bramó Reese alzándose de una vez.

Lo ignoró.

—Snider, decidid con quién pasará los próximos años el señor Reese, pero no será en mi palacio así que mis hermanos quedan excluidos. No toleraré la presencia de un desleal en mi casa —ordenó Nox.

Muchos de los vampiros presentes asintieron.

Sabía que algunos no lo habían hecho, no estaban de acuerdo con sus métodos, no obstante, eso siempre pasaba. Por cada ley que aplicaban siempre existía alguien que no lo veía con buenos ojos.

No se podía contentar a todo el mundo.

Al menos esperaba que la mayoría estuviera feliz. Conocía bien las técnicas de Reese y largos años habían pasado desde que formó parte de su gobierno. Otros vampiros se habían quejado de él, pero hasta la fecha no había hecho nada significativo.

Un paso en falso en una sociedad cruel le había llevado a eso.

—Señor —dijo Snider.

Él le permitió hablar.

—Nazra se hará cargo del condenado, mi rey.

Que así fuera.

Nazra no sería gentil con él y eso lo hacía realmente feliz.

—Así se haga pues.

Dos vampiros se acercaron a Paola. Las normas eran claras, sin votación ningún vampiro nuevo podía existir. En unos minutos despertaría como un ser nuevo que no tenía derecho a vivir.

Las leyes eran claras: bosque.

—¿A dónde se la llevan, amo? —preguntó Eiren.

No tartamudeó.

No tembló.

Solo habló como se esperaba de ella. En pie a pesar de que su corazón ya apenas tenía fuerzas para latir.

No pudo contestarle.

—Al bosque, niña. Zion le dará caza —rio Reese.

Ese vampiro se estaba acercando a su muerte peligrosamente.

Eiren asintió como si nada.

Una parte de él creyó que acababa de perder los sentimientos de esa humana por obligarla a vivir eso. Tal vez su espíritu se había roto después de algo semejante a pesar de la relación que habían tenido.

Paola había sido cruel con ella.

Pero el corazón noble de Eiren todavía le regalaba empatía después de todo.

—¿Podría retirarme? —preguntó Eiren.

Su voz era solo un susurro.

Muchos de los vampiros presentes cerraron los ojos simpatizando con ella. De una forma extraña parecía que les daba la humanidad que no poseían. Eiren había conseguido que los vampiros, que eran monstruos sobrenaturales, se avergonzaran de sus instintos primarios.

Magnífico.

—Por supuesto —aceptó Nox.

De hecho, todos podían irse.

Ya se había acabado el espectáculo.

Tomándola de la cintura, Nox extrañó el respingo que siempre daba cuando la tocaba. Estaba inerte, muerta.

Apartaron a Reese de él para dejar pasar a su rey. No le dedicó ni una mirada más, ese hombre ya no merecía nada. Sus próximos cien años iban a ser una tortura después de todo.

—Gracias por la asistencia a la Gran Noche —anunció Nox despidiéndose de todos.

Ahora tenía que asegurarse de que Eiren volvía en sí.

***

Un paso.

Otro paso.

Y otro más.

Era sencillo.

Mucho más que toda la noche.

Eiren solo tenía que recordar cómo caminar.

Después podría desplomarse.

—¡Solo eres un coño fácil! —bramó Reese a su espalda.

Lo arrastraban como a un animal.

Pero no era suficiente.

Nunca lo sería.

La había dañado a un nivel tan profundo, que sintió que tenía un agujero en el pecho tan grande que podían ver a través de ella.

—Nox… —susurró.

Él la miró.

Ella no.

—Lo siento.

Girando sobre sí misma supo lo que tenía que hacer. Solo un poco, para aligerar el dolor, esa agonía que amenazaba con hundirla tan profundamente que no sería capaz de seguir en pie.

Nox, rápidamente, la tomó por la cintura sabiendo lo que estaba a punto de hacer.

—¡Apartaos! —gritó ella dando una orden clara.

Lo hicieron antes de que las raíces surgidas de ningún árbol empezasen a emanar del suelo. Se apartaron cuando estas rodearon a Reese y comenzaron a atravesar todas sus extremidades.

No se contentó con sus gritos de dolor, ni tampoco con su tormento. Lo ancló poco a poco hasta retenerlo entre sus raíces tan fuerte que escuchó sus huesos crujir.

—¡Suéltame! —gritó Reese.

Nox la dejó ir.

No miró atrás.

Caminó hacia Reese con tanta ira que sintió que podía hacer arder el palacio entero. No era libre, no era nada, pero seguía en pie. Peleando.

Miró la forma en la que sus raíces sujetaron al vampiro. Se afianzó a sus extremidades, las rodeó y atravesó dejándole múltiples de heridas que sangraban para su regocijo.

—No importa lo que te haga que nada mitigará el dolor que siento en mi pecho —explicó Eiren.

Luchando por resistir.

Nadie la detuvo o luchó contra ella.

Todos los presentes fueron testigos de su dolor, de cómo había entregado a una hermana por la paz; para que no la arrancaran de los brazos de Nox. Tal vez lo que ella hacía ahora era tirar todo el esfuerzo por la ventana.

—Te mereces la peor de las muertes —escupió Eiren.

Reese rio mientras el dolor le dibujaba una mueca en la cara.

—Debiste correr a mis brazos en vez de ir con Nox.

Ese hombre nunca aceptaría lo sucedido. La posesividad de ese hombre era peor de la de cualquier otro. No aceptaba que su rey hubiera reclamado a la humana que quiso una vez.

Como un niño con un juguete.

—No fui voluntariamente con nadie, pero estoy agradecida de no caer en sus manos. Aquella

noche me hiciste un favor asustándome —sonrió Eiren.

Ahora estaba con Nox.

Y eso era algo bueno.

—No puedes matarme, mascota, te matarán —le recordó Reese.

—Lo sé.

Nunca había pretendido atacarlo. Surgió por el dolor que atravesaba su pecho tan terriblemente que olvidó el resto. No era por Paola. Siempre había tenido mala relación con ella, pero no se lo merecía.

Era por la crueldad inmerecida.

Por ella misma.

Por el miedo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Reese.

Ahora nada.

Iba a tener que vivir con eso el resto de su vida.

—Ojalá nunca te cures de tus heridas y me recuerdes cada vez que te mires a un puto espejo —escupió Eiren con toda la rabia del mundo.

La risa de ese vampiro le provocó náuseas.

—Soy un vampiro, me curaré.

Cierto.

Entonces encendió su mano y su fuego acudió a su llamada como un perro fiel. Sus dedos se envolvieron en una llama que nació roja para comenzar a cambiar. Bailando entre sus dedos se fue tornando de un color nuevo.

Naciendo para ella.

El azul de su vestido se copió a su fuego y su subconsciente le dijo que ese fuego no podía curarlo nada.

Y eso la hizo feliz.

Eiren sonrió.

—¿Estás seguro? —preguntó mirándose la mano.

No dudó o escuchó a sus miedos. Solo llevó su mano al rostro de Reese dejando que este se retorciera entre gritos. No tembló cuando quemó su cara, tampoco cuando él suplicó por su vida.

Iba a dejarlo vivir.

Para que viviera, como ella, con el recuerdo de ese día. Marcándolo como él había marcado su vida.

Apagando su fuego se apartó poco a poco de Reese. También dejó caer las raíces, las cuales desaparecieron como si nunca hubieran estado. Después, el cuerpo del vampiro cayó al suelo mientras este perdía el conocimiento.

No sintió lástima por él.

—Siento, señores, el mal comportamiento de mascota que he tenido. Confío en que vuestro rey sepa castigarme en conciencia y espero que eso satisfaga vuestro espíritu cruel —dijo Eiren mirándolos a todos y a nadie.

No podía enfrentarlos.

Había tirado por la borda todo lo que había estudiado para ser perfecta, pero ella no lo era. No podía.

Había nacido imperfecta.

Era su sello.

De pronto un vampiro dio un paso adelante.

Un desconocido y anónimo.

—Se ha hecho justicia esta noche, yo ruego al rey que la perdone, señorita —declaró antes de bajar la cabeza en señal de respeto.

Otro anónimo, tan desconocido como el primero, se aproximó bajando su cabeza con el mismo respeto.

Y así, poco a poco, casi todos los vampiros de la sala avanzaron hacia ella mostrándole que comprendían su dolor. Habían sido partícipes del horror de muchas personas, pero esa noche eran distintos.

Poseían empatía.

Podían alimentarse de humanos, pero la crueldad quedaba lejos de la necesidad de alimentarse.

Al final, cuando solo quedaba Shade para mostrarle respeto, Eiren se rompió entre lágrimas.

—No es necesario… —le dijo solo a él.

Él solo sonrió como un maldito gato Cheshire y lo hizo, mostrándole lealtad absoluta. Apoyándola en su dolor.

Nox miró con orgullo como los mejores vampiros de su reino apoyaban a su mujer. Una que había perdido el control después de ser la perfecta anfitriona y la mejor mascota.

Había hecho un esfuerzo titánico.

Uno que sabía bien.

Se había ganado el respeto de hasta los más crueles de la sala. No fue por miedo a su magia, tampoco porque creyeran que debían respeto a una mascota, fue porque su corazón era real.

Así como también su dolor.

Llegando a ella la notó temblar con su presencia.

Estaba convencida de que él no tendría la misma consideración que el resto, pero era tan ilusa. No valoraba lo que acababa de conseguir en aquellos pasillos del horror, lo que le había demostrado.

No era una mascota.

Tampoco una bolsa de sangre.

Puso una mano en su hombro dejando que se estremeciera con su toque. Nox sonrió ante su reacción bajo las expectantes miradas de todo el mundo. Fue como si todos pudieran contener el aliento.

Después, se agachó un poco para mirarla de cerca. Sus ojos claro lo observaron con tanto miedo que quiso abrazarla.

—¿Qué quieres hacer ahora, mi reina? —preguntó.

La sorpresa viajó en las facciones de Eiren. Pareció ser capaz de ver el cortocircuito que tuvo en el cerebro mientras luchaba por comprender sus simples palabras. Después de unos segundos ella solo negó.

—Soy una…

—Una reina —declaró Nox.

Y movería cielo, mar y tierra para conseguirlo.

—Entonces, ¿no vas a castigarme? —lloriqueó Eiren siendo incapaz de contenerse.

Su adorable Eiren.

Ella con los sentimientos a flor de piel.

—No lo haré. Solo dime qué quieres hacer ahora.

Lo sabía.

Lo sentía, pero necesitaba escucharlo de sus labios.

—Necesito ir al bosque… —susurró con miedo.

Nox sonrió.

—Así se hará —declaró.

Supo que iba a poner el mundo a sus pies. Solo necesitaba que ella quisiera permanecer a su lado. Ahora no podía verla en otro lugar que no fuera a su lado. Su valentía, su fuerza y sus sentimientos la hacían increíble.

No era perfecta.

Era su imperfecta.

Y eso lo significaba todo.

CAPÍTULO 41



Palabra del día: Dolor.

—¡Zion, para! ¡No lo harás! —gritó Eiren llegando a él.

Había corrido lo más rápido posible desde palacio hasta ese mortífero bosque. No le había importado el miedo que sentía o que su corazón se apretase con cada paso. Solo tenía que detener esa locura.

—Lo siento, cielo. Este es mi trabajo —declaró Zion.

Estaban en lo que parecía una base de operaciones. Nox la había llevado hasta allí porque era donde se encontrarían todos los cazadores. Ellos ya se estaban preparando para la caza.

Contó hasta veinte hombres para un solo vampiro.

Paola.

—¡Es mi hermana!

Los ojos de Zion se abrieron con sorpresa. Lamentablemente, negó con la cabeza mientras cargaba una de sus armas.

—Olvídate de ella, ahora es un monstruo —explicó Zion.

Lo siguió cuando abandonó esa mesa donde apoyaba muchas de sus armas. Había seleccionado las necesarias y ahora se lanzaba a las profundidades del bosque para ejecutarla.

—Zion, no podéis hacer esto —rogó luchando contra la realidad que la golpeaba duramente.

Él se subió a su quad y vio la determinación en sus ojos. No iba a convencerlo de ninguna de las maneras. No importaba lo que dijese.

—¡Es un monstruo! ¿Es que no lo ves? ¡Es piadoso! —exclamó Zion.

No lo era.

Era cruel.

—No puedo, Zion —suplicó Eiren.

Necesitaba salvarla. Vivir un poco más y poner sus ideas en orden.

Por Rita.

Por todos los que habían muerto injustamente allí.

—Yo lo haré por ti —susurró Zion.

Él acarició su mejilla acercándose hasta que sus frentes chocaron, respiraron el mismo aire durante unos segundos compartiendo el dolor que sentía. Fue un toque tan íntimo que se obligó a apartarse.

—Ella no tiene que morir…

Sí.

Lo haría.

—Sus leyes no la dejarán vivir y las mías piden ejecución —explicó Zion—. Puedo prometerte que no sufrirá. Seré rápido.

Los hombres marcharon detrás de su rey humano. No pensaban dejarlo estar, tenían un trabajo que hacer, uno que sabían hacer perfectamente y al que no iban a renunciar de ninguna manera.

Eiren miró al suelo durante unos segundos.

Paola había sido mala y cruel.

Un dolor.

Y, aun así quería intentarlo.

Rendirse era una de las opciones más fáciles, nadie la culparía por alejarse e irse a palacio. Nadie le recriminaría nunca nada por esa actitud. Solo era darse la vuelta y regresar.

Tan simple.

Tan fácil.

Bajo la mirada de Nox, Ebony y Shade tembló mientras su mente se deshacía entre sus dedos. Ellos esperaban su próximo movimiento, sin exigirle nada o darle una orden a seguir.

Apretó los puños y echó a correr.

Lo hizo sabiendo que la seguirían. Eran mucho más rápidos que ella, podían detenerla y, sin embargo, no lo hicieron. La escoltaron como si, con su presencia, no pudiera pasarle nada.

—¿Paola? —preguntó al aire.

Ahora era un vampiro.

Uno hambriento y recién nacido.

Giró a su alrededor buscando algo. Se agachó encontrando una piedra bastante afilada, así pues, respiró y la guio hasta la palma de su mano. Trazando una línea abrió su piel dejando que su sangre saliera.

Que gotease hasta el suelo.

—Tienes hambre, ¿no? —preguntó al bosque.

Escuchó un leve crujido en la distancia. Uno tan pequeñito que bien podría ser un zorro o un animal pequeño.

—Solo ven a buscarlo. Toma la sangre que necesitas.

Un borrón se movió algo más lento de lo que estaba acostumbrada con los vampiros que la rodeaban, apareció hasta quedarse a unos cinco metros de ella.

El vestido hermoso de Paola estaba totalmente manchado de sangre y barro. Su pelo enmarañado y con alguna hojita que sobresalía. Lo peor fue mirarla a la cara porque toda ella era un maldito desastre.

Desmaquillada de tanto llorar, dos líneas negras bajaban desde sus ojos hasta sus mejillas. Su labio temblaba luchando contra el impulso de seguir llorando.

—Quiero irme a casa… —titubeó Paola.

Eiren asintió.

—Paola, lo siento tanto —declaró.

La vampira miró a su alrededor. Sus sentidos estaban un 300% amplificados y seguramente estaba escuchando a los cazadores buscándola sin descanso. Zion prometió ser rápido, pero Eiren

sabía cómo eran.

No podía hacerle eso a su hermana.

—Mamá dijo que si me esforzaba de verdad sería alguien importante… Lo he logrado, ¿verdad? ¿Soy perfecta?

Deliraba.

Dentro de su burbuja Paola había tenido que enfrentarse al mismo mundo que Eiren. Desde su fecha de nacimiento se habían obligado a verse perfectas para toda la sociedad. No existía el error.

—Sí… —la animó Eiren.

La vampira sonrió entre lágrimas.

—Pero esto no es lo que nos prometieron.

No.

No lo era.

—Paola, escúchame. Ahora no eres humana, todo eso que sientes está amplificado…

¿Qué más podía decir?

¿Qué podía salvarla?

No era posible.

Eiren, con determinación, encendió una de sus manos.

—¿Qué es eso, hermana? ¿Por qué lo haces? —preguntó Paola, recelosa.

Sus instintos la detectaron como a un enemigo, uno que podía derribar fácilmente porque ahora ya no era humana. Tenía la fuerza y velocidad de un vampiro, aunque todavía no supiera cómo controlarlo del todo.

—Te juro que será rápido —prometió Eiren.

Ella se ofrecía a acabar con su vida. Acortándole el sufrimiento que cualquier otro le daría por no conocerla.

—Eiren, tengo miedo. Si fallo padre y madre me repudiarán como a ti. Y yo no soy fuerte, no soy como tú. A mí eso me matará.

Las palabras de Paola golpearon tan duramente que su llama se extinguió unos segundos. Nada perdonaba los actos que había cometido su hermana a lo largo de su vida, no obstante, esa confesión ponía algo de perspectiva.

—¿Yo? ¿Fuerte? ¡Has sido mi peor castigo! —gritó Eiren, furiosa.

—O lo hacía o ellos me harían lo mismo, Eiren —lloró Paola—. Vi cómo te repudiaban desde pequeña. Me hubieran hecho lo mismo a mí.

Pero ella se regodeó en el dolor.

La hirió tantas veces, la humilló incansablemente sin tener en cuenta sus sentimientos. Quiso ser mejor que todos por miedo a fracasar y disfrutó en el proceso de su ascenso.

—¿No puedo vivir? Prometo portarme bien.

Nox gruñó al escuchar las palabras de Paola. Lo que Eiren no era capaz de ver es que la estaba manipulando para salvarse. Sus pulsaciones eran estables, no estaba asustada como quería mostrar llorando.

Su respiración suave, casi superficial, le indicaba que estaba interpretando un papel.

Porque conocía el corazón noble de su hermana.

—No la escuches, te está mintiendo —dijo Nox.

Eiren se estremeció.

—Yo no mentiría con algo como esto. —Sollozó—. Eiren, tienes que creerme.

Un perfecto papel. Era una manipuladora de manual.

Un disparo sonó en el aire provocando que casi todos se agacharan. Nox, en cambio, corrió hasta Eiren y la cubrió con su cuerpo.

—¡Zion, no! —bramó ella bajo su pecho de protección.

Girando las manos usó las raíces, las cuales crearon un muro entre los cazadores que acababan de llegar y Paola.

—¡Eiren! —exclamó Zion.

Él quería librarla de ese dolor. Ese humano deseaba llegar a Paola antes que nadie solo para acortar su sufrimiento.

—Eiren, tienes que ayudarme —suplicó Paola.

Levantándose, permitió a Eiren salir de su protección mientras su mente luchaba por encontrar la verdad o mentiras de sus palabras.

—No puedo hacerlo, lo siento —declaró, convencida.

Entonces la máscara de Paola se fragmentó. Sonrió de forma despiadada antes de mirar sus impolutas uñas.

—Creí que podía convencerte alegando a tu corazón. Ahora tendré que beberme tu sangre y matarte —explicó sin rastro de remordimiento.

Y ahí estaba la Paola que ella conocía.

Las raíces de Eiren descendieron lentamente mientras le dedicaba una mirada dura a Zion. Él pareció comprenderla sin necesitar palabras. No atacarían a caso que ella no lo pidiera.

—No podrás.

—¡Oh! La foca ha decidido que es valiente ahora. Los engañas a todos, yo te veo con claridad, Eiren. Eres solo un desperdicio, imperfecta y estúpida. No comprendo cómo alguien puede fijarse en ti. ¿Os ha contado cómo fue su primera y única experiencia sexual?

Rio encantada con el público que tenía a su alrededor.

—Paola, por favor —pidió Eiren.

Solo deseaba acabar con eso… Entonces, ¿por qué le estaba costando tanto?

Arrebatar vidas era cruel.

Despiadado.

Y su corazón no era capaz de soportarlo.

—Deberías darme las gracias, hermana. Si no hubiera sido por mí nadie hubiera tocado tu horrible cuerpo —rio Paola.

Nox depositó un beso en la cabeza a Eiren dándose cuenta de que ella no era capaz de acabar con su hermana. Nadie esperaba eso, era demasiado cruel por mucho que Paola se lo propusiera.

—Cierra los ojos —le pidió el vampiro.

Eiren tembló.

—Tengo que hacerlo yo.

No podía cargar con esa muerte. No después de tanto.

La muerte de Rita pesaba sobre su noble corazón. Paola, a pesar de ser muy distinta a ella, sería un golpe más. En el fondo eran hermanas. Y a pesar de todo lo que ella le había hecho sabía que Eiren era capaz de perdonar.

Girando un poco la cabeza, Nox dio un mensaje a Shade.

Lo necesitaba para cuando todo se torciera.

—No tienes que hacerlo, Eiren. Has sido fuerte, mucho más de lo que se esperaba de ti. Ahora solo déjala ir. No cargues con esta pesada carga —pidió Nox.

Quería su aceptación, aunque no lo detendría que ella se negase.

Lo hacía para salvarla de su propia destrucción.

—Es culpa mía, Nox. De no ser por mí… —tembló.

No lo era.

Era de Reese.

—Tú solo confía en mí. Todo pasará, te lo prometo.

Los ojos de Eiren lo miraron al borde del colapso. Él debía hacer eso por ella, sus manos estaban manchadas de sangre, no importaba una gota más. Eiren, en cambio, podía significar hundirla lentamente.

—Cierra los ojos —pidió Nox.

Sabía que no lo haría así que movió un dedo alertando a Shade. Este corrió hasta Eiren y la tomó de la cintura, después, la giró sobre sí misma al mismo tiempo que comenzaba a gritar.

—¡No!

Nox solo dejó que pasara.

Paola quiso huir, pero él era mucho más rápido. Alcanzándola sin esfuerzo, la tomó del cuello y le echó un vistazo rápido. Ella había sido cruel con su mujer, no le habían importado sus sentimientos.

—Por favor… —suplicó.

Otro se hubiera ablandado con sus lágrimas de cocodrilo, por suerte él era un monstruo sin alma.

Fue rápido.

Le arrancó el corazón dejando caer su cuerpo sin vida sobre sus zapatos mientras la sangre goteaba de su mano.

—¡No! —gritó Eiren.

Ella corrió en cuanto Shade la soltó. Fue hacia el cuerpo de su hermana y se arrodilló ante ella tratando de encontrar algo de vida en ella. Estaba claro que era por el shock inicial, pronto entendería que se había ido.

Eiren vio el mundo en blanco en negro unos instantes.

El cuerpo de Paola yacía entre sus brazos y casi pudo ver a Rita reflejada. No eran la misma persona, claramente, pero su mente tergiversaba lo que ocurría torturándola un poco más.

Sobre ella, Nox sostenía el corazón de Paola con una pose impasible.

Él la había matado.

Para aliviarle culpa.

A pesar de todo, miró a Paola una vez más y lloró. Nadie tendría que haber resultado herido. Su hermana ansiaba un premio envenenado, algo por lo que había luchado toda su vida.

—Lo siento mucho —le susurró.

De pronto, como si alguien encendiera una pequeña luz, una esquirla se encendió al lado del cuerpo de su hermana. Poco a poco muchas pequeñitas luces blancas comenzaron a surgir del suelo.

Envolvieron el cuerpo de Paola bajo la atónita mirada de Eiren quien, en última estancia, dejó ir a su hermana.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Eiren.

Las luces tomaron el cadáver poco a poco hasta cubrirlo por completo. Después, solo explotó como si de confeti se tratase. Se desvaneció empujada por el aire en pequeñas partículas brillantes que ascendieron al cielo.

—¿Qué? —preguntó Shade.

Ella miró a Nox, quien ya no tenía el corazón de Paola. La miraba con tanta seriedad que una parte de ella le pidió huir.

Algo había cambiado.

—El bosque la reconoce… —susurró Zion.

Ella se agitó antes de levantarse.

—¿Qué? —preguntó.

El cazador avanzó hacia ellos con fuerza, cada pisada suya parecía ser destinada a hacer temblar los cimientos del mundo.

—¿Sabes que podías haberla salvado? Si él te lo hubiera contado todo —escupió Zion.

Él era Nox.

No le había explicado algo.

¿El qué?

—¿De qué está hablando, Nox? —preguntó Eiren luchando por respirar.

Nadie habló.

Las pequeñas luces regresaron, solo que esta vez flotaban alrededor de todos como pequeñas estrellas en el firmamento. Ellas bailaron cada vez que alguien quiso tocarlas, esquivando los dedos curiosos y solo permanecieron allí.

Flotando.

—Te está ocultando la verdad, Eiren. Eres mucho más —declaró Zion.

El gruñido de advertencia del rey hizo que los humanos retrocedieran, incluido Zion.

No estaban jugando.

Era algo real.

—¿Nox? —preguntó.

Estaba tan tenso que parecía sumamente peligroso, alguien a quien no molestar en ese momento.

—Vámonos —ordenó él.

—Pero, espera…

Tomándola de la cintura, la subió sobre su hombro como si de un saco se tratase sin importar lo mucho que se resistió. Zion dio un paso en su dirección, pero el rey lo apuntó con un dedo.

—Sígueme y habrá un humano menos en este mundo —amenazó.

—¡NOX! ¿Qué pasa? —pidió Eiren.

La ignoró.

—Está amaneciendo, nos vamos.

Después, solo se la llevó a palacio dejando atrás las luces, las cuales se apagaron al irse de allí.

CAPÍTULO 42



Palabra del día: Corazón roto.

—¡Espera! ¡Nox! —gritó Eiren mientras la arrastraba por el pasillo.

En algún momento la había dejado caminar por ella misma y, al querer regresar al bosque, la había tomado de la muñeca con tal fuerza que dolió. La arrastró sin miramientos hacia la habitación.

—Hermano, por favor —suplicó Ebony.

Él gruñó fuera de sí.

—¡No vais a meterle ideas absurdas en la cabeza! —gritó.

¿Ideas?

¿Qué ideas?

—¿Qué está pasando? ¿De qué hablaba Zion?

Hizo oídos sordos a sus palabras, solo la llevó a la habitación que compartían y entraron en ella. Cerró con llave, el sonido fue inconfundible y el miedo se le atascó en la garganta terriblemente.

—Nox, me estás asustando.

Él acunó su rostro besándola.

No fue gentil. Estaba desesperado por tomarla, por meter su lengua en ella perdiéndose en esas cálidas sensaciones.

Eiren, por el contrario, puso sus manos en su pecho y lo empujó apartándolo. Recibió un gruñido de respuesta antes de que volviera a besarla. Su lengua golpeó sus labios exigiéndole entrar.

Entonces ella volvió a empujarlo.

—¡No, Nox! ¡Dime qué está pasando!

Él se apartó siseando como un animal peligroso.

—No pasa nada. Estás a salvo aquí, conmigo —prometió Nox.

No.

No lo estaba.

No cuando parecía tan alterado con algo que no podía comprender.

—Nox, por favor. Solo cuéntame algo, dime qué pasa conmigo. Si sabes algo…

—¡No! ¡Te irás si lo sabes!

Miedo.

Un miedo atroz y visceral encogió el corazón de Eiren al verlo reflejado en los ojos de Nox.

Tenía miedo de perderla, de que su relación se acabase por culpa de algo.

—¿Es por mis poderes? ¿Sabes algo de eso? —preguntó Eiren.

El gruñido de Nox resonó por todas las paredes de forma tan brutal, que no pudo evitar llevarse las manos a los oídos para amortiguar el sonido. Ese hombre era peligroso.

No era rey por casualidad.

Estaba con el vampiro más peligroso del reino.

—Gruñir no arregla nada. Hablemos como personas adultas, por favor… Si es por mí… Tu madre me dijo…

Sus palabras murieron cuando los ojos de Nox se encendieron al mencionar a su madre. Entonces recordó que no se lo había contado. No había podido hasta entonces y, a decir verdad, seguía creyendo que era una locura.

—¿Cómo que has visto a mi madre? —preguntó tan letal que sintió una gacela a punto de ser perseguida por el león.

Y eso no podía acabar bien.

El león ganaba.

—Fue al principio. Todavía no podía confiar en ti. Han pasado muchas cosas y siempre creí que era un sueño, pero… No sé… ¿Y sino lo fue? Ella parecía una mujer muy amable y se parecía a los tres.

Si alguna vez vio humanidad en el rostro de Nox, desapareció por completo tras sus palabras. Levantando el labio le mostró los temibles colmillos destinados a arrancar vida.

—Por favor, cálmate, me estás aterrorizando —pidió levantando las manos.

No quería pelear.

No con él.

—¿Por qué me lo ocultaste? ¡¿Tienes un plan con ella?! ¿Has intentado seducirme solo porque juré no amar nunca? ¡No funcionará conmigo, Eiren!

Escupió las palabras con una voz rozando metálica. Parecía poseído por un monstruo feroz capaz de destruirla en cuanto se descuidara. Estaba pisando terreno tan peligroso que solo deseó ir a una esquina y hacerse un ovillo sobre sí misma.

—Nunca planeé mis sentimientos hacia ti, Nox —se sinceró.

Y no la creyó.

Lo vio en sus terribles ojos rojos.

—Tienes que creerme. Nunca esperé sentir nada por nadie, pero tú…

—No quiero escucharlo. Mi madre se equivoca, no quiero amar a nadie.

A nadie.

Ella entraba en esa categoría.

—¿Y yo qué soy entonces? —preguntó Eiren.

Él parpadeó, perplejo.

Pareció romperse un poco. Ese Nox que conocía apareció un par de segundos antes de desvanecerse de nuevo, regresando la bestia.

—Sinceramente… No lo sé.

Ella era un error.

Un fallo de cálculo.

—¿Y todo eso de tu reina o llamarme «mi amor» delante de mis padres? ¿Lo has fingido? —preguntó con el corazón a punto de despedazarse un poco más.

El sufrimiento era su sello de identidad.

No contestó. Nox se apoyó en la pared más lejana manteniéndola lo más distante posible. Apartándola de él.

Y eso se sintió horrible.

—Ya ha amanecido. Deberíamos dormir —declaró sin más, como si hasta ahora en vez de discutir hubieran estado hablando del tiempo.

—No pienso meterme en la cama contigo, Nox. No hasta que me digas qué está pasando.

Él recortó la distancia que les separaba con su gran velocidad. Eiren tuvo que obligarse a subir el rostro para mirarlo a los ojos. No temblaría, no le daría el gusto de ser una gacela temerosa.

—Eiren, eres mía. Es lo único que importa.

—No puedes ocultarme la verdad siempre y lo sabes.

No dio tiempo a contestar porque el sonido de disparos resonó por los jardines mientras lo que parecía el caos, explotaba sobre sus cabezas.

—¿Qué es eso? —preguntó, asustada.

Nox pareció escuchar más allá.

—Quédate aquí —ordenó.

Antes de poder pensar lo que estaba ocurriendo, él la dejó encerrada en la habitación nuevamente.

¿Por qué era tan jodidamente obstinado?

—¡Nox! —gritó Eiren luchando con una puerta que no cedía.

Rio quizás porque estaba al borde de un ataque de nervios.

—No guapo, no me dejas aquí.

La puerta voló en pedazos tan pequeños que las astillas se clavaron en la alfombra dolorosamente. No le importaba nada, ahora solo necesitaba saber qué narices estaba ocurriendo en el castillo y quién lo atacaba.

—¡Señorita! —exclamó Charles alcanzándola.

—Debe huir, vienen a matar a los vampiros. Tiene que esconderse o se la llevarán —suplicó tomándola del brazo.

Quería sacarla de ahí.

—¿Quiénes son? —preguntó Eiren luchando por no ser arrastrada.

—Cazadores, señorita.

Zion.

Los hombres de Zion.

El grito de Ebony seguido de los gruñidos de Shade y Nox le provocó un vuelco al corazón. No podía abandonarlos, para bien o para mal ellos ahora eran su familia y pobre del que intentase hacerles daño.

—Tengo que ayudarles, Charles —declaró, convencida.

Él tardó un par de segundos antes de comprender que huir no era una opción.

Debían plantar cara.

—No puede salir por la puerta principal, el señor Nox no se lo permitirá, pero hay una pequeña puerta desde el comedor que da al jardín. La guiaré, pero tiene que prometerme que tendrá cuidado.

Asintió aceptando.

No sabía a lo que se enfrentaban así que solo pudo desear que todo fuera bien.

Los gritos y los disparos sucedían cerca de la puerta principal donde los sirvientes luchaban por defender a los vampiros. Ellos, atrapados en el interior, solo podían mirar y romper el cuello de cualquier atacante que fuera tan tonto como para entrar.

Un segundo grito de Ebony la asustó de verdad.

Mirando por la ventana del comedor, vio a un cazador que cubría a la vampira con una sábana mientras la arrastraba bajo el sol. Era oscura, seguramente con un material capaz de librarla de la muerte, pero no por mucho tiempo.

—¡La zorra morirá! —gritó su captor.

Solo cuando descubrió la sábana del cuerpo de Ebony, esta comenzó a retorcerse y gritar con tal dolor que los sentidos de Eiren gritaron con ella. No pensó, tomó la salida que le mostró Charles y se lanzó a la batalla tan feroz como la peor de las bestias.

Lanzando una llamarada de fuego hizo retroceder a los cazadores a pasos agigantados.

—¡Os mataré! —bramó.

Ebony moría, se quemaba lentamente mientras el sol la impedía moverse.

Desesperada, Eiren corrió a ella. Derrapó llegando a su lado y luchó contra sus propias manos, pidiéndole que no colapsaran ahora. Tomó la sábana cubriendo a la vampira sofocando sus llamas casi al instante.

Ebony lloró terriblemente.

La habían dañado. A ella, a su amiga.

—Corre al interior —pidió Eiren.

Algo dentro de ella se rompió en ese instante. Como si hubieran activado un botón que desconectaba los buenos sentimientos y daba paso a los malos. Esos que debía mantener bajo raya.

Ebony a duras penas consiguió llegar al interior. Se desplomó entre los brazos de su hermano con la piel carcomida por el sol, sangrando y llorando tan desesperadamente que solo se podían sentir sus gritos de dolor.

Eiren se giró hacia los cazadores. No encontró a Zion entre ellos, pero no le importó.

—Voy a mataros —declaró inclinando la cabeza.

Y sonrió.

Realmente lo hizo.

Evitando que pudieran huir invocó una pared de raíces que les cortó el paso a todos aquellos que lo intentaron. Eran cinco hombres armados, los mismos que habían conseguido herir, matar y torturar a quienes vivían en palacio.

Cuando un disparo sonó en el aire, Eiren invocó una raíz que la detuvo. Después, como si fuera capaz de comprender algo incomprensible, se miró la mano y la agitó hacia el cazador que había disparado.

Una ráfaga de aire se formó tan fría y letal que, después de invocarla, un gran corte apareció en el cuello del cazador. Este cayó al suelo ahogándose en su propia sangre, se llevó las manos a la herida sabiendo que no podía hacer nada.

Dos de ellos levantaron sus fusiles de asalto, pero Eiren dejó que una raíz saliera del suelo. Llevándola a ellos, los rodeó a la vez y los aplastó hasta que sus huesos crujieron y la vida se les escapó.

Miró a los dos restantes.

—Por favor… —suplicó uno.

No.

No había perdón por lo que habían hecho.

Caminando hacia ellos, dio unos pasos antes de que disparasen. Paró las balas con sus poderes permitiéndoles ver que no tenían nada que hacer contra ella. No existía perdón, tampoco palabras que calmasen la ira.

—¿Por qué? —preguntó Eiren en última estancia.

—Porque los vampiros son unas ratas sucias y Zion es demasiado blando con ellas.

Bien.

Tenía su respuesta.

Invocando su fuego azul apuntó directamente hacia sus pechos con ambas manos. Acertó con bastante facilidad. Los quemó casi sin sufrimiento porque ese fuego estaba hecho para consumir a gran velocidad.

Ni siquiera quedaron los huesos.

Girando hacia palacio, quiso ver si Ebony estaba mejor.

Lamentablemente, cayó de rodillas producto de un terrible cansancio que no vio venir. Usando tantos poderes comprendió que su cuerpo no estaba acostumbrado a aquel gasto tan grande.

La verja del palacio se abrió dando paso a alguien que parecía desesperado por llegar. Escuchó cómo jadeaba encontrando los cadáveres. Después, caminó lentamente hacia ella.

Escuchó el «click» de un arma al cargarse y notó el cañón sobre su nuca.

Zion.

Había venido en busca de sus hombres y se encontraba cenizas a cambio.

—No quiero hacerte daño —dijo Eiren.

Levantó ambas manos a modo de rendición. Lo hizo lentamente mientras dejaba que su mirada cayera al suelo. No podía mirar a la cara a los vampiros, tampoco a los guardias y sirvientes que habían participado en la pelea.

—¿Y eso por qué? —preguntó Zion.

Eiren sonrió.

—Tú no estabas cuando hicieron daño a Ebony. No eres culpable.

Pasaron largos segundos antes de que Zion volviera a hablar. Estaba tan conmocionado que parecía necesitar unos minutos para poner sus pensamientos en regla. No lo culpó.

Ella lo haría cuando el caos dejara de existir.

—Si no usas tus poderes conmigo, guardo el arma —explicó Zion.

¿Ahora negociaban?

Eiren aceptó.

Cuando escuchó el arma encajar en la funda de su cintura, ella comenzó a ponerse en pie poco a poco. No quería tentar a la suerte, así que, no hizo un movimiento en falso. Después, giró sobre sí misma hasta encararlo, aunque no bajó los brazos en ningún momento.

Él los señaló.

—Puedes relajarte —le dijo.

No podía, no obstante, dejó que sus manos descansaran a sus costados.

—Tuve que matarlos, hicieron daño a Ebony.

—Hace un momento no querías ser la asesina de Paola y ahora has arrebatado cinco vidas.

Eiren enarcó una ceja.

—¿Me criticas? ¿Tú?

Él negó. No podía hablar de muerte porque sus manos estaban demasiado manchadas de

sangre.

—Los habría matado yo. Siento que te hayas tenido que hacer cargo de mis errores.

No supo lo que quiso decir. Lo que sí tenía claro es que la facción del bosque parecía estar fragmentada. Su rey perdía control sobre alguno de los hombres, pocos, que necesitaban la muerte de más vampiros que los que arrastraban a su bosque.

—Ven conmigo, deja que te muestre toda la realidad —disparó Zion de golpe.

Ella solo frunció el ceño, confusa.

—Sabes que hay algo más. Te hemos estado esperando —declaró Zion, convencido.

—¿A mí?

Nadie podía esperar nada de ella.

—A alguien como tú, con tus poderes. Eiren, sabes que él nunca te dirá la verdad, pero necesitas saberlo. Eres el cambio, no solo una mujer capaz de complacer a un rey.

Eiren levantó un dedo advirtiéndolo. No quería hacerle daño, pero si hablaba mal de sus vampiros iba a pagarlo caro.

—Si criticas a Nox te enterrarán con tus hombres —amenazó casi con un gruñido.

Él pareció aceptarlo.

—Mis disculpas.

Bien. Podía aceptar eso.

Nox tembló al escuchar las palabras de Zion. Estaba tan limitado al sol como cualquier puto vampiro. No podía llegar a ella por mucho que lo quisiera, se abrasaría vivo como había pasado con Ebony.

La duda volaba entre los ojos de Eiren.

Esa que plantó Zion y que él alimentó comportándose como un monstruo.

—¿Vendrías conmigo? Déjame mostrártelo, Eiren —pidió Zion acercándose peligrosamente a ella.

Ese hombre sabía qué decir para llegar a Eiren. Y si a eso le sumabas lo que Nox quería esconder a toda costa, conseguía que ella pudiera estar de acuerdo con ese ser tan horrible.

Su interior dolió como nunca antes. Fue algo que no había experimentado jamás.

Eiren lo miró desesperadamente como si esperase que él se lo contase. Lo hubiera hecho. Si no fuera porque significaba perderla hubiera abierto la boca, no obstante, fue cobarde y apretó los labios dejando claro que no le contaría nada.

No podía.

Y esa fue su jugada final.

—Él solo te ve como a un juguete, Eiren. Mereces saberlo.

No era un juguete.

Para él era su reina.

Y ahora que la tenía, temía perderla.

—Volveré, pero tengo que saberlo —le dijo Eiren como si se disculpase por sus palabras.

El corazón de Nox cayó en un vacío enorme que lo devoró sin piedad. Casi ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, vio con horror como Zion le tendía una mano a Eiren. Él era el enemigo.

Y ella tomó su mano. Sabía que nunca le diría la verdad, que la encerraría antes de perderla o que se enfrentase a la verdad. Se lo había mostrado perdiendo los papeles, eso lo había sentenciado.

Se marcharon sin mirar atrás, entrando en el bosque mientras el mundo parecía hundirse a su alrededor.

Perdiéndola de verdad.

No importó su promesa, él sabía que no tenía salvación.

Y su mente viajó a un recuerdo demasiado doloroso mientras sus ojos la veían marchar sin siquiera parpadear.

—El día que ame de verdad lo sabrás —dijo su madre muchísimo tiempo atrás.

Nox no la creyó, pero quiso saber más.

—¿Por qué, mamá? Nunca amaré.

Estaba tan convencido y era tan joven que no podía saber todos los siglos que vendrían después.

—Sí lo harás Nox. Y cuando eso pase tu corazón morirá.

Gruñó.

Casi sonaba como una amenaza.

—¿Y eso por qué?—preguntó Nox.

Su madre, que moría en su lecho de muerte, tomó una de sus manos con cariño.

—La harás marchar y cuando la veas dejándote atrás te darás cuenta de lo importante que era en tu vida y de lo equivocado que estabas. Querrás echar el tiempo atrás y no podrás. Solo entonces tu corazón se despedazará.

Era una idea absurda.

Eso jamás pasaría.

—Entonces jamás me enamoraré, jamás —prometió.

Regresando a la realidad supo que no había cumplido con su palabra. Ahora sabía bien lo que sentía por Eiren: era amor. Amaba a esa humana más que a su propia existencia.

Y ella lo dejaba atrás por su culpa.

Por no querer ceder.

Cayó entonces de rodillas con un dolor tan agudo en su pecho que creyó sentir su corazón despedazarse. No podía hacer nada, tampoco podía perseguirla y pedirle perdón. Ahora quedaba todo el día encerrado en su prisión de oro mientras ella se alejaba de él.

Eiren.

El amor de su vida.

Alejado por ser un vampiro idiota.

CAPÍTULO 43



Palabra del día: Éxtasis.

Shade se cogió la barbilla mientras miraba a su hermano Nox desde lo alto de la escalera principal. Caminaba en círculos sobre la puerta esperando que el sol se retirase a pesar de faltar horas para que eso sucediera.

Sentándose al lado de Ebony, la vampira seguía aferrada a la sábana como si tuviera frío mientras sus heridas comenzaban a sanar. Temblaba como una hoja, pero seguía con vida gracias a Eiren.

Ella había saltado al campo de batalla con tal ferocidad que todos se quedaron sorprendidos. Los defendió como si los considerase suyos. Ella siendo una leona y ellos sus cachorros.

—Es como un animal enjaulado —declaró Shade—. La cazará cuando se haga de noche y los matará a todos.

Todos habían visto el dolor en los ojos de Nox, algo que jamás esperaron ver. A pesar de los siglos siendo un monstruo feroz y letal, ahora solo era capaz de pensar en la humana que se había alejado de él.

Su reina.

—¡¿Cómo ha podido irse?! ¡¿Por qué he sido tan estúpido?! —bramó Nox cogiéndose las sienes.

Nada lo calmaba.

Estaba muerto de miedo y temblaba de los pies a la cabeza como un niño pequeño.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Ebony—. En el tiempo que la has tenido la has encerrado unas cuantas veces, le has gritado y has perdido los papeles. Y no has querido decirle la verdad.

Desde que su madre se lo dijo él había negado la verdad que ahora sus ojos contemplaban.

—Siempre temí que volviera a escaparse. En el sol no puedo seguirla —confesó Nox.

Era justo lo que pasaba ahora mismo.

—Sin confianza esto no funciona, Nox. No ayuda que la hayas mantenido como una prisionera en vez de como a una persona. No es un objeto, no es una pertenencia, es un ser que siente y padece.

Nox gruñó.

Él había abandonado esos pensamientos hacía días. La veía como a un igual.

—Él le ha dado eso. Le ha concedido ser persona de nuevo, libre de elección y por eso la has perdido. No puedes protegerla de su destino. Necesitaba la verdad, no que te cerrases de nuevo —explicó Ebony.

Nox siguió caminando en círculos como un animal esperando ser liberado. Cuando el sol abandonase el cielo los cazadores iban a sufrir las consecuencias. Solo esperaba que fuera capaz de calmarse, Eiren no acabaría bien viéndolo en una masacre.

—Si te ve matar la perderás —sentenció Shade.

Debía advertirlo.

Él miró hacia su hermano con verdadero miedo.

—¿De verdad? —preguntó, tembloroso.

Shade asintió.

—No puedes ir allí y arrasarlo todo, Nox, por mucho que quieras. Zion le dirá la verdad, tú debes mostrarle que aceptas lo que es o se irá y no regresará.

Snider y Nazra llegaron en ese momento. Habían sido llamados por el mayordomo, el cual les comunicó todo lo sucedido. Todos eran bienvenidos a calmar al ser que tenían por rey.

No podía convertirse en un monstruo.

—¿La amas? —preguntó Snider.

Nox no dudó.

—Con todo mi ser —aceptó.

Había aceptado sus sentimientos, esos que parecían imposibles en una persona como él. Aunque puede que fuera tarde.

—Bien. Pues dejarás que vayamos contigo al bosque a recuperarla. No puedes matar si no nos atacan y no puedes perder la cabeza —explicó Snider.

—Y tampoco puedes echártela al hombro. La escucharás —añadió Nazra.

—La ayudaremos a cumplir su destino —gorgojeó Ebony con dolor.

—Porque si la quieres, si quieres conservarla, la ayudaremos a ser quién es. Solo entonces tendrás una oportunidad de estar con Eiren —declaró Shade.

Vieron como el rostro de Nox se transformaba. Estaba deseando correr, matar y recuperarla de la peor manera. Eso solo empeoraría las cosas, debía comprenderlo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y si ella decide no escucharme nunca más? —preguntó realmente derrotado.

Todos se mantuvieron en silencio.

—Entonces —Charles dijo—, será su guardián silencioso. Se mantendrá a su lado demostrándole que puede contar con usted. Cuídela y Eiren volverá a usted. Esa chiquilla nunca ha sido amada, necesita saber que le importa a alguien, que no es un objeto coleccionable. Tiene que hacerle comprender que ve su alma, que la ve a ella.

Nox aceptó sus palabras con un jadeo doloroso. Se le veía al borde del colapso, soportando aquella tortura solo con el deseo de ir hacia ella. Nunca antes había estado tan desesperado por nada.

—La traeremos a casa. Ahora somos su familia —prometió Shade sonriendo.

Sí.

Y las familias se cuidaban las unas a las otras.

***

A Eiren le dolía el culo después de bajar del quad de Zion. Su corazón le decía una y otra vez que no debía estar en ese bosque y mucho menos con ese hombre. Sabía que sus actos habían dañado a los vampiros.

En especial a Nox.

Lo había visto en sus ojos, así como que jamás sería sincero con ella. Escondía un secreto.

Uno grande.

Estaban en una ciudad que convivía perfectamente con el bosque. Había cabañas por todos lados respetando muchos árboles que servían como estructura para sus construcciones.

Acompañando al rey del bosque, Eiren se dio cuenta de que muchos ojos los miraban.

Poco a poco fueron saliendo humanos por doquier comprendiendo que había muchos más de los que esperaba.

La guio en silencio, dejando que se familiarizarse con su entorno poco a poco. Fue extraño encontrarse entre tanto humano de nuevo. Le gustó ver niños que le sonrieron con dulzura.

Ella les devolvió el gesto.

—Entra, por favor —pidió el cazador señalando una cabaña en específico.

Eiren lo miró con desconfianza provocando que riera.

—Vamos, no voy a comerte, eso solo lo dejaré para tu querido vampiro.

Siguiéndolo de cerca, subió unas pocas escaleras hasta llegar al porche. Después de abrir la puerta entró cuando se lo indicó dejando que la calidez de aquel lugar la embriagase.

—No me come, no bebe mi sangre al menos —se justificó Eiren sin saber bien los motivos.

Quitándose los guantes, Zion caminó por una amplia sala que estaba destinada a ser un comedor. Si no fuera por la cantidad de caos que había en ese lugar, podía ser realmente bonito.

Estaba todo lleno de ropa y armas tiradas por doquier.

Él, dándose cuenta de que Eiren estaba paralizada en la puerta por la cantidad de porquería que había en su casa, empujó en poco un par de pilas de ropa para abrirle paso.

—Las marcas en tu cuello dicen lo contrario. No tienes que mentirme —rio Zion.

Eiren negó.

—No bebió, solo marcó.

¿Por qué se justificaba?

Si ella quería alimentarlo, cosa que no había pasado, podía hacerlo sin ser juzgada por nadie.

—Es interesante lo mucho que has domesticado al monstruo de largos colmillos.

Las palabras de Zion eran tan venenosas que le retorcieron el corazón. Él sentía un odio enfermizo por los vampiros.

—¿Quieres comer? ¿Dormir? —propuso el cazador.

Ella se sorprendió.

—¿Juegas conmigo? Dime lo que quieras decirme porque cuando anochezca sabes que vendrán.

No le quedaba ninguna duda.

Nox vendría.

—Quería destensar un poco la estancia, parece que la tensión se puede cortar con un cuchillo —bromeó Zion.

—Quizás deberías limpiar, no es tensión, es el olor de este lugar lo que me hace arrugar la nariz. Y no hay tensión porque no cabe entre tanta mierda —disparó Eiren.

Supo que iba a enfadarse.

Nadie podía no hacerlo después de haber hablado así.

Él, en cambio, rio como un loco.

—Me gusta tu sentido del humor. Sígueme.

Si pisaba algo que crujiera iba a quemar esa cabaña hasta los cimientos.

Yendo tras él, deseó que todo fuera bien. Se había metido en la cueva del enemigo sin más apoyo que sus poderes.

Pasaron un par de salas hasta llegar a una perfectamente recogida. Era una sala de armas, todas ellas colgaban de las paredes perfectamente etiquetadas. Parecía un museo más bien.

Y después una pared de medallas con nombres.

Eiren se acercó sabiendo lo que encontraría. Eran personas humanas, trofeos que habían sido ejecutados por Zion.

Tragó saliva.

—No voy a justificarme por lo que soy —explicó Zion.

Ni ella por lo que pensaba.

—Dime lo que querías decirme de una vez —pidió Eiren.

Ignorándola caminó hacia otra mesa, una que parecía ser un laboratorio improvisado lleno de viales de un líquido negro como la noche.

Se acercó colocándose a su lado. Ambos miraron esas inyecciones que parecían ser destinadas para alguien.

—Precioso, ¿verdad?

—¿Qué es?

Zion, mirando sin parpadear, acarició una.

—Lo llamamos éxtasis. Es una droga que saca los impulsos más oscuros de los vampiros. Los devuelve al estado de recién creados o nacidos, siendo solamente seres llevados por sus más oscuras pasiones. Destruyen, comen y matan.

Eiren rehusó temblar ante sus palabras. Ese veneno era algo horrible que podría crear un verdadero caos.

—¿Y para qué las quieres? —preguntó suavemente.

Él dudó si contestar.

Finalmente decidió confesar.

—No las fabricamos nosotros. Lo hacen unos vampiros de la ciudad. Ellos defienden que los vampiros deben ser crueles, que convivir con los humanos los domestica. Así que inyectan a los suyos para instar el caos. Un caos que no te han contado, ¿verdad?

Zion la leía tan bien que asustaba.

—No nos hemos puesto al día de todo, es cierto.

—El rey lleva lidiando unos años con algunas peleas. Insurrectos los llaman. Vampiros inyectados que asesinan humanos. Son feroces y dejan a sus víctimas hechos pedazos.

Eiren no quería seguir hablando.

No le gustaba por dónde estaba yendo todo eso.

Respiró profundamente reuniendo valentía.

—¿Y por qué tú tienes éxtasis?

—Fue un regalo de uno de los líderes de los insurrectos. Como gesto de buena voluntad.

Las palabras de Zion cada vez eran más confusas. Poco a poco creyó haber caído en una trampa. Retrocedió unos pasos antes de que él levantase las manos en señal de rendición.

—No pretendo hacerte daño, Eiren.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? ¿Qué quieres de mí?

Necesitaba correr.

Alejarse de él.

Girando sobre sus talones decidió que ya había tenido suficiente de esa historia. Solo quería ser libre.

El arma cargada de Zion descansó en su nuca.

—Yo no soy como mis hombres, no puedes conmigo.

Eiren sonrió.

—¿Es un reto?

Calcinaría hasta la última cabaña del lugar si la tentaba lo suficiente.

—Solo sígueme escuchando. Después te dejaré marchar, no quiero hacerte daño y es mi única verdad más real —explicó Zion.

Su voz sonaba tan sincera.

Aceptó quedarse allí porque necesitaba escuchar lo que tuviera que decirle. Estaba aterrada, pero el miedo no debía ser un impedimento para seguir adelante. Era valiente, era fuerte y podía con eso.

—Algunos vampiros quieren ser más de lo que son. Sueñan con la dominación total de los humanos. Y, después de lo que le has hecho a Reese, algunos se levantarán en contra de su rey. ¿Un vampiro nombrando reina a una humana? Eso no pasará.

La mente de Eiren colapsó al sentir el nombre de Reese. Con cautela, miró a Zion.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó.

—Tengo pajaritos en todas partes, así como Nox tiene en mi bosque.

Pajaritos era un eufemismo.

Espías eran las palabras correctas.

—¿Y por qué te han regalado esa droga vampírica? No te conviene inyectarlos porque se vuelven más feroces, más monstruos.

Zion aceptó sus palabras con un ligero asentimiento.

—Sí, pero quiero su caída. Si sus líderes, supongamos un rey y sus hermanos, fueran inyectados con éxtasis y matasen parte de los humanos del bosque… Haría que los humanos se levantaran en contra de la tiranía de los colmillos largos.

Y por eso ella estaba ahí.

Para tenderles una trampa a Nox y a sus hermanos.

—¿Estás con Reese? —preguntó Eiren, sorprendida.

—Es un idiota, pero con grandes ideas. Lleva tiempo en la corte filtrando secretitos importantes. Tiene una jodida obsesión contigo, pero por lo demás es el aliado perfecto. Todos queremos guerra, conseguirla es nuestro pacto. Después le clavaré una estaca en el corazón y todos felices. Sobre todo tú.

Eiren parpadeó luchando por respirar.

El horror se acababa de formar ante ella dándose cuenta del error que había cometido dejándose llevar por ese hombre.

—¿Y lo que me mostrarías? ¿Ha sido todo una trampa? —preguntó Eiren intentando ganar tiempo de alguna forma.

Debía pensar la forma de escapar.

—Sí y no. Verás, sé que hay algo en este bosque, pero llevo toda la vida buscándolo. Dicen que solo un ser con poderes puede encontrarlo y ahí entras tú —explicó Zion.

Eso no le gustaba nada.

—¿Y si lo que hay en el bosque no es de tu agrado?

Era una posibilidad muy real y, dada su suerte, estaba convencida de que así sería.

—Eres un cambio para bien o para mal. Imagina a los humanos con poderes, superaríamos a esos monstruos.

Eso era soñar demasiado alto.

Él sonaba tan intoxicado con sus palabras. Parecía que vivía por y para eso exclusivamente. No existía nada más.

—¿Por qué los odias tanto? —preguntó Eiren.

Los ojos de Zion parecieron brillar con rabia.

—Porque son bestias. Esa Ebony ha matado a tantos humanos que te sonrojarías. Y Shade es una puta bestia sangrienta. Mata de una forma que te haría vomitar. Pero tu rey es el peor. Cuando pierde los papeles, algo que asumo que has visto, es la bestia más letal del mundo. No hay nada comparado con su fuerza.

Sí.

Después de la Gran Noche sabía de lo que eran capaces, aunque también había contemplado cosas buenas en ellos. Podían llegar a ser grandes personas si se les daba la oportunidad.

—¿Y tus hombres? ¿Por qué atacaron palacio? ¿Es una trampa también?

Zion negó.

—No. Rehusaron mis órdenes porque creen que soy débil. Solo aproveché la situación, Eiren.

—¿Estabas en la facción alimentaria?

Zion volvió a negar. La verdad era que no era buena adivinando viendo que no daba ni una.

—Nací aquí, pero mis padres quisieron más. Atacaron el castillo un día como hoy y solo consiguieron ser ejecutados. Yo era pequeño, apenas un niño capaz de comprender el crimen que habían cometido.

No le gustó el aire de esa historia.

No quería más horror.

—Por la noche, el puto vampiro al que te follas arrasó la ciudad matando a muchos de los adultos. Solo tengo que agradecer que contuviera a Shade cuando este, fuera de control, quisiera comérseme.

El corazón de Eiren se apretó dolorosamente.

El horror se instauró en su mente imaginando el ataque. Sabía de lo que eran capaces y solo con imaginarlo, cerró los ojos con fuerza.

—Ellos nos dieron una lección. Tenemos firmada una paz y la rompimos, lo entiendo, pero no quiero que gobiernen. Deben desaparecer.

Entonces no lo entendía.

—¿Solo me has traído aquí para tenderle una trampa a Nox?

Zion sonrió.

—No resistirá la tentación de ir a por su juguete favorito y tú lo sabes, pequeña.

Sí.

Nox vendría en cuanto se pusiera el sol.

—Cuando mueran los vampiros serás libre. Todos los seremos. Podrás elegir vivir donde quieras, casarte o follar con quien te plazca. O permanecer a mi lado, solo sueña a lo grande y consíguelo.

Sus palabras la ahogaron.

—¿A tu lado?

—Sí. Me atraes mucho, aunque no te forzaré. No soy un monstruo. Solo quería que supieras que esa opción está disponible. Yo te protegería del dolor, de verdad, Eiren.

No quería estar con Zion, deseaba regresar con Nox, del que no tuvo que separarse jamás.

Había sido tan estúpida.

—No les hagas daño, por favor —suplicó inútilmente.

Sabía la verdad.

Estaban perdidos.

—Ya está hecho. Tengo hombres escondidos entre los árboles con la droga. En cuanto pongan un pie en el bosque les dispararán y perderán el control. Así verás los monstruos que son en realidad.

La familia real iba a arrasar el bosque para que el mundo de los humanos acabase con el vampírico.

Realmente terrible.

—¿Y tu gente? —preguntó Eiren— ¿Los sacrificas?

Él se encogió de hombros.

—Somos una democracia, Eiren. Lo sometimos a votación y salió que sí. Pero tampoco somos idiotas, muchos se están trasladando a las profundidades. Solo unos pocos serán los objetivos de los vampiros fuera de control. Gente que ha perdido el norte, delincuentes de la facción que no valen nada.

Ella tragó saliva.

—Eres un monstruo.

Zion la miró con severidad.

—No, lo son ellos y pronto lo verás con tus propios ojos.

CAPÍTULO 44



Palabra del día: Monstruos.

—También está la opción de que estés celoso —bromeó Snider.

—¿Celoso? ¿Por qué? Es mía, no tengo nada que temer —mintió Nox.

La había cagado no contándole la verdad, pero cuando hablasen de ello lo arreglarían. Todo volvería a la normalidad y ese maldito bosque no entraría en sus vidas nunca más. Era sencillo o, al menos, eso esperaba.

—Pero lo haces —añadió Nazra—. Si no no estarías dando vueltas como un animal enjaulado.

Lo estaba por culpa de Zion.

—Entonces decidme cómo conquistarla para que no se vaya nunca —pidió Nox.

Eso sorprendió a todos los presentes.

En las horas que esperaban el ocaso habían hablado de muchas cosas, aunque principalmente de Eiren. Ahora él parecía más abierto a la idea de estar enamorado de ella.

Al fin.

—¿Conquistarla? —preguntó Shade con una sonrisa diabla.

Todos sabían que Eiren bebía los vientos por Nox, el único que parecía no tenerlo claro era el vampiro. Aunque bueno, después de meter la pata y verla irse con Zion, sus dudas eran bien recibidas.

—Sí, cortejarla —contestó—. No sé qué decir o hacer, pero quiero hacerla feliz. Que quiera estar conmigo y no con el idiota de Zion.

¡Oh, amigo!

Estaba tan perdido.

Y celoso.

—¿Sabes por qué estás celoso de Zion? —preguntó Ebony.

—Porque es un idiota —ladró ferozmente.

Sí.

Estaba celoso.

Mucho a decir verdad.

Eso hizo sonreír a todos los presentes menos a Nox, el cual los miró como si les hubieran surgido cuernos de repente.

—No, porque lo ves como un rival. Él llega a ella con sus palabras, conecta con su humanidad y temes que, como vampiro, no puedas alcanzarla jamás. Que haya una grieta entre vosotros eterna —explicó Snider.

—Eso sin contar que envejecerá y morirá —añadió Nazra.

Nox sudó.

Esa idea no le gustaba lo más mínimo. Eiren no podía morir.

—Chicos, lo estáis asustando —inquirió Ebony—. Es nuevo con esto de los sentimientos, recordarle lo mortal que es Eiren no ayuda.

Pero era mortal.

Terriblemente mortal.

Nox tuvo que sentarse en el suelo cuando las piernas le fallaron. Descendió poco a poco dejando que el mundo diera vueltas a su alrededor. Él no podía sobrevivir a su muerte.

—Debemos centrarnos en recuperarla, después veremos qué hacemos —animó Snider.

Sí.

Recuperarla.

Ya se había hecho de noche. Acordaron dejar a Ebony descansar porque tenía que recuperarse de sus heridas. Los demás irían al bosque para recuperar a Eiren de las sucias manos de Zion.

Nox sonrió al ver la noche como un manto de ayuda. No le hizo falta dar la orden, los cuatro se adentraron en el bosque a toda velocidad.

Para su sorpresa, todo estaba demasiado tranquilo. Llegaron al puesto de control de Zion en pocos minutos. Allí parecía no haber nadie, estaba completamente en silencio. Tranquilo.

—Aquí ocurre algo —susurró Nox.

No tuvieron tiempo.

Una lluvia de proyectiles cayó sobre ellos. A pesar de que esquivaron muchos, no pudieron evitar que al menos uno impactara en sus carnes. Nox gruñó notando el dardo en su muslo derecho.

Tocó aquella cosa endemoniada y lo olió.

Era podredumbre, algo que se metió en su nariz poco a poco.

La mente de Nox comenzó a dar vueltas. Aturdido, se movió entre dos árboles, chocó con uno de ellos y cayó al suelo. Dichoso Zion, iba a acabar con ese humano como si de un animal se tratase.

Poco a poco comenzó a sentir un hambre feroz, una que nubló sus sentidos exigiéndole comer lo antes posible.

Eiren ya no existía.

Solo el hambre.

Y el ruido de unos humanos a lo lejos le hizo sonreír. Estaba tan hambriento que salivó dejando que la baba cayera por las comisuras de sus labios.

—Comer —gruñó.

***

Arrastrada por Zion, Eiren pensó las posibilidades de escapar y llegar al castillo antes que la noche llegase. Para su desgracia eran casi imposibles. La había entretenido lo suficiente, por no

decir retenido, en su cabaña durante todo el día.

Primero le explicó sus planes.

Después ella quiso luchar dándose cuenta de que no tenía poder mágico. Su mano apenas se encendía como el culo de una luciérnaga. Había gastado tanto peleando que no tenía ninguna oportunidad.

Y cuerpo a cuerpo ganaba Zion.

—¿Sigues sin hablarme? —preguntó, divertido.

Ella le giró la cara provocándole una risa.

—No son bestias. Pueden sentir empatía.

—No vas a cambiarme de opinión, Eiren. Solo espero que lo veas y abras los ojos.

No pensaba cambiar de opinión. Nox no era una bestia inmunda, podía ser feroz, pero si rascabas la superficie poco a poco encontrabas a un gran hombre debajo. No era lo que Zion decía.

Llegando a un punto clave, el cazador la instó a agacharse. Incapaz de negarse, bufó haciéndole caso.

Miró por unos prismáticos dejando escapar un gemido complacido. Entonces escuchó los gritos atroces que vinieron de unos metros más allá. Eso le hizo temer estar demasiado cerca de algo.

Algo que no quería saber.

—Mira tu querido Nox —le dijo tendiéndole unos prismáticos extras.

Luchando contra el miedo, Eiren lo hizo y, para cuando los vio, jadeó llevándose una mano sobre la boca.

Nox, Shade, Snider y Nazra estaban allí.

Aunque no eran ellos.

Con los ojos encendidos terriblemente, estaban ejecutando a los hombres que servían como cebo, los que Zion preparó para convertirlos en mártires. Una excusa para declarar la guerra a los vampiros.

Vio la crueldad de Shade al desmembrar a un hombre mientras se lo comía. El pobre ser perdió el conocimiento o murió cuando le arrancó un brazo. Snider y Nazra compartieron una presa antes de que parecieran luchar por ella.

Le desgarraron el cuello a aquel hombre mientras pelearon por llevarse el trozo más grande.

Y Nox.

Él era el peor. Ejecutó a los seres que servían como trampa sin miramiento alguno. Los despedazó con sus manos y colmillos. Los mordía, se alimentaba y después los ejecutaba cruelmente.

Rugía, sonreía y se bañaba en la sangre de sus víctimas haciéndolo irreconocible.

Incapaz de contenerse, Eiren soltó los prismáticos antes de comenzar a vomitar. El poco contenido de su estómago cayó ante ella mientras se retorcía de asco al ver algo semejante.

Eran horribles.

—Ya, ya. Cuesta verlos así, pero así son en realidad —dijo Zion pasándole la mano por la espalda en círculos.

Animándola.

No.

No eran así.

Ellos se contenían.

Había visto a Nox comer de Irving sin producirle daño alguno. Eso era ensañamiento y no lo

representaba.

—Ellos no son así, te equivocas. Si no fuera por tu maldita droga, Nox nunca hubiera hecho eso —defendió.

Algo les distrajo.

Zion miró por sus prismáticos conteniendo el aliento antes de palidecer completamente. Algo no estaba bien en su plan, se le estaba torciendo ante sus ojos en un segundo.

—No, no, no, no.

—¿Qué pasa? —preguntó Eiren.

Él se levantó a toda prisa, aunque no se movió dudando de su propio movimiento.

—Han tenido que oler el traslado de los de la ciudad. Están olfateando el aire y, cuando los localicen, los matarán —explicó Zion al borde del infarto.

Eiren palideció.

—¡No podemos dejar que ocurra! —exclamó.

Eran gente inocente.

No podían cargar con las decisiones de su rey.

Pidiendo al cielo ser capaz de hacer un poquito de magia, solo una chispa, Eiren invocó una raíz que barrió los pies de Zion. Fue el momento de echar a correr antes de que se recompusiera y fuera a por ella.

—¡No vayas! ¡Te matarán! —gritó a su espalda.

Su vestido se rasgó en las ramas bajas de los árboles. Por suerte llevaba zapatos planos y había elegido uno que no arrastrase, pero odió ir vestida así para correr como una loca por el bosque.

—¡NOX! ¡PARA! —bramó con todas sus fuerzas.

Tenía que alejarlo de la gente, que no tocase a los niños. No podría vivir con eso si permitía que ocurriese.

Cayendo sobre ella, Zion la lanzó al suelo. Ambos giraron en el suelo a toda velocidad segundos antes de chocarse contra un árbol.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¡Te matarán! —forcejó Zion queriendo detenerla.

No podía.

Debía detenerlos.

Eiren vislumbró un cuchillo de caza en el cinturón del cazador. Peleando con él para evitar que la inmovilizase, fue capaz de arrancárselo. Después de eso, solo lo levantó cortándose parte del antebrazo.

El horror se mostró en las facciones de Zion.

—¿Qué has hecho? Ahora van a olerte —dijo tembloroso.

Ayudándola a levantarse, tiró de ella y la empujó instándola a correr. No necesitó una orden para hacerlo porque salió tan rápido que creyó ser perseguida por el demonio. Fue en dirección contraria a los inocentes, solo así les salvaría la vida.

Zion disparó un par de veces quedándose atrás.

Eso le indicó que lo peor estaba por llegar.

Ya la habían olido y la estaban persiguiendo.

CAPÍTULO 45



Palabra del día: Mordedura.

—¡Por favor, Nox! —lloró Eiren.

Llevaba corriendo unos minutos sabiendo que estaba bajo el radar de caza de los cuatro vampiros. A su alrededor los ruidos indicaban que la estaban persiguiendo y, ahora que ya habían comido, estaban disfrutando cercándola.

La pastorearon llevándole cada vez más lejos, a lo más profundo del bosque.

Queriendo retroceder, Eiren rodeó un árbol antes de que un brillo rojo la obligase a seguir el camino que le estaban marcando.

Estaban disfrutando con eso.

—¡Shade, soy yo!

Quería apelar a su corazón.

Tal vez escuchándola la reconocieran. Supo que no lo hacían, solo olían la herida que se había hecho.

Alcanzándola, los brazos de Nazra la tomaron por la espalda. Eiren gritó tan aterrada que creyó desmayarse. Golpeó el suelo con tanta fuerza que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Las manos del vampiro le arrancaron parte de la falda de su vestido en un intento de alcanzar sus piernas. Cuando las tuvo a mano, las apretó casi rompiéndolas provocándole un chillido agudo.

Después la mordedura en su muslo fue tan dolorosa que volvió a gritar desgarrando sus cuerdas bocales.

Para su alegría, consiguió lanzarle una llamarada que encendió su ropa obligándolo a revolcarse por el suelo.

Aprovechó para correr entre los gruñidos de los otros vampiros. Estaban tan extasiados por la caza que creyó ver a Shade y Nox empujándose para ver quién llegaba primero.

Nox lo hizo.

Golpeándola contra un árbol, sus colmillos entraron en su cuello tan ferozmente que ahogó su grito.

Las lágrimas nublaron su vista unos segundos.

—Nox… —susurró entre súplicas.

Debía reconocerla.

Un disparo impactó en el hombro de Nox obligándole a soltar su presa. Siseando hacia su derecha, encontró a Zion dispuesto a pelear, rey contra rey para salvarla.

—¡Corre!

Lo hizo mientras él disparaba un par de veces más.

No lo mataron, solo lo golpearon antes de seguir con su presa. Al parecer ella olía mucho mejor que el cazador y fueron a por ella.

Shade y Snider cayeron sobre ella como perros hambrientos. Mordiendo en sus clavículas, tomaron su sangre mientras sus manos, que parecían garras, comenzaron a rasgar su ropa.

Capa a capa su vestido desapareció.

Gruñéndose el uno al otro, la arañaron en un intento de afianzar su presa mientras Eiren lloraba completamente fuera de sí. No era capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Nox se los quitó de encima, aunque no lo hizo por la bondad de su corazón. Regalándole una sonrisa de depredador, la tomó por la cintura bloqueándole el cuello con una mano.

Su lengua viajó por la clavícula, recogiendo las gotas de sangre que caían de las heridas que tenía. Después bajó hasta su pecho y mordió la parte superior de un escote que ya parecía inexistente.

Eiren gritó presa del dolor.

Notó las manos de Nazra afianzar su agarre en su cintura. Mordió su costado arrancándole todo el aire de sus pulmones. Los otros dos vampiros mordieron su muslo derecho y su hombro izquierdo.

Entre los cuatro decidieron compartir su presa unos segundos antes que el gruñido posesivo de Nox los apartase.

Duró poco tiempo, los tres vampiros quisieron agarrarla arañándola en el camino.

Y Nox mordió su otro pecho.

—Por favor… Soy yo… —graznó falta de aire.

Estaba desesperada, ellos iban a acabar con su vida sin que lo supieran. El dolor era tan agudo que se sintió desgarrada antes de que pudieran pensar en desmembrarla como a los otros.

Abriendo las manos luchó por conseguir un poco de poder. Algo pequeño, un leve truco de magia que la ayudase.

Y lo hizo.

Una gran raíz los barrió de su lado dándole una nueva vía de escape. Eiren arrancó a correr todo lo rápido que pudo. No había corrido así en su vida mientras aquellos vampiros se reponían del golpe.

Volvieron a cercarla.

Entre gruñidos, parecieron comunicarse. Se daban órdenes para disfrutar un poco más de eso.

Eran monstruos.

No eran los hombres que conocían.

Solo bestias sin alma.

Tirándola al suelo los cuatro pares de brazos acabaron de desnudarla mientras arañaban su piel. No importó lo mucho que gritó, tampoco cuánto se resistió o lloró. Como tampoco importó

las veces que quiso contraatacar.

Ellos la desnudaron antes de deleitarse con su cuerpo.

Las cuatro bocas cayeron sobre ella mordiéndola en tantos sitios que el dolor se expandió.

No tomaron un lugar y lo dejaron. Mordieron, succionaron y volvieron a morder en otro sitio.

Entre ellos se empujaron verdaderamente desesperados por tomarla.

La visión de Eiren empezó a ennegrecerse a la vez que salieron unos puntitos blancos.

—Por favor, chi… chicos… Soy yo… No sois… Así… —les dijo.

Suplicando al cielo un poco de ayuda, consiguió levantar una mano al aire mientras los mordiscos la desgarraban ferozmente.

Y, cuando creyó que todo estaba perdido, entonces la magia surgió de ella de forma tan natural que pareció estar siempre a su disposición.

Una luz blanca, similar al sol, brilló en su mano antes de esparcirse por su cuerpo iluminándola por completo. Los vampiros saltaron de ella entre gritos de dolor, retrocedieron unos pocos pasos alejándose de su cuerpo destrozado.

Entonces comprendió que su luz imitaba las característica del peor enemigo de los vampiros.

No podían acercarse a ella o morirían.

Entonces se rompió en llanto. Sollozó y gritó tan terrible que creyó ahogarse en sí misma. Poco a poco, su propio dolor la envolvió como una manta, el miedo crudo apretó su corazón.

Los miró.

Eran bestias.

Ellos le habían hecho daño.

Envolviéndose a sí misma con sus brazos, se encogió en el suelo siendo incapaz de ponerse en pie. Lo intentó un par de veces, pero tropezó torpemente al no ser capaz de sostenerse por sí misma.

Y lloró tan profundo que supo que lo que sentía podía matarla.

***

Alguien estaba llorando.

A Nox le molestó ese sonido unos segundos. Fue como si algo le dijera que estaba pasando algo malo. No iba bien.

La bruma comenzó a abandonar la mente de Nox para darse cuenta de que acababan de hacer algo horrible. Ante ellos estaba una Eiren tan desgarrada que estaba irreconocible.

Desnuda por completo, las heridas se esparcían a lo largo y ancho de su cuerpo.

Vio arañazos por doquier, rompiendo y abriendo su piel en largas heridas que sangraban sin cesar. Entonces vio los mordiscos, no uno o dos, decenas que adornaban las partes blandas de Eiren.

Estaba despedazada.

Por ellos.

Mirando a su alrededor, encontró que Shade, Snider y Nazra también salían de esa especie de embrujo al que los habían sometido.

Lo último que recordaba era haber sido alcanzado por un dardo, después todo se tornó borroso y confuso. Los recuerdos, horribles, fueron llegando a su mente poco a poco haciéndole gemir.

Había matado.

Descuartizado.

Y lo peor fue sentir lo que le habían hecho a Eiren.

Entre los cuatro la habían perseguido por las profundidades del bosque. No contentos con ello, la habían destruido a un nivel nunca hecho. Ni en sus años jóvenes había sido tan cruel con nadie.

—Eiren… —susurró Nox con una mano hacia delante.

Quería llegar a ella.

La pobre mujer se encogió sobre sí misma al mismo tiempo que se arrastró hacia atrás. Lloraba.

Estaba totalmente destruida.

—¡No! ¡Quieto! —gritó fuera de sí.

Cuando su mano dolió, Nox se retiró sin comprender qué le había hecho daño. Confuso, se miró los dedos viendo que se había quemado con algo.

Miró hacia ella dándose cuenta de que estaba iluminada todo su alrededor. Su magia la protegía simulando un sol que los alejaba a todos de su cuerpo, haciéndola inalcanzable.

—Eiren… —dijo Shade.

Ella negó con la cabeza frenéticamente.

—¡Sois bestias! ¡No os acerquéis a mí!

Sus gritos dolieron profundamente.

No la culpó, habían sido ellos los que habían hecho eso. Tanto Nox como el resto sintieron un vacío profundo en su pecho que los dobló de dolor. Arrodillados ante ella solo pudieron ver su piel desgarrada.

—Déjanos darte sangre, estás destrozada —sugirió Snider.

Y, nuevamente, ella se arrastró por el suelo como pudo.

—¡Que no os acerquéis a mí!

Estaba en shock, el mismo estado en el que entró Nox cuando miró más su cuerpo. No se habían contentado con arañarla y morderla, le faltaban pequeños trozos de carne que le habían sido arrancados en el frenesí de alimentarse.

—Eiren, mi amor, déjanos ayudarte… No sé lo que nos ha pasado…

Ella lloró.

—¡No te atrevas a llamarme así!

«Mi amor».

No quería serlo.

Girando un poco, Eiren bajó sus brazos al suelo para apoyar las palmas de sus manos en el suelo. Entonces tiró de ella hacia arriba. Consiguió dar un par de pasos antes de que sus piernas flaquearan y la hicieran caer de nuevo.

Gimió dolorosamente provocando que Nox jadeara de dolor al verla.

Los temía profundamente. Le habían enseñado la cara menos amable de un vampiro y necesitaba alejarse de ellos.

Cubriendo su desnudez, se encogió luchando por ocultarse lo más posible. Estaba tan herida que dolía verla.

—Por favor —suplicó Nazra entre lágrimas—, solo te ayudamos y desaparecemos.

Ella lo miró con ira y dolor.

—¡Si os acercáis os mato a todos! ¡Dejadme en paz!

No entraba a razones y nadie la culpó. Los cuatro estaban tan dolidos por lo que habían cometido que sabían que esas heridas nunca sanarían, las físicas tal vez, pero no las psicológicas.

Esas permanecerían allí para siempre.

Quitándose la chaqueta del traje que llevaba, Nox ignoró los olores que su ropa desprendía y

las manchas de sangre que contenía. Acercándola a Eiren esperó que la aceptase.

Incapaz de entrar en su luz, buscó un palo y la empujó hasta que entró en su refugio.

—Zion os inyectó una droga llamada éxtasis… —Lloró—. La hace Reese.

¿Qué acababa de decir?

—Os vuelve locos, como recién creados. Se la han estado inyectando a los insurrectos y os la han puesto…

Eiren se cayó unos segundos. Su luz parpadeó un poco antes de volver en sí de nuevo. Comprendieron que se estaba desmayando, su cuerpo estaba al borde del colapso mientras buscaba cómo resistir.

—Quiere provocar una guerra —sollozó—. Si conseguía que el rey masacrase los humanos… Atacarían.

La ira burbujeó en sus venas de una forma tan letal que creyó que nunca tendría sangre suficiente.

—Reese quiere que los vampiros acaben con los humanos y Zion acabar con los vampiros —susurró cerrando los ojos de nuevo.

Volvió a parpadear solo que, esta vez, al regresar en sí luchó por erguirse y mantenerse despierta.

—¿Y por qué te hemos perseguido a ti? ¿Por qué no te ha mantenido lejos? —preguntó Nox.

El corazón de Eiren se aceleró peligrosamente a un colapso. Él tembló pidiendo al cielo que no le diera un ataque al corazón.

—Me llevó a veros.

Arrancó a llorar más fuerte, recordándolo todo.

—Tranquila, Eiren. Lo estás haciendo muy bien —animó Snider.

Ella negó.

—Os dejó un cebo. Delincuentes para que los mataseis. Y…

Y lo hicieron.

Recordaba despedazarlos.

—Olvídate de eso —corrió a decir Nox—, dinos cuándo fuimos a por ti.

Eiren lo miró tan despedazada que apenas la reconoció. El brillo de sus ojos estaba apagado y el miedo se reflejaba en su rostro.

—Olisteis a inocentes… Zion trasladó su ciudad para que no os los comieráis, pero los olisteis…

No.

No podía ser.

—Y yo decidí ser la distracción —sentenció Eiren.

Se sacrificó para que otros no murieran. Salvó a los humanos, los mismos que apoyaban a un rey que estaba cometiendo crímenes atroces. Ella se dejó perseguir para alejarlos.

Salvándolos.

—Me corté con un cuchillo de caza —dijo enseñándoles un brazo plagado de mordeduras.

Ella también lo miró.

—Bueno, ya no se ve —dijo volviéndose a abrazar.

Su valentía había salvado a una ciudad completa de la destrucción de cuatro vampiros antiguos. Eran los más poderosos y, por consiguiente, los más peligrosos. Hubieran cometido una masacre atroz.

—Ponte mi chaqueta, Eiren —pidió Nox.

Ella negó con la cabeza mientras se encogía sobre sí misma.

Su sangre lo cubría todo, era la imagen de la crueldad y de lo que eran capaces los vampiros contra los humanos. Eso era lo que Zion quería demostrar, que eran bestias feroces y que no poseían empatía alguna.

Que merecían la muerte por sus crímenes.

Viéndola así hasta él lo creyó.

Su corazón se rompió en pedazos viéndola tan despedazada. Sus marcas adornaban un cuerpo que jamás debió vivir algo así. Ella solo lloraba, pero, a pesar de eso, había sido capaz de explicar lo que había pasado.

Su luz volvió a parpadear.

—Tú no me quieres… —lloró con la cabeza entre sus rodillas.

¿Había escuchado bien?

—Te equivocas.

—No. Dijiste que no querías amar a nadie.

Ella se refería a la discusión que habían tenido cuando ella mencionó a su madre. Fue un shock inicial, aunque no lo excusaba por ser terriblemente cruel con la pobre Eiren y sus sentimientos.

—Me equivoqué, lo siento.

—Zion tenía razón, sois monstruos.

Reprimió un gruñido al escuchar el nombre de aquel dichoso humano. Ese hombre tenía que encontrarse con sus colmillos pronto.

—Te hice daño porque tenía miedo de perderte. Mi madre me advirtió siglos atrás que llegarías y que te vería partir destrozando mi corazón. No la creí. La odié por morir por amor y ahora soy yo el que muero por lo mismo —explicó Nox.

Eiren giró un poco la cabeza saliendo del escondite de sus piernas y brazos, solo para observarlo.

Bien.

Estaba llegando a ella, ¿verdad?

—Cuando te vi irte con Zion mi mundo se vino abajo. Supe que mi genio y cabezonería te había empujado lejos de mí, pero ahora veo que no mereceré jamás tu perdón. Te he hecho tanto daño que no tiene cura.

No la tenía.

Ella no podía amarlo después de todo eso, no obstante, solo quería decirle lo que sentía.

—Pero te quiero, Eiren. Tanto que sé que merezco la muerte. Vivo y siento por ti desde que te vi aquella noche destacando sobre el resto. He sido un puto idiota y me merezco tu odio eterno, lo acepto, pero déjame curarte.

Agachándose, cayó de rodillas suplicando.

Podía vivir sabiendo que no lo amaba.

Podría resistir que ella se enamorase de otro.

Lo que no podría hacer era verla morir por sus actos.

—No comprendo demasiado mis sentimientos. He gruñido mucho más de lo que debía y he sido alguien horrible, pero tú me haces feliz. Me obligas a ser mejor y juro que me alejaré de ti si crees que no sientes lo mismo por mí. Solo permíteme curarte, después acaba conmigo si quieres.

Solo podía ver las lágrimas manchar el rostro de Eiren mientras lo escuchaba.

—¿Te haría feliz matarme? Hazlo si quieres. Lo que quieras te lo daré, solo déjame ayudarte.

Eiren contempló a los cuatro vampiros que tenía ante sí.

A pesar del dolor, del miedo y del frío que estaba sintiendo, todos se arrodillaron ante ella

después de su rey. Estaban suplicando, pero no perdón porque creían no ser merecedores de él.

Querían ayudarla.

Temblando, Nox necesitaba alcanzarla mucho más que ella respirar. Podía escuchar su súplica en sus palabras, su miedo a que muriera.

Estaba ofreciéndole matarlo si así lo creía conveniente.

¡Él! ¡Un rey!

—Nox, yo…

—Te lo ruego, Eiren. Solo déjame ayudarte, sacarte de aquí. Después lo que desees será tuyo.

Él la amaba.

Y mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

—Entonces, ¿me quieres?

Nox asintió.

—Ni con todas las palabras de amor del mundo podrías acercarte a lo que siento por ti. Te quiero, Eiren, tan fuerte que estoy dispuesto a cualquier cosa por ti. Ódiame toda tu vida, pero no me obligues a verte morir. No me castigues así porque no lo superaré.

Su súplica golpeó su corazón duramente.

El resto se mantuvo de rodillas mirándola de la misma forma en que lo hacía él. Estaban arrepentidos, dolidos por lo que habían hecho.

—No puedo, Nox… —susurró alejándose un poco de ellos.

Estaba muerta de miedo, ellos eran los que la habían perseguido por el bosque hasta convertirla en una pobre versión de sí misma.

—Duele mucho… —lloró recordando cada cosa que le habían hecho.

Cada grito que pegó.

Cada súplica que les lanzó.

Y no la escucharon.

Nox supo que Eiren estaba lejos de ceder.

No tenía cómo llegar a ella, así pues, con el palo volvió a empujar la chaqueta hacia ella hasta que la tocó. La pobre dio un respingo encogiéndose pensando que la estaban atacando de nuevo.

El horror encogió el corazón sin vida de Nox.

Ella estaba tan aterrorizaba que dolía profundamente.

—Tápate, por favor.

Cediendo un poco, la luz de Eiren parpadeó antes de estirar sus brazos hacia la chaqueta. Presa del dolor, hizo un par de muecas mientras metía las manos en aquellas largas mangas.

Entonces vio las heridas de sus pechos, abdomen y vientre. Eran tan terribles como el resto.

Como si de una luciérnaga muriendo se tratase, Eiren se fue apagando poco a poco hasta quedar a oscuras de nuevo. Eso provocó que su miedo aumentase tanto que todos pudieron olerlo.

Había sentimientos que, al volverse realmente crudos, olían.

Arrastrándose a cuatro patas, Nox se aproximó poco a poco a ella luchando por no intimidarla demasiado.

Eiren lo miró con verdadero horror. Negó con la cabeza y luchó con sus piernas para huir de él. Dolió tanto ver su desesperación por alejarse que jadeó lastimeramente conteniendo las lágrimas.

Llegó a ella levantando las manos en modo rendición, pero ella solo tembló.

—No me hagas daño, por favor —rogó.

Eiren rogó.

Eso sí que acabó por romperlo.

Sollozando con ella solo la miró unos segundos dejando que sus sentimientos lo despedazaran. Había sido un monstruo con ella.

—Jamás. Moriría antes, Eiren —prometió.

Necesitaba tocarla.

Por favor.

Rogó tanto por fuera como por dentro.

—Déjame ayudarte —suplicó.

Eiren, con mucho miedo, asintió.

No corrió a tocarla como quería. En su defecto, bajó las manos poco a poco envolviéndola entre sus brazos tan lento que creyó que el tiempo se había parado. No deseaba asustarla más.

No podía más.

Solo cuando la tuvo sujeta respiró su aroma y se permitió apretarla un poco producto del alivio. Ese fue el momento para él de temblar. Levantándose con ella en brazos, la ayudó a apoyarse en su pecho.

Nox sabía que iba a morir por miedo a asustarla, pero estaba tan contento de tenerla de nuevo entre sus brazos que se ahogó mientras luchaba por ser fuerte. Debía permanecer en pie, no romperse sobre ella y llorar.

Ahora tenían que curarla.

—Te llevo a palacio, ahí tomarás mi sangre para curarte —explicó Nox.

Tal vez así Eiren dejaba de temblar.

—No me hagas daño… —rogó de nuevo.

Como un mantra.

—Jamás, te lo juro.

Y los cinco se fueron de aquel bosque infernal.

CAPÍTULO 46



Palabra del día: Sangre.

Ebony los esperaba en la puerta. Sus heridas ya estaban recuperadas casi por completo, lo cual era de agradecer porque se había sentido como en el infierno. De no ser por Eiren hubiera muerto.

Le debía la vida.

Comenzó a ver unos bultos en la lejanía. Poco a poco comenzó a darse cuenta de que eran sus hermanos y los demás, pero algo le dijo que nada estaba bien. Había un gran problema.

Nox traía a Eiren en sus brazos, apenas cubierta con su chaqueta.

Y el olor que desprendió…

Llegó a ellos corriendo y, para cuando lo hizo, su corazón se hundió en su pecho.

—¡¿Qué ha pasado?! —rugió ferozmente.

Ninguno de los hombres hablo, bajaron la mirada con tanta pena que solo pudo sentir confusión.

Eiren entraba y salía de la consciencia, a duras penas era capaz de mantener los ojos abiertos. Su respiración era irregular y sus latidos insuficientes, estaba claro que estaba en un estado crítico.

—¡¿Quién le ha hecho esto?!

Mataría al vil que se hubiera atrevido a dañarla.

Arrancándosela de los brazos a Nox, la arrulló como una madre a su bebé. Fue entonces cuando la chaqueta se abrió mostrando signos claros de mordeduras de vampiro.

La habían desgarrado como a un animal.

Ebony gruñó ferozmente.

Olfateó su piel con delicadeza. Para su desgracia encontró los olores claros de los hombres que no se atrevían a hablar. Ella lo vio todo rojo entonces. Si ellos le habían hecho esto iba a romperles todos los huesos del cuerpo uno a uno.

—¡¿Qué habéis hecho?! ¡¿Cómo habéis sido capaces?!

Eran monstruos.

Nadie hablaba. Solo miraban al suelo con arrepentimiento mientras la pobre humana había sido torturada a placer.

—E… Ebony… —gimió Eiren con dolor.

Arrancando a caminar de nuevo, la vampira acunó en sus brazos a la humana tratando de hacerla sentir mejor.

—Tranquila, ya estoy aquí. Yo cuidaré de ti, ¿de acuerdo? —canturreó Ebony con toda la dulzura que pudo reunir.

Cuando la vio asentir algo en su pecho murió.

¿Cómo habían sido capaces de un salvajismo sin igual?

—Duele…

Lo sabía.

Tenía que doler como el infierno.

—Ahora te darán calmantes. Te pondrás bien, te lo prometo —aseguró Ebony llegando a la zona de enfermería.

Los doctores comenzaron a arremolinarse a su alrededor. Ebony tuvo que luchar contra el impulso de no soltarla nunca. Para que la ayudasen debía soltarla en la camilla, pero no se veía capaz.

Después de lo que estaba viendo no deseaba separarse de ella.

—Señorita, Ebony, necesitamos atenderla —le recordó un doctor.

Asintiendo, tragó una fuerte respiración y la tumbó sobre la camilla.

Apenas estaba con vida.

Miró su cuerpo cruelmente desgarrado, gimió al imaginarse el horror que había vivido mientras esos cuatro la destruían.

Se la llevaron a toda prisa.

Ebony volvió a reaccionar en el momento en el que Nox quiso seguirlos. Lanzándose sobre su pecho, lo empujó sin que pudiera esperarse esa reacción y lo lanzó al otro lado de la estancia.

—¡No te acerques a ella! —rugió la vampira.

—Ebony, no es lo que crees —comenzó a decir Shade.

Ella solo se colocó en posición de ataque. Mataría a cualquiera que quisiera seguir a Eiren y los enviaría al infierno de ser necesario.

La humana temía las mordeduras. Solo había experimentado una y estaba tan aterrada que el miedo casi se podía masticar. Ahora, después de aquello, intentaría alejarse de los vampiros a toda costa.

La habían perdido.

—¿Cómo habéis podido hacer algo así?

Su voz se quebró así como su alma.

Lloró por perderla.

—Necesita sangre, Ebony —trató de decir Snider.

Mostrándole sus feroces colmillos, luchó por dejar clara su postura. Nadie se acercaría a Eiren.

—Si nos dejases explicarte —pidió Nox.

No.

No lo merecían.

—¡Dime que no son vuestros colmillos los que tiene por todo el cuerpo! ¡Ni que son vuestras uñas las que han roto su piel! ¡DÍMELO! —exigió.

Pero no podían.

Porque habían sido ellos.

Cuando Shade trató de ir hacia la puerta se encontró con su hermana, una que le dio un puñetazo antes de proyectarlo contra la pared más lejana. Tal vez no pudiera ganar contra los cuatro, pero moriría intentándolo.

—¡Sois lo peor! —lloró y gritó al mismo tiempo.

Eiren no se merecía eso.

—Nos drogaron… —dijo Nox.

Ebony parpadeó luchando por alejar las lágrimas.

—¿Qué has dicho?

Los cuatro asintieron dándole veracidad a sus palabras.

—Reese y Zion están compinchados. Han inventado una droga que te enloquece como si estuvieras recién convertido —explicó Nox.

Después gruñó siendo incapaz de seguir por la rabia que sentía.

—Nos drogaron —añadió Nazra—, con dardos al entrar al bosque. Dejamos de ser nosotros mismos, perdimos el control de nuestros cuerpos y, cuando la claridad llegó, ella estaba así.

Vergüenza.

Eso era lo que sentían.

La puerta que Ebony defendía se abrió a toda prisa. El doctor, el cual comprendió que estaban discutiendo, dio un par de pasos hacia delante con mucha valentía.

—La estamos perdiendo. Necesitamos sangre —sentenció—. Si no están dispuestos, tal vez algún vampiro de la corte desee ayudarla, pero se nos acaba el tiempo.

Nox dio un paso al frente.

—Yo iré —sentenció.

Ebony gruñó en señal de advertencia.

—No le haré daño. Moriría antes de hacer algo así. De verdad, no éramos nosotros mismos. Créeme, hermana. Déjame salvarla.

Cedió porque Eiren necesitaba sangre. Asintió permitiendo que Nox entrase a toda velocidad a la sala. Si se lo negaba, iban a tener que meter a Eiren en un ataúd y enterrarla.

Y esa idea la aterrorizaba.

—Juradme que no erais conscientes de lo que ocurría cuando hicisteis eso —pidió Ebony.

Y ellos lo hicieron.

—Nunca le hubiéramos hecho algo así —dijo Snider, visiblemente atormentado.

Decidió creerles.

***

Reunidos en la sala de espera, los cinco vampiros suspiraron casi a la vez. Hacía más de cinco horas que estaban tratando a Eiren y seguían haciéndolo. Después de todo, había necesitado la sangre de Nox, Shade y Ebony para empezar a recuperarse.

Lo que más había influido era la pérdida de sangre. Apenas quedaba en su organismo cuando la trajeron y tuvieron que hacerle un par de transfusiones para que su vida dejase de peligrar.

—Ni en mis años jóvenes he sido así —susurró Snider.

Todavía sentía el sabor de la sangre de Eiren en su garganta.

Le habían explicado a Ebony, con detalles, todo lo ocurrido. Cómo desgarraron a los humanos antes de la persecución a Eiren. Ella se había sacrificado para evitar que atacasen a niños

inocentes.

Y su magia la había salvado a duras penas del ataque de cuatro vampiros.

Cuatro.

Vampiros.

Los cuales tomaron su piel con tanta rabia que la despedazaron pieza a pieza.

—Yo disfruto con la comida, a veces he sido un poco sanguinario, pero jamás he sido cruel. Recuerdo haberla mordido con saña, con dureza y retorcer el mordisco para hacerle más daño —reconoció Shade visiblemente atormentado.

Apoyado en una esquina, estaba tan metido en sus pensamientos que parecía haber caído en un pozo de desesperación.

—Lo que hicimos no tiene perdón. Ni los animales hacen eso, solo los monstruos —declaró Nazra.

Todos sabían lo que habían hecho.

Recordaban cada segundo en el que la habían perseguido y tomado. Sus gritos, sus llantos desesperados y su sangre en sus bocas. Nunca olvidarían algo semejante, no podía borrarse.

—No soportará vernos —suspiró Nox—. Después de lo que hemos hecho se irá.

Ebony tragó saliva.

—¿Dejarás que se vaya? —preguntó.

Sí.

—Solo cuando esté a salvo. Tenemos que encargarnos de Reese, Zion y todos aquellos que los sigan. Después dejaré que haga su vida lejos de nosotros si es lo que quiere.

Nunca antes unas palabras le habían producido tanto dolor, ni le habían costado pronunciar tanto.

—Y si ella no quiere vernos, nadie se acercará a ella. ¿Lo habéis entendido? —preguntó en clara advertencia.

Todos aceptaron su petición.

O su orden.

—Quizás deberías… —Shade tuvo que tragar saliva antes de seguir hablando—. Estar con ella cuando despierte. A nosotros no querrá vernos. No debería despertarse sola.

Su hermano Shade apreciaba profundamente a Eiren y lo acababa de demostrar.

No era el despreocupado que parecía.

Todos estaban muertos en vida después de lo que habían hecho. Cierto era que no habían podido contenerse, sin embargo, eso no cambiaba el resultado. Ahora Eiren estaba demasiado tocada psicológicamente.

—Iré —aceptó Ebony.

***

Una hora después…

Eiren despertó con la sensación de que le pesaban demasiado los ojos. Luchó por abrirlos, pero fueron estos los que decidieron levantar un poco los párpados, lo justo como para ubicarse y ya está.

Era la enfermería.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ebony apoyando el mentón en el colchón.

Recordaba haber sido transportada por la vampira cuando llegaron a palacio. Después todo

era demasiado confuso.

—Duele un poco —reconoció.

No era mortal, pero podía sentir algunas heridas en su piel. Había trozos que picaba, como si se estuvieran regenerando rápidamente, lo que le hizo sospechar que le habían dado sangre.

No es que fuera algo difícil de adivinar porque ellos habían dejado claras sus intenciones.

—Lo sé, te han dado calmantes suaves. Poco a poco te sentirás mejor —prometió Ebony.

Tocó su mano derecha. La acarició con cariño, aunque dejándole claro que estaba ahí.

No estaba sola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eiren.

Tenía la boca seca. Se sentía como si hubiera comido arena del desierto y era una sensación muy desagradable.

—Has perdido muchísima sangre. Bebieron mucho de ti y perdiste más en lo que trataban de alcanzarte —explicó Ebony.

Recordaba eso.

Sus heridas.

El dolor.

Los mordiscos.

Jadeó cuando los recuerdos llenaron su mente. Nunca antes había sentido tanto miedo y eso que había vivido de todo. Había sido realmente aterrador sentirlos sobre su piel.

—Ha hecho falta que Nox te dé su sangre y también Shade y yo. Con uno solo no podías continuar.

Las palabras de Ebony la conmocionaron.

—No recuerdo haber bebido de vosotros.

Ella apretó los labios con bastante malestar.

—No parecía que estuvieras viva cuando te alimentamos. Hasta te atragantaste un par de veces.

Era mejor no recordarlo. Todo era una bruma oscura desde que habían llegado a palacio. Puede que sintiera algo, una ligera sensación o alguna palabra suelta, pero por lo demás no había estado lúcida en ningún momento.

—¿Eso me hace súper humana ahora? Noto los sentidos muy desarrollados otra vez. ¿Y el colocón será peor que la vez que me alimentó Nox?

La sangre de vampiro era como una droga, una que le hizo estar viendo luces de colores unas horas.

—Será temporal. Te mantendremos vigilada mientras te dura el subidón, no permitiremos que te hagan daño —prometió la vampira.

Eso significaba más gente.

La idea no le agradó demasiado.

—¿Cómo estás, Ebony? —preguntó queriendo alejar esos pensamientos.

La última vez que la vio había sido quemada por el sol. Ahora estaba perfecta, como si nunca hubiera pasado.

La vio emocionarse hasta las lágrimas.

—Salvaste mi vida. Gracias. Ojalá yo hubiera podido ayudarte —se lamentó Ebony.

Frotó nuevamente su mano, como si de esa forma la mantuviera despierta. Realmente ayudó, porque se dio cuenta de que había cerrado los ojos de nuevo sin quererlo.

—Menos mal que no viniste. Cinco vampiros tras de mí hubiera sido un infierno —bromeó Eiren.

Pero era la verdad. Los dardos también hubieran dado a la vampira y esta hubiera perdido el control.

Ebony no contestó, solo se encogió de hombros.

—Eres mi familia, tenía que hacerlo —explicó Eiren.

Era lo más cercano a una hermana que había tenido jamás. Ella la había cuidado desde el primer momento y, cuando regresaron del bosque, quiso matarlos a todos para vengar su ataque.

—Soy… ¿tu cuñada? —preguntó con optimismo.

Un fuerte dolor de cabeza molestó a Eiren.

—Ebony…

—Lo sé, lo sé, pero Nox está destrozado. Te quiere, Eiren, y moriría antes de hacerte daño.

Así era.

Se lo había dicho y sabía que tenía razón. El ataque había sido culpa de Zion, de no ser por el éxtasis eso jamás hubiera pasado. Ellos no la habrían dañado. Los conocía lo suficiente como para saberlo.

Pero daba miedo.

No sabía si era capaz de mirarlos a la cara después de todo.

—Lo sé —susurró Eiren.

Ebony volvió a acariciar su mano.

—Solo dale una vuelta, tortúralo un poco, hazlo dormir en el suelo, pero piensa en si tú sientes lo mismo.

Esa idea le gustó.

Tal vez hasta lo azotaría un poco.

Bueno, a los cuatro.

—Yo lo quiero, pero…

Estaba muerta de miedo.

—Hazlo poco a poco. Acostúmbrate a su presencia lentamente. Solo déjale entrar o se morirá. Nunca lo he visto tan mal —suplicó Ebony.

Recordando el momento del bosque, él había suplicado y rogado para que les dejase que la ayudaran. Estaban realmente arrepentidos, de rodillas pidiéndole a una humana que permitiera su ayuda.

Eiren respiró.

—¿Están todos? —preguntó.

—Sí. No se han ido ni un solo instante. Están trabajando en el problema de Reese y Zion, pero no se han marchado por si necesitabas más sangre.

Ellos seguían a su lado. A distancia, no obstante, a su lado después de todo. Eso mostraba su preocupación real.

—Diles que pasen, pero que no se acerquen mucho. No sé si puedo —lloriqueó luchando por ser fuerte.

—Yo estaré aquí pase lo que pase y les patearé el culo de ser necesario —prometió Ebony.

Ella lo agradeció enormemente.

Yendo a por ellos, abrió la puerta indicándoles que podían entrar, aunque sin acercarse en exceso. Ellos parecieron comprenderlo y pronto la cabeza de Nox se asomó temerosamente.

Entró sigiloso, casi de puntillas, estudiando todos sus gestos para salir corriendo a la mínima que no los quisiera allí.

El resto entraron de igual forma. Sintió lástima por ellos, tan arrepentidos y dolidos que parecían ser capaz de venirse abajo en cualquier momento. Ellos eran tan víctimas como ella en

esa historia.

—Hola… —dijo Eiren queriendo incorporarse.

Al no poder, Ebony corrió a levantar un poco la cama para que pudiera verlos con claridad.

Todos permanecieron en silencio, casi mirándola de reojo dejando claro que no podían mirarla sin sentirse mortificados. Los minutos fueron pasando y aquello se volvió demasiado incómodo.

—Supongo que esto funciona si alguien más habla a parte de mí —explicó Eiren.

Aceptaron eso.

—Lo siento mucho —dijo Nazra—. No habrá ni un solo día en el mundo en el que no me arrepienta de lo que te hemos hecho.

—No es excusa decir que no éramos conscientes —añadió Snider—. Debimos luchar contra esa droga y reconocerte. Jamás hice daño a nadie de la forma en la que te lo hicimos a ti. No solo nos vuelve salvajes, anula cualquier racionalidad posible. Lo siento, Eiren.

—Ni yo he sido así de cruel —intervino Shade—. Nunca he querido que nadie sufra algo semejante. Puedes no creerme, pero me sentí morir cuando te vi cubierta de nuestros mordiscos. Yo… De verdad que lo siento mucho.

—No esperamos que nos perdones —dijo Nox—. Hemos hablado de esto y si quieres irte cuando todo acabe, dejaremos que te vayas y no volverás a vernos. Comprendemos que no seas capaz de perdonarnos nunca y aceptamos cualquier decisión que tomes. Solo quiero que sepas que lo siento. Por enfadarme, por obligarte a irte con Zion y por destruirte cuando debí protegerte.

Esas palabras habían costado de pronunciar.

Todos estaban entregándose a ella de cualquier forma que a Eiren se le ocurriese.

Pero, a pesar del dolor y del miedo, en el fondo de su ser sabía que no eran culpables. No podía odiarlos por lo que otros habían provocado. Zion había querido mostrarle verdaderos monstruos, aunque ellos no eran eso.

Ni en sus peores momentos habían sido capaces de lo que vieron sus ojos.

No podía dejar de sentir que los conocía, que sabía lo que eran.

—Os perdono. A los cuatro —dijo, sorprendiéndolos a todos.

Ellos se miraron los unos a los otros con evidente confusión.

—Pero… —comenzó a decir Snider.

Ella luchó por levantar una mano.

—Es eso u os azoto a todos en cuanto me encuentre mejor. No os vais a librar de mí por unos mordiscos, pienso atormentaros el resto de mi vida.

Las sonrisas surgieron tímidas en sus bocas, aunque lo hicieron.

—Sé que no sois así. También sé que fue la droga la que os hizo actuar de semejante forma. Nunca me habéis intentado morder. Os conozco. No sois unos monstruos, pero asustáis de lo lindo —bromeó al final para tratar de hacerles sentir mejor.

Shade dio un paso adelante, solo uno. Sintió su necesidad hormigueándole la piel.

—¿De verdad me perdonas?

—¿Quieres que no lo haga? —preguntó Eiren.

Él negó frenéticamente.

—Entonces sí, te perdono.

Eso lo obligó a soltar un suspiro de alivio.

—Nunca, nunca, nunca.

Shade no fue capaz de decir nada más, no obstante, lo comprendió. Sabía que no volvería a

hacerle daño.

—Lo sé —le sonrió.

Él dio otro paso más queriendo estar cerca de ella. Permitiéndoselo, contuvo el aliento mientras el gran vampiro llegaba a su lado. Vio el tormento en sus ojos rojos, no era el mismo que la había cazado en el bosque.

Este era él, su gato Cheshire.

Con un solo dedo, acarició el dorso de la mano de Eiren.

—Esta vez voy a ver unicornios de colores con el subidón —rio ella.

Sí.

Y no iba a tardar porque ya veía el pelo rubio de Shade poniéndose de color azul.

—Te protegeré siempre, hasta de mí mismo —prometió el vampiro.

Ella simplemente lo aceptó.

—¿No más sustos?

—Nunca —sentenció Shade.

Entonces ella giró la mano y tomó la de él. El pobre se quedó paralizado de los pies a la cabeza sin saber qué hacer, decir o respirar.

—Gracias por cuidarme a pesar de todo —agradeció Eiren.

El pobre Shade se emocionó un poco. Fingió toser antes de pasarse el dorso de la mano por los ojos y después sonrió como solía hacer.

—Ya casi te importo.

Él negó.

—Casi no. Me importas.

El corazón de Eiren se sintió caliente después de eso. Al final, ellos se estaban convirtiendo en su familia. Una extraña, llena de sangre y mordiscos, pero familia al fin y al cabo.

Todos se fueron marchando después de que ella dejase ir un bostezo y otro y otro. Estaba tan cansada que decidieron dejarla descansar.

—¿Nox? —preguntó dejándolo congelado en el sitio.

Tenía que hablar con él. De todos parecía el más derrotado, no podía dejarlo marchar de esa habitación. No después de todo lo que le había dicho en el bosque. Necesitaba tenerlo a su lado un poquito más.

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma? —preguntó Eiren.

A Nox le aterrorizó la idea.

Ella no estaba segura de sus palabras, seguramente era el subidón que ya le hacía efecto y, cuando volviera en sí, le gritaría que se marchase de su lado. Estaba convencido de ello.

No obstante, quiso su cercanía.

—¿Seguro? —preguntó Nox, tanteando.

Ella cerró los ojos unos segundos.

—Sí, seré rápida, estoy cansada.

Con más miedo que el que había sentido en toda su vida, se aproximó a ella hasta quedar al lado de su cama. Eiren lo miró entonces, sus ojos claros parecían tan agotados que sintió pena por ella.

—¿Puedes subirte conmigo?

Su pregunta lo descolocó.

Seguramente planeaba quemarlo vivo cuando bajase la guardia. Bueno, se lo había ganado. Nadie la culparía por ello.

Armándose de valor, Nox se retorció en esa cama diminuta mientras luchaba por caber a su

lado. Colocándose de perfil, se aproximó a su cuerpo dejando que su calor lo embriagase.

Ella era placentera.

—Nox, yo…

Eiren dudó unos instantes.

Había estado segura de quererlo cerca, de sentirse segura entre sus brazos. Por desgracia, él estaba a su lado más tenso que la cuerda de un arco. De no ser porque no tenía latido hubiera muerto allí mismo.

—¿Sí? —carraspeó el rey.

Bien.

Era el momento.

Eiren se armó de valor.

—Te quiero.

Nox levantó la cabeza de la almohada. La miró como si de pronto le hubieran surgido cuernos y estuviera escupiendo fuego por la boca.

—¿Qué?

Estaba en shock.

—En el bosque me dijiste que me querías. Quería que supieras que yo también te quiero.

Ahí estaba.

El más puro de sus sentimientos. Lo había querido a pesar de los gruñidos, su mal carácter y todo lo vivido. Siempre fue tierno con ella, aunque comprendiera poco a los humanos o sus sentimientos.

Él era todo lo que deseaba en esta vida.

Nox la envolvió entre sus brazos arrancándole un gemido. No fue de placer, pero sí de sentirse a gusto. La ayudó a que se apoyara en su pecho mientras su cuerpo se quejaba por el dolor.

Nunca hubiera esperado esas palabras de sus labios.

Después de lo sucedido, estaba convencido de que jamás volvería a verla. Escucharla decir eso le hizo el más feliz del mundo. Obviamente, le preguntaría después del subidón, pero por ahora era inmensamente feliz.

Ella pareció relajarse con su toque.

Después de todo, había esperanza.

—Y yo a ti. Te haré olvidar esto. Te lo compensaré —prometió Nox.

Ella sonrió.

—Quiero un unicornio de mascota —bromeó Eiren.

¿Dónde se conseguirían esos bichos?

Viendo que él se planteaba mil preguntas, Eiren le dio un golpecito con la mano en el pecho para que dejase de pensar en ello.

—Es una broma.

Bueno, pero él vería si podía encontrar a ese animalito. Si Eiren quería un unicornio, crearía esa raza de ser necesario.

Al poco, Eiren escuchó a Nox suspirar.

—Nuestras primeras veces están siendo horribles —declaró.

Eiren luchó por no dormirse. Estaba demasiado cansada como para seguir una conversación normal.

—No tanto, quitando el miedo que te dio verme virgen, el sexo estuvo bien —explicó Eiren.

Sí.

Nada era tan terrible.

—Te compensaré, lo juro. Fuiste muy valiente.

Ella tembló un poco, no quería recordar lo ocurrido. Ese bosque le había hecho daño de formas inimaginables.

—Nox.

—Eiren.

—De verdad que te quiero —lo animó.

Él la apretó un poco más entre sus brazos y ella sonrió.

—Tengo un plan —declaró Nox.

¿Ahora?

¿No podían esperar a que durmiera tres días?

—¿Cuál? —preguntó con curiosidad.

Nox tomó aire antes de hablar.

—Voy a cortejarte para que no te vayas nunca —declaró sin más.

La mente de Eiren estaba muy cansada como para comprender lo que el vampiro le estaba diciendo.

—Siento haberme ido, pero... ¿Cortejarme?

—Sí. Van a ayudarme a conquistarte.

Eso sí que le dio miedo. Más que haber sido perseguida por cuatro grandes vampiros.

—¿Y quién forma parte del gabinete de crisis? —preguntó Eiren.

Necesitaba saberlo.

—Shade, Snider y Nazra.

¡Claro que sí!

¡Los mejores!

—¿Sabes? Déjalo así. Eres perfecto tal y como eres. Solo gruñe un poco menos y escúchame un poco más —pidió Eiren.

Era fácil de decir, pero difícil de hacer. Lo sabía, aunque esperaba que, con el tiempo, todo fuera mejorando.

—Pero quiero que nunca te vayas —confesó Nox.

—Nunca me iré.

Era una promesa.

Y la pensaba cumplir.

CAPÍTULO 47



Palabra del día: Subidón.

Para cuando Eiren abrió los ojos creyó ver a Charles sonriéndole. Solo que tenía orejas puntiagudas y nariz sonrosada. La verdad es que el subidón estaba siendo de lo más curioso.

—Hola —sonrió.

—Hola, señorita. Venía a ver si se encontraba mejor.

¿Y qué podía responder a eso?

Se sentía entumecida, pero a excepción de eso no existía dolor alguno en su cuerpo. Incorporándose buscó heridas en su piel. No quedaba ninguna, es más, se veía más bonita que nunca.

Y suave.

—Parece que estoy bien —contestó.

Charles sonrió amablemente.

—¡Oh! Entonces debería vestirse y ponerse la ropa que le he traído. Tenemos que irnos —explicó.

Sin saber por qué, Eiren bajó de la cama que había estado ocupando durante horas, se quitó la bata de hospital y comenzó a vestirse. Era lo lógico, después de todo ya no necesitaba estar allí.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

Sonrió al ver luces de colores a su alrededor.

—Lo verá al llegar, pero le gustará —contestó Charles.

De pronto sacó su termo, llenó un vaso y le tendió un poco de chocolate caliente. Eiren gimió de alegría antes de beber un sorbo. Ese hombre era el mejor del mundo.

—Espere, debería llamar a Nox.

—¡Oh! No sé si el señor Nox apreciará nuestro viaje —explicó el mayordomo.

Ella frunció el ceño.

—Pero le prometí que nunca me iría.

Todo tenía mucho sentido.

O nada.

—Entonces lo haré llamar.

Segundos después entró Nox a toda prisa como si se hubiera declarado fuego en la habitación. Yendo a por ella, acunó su rostro en busca de heridas y suspiró aliviado al ver que estaba perfectamente.

—¿Todo bien, amor? —preguntó el vampiro.

Eiren, casi flotando, asintió.

—Charles quiere llevarme a un sitio, pero le dije que no podía ir sin ti.

Lo que para Eiren tenía sentido, para Nox era una locura. A pesar de eso, dejó que ella tomase su mano y empezaran a caminar por el castillo como si aquello fuera una visita guiada.

—¿A dónde vamos? —preguntó Nox.

Nadie contestó.

Eiren, queriendo tocar las luces, usó su mano libre para tratar de alcanzarlas. Al final, el vampiro la instó a bajar la mano.

—Son muy bonitas, Nox.

—Yo no las veo.

—Deberías probar sangre de vampiro, ¿sabes que es como una droga?

—Viéndote no tengo claro si debería probarlo alguna vez —rio Nox.

Siguieron a Charles hasta el invernadero, donde Eiren se aferró a la cintura de su vampiro con fuerza.

—¿Todo bien?

—Dan miedo —confesó ella.

Era producto del subidón, estaba en un mundo lejano en su mente mientras la sangre de vampiro viajaba por su organismo.

—Yo te protegeré.

Eiren se abrazó sonriente.

—Eres mi príncipe de brillante armadura.

Nox se sorprendió.

—Hasta que gruño.

—Entonces serás el dragón de mi cuento, pero no el que muere, el que salva a la princesa y se hacen amigos.

Esa resaca iba a ser monumental.

No había registros de lo que esa chica iba a sufrir cuando la sangre de vampiro abandonase su cuerpo.

—¿Charles? —preguntó Eiren cuando los hizo detenerse.

—Solo será un instante, señorita. Cierren los ojos.

Ella lo hizo como si esperase una gran sorpresa. Tal vez era porque había sentido como eran las fiestas de cumpleaños en otras casas, velas, pastel y todos sonrientes a su alrededor.

—Pueden abrirlos.

Solo que, cuando Eiren abrió los ojos el invernadero había desaparecido. Bueno, en realidad no, parecía renovado, muy nuevo y apenas había plantas o artículos de jardinería suficientes.

¡Joder!

—Nox, estoy muy colocada porque estoy viendo a tu madre —le susurró Eiren.

—Yo también la estoy viendo.

La risa de la vampira resonó con fuerza por todo el invernadero. Con calma, caminó hacia ellos y los miró de verdad. Se entretuvo en Eiren, hasta pasó su mano por su brazo como si buscase algún rastro de herida.

—Estoy bien, tu hijo me dio su sangre —dijo queriendo tranquilizarla.

Ella regaló una mirada dura antes de sonreír a Nox.

—Madre… —susurró.

—Pues hemos bebido sangre de vampiros los dos. Seguro que no te has dado cuenta, Nox —rio Eiren.

Quiso alejarse, la verdad que lo intentó, pero el agarre del vampiro sobre su cintura fue tan contundente que no la dejó escapar. Al final ella le dio unos golpecitos en los dedos para indicarle que quería irse.

Y no pasó.

—No le haré daño, hijo. ¿Qué tipo de madre sería si te quitara a tu alma gemela?

Las palabras de aquella mujer los sorprendieron a los dos.

—Fui cruel contigo, madre. No comprendí tu dolor. Ahora, al ver que la perdía… No existiría el mundo sin ella —explicó Nox realmente mortificado.

Siglos de odio hacia su madre para que Eiren le mostrase la verdad. El amor podía doler más que cualquier estaca, era terrible y hermoso al mismo tiempo. Muchas veces daba miedo y otras era sencillamente maravilloso.

—Lo sé, cariño. Lo he sabido todo el tiempo.

Eiren chistó un segundo tratando de llamar la atención del vampiro. Después, poniéndose una mano en la boca para que no pudiera escucharla.

—¿Cómo se llama tu madre?

Ella rio.

—Puedo escucharte. Soy un vampiro.

La pobre Eiren parpadeó mortificada.

—Mi nombre es Maximinia Sophia Jane Margaret.

Eso no podía ser.

Era demasiado para cualquier ser vivo y si esperaba que lo dijera del tirón, iba a decepcionarse.

—Pero puedes llamarme Max.

Eiren suspiró aliviada.

—Menos mal, porque ya se me había olvidado todo.

Cuando Max quiso tocar la frente de Eiren, Nox la apartó como si temiera que le hiciera daño. Al parecer, la gran vampira no se lo tomó en cuenta, porque siguió sonriendo.

—Es perfecta, el destino así lo quiso.

A Eiren se le escapó la risa.

—Perfecta, dice. ¿Has oído, Nox?

Nox estaba a punto de venirse abajo. Sujetando a Eiren a su lado apenas era capaz de pensar en nada más que en volver a ver a su madre después de tantos siglos. Reconoció el invernadero recién construido y su rostro lleno de bondad.

El mismo que le pidió amar.

—Eres perfecta, Eiren —declaró el vampiro.

La humana volvió a reírse.

—Menudo subidón llevo.

Max también se unió a su risa.

—Ven, criatura, camina conmigo —pidió la vampira.

Soltándose alegremente de Nox, corrió a ella y se agarró a su brazo mientras su vampiro gruñía tras ellas.

—No lo escuches, lo hace todo el tiempo —comentó Eiren.

Max rio.

—¿Amas a mi hijo, criatura?

Después de esa pregunta caminaron en silencio, Nox frunció el ceño, confuso. No sabía por qué motivo Eiren no había contestado dicha pregunta. Tal vez no se sentía a gusto explicando los sentimientos a su madre.

—¿Eiren?

Ella sonrió.

Y, de pronto, se percató de la presencia de Charles, el cual seguía a su madre como un escolta personal.

—¡Ah, hola, Charles! ¿Cuándo has llegado? —preguntó Eiren.

—Hace un momento, señorita.

A pesar de que él les había traído ahí, la humana ya era incapaz de hilar sus propios pensamientos. Era culpa de la sangre, obviamente, pero le supo mal verla en ese estado de confusión.

—¿Sabes? Es la mamá de Nox —dijo ella, señalando con orgullo a Max.

—Lo sé —contestó el mayordomo.

—Tú sabes muchas cosas —canturreó sin preocupación alguna.

Sentándose en el banco de madera blanco, que una vez Eiren usó, Max tomó una taza que Charles le tendió. Oliéndola, sonrió satisfecha antes de dársela a la humana para que bebiera.

Ella no tardó en hacerlo, como si hubiera recibido una orden expresa.

—¿Mejor? —preguntó Max.

Eiren miró a su alrededor. Cuando lo encontró, abrió los ojos muy sorprendida y le dedicó una mirada mortificada.

—Es tu madre.

—Sí. Así es.

CAPÍTULO 48



Palabra del día: Llave.

Pasados unos minutos la confusión de Eiren mejoró. Poco a poco se fue ubicando gracias al brebaje que Charles preparó en su termo. Ahora necesitaba un poco de explicación para comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Os conocéis? —preguntó Nox.

Su madre asintió.

—Es mi querido lacayo. Estuvo conmigo muchas eras antes de mi partida y prometió cuidar de mis pequeños en mi ausencia.

Aquello fue confuso. Ese hombre no llevaba tanto tiempo trabajando en palacio.

—Déjeme que le ilustre, señor. He renacido una y otra vez siempre cumpliendo mi papel como mayordomo. Antes fui Alfred, Gorofreo, Theos, Fineas… Desde que usted es rey he estado a su lado.

Eiren se cogió las sienes en un intento de comprender lo que le decían y Nox se murió por imitarla.

—Entonces, ¿tienes magia? —preguntó la humana.

—En menor medida que usted, señorita, pero sí.

Ella bufó sorprendida.

—¿Y dónde estamos? Este lugar es como el invernadero, solo que…

Nox no continuó hablando.

—Exacto, hijo mío. No es dónde si no cuándo. Charles os ha ayudado a retroceder en el tiempo para conversar conmigo. El Nox de mi tiempo está en un viaje diplomático, aunque confío que llegue antes de mi muerte.

—Lo estaré, solo que no seré fácil.

Su madre le dedicó una mirada piadosa.

—Lo sé, cariño. Pero tenías que recorrer este camino, los siglos de soledad, afianzando tu carácter hasta que alguien rompiera esas barreras poco a poco. Todo ha sido como debía ser.

A su madre le encantaba hablar como a un oráculo, bueno, en realidad era uno así que no tenía nada que reprocharle.

—¿Y qué hacemos aquí? —preguntó Eiren.

Esa fue la pregunta correcta.

Su madre dio un golpecito en la nariz de Eiren, justo en la punta, como si de una niña pequeña se tratase.

—Por ti, criatura.

Ella puso una mueca de desagrado y Nox supo el motivo, no le gustaba que la llamasen «criatura». Aunque no se quejó, estaba ante la reina de los vampiros y no quería ser descortés.

—Como todo el mundo sabe, el bisabuelo de Nox encerró hasta la última gota de magia. Consigo, encerró criaturas poderosas, razas inimaginables y privó al mundo de la grandeza de la magia.

Era una buena historia, hasta se podría escribir un libro sobre ella.

—Pero la magia siempre encuentra la forma de regresar a su cauce. Los mundos sin ella son lugares inhóspitos, oscuros y pobres. Vaticiné, siglos atrás, que nacería una llave de forma humana. Una capaz de hacer liberar aquello que nos fue robado entonces.

Eiren la escuchó atentamente. Frunció el ceño, sus instintos se activaron de golpe. Fue una sensación familiar porque fue la misma que sintió la Gran Noche. Algo no iba bien, aunque no sabía decir el qué exactamente.

Reculando un poco, dejó que su espalda chocara contra el pecho de Nox. Él pareció sorprendido con su reacción. Queriendo reconfortarla, puso sus manos sobre sus hombros y le dio un ligero apretón.

Confiable.

Porque ella era su madre.

Todo estaba bien, ¿no?

La exreina vampira los guio por su hermoso invernadero. No estaba tan repleto como en la actualidad, aunque tenía flores exóticas que nunca antes vio. Y todo chirriaba a su alrededor.

Fue como ver un rompecabezas del revés. Puedes ver el dibujo, pero sabes que está mal.

Al final, llegaron a una hermosa fuente. Una que, en la actualidad, no tenía agua. Lo sabía bien porque había ido unas cuantas veces al invernadero y no había rastro de agua de ningún tipo.

Le resultó una pena que se hubiera perdido algo tan hermoso.

—Tú, criatura, eres la llave que hará que el mundo sea tal y como debe ser. Hermoso, como lo fue hace tantos siglos atrás —respiró Max, como si adorara un tiempo que ya no existía.

Eiren tragó saliva.

Girando sobre sí misma, luchó por escapar. Sabía que era una reacción infantil, que no la conduciría a nada, pero lo necesitaba más que respirar. Nox la miró, preocupado. A él no podía decírselo.

No podía hacerle daño de ese modo.

—Señorita, ¿está bien? —preguntó Charles llegando a ella.

Apartándola de Nox, la observó con detenimiento mientras los vampiros parecían mirarse con cierta confusión.

—Los humanos son seres curiosos, ¿verdad, querido? —preguntó Max.

—Sí, pero también son mucho más fuertes y valientes de lo que jamás imaginé.

Comenzaron a entablar una conversación dejando que Charles tomara su termo para darle algo nuevo a Eiren. Ella recibió la taza sin tener muy claro si debía beber o no. Olfateó y parecía

un simple chocolate caliente, no obstante, ya no sabía que creer.

—No toque el agua —susurró Charles.

Fue rápido.

Fugaz.

Y tan suave que nadie más lo escuchó.

Eiren gimió tomando el chocolate, disfrutando de aquella bebida como si fuera la primera vez que lo hacía. Por suerte, con ese gesto, no levantaron sospechas. Todo estaba perfectamente bien.

—No te lo habrá contado Nox, pero mi esposo murió en batalla y yo lo seguí siglos después por la pena —comenzó a decir Max.

A pesar de las palabras de Max, Eiren tenía un leve hormigueo en la nuca que le exigía hacerle caso. Nerviosa, se pasó la mano por el pelo luchando por comprender qué era lo que estaba pasando.

No supo encontrarlo.

Su corazón comenzó a bombear tan rápido que ambos vampiros la miraron, preocupados. Ella solo pudo mirar a Nox en una súplica silenciosa, necesitaba alejarse de su madre inmediatamente o estarían perdidos.

—Estás muy inquieta, criatura. Déjame seguir con mi historia, tal vez eso te tranquilice.

Lo dudaba.

Echando un paso hacia atrás su comportamiento alertó a Nox, quién pareció comprender que los instintos de Eiren estaban al borde del colapso. Así pues, se apartó al fin de su madre y fue a por ella.

Tomándola de la cintura como tanto le gustaba, Eiren reposó su cabeza en su pecho en lo que luchaba por seguir adelante.

—Eres la llave de la magia. Una esquirla de luz tan potente capaz de cegar al propio sol.

Eiren rio.

—¿Soy como un unicornio?

Max la miró complacida.

—Tú, delicada flor, eres una hermosa llave. Portadora de esperanza, la señora de la última llama. Nacida en seno humano, pero bañada por la magia que un día recorrió estas montañas y valles.

Hablaba tan bien que quiso rebatirla de alguna manera y no fue capaz. Tampoco es que eso le preocupase demasiado porque siguió con la idea de que algo malo ocurriría. Solo necesitaba evitarlo.

La madre de Nox metió la mano en la fuente, el agua reaccionó a su toque convirtiéndose en plata líquida.

—Adelántate, criatura. Toca el agua.

«Y una mierda que te comas». Pensó Eiren.

Luchando por no levantar sospechas, avanzó lentamente hasta quedar ante el agua. Si antes había tenido la sensación de que algo iba mal, ahora era mucho peor. Todo su cuerpo zumbaba en consecuencia.

Exigiéndole irse.

—¿Qué me pasará? —preguntó Eiren.

Ella, molesta, sonrió después de unos segundos.

—Te mostrará lo que hay más allá de la puerta.

Incapaz de huir, decidió que, si solo tocaba con la punta de un dedito, no pasaría gran cosa. Eso sí, bajó la mano tan poco a poco que vio la desesperación en el rostro de la vampira.

Antes de alcanzar su objetivo una imagen le golpeó la mente.

Era una guerra.

Muertes.

Sangre por doquier.

Y unos enormes monstruos.

Bestias salvajes, peores que cuando Nox y los demás fueron inyectados.

Lo que había tras la puerta una vez fue magia, ahora era algo oscuro que se retorcía sobre sí mismo luchando por sobrevivir. Era crudo, viscoso y con un olor tan terrible que le picó la nariz.

Y su mente la ayudó a recordar.

¿Dónde había visto eso antes?

¡Extasis!

En la cabaña de Zion. La droga que usó para volver locos a los vampiros.

Después vio un hombre muy parecido a Nox, solo que no era él. Su cabello oscuro distaba mucho del blanco de él. Reuniendo una llama entre sus manos, una azul, hizo un fuerte hechizo.

El mundo tembló bajo sus pies.

Y la oscuridad desapareció. Así como la magia del mundo. Con ella, se llevó a todos los seres que subsistían a través de la magia: brujas, ninfas… Todos ya estaban muertos por culpa de la oscuridad.

Del éxtasis.

Era como un ente vivo, un ser con consciencia que corrompió a todas las razas existentes. Después, cuando lo encerraron, se las llevó todas consigo dejando únicamente dos: vampiros y humanos.

Fue una suerte que alguna sobreviviera a la masacre.

—¿Qué hay ahí? ¿Qué estoy viendo? —preguntó Eiren, temblorosa.

Quiso apartar la mano.

Hizo el movimiento, pero Max tomó su muñeca con tanta fuerza que dolió.

—El bisabuelo de Nox fue estúpido. Era un hombre que no podía ver más allá —dijo con rabia—. Cree un ser vivo único, uno oscuro y hambriento que tomó lo que quiso del mundo. Arrasó ciudades enteras dejando que se impusiese la ley del más fuerte.

No quería tocar el agua.

No debía hacerlo porque la oscuridad la tomaría.

—Pero muchos inocentes… —susurró.

Era consciente de las pérdidas.

—¿A quién le importan los inocentes? Somos una casta fuerte. ¡La élite! Cuando los dioses dictaminaron que los vampiros solo encontrarían el amor verdadero, sus almas gemelas, entre los humanos, tuve que intervenir.

El horror se dibujó en su rostro.

Las imágenes se sucedieron en su mente mostrándole cómo todos ellos murieron infectados por aquella sustancia. Los volvió locos, paranoicos y se atacaron los unos a los otros destruyéndose entre ellos.

—¿Qué hiciste? —preguntó Eiren.

Aterrorizada.

—Hice un sacrificio de sangre.

Lo vio.

El padre de Nox.

El vampiro tomó la muñeca de su madre dejando claro que no permitiría que le hiciera el

menor daño. A Max pareció no importarle, perdió el norte muchos siglos atrás.

—Usé la magia para conseguir una raza superior de vampiro, un ser capaz de destruirlo todo y a todos. Mis pequeños, mis creaciones más privadas fueron atrapadas por un hombre que jamás comprendió que debíamos reinar.

Se refería a todos los seres que infectó.

Los vio como a sus hijos a pesar de que tenía a tres.

Ellos habían sido muy pequeños entonces. Solo recordaban haber ido a la guerra, pero no los motivos.

—Lo hicisteis, durante siglos. Los humanos no han tenido una oportunidad con vosotros —recriminó Eiren.

Max no parecía satisfecha.

—Sí, algo que me sorprendió, la verdad. No esperé ese resultado tan afortunado, no obstante, seguimos siendo débiles.

Max escupió al suelo tratando de obligarla a tocar el agua, pero no fue capaz de moverla por el agarre impasivo de su hijo.

—¡Miraos! El uno en brazos del otro, retozando como animales en celo. ¡Es repugnante!

Odiaba a las otras razas. Todas habían sucumbido a su veneno, perdiéndose para siempre.

Cayendo en el olvido.

Aquello era horrible.

—¿Y crees que destruir a los humanos te hará sentir mejor? ¿Qué comeréis después? ¿Piedras?

—Os esclavizaremos. Cadenas, golpes y cortes será lo único que conoceréis. ¡No podéis convivir! —rio como si estuviera loca, bueno, tal vez lo estaba—. ¿Sabes por qué solo sobrevivieron dos especies?

Se lo imaginaba, pero parecía no ser capaz de librarse de la lección de la profesora maníaca que tenía delante.

—Protegí a los vampiros. Mi creación solo les envenena temporalmente. No pensé en los humanos, pero os corrompéis con tanta facilidad… Fuisteis inmunes. Solo os da una especie de subidón, así como la sangre de vampiro, y ya está. ¡Qué decepción! Fue hermoso ver las especies más puras consumirse por el caos.

Tenían que salir de allí inmediatamente. Aquello estaba mal y esa magia oscura tiraba de ella con tanta fuerza, que creyó ser capaz de ser consumida por ella.

—Señorita, tenéis que marcharos ya. Os está entreteniendo. Lo que aquí parecen horas, en nuestro tiempo son días —indicó Charles.

Ese fue el momento de Max para soltar el agarre de Eiren. Su furia ya tenía otro nombre peor.

—¡Maldito traidor! —bramó yendo a por él.

Nox la interceptó.

Tomó a su madre por el cuello, siseó mostrándole los colmillos y la levantó del suelo ahogándola con su agarre.

—¿Por qué querías ganar tiempo?

Fue una pregunta, pero era la exigencia de un rey y su cuerpo tembló en consecuencia.

—Porque abrir esa puerta requiere dos cosas: un sacrificio de sangre masivo y la llave. Tengo la guerra y tengo a la portadora de magia. Ahora puedo liberar el caos puro.

Eso significaba que la guerra ya estaba ocurriendo.

Era un hecho.

Y tenían que ayudar.

—No te ofendas, pero tu madre está loca —escupió Eiren.

Charles fue hacia ella.

—Señorita, yo los llevaré —indicó tomándole del brazo.

Después, a pesar de que Nox quiso asesinar a su madre, no pudo porque Charles lo tocó sacándolos de ese tiempo. No podía cambiar el transcurso de los años. Matarla solo dejaría una incógnita que no podrían solventar.

Una luz blanca los cegó unos segundos.

Después, el invernadero que conocían se abrió ante sus ojos.

—Me advertiste… —dijo, confusa.

Todo giraba en su mente.

—¡¿Qué eres?! —preguntó Eiren— ¿Y de qué bando estás?

Todo su cuerpo temblaba como una hoja, todavía podía sentir esa terrible oscuridad cerniéndose sobre ella, ansiando su poder para retorcerlo y controlarlo. Había estado tan cerca.

—Yo soy un dios menor. Se podría decir que soy el dios del hogar, hago que todo esté donde debe estar y que todo funcione. Sé todo lo que necesita un hogar y las personas que habitan en él.

Y de ahí su termo mágico.

—¿Y qué haces trabajando para la loca esa?

Sintió sus palabras al darse cuenta de que hablaba de la madre de Nox. Aquello no era demasiado cortés.

—Me encadenó a ella siglos atrás. Os he estado siguiendo mucho tiempo y juré proteger esta casa. No dejaré que nada dañe este hogar, ni a sus habitantes.

Nox se colocó ante él.

—¿Puedo confiar en usted?

—Sí, señor —declaró solemnemente.

—¿Cómo puedo creer en ti?

El mayordomo señaló a Eiren.

—Confíe en que jamás la dañaré. Es lo que nos separa de esa putrefacción. La necesitamos. Es la llave. La clave.

CAPÍTULO 49



Palabra del día: Guerra.

Cuando salieron del invernadero todo parecía diferente. Había cristales por el suelo, algunas ventanas colgaban de su estructura y partes del castillo tenían visibles agujeros de bala.

—¿Qué? —preguntó Eiren sin tener muy claro qué decir.

Charles palideció antes de enfadarse. Era su hogar, el templo de un dios, un lugar sagrado que protegería con uñas y dientes.

—Hemos estado fuera mucho más de lo que imaginé —susurró Charles antes de desaparecer.

Nox tomó a Eiren por la cintura, después corrió por los pasillos hasta encontrar a todos en su despacho. Tenía tan mal aspecto que se sorprendieron, parecía que llevaban una eternidad sin descansar. Las ojeras habían hecho acto de presencia y estaban tan desaliñados como cubiertos de sangre.

—¡Estáis vivos! —exclamó Snider llegando a ellos.

¿Vivos?

¿Qué les había hecho pensar lo contrario?

—¿Dónde habéis estado? Os hemos estado buscando por todo el reino —preguntó Shade.

Ellos se miraron.

—En el invernadero —dijeron a la vez.

Sus amigos y familiares se sorprendieron.

—¡Lleváis tres días desaparecidos! —explotó Ebony.

¿Cómo que tres días?

Apenas habían estado unas horas con la reina vampira Max.

—El caos se ha apoderado del reino —explicó Nazra—. Tanto Reese, que consiguió escapar, como Zion han hecho sus movimientos. Han suministrado la droga éxtasis a sus lacayos y están consiguiendo que los humanos y los vampiros se exterminen los unos a los otros.

Espera.

Debían parar esa carnicería.

Era el sacrificio de sangre que esa putrefacción necesitaba.

—Charles, ¿cómo llegó el éxtasis a Reese?

Con dolor, el mayordomo bajó la mirada tan arrepentido que solo tuvieron una única respuesta: había sido él el que se la había proporcionado. El corazón de Eiren se encogió.

Por su culpa los vampiros la habían perseguido.

—La señora Max ha tenido control sobre mí hasta después de la tumba. Entregué el éxtasis unos años antes de que encontraran a la señorita Eiren. Desde que ella llegó a este palacio, no han podido controlarme.

Eiren frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

Charles sonrió amablemente.

—Solo respondo ante la señora de la casa.

Eiren jadeó.

—Todo esto es precioso, pero ¿alguien podría explicar qué es lo que ocurre? —exigió Shade.

Lo hicieron.

Estuvieron cerca de dos horas poniéndose al día de todo lo sucedido en ambos bandos. Nox y Eiren se pusieron al día con la situación y era mucho más crítica de lo que parecía.

Muchos inyectados estaban arrasando las facciones, otros, se habían atrincherado en la facción alimentaria y estaban sirviendo de alimento a aquellos seres que se morían de hambre.

Y Zion, para hacer frente al caos, había dejado que los humanos se inyectasen éxtasis para contrarrestar a los vampiros.

—Tenemos que encontrar a Zion —anunció Eiren.

Nox gruñó.

Sí.

Su primera frontera.

—Si queremos parar esto, tenemos que encontrarlo. Este sacrificio de sangre debe parar. Tal vez conozca un antídoto o algo para parar a los vampiros y que deje de reinar este caos.

Pero Nox no compartía su pensamiento. Luchó por alejar la idea de golpear a ese vampiro con algo contundente. Ahora necesitaban trabajar unidos, las peleas no ayudarán en nada.

—Nox, por favor, confía en mí.

Gruñó como respuesta.

Bien, ya había tenido suficiente con eso.

Eiren giró sobre sus talones y salió del despacho. Iba a tener que hacerlo ella misma si aquel ser parecido a un tigre seguía gruñendo. No iba a razonar con él porque sabía el resultado.

Era muy obtuso.

Y ella no tenía tiempo para tonterías.

Cuando alcanzó las escaleras vio un pequeño borrón, uno que adivinó quién era y simplemente subió las manos a modo rendición. Nox la tomó entre sus brazos y la apretó con fuerza rehusando soltarla.

La rabia burbujeaba en las venas de Nox, no tenía sentido para comportarse de esa forma, pero el nombre de Zion lo enfermó. Por su culpa él había sido inmensamente cruel con Eiren.

No podía creerse que ahora ella quisiera ir a por él.

Algo fallaba en la mente de Eiren y no le permitiría cometer una locura.

Sin sentido alguno, ella tomó su rostro con una sonrisa agradable. Sus ojos claros lo miraron con amor. Era tal el sentimiento que la ira de su cuerpo comenzó a calmarse, como si ella fuera un bálsamo reparador.

—Estás teniendo una rabieta —anunció la humana.

¡Menuda ofensa!

¡No podía estar teniendo eso!

—No —contestó con un gruñido.

Pero a ella no pareció impresionarla sus ruidos.

—Sí. Te has sentido celoso y estás teniendo una rabieta, es normal sentirse herido, Nox.

Lo explicó de forma tan sencilla que no fue capaz de refutar palabra alguna.

¿Podía tener razón?

—Me he sentido… —susurró Nox.

Buscó en su interior tratando de comprenderse. Después del miedo de ver a su madre querer dañar a Eiren, le había seguido un dolor al saber que su padre había muerto para ser un sacrificio y, culminó, con la humana queriendo ir tras el único humano que detestaba con todo su corazón: Zion.

—Solo. Dolido. Furioso. Como si jamás fueras a volver a verme solo por ir a pedir ayuda —explicó Eiren.

Nox asintió envolviéndola todavía más. Adoraba sentirla sobre su pecho, con sus piernas rozando las suyas y con su aroma embriagándolo. Calmaba su interior proporcionándole un efecto sanador.

—Pues aquí estoy. Hagamos esto juntos, con menos gruñidos.

¿Podía hacer eso?

La guerra estaba abierta. Como monarca, debía ayudar al resto de su gente, pero no quería poner a Eiren en peligro. A su vez, una vocecilla interior le dijo que ella nunca se quedaría de brazos cruzados.

No abandonaría el campo de batalla.

Tenía razón: debían hacerlo juntos.

—Bien, pero no puedes morir.

—De acuerdo —aceptó Eiren—. Tú tampoco.

Selló el trato con un profundo beso. Ese contacto lo hizo verdaderamente feliz y sintió que podía quedarse allí con ella eternamente.

—Bueno, venga, a la guerra. Que los que no tenemos pareja no nos merecemos que os vayáis comiendo la boca cada dos por tres —declaró Snider.

—A mí no me importa —intervino Shade.

—A mí me parecen tan bonitos —suspiró Ebony.

—Yo los besos lo puedo tolerar, hasta podría verlos follar —comentó Nazra.

—¡Eso no pasará! —gritaron Nox y Eiren a la vez.

***

Llegar al bosque fue mucho más difícil de lo que creyeron. Tuvieron que abrirse paso por verdadera hordas de vampiros fuera de control y humanos que plantaban cara como feroces leones.

El olor a éxtasis la sobrecogió.

Cada paso que daban era mucho más aterrador que el anterior. Dejando que esa cosa viscosa entrase en sus organismos, Eiren se estremecía. Eran pequeñas partes de un todo, un ente vivo que estaba atrapado en las profundidades del bosque.

—¡Zion! —gritó Eiren al verlo.

Acorralado por dos vampiros, fue Nox el que llegó y les arrancó los corazones a ambos.

Después, le mostró los colmillos a Zion en tono tan amenazador que el cazador le apuntó con un arma.

—¡Parad!

Se colocó entre ambos.

—No tenemos tiempo para esto. Tú —mirando a Nox—, controla tu genio y tú —señalando al humano—, me debes una gigantesca disculpa.

Ambos cerraron la boca de inmediato reconociendo su autoridad.

—Creí que habías muerto, que ellos… —murmuró Zion.

Ella le dio un golpe en su brazo.

—Hubiera sido tu culpa. Los inyectaste, loco psicópata.

La culpa se iluminó en los ojos del cazador. No habló, dejó que los remordimientos dolieran en su pecho. Él sabía el daño que había provocado. Lo que sus actos habían conducido y que ella siguiera con vida fue un milagro.

—Salvaste a mi gente. Gracias.

—A nuestra gente, soy humana, ¿recuerdas?

Lo era.

Ciertamente lo era.

—¿Y qué haces con él aquí? —preguntó Zion con desprecio, mirando al rey de los vampiros.

Eiren lo vio todo rojo, pero prefirió calmarse.

—Agradecerte la preciosa velada nocturna que tuve hace unos días. Un paseo encantador, pero la próxima ahórrate el momento persecución y mordisco. Solo por eso te puntuaré un poco peor como atención al cliente —bromeó.

Los disparos sonaron mientras los vampiros acorralaban la ciudad.

Zion vio como Ebony hacía volar tres vampiros de golpe y le arrancaba el corazón a dos protegiendo a una familia con un bebé en brazos.

—¿Está inyectada? —preguntó el cazador.

Nox negó.

—Tu hermana da miedo.

—Pues espera a que quiera llevarte a una fiesta y te seleccione cincuenta trajes. Es encantadora —resopló Eiren.

Evitando que hiciera un movimiento en falso, ella tomó del cuello del chaleco antibalas a Zion y lo arrastró unos metros. Cuando lo tuvo cerca de una hoguera, lo miró a los ojos con seriedad.

—Todas las células de mi cuerpo me piden que te mate, pero he visto arrepentimiento y sé que disparaste a Nox cuando me mordió. Creo que hay algo bueno en ti, necesito creer que puedo contar contigo.

Snider ayudó a un cazador que estaba siendo mordido por un vampiro.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Zion.

—Estamos aquí, ayudando, no me digas que no lo ves. Están matando a los suyos para protegeros. Tiene que significar algo, Zion. Deja de ver odio hacia ellos y reconoce que no todos son iguales.

Zion negó.

Estaba perdido en sus recuerdos, pero ella no iba a rendirse fácilmente.

—Mira, pueden ser bestias, ¿vale? Yo misma lo he vivido en mis carnes. También me han demostrado que morirían por alguien que les importa. Cuando vieron lo que me habían hecho sus almas cayeron al suelo, corrieron por mi vida y compartieron su sangre conmigo. Hasta entraron

en la enfermería como corderitos al borde del matadero. No son los monstruos que recuerdas. Vuestras diferencias son salvables.

Nox entró en la batalla. Delegó en ella, lo que la hizo feliz. Fue capaz de confiar en su palabra y en su juicio. También en que el cazador no la dañaría voluntariamente.

—¿Qué propones? —se rindió Zion.

—Esa droga es mierda pura. Necesito el antídoto.

Su rostro cambió.

Y eso la asustó de verdad.

—No lo hay.

No era posible.

—Mira, esa mierda fue creada por la madre de Nox. Estaba loca y corrompió la magia de este mundo. Todo ser puro y de buen corazón perdió la vida por esa sustancia, dejando las dos más destructivas. Somos iguales a ellos, Zion. Ella orquestó esta guerra para hacer un gran sacrificio de sangre. Hay un ser monstruoso y horrible esperando ser liberado para devorarnos a todos. No se trata de vampiros o humanos, esto se acaba ahora. ¡Podemos ser iguales!

Ella era la prueba viviente de eso.

—Además, ahora sé que las almas gemelas solo se dan en parejas de vampiro-humano.

A Zion se le curvó el labio.

—¿Me estás diciendo que mi alma gemela está entre esta multitud enfurecida?

—O puede que te la hayas cargado viendo lo simpático que eres con ellos.

Eso no le gustó ni un pelo. Entonces un brillo de esperanza brilló en sus ojos, fue fugaz, aunque lo vio completamente. Todos buscábamos alguien a quien amar, ese ser que nos aceptase tal y como somos.

Sin fingir.

Sin cambiar.

—Voy a arrepentirme de esto… ¿Qué quieres que haga? —preguntó Zion, cediendo.

Eiren sonrió.

—Solo aguantad. ¡Ah! —señaló a las inyecciones—. ¡No os pinchéis esa mierda!

Girando sobre sí misma, el horror le giró el estómago cuando vio a tres vampiros sobre Nox. Él luchó contra ellos, los asesinó casi sin esfuerzo antes de que otros tres cayeran sobre su cuerpo.

Estaba solo.

Y no podía dejarlo morir.

Invocando sus raíces, protegió a la persona que más amaba en el mundo. Después, se acercó a uno de los vampiros tomándolo del cuello dispuesta a sesgar su vida.

Entonces algo cambió.

Su magia pidió permiso para salir, una diminuta luz blanca entró por la boca del vampiro y todo cambió. Tosió, se retorció y gritó unos segundos antes de parpadear verdaderamente confuso.

—¿Señorita, Eiren? ¿Mi rey? —preguntó mirándolos asustado.

Ella acunó su rostro.

—Cuida a los humanos.

—Sí, mi reina —contestó.

Ahora tenían una forma de ayudar.

Aunque iba a ser un verdadero caos conseguir llegar a todos.

CAPÍTULO 50



Palabra del día: Luz.

A Nox se le hinchó el pecho de orgullo cuando escuchó que la llamaban «mi reina». Se había ganado a los suyos con sangre, dolor y lágrimas. Todos parecían saber lo acontecido con Reese y Paola, así como el ataque cuando estuvieron inyectados.

—¡Zion, trata de no matarlos! ¡Noqueados nos sirven! —bramó Shade.

El cazador se rio pasando a munición no letal.

—Si me hubieran dicho esto hace unos años… —rio.

—Tranquilo, yo vigilaré tu tierno culito —bromeó Nazra apareciendo a su lado y desapareciendo.

Iban a atormentar a ese hombre por todos sus crímenes.

Ebony gruñó cuando una de sus nuevas balas noqueó al vampiro con el que estaba peleando.

—¡No te necesito para nada, cazador! —se quejó ella.

Zion levantó ambas manos a modo rendición.

—De nada, colmillos.

—Cuando esto acabe hablaremos de lo que le hiciste a Eiren, verás ahí mis colmillos.

Nadie se metía con Ebony y salía indemne. Esa mujer era una fuerza de la naturaleza tan letal que pocos podían enfrentarse a ella.

Eiren, escoltada por Nox incansablemente, comenzó a agitar sus manos poco a poco. Con precisión, lanzó su magia a cada vampiro que encontró. Todos reaccionaron de la misma forma que ellos después del éxtasis.

Estaban desubicados, asustados y con demasiadas vidas en su cuenta.

—¡No matéis a los vampiros! ¡Pelearemos juntos! —ordenaba Zion una y otra vez.

—¡Proteged a los humanos y tratad de no matar a nadie! ¡Solo queremos noquear! —ordenó Nox.

Eran los representantes de sus razas.

Trabajando juntos.

No había sido queriendo a decir verdad, pero lo habían conseguido gracias a Eiren. Ella era

alguien increíble.

No podía ser perfecta, porque la perfección era aburrida. Ella era valiente, fuerte y con un espíritu capaz de conseguir cualquier cosa. Había doblegado a un vampiro de siglos de antigüedad y también había alejado a un cazador de su odio a los que consideraba sus enemigos.

Ella era esperanza.

Era luz.

Una nueva horda de vampiros apareció en el horizonte. Eran muchos, tal vez cientos y eso encogió su corazón. Nox sabía que detenerlos iba a ser difícil, pero que Eiren los purificase iba a serlo más.

Su magia la consumía.

La agotaba.

No podría salvarlos a todos. Eran vidas que debía proteger, a algunos seguramente los conocería. Y no merecían eso.

—¡EIREN! —rugió una voz conocida.

Reese.

Su cara desfigurada hizo acto de presencia. Al parecer era cierto que no podías recuperarte después del fuego azul de Eiren. Lejos quedaba el hombre atractivo que fue tiempo atrás.

Ahora su odio brillaba hacia su mujer.

Cortándole el paso, Nox golpeó en el pecho haciendo retroceder al vampiro que trató de llegar hasta Eiren. Lo proyectó metros más allá con contundencia, dejando que se revolcase por el suelo como el animal rastrero que era.

—El rey protege a la reina. ¡Una preciosa historia de amor! —bromeó.

Dándole una mirada a Eiren, le indicó que siguiera purificando mientras él se enfrentaba a ese ser.

—Yo prefiero más el drama —inquirió Reese.

Nox era más de sangre.

Y ahora quería la de Reese.

No tragaría ni una gota de ese cuello, ni una sola, pero la esparciría por el campo de batalla como si de champán se tratase.

Pelearon como verdaderos animales. Por cada golpe que Reese consiguió dar, él se lo devolvió multiplicado por cinco. Por desgracia, pasados unos segundos, algo le dijo que estaba pasando algo malo.

Una sombra.

Solo una leve chispa, apareció tras el cuerpo de Eiren.

Ella, absorta en su magia, no fue consciente de lo que ocurría. Fue Nox el que corrió hacia ella momentos antes de que su madre apareciera clavándole una inyección en el pecho.

—Tú… Estabas muerta… —gorgojeó Nox.

Max sonrió maliciosamente.

—Eso era lo que tenías que creer. Tu padre era un vampiro, no se puede morir de amor si no es un alma gemela. Era solo un perdedor que me convirtió en reina, después, cuando no fue útil, simplemente lo dejé ir.

En otras palabras: lo sacrificó.

—¿Eso soy yo? ¿Un sacrificio?

Su madre acarició su mejilla.

—Eres un mal necesario. Como vampiro más fuerte, causarás estragos mientras yo me llevo a tu encantadora humana.

Quiso pelear.

Gritar.

Gruñir.

Y solo consiguió perder la batalla con ese enemigo que fluyó por sus venas. Todo se volvió borroso entonces.

El miedo se instauró en su pecho.

Eiren.

Tenía que salvarla.

***

—Tú vienes conmigo —escupió Max tomándola del codo.

Eiren se resistió contra un ser sobrenatural que la arrastró a toda velocidad por el bosque. No le dio tiempo a pedir ayuda, a gritar al resto que la ayudasen porque la hizo desaparecer en la oscuridad como si de sombras se tratasen.

Lo único en lo que pudo pensar fue en Nox.

—¡Suéltame, zorra! —bramó furiosa.

No quería ir con ella.

No la escuchó, pero lo haría.

Definitivamente se detuvo cuando su fuego la quemó. Se retiró de ella con un quejido cuando consiguió golpear su espalda.

—Déjemela a mí, mi reina —suplicó Reese—. La reclamaré como mi mascota.

La reina lo fulminó con la mirada, obligándolo a encorvarse como a un animal asustado.

—Tiene que abrir la puerta. Después te dejaré que hagas con ella lo que quieras.

Eso no iba a pasar.

Antes los quemaba a los tres juntos que permitir que esa puerta se abriese y que Reese la tocase.

—Niña, camina —ordenó la reina vampira.

Eiren sonrió.

—No.

Reese apareció a su espalda tomándola de la nuca y levantándola un poco. Ella jadeó por la sorpresa, pero no por el miedo. Jamás sentiría algo así por un ser como Reese. Solo real y verdadero asco.

—Si la reina te dice algo, lo haces, humana estúpida —siseó furioso.

Eiren negó con la cabeza provocando mucho más su enfado.

—Espero que tu sangre sea mucho más dulce que la de tu hermana. Fue un enorme placer comérmela hasta el final —le susurró en su oído provocándole escalofríos.

Ella levantó la mano mostrándole una hermosa bolita de fuego.

—¿Quieres que te iguale la cara? —preguntó ella haciendo que la soltase.

Huyó unos metros realmente aterrorizado.

—¡Es solo una humana! —bramó Max llegando a ella.

Golpeándola en el estómago, le cortó toda la respiración. Su consciencia estuvo a punto de abandonarla. Entonces lo aprovecharon para llevársela lo más lejos posible. Eiren, aturdida, dejó caer una mano invocando una diminuta luz blanca.

No se percataron de ello.

Y eso la hizo realmente feliz.

***

Nox estaba fuera de control. Lanzó a sus dos amigos tan fuerte que chocaron contra árboles rompiéndolos en el acto. No podían con él. Muchos estaban tratando de contenerle, pero inyectado, estaba siendo imposible.

—¡Colmillos! Tu hermano es un dolor en el culo —se quejó Zion antes de esquivar un ataque del vampiro.

Disparó contra él y la bala rebotó como si fuera un muro de acero.

—Métete con mi hermano y me hago un bolso con tu piel —respondió Ebony.

Saltó sobre la espalda de Nox envolviendo sus brazos en su cuello. Querían hacerlo caer, noquear de alguna forma. Después, Shade apareció dándole un par de puñetazos en cara y estómago.

—Esto no es personal, hermano, pero es divertido —confesó el vampiro.

Él se retorció.

Alcanzó a Ebony del cabello y la lanzó con fuerza. Y, para su hermano, usó su pierna para romperle las costillas de una sola patada.

—Te estás pasando… —aulló Shade.

Snider y Nazra le cortaron el paso.

—Amigo, estás fuera de control —dijo Snider.

—Tu gente te necesita —declaró Nazra.

Aquella bestia parecía estar a punto de escupir espuma por la boca. No era el Nox que conocían, estaba perdido en una bruma oscura que le hacía sentir un hambre y una ira atroz.

—Ei… Ren…

Zion frunció el ceño.

—¿Qué coño ha dicho? —preguntó disparándole con un rifle.

Eso solo lo enfureció.

Ebony lo protegió cuando vino a por él, llevándose un puñetazo antes de que ella pudiera siquiera alcanzarlo.

—¡Colmillos! —gritó, preocupado, corriendo hacia ella.

La vampira se recompuso veloz, enfadada por lo que estaban viviendo. Todo el tiempo que perdían con Nox, gente moría, necesitaban noquear a aquella bestia para poder seguir ayudando a los demás.

—Ei… Ren…

Repitió.

—Tíos, está diciendo Eiren —declaró Zion.

—Imposible —escupió Nazra.

—No la puede recordar en ese estado —comentó Shade.

Pero lo había dicho.

Alto y claro.

Un nuevo asalto contra el rey acabó como se esperaba. Los lanzó a todos, apartándolos de su camino. Eso fascinó al cazador, quién, mirando a su alrededor, se dio cuenta de que actuaba diferente al resto de inyectados.

Los demás comían, desmembraban y asesinaban. Él, aunque podía, no estaba tratando de matarlos.

Solo quería apartarlos.

—¡Creo que quiere encontrarla! —gritó Zion.

Un nuevo golpe los proyectó.

—Decidle al cazador que deje de chupar setas alucinógenas —pidió Snider.

—Ei… Ren…

Todos se detuvieron en seco.

—Decid lo que queráis, chupasangres, pero está llamándola —declaró Zion.

Estaba claro ahora.

Cuando todos dejaron de atacarle, él se mantuvo quieto, esperando a que pasase cualquier cosa. Todos lo observaron, estaba tenso como la cuerda de un arco. Parecía pelear contra sí mismo.

¿Era eso posible?

—Está resistiéndose —declaró Nazra.

Shade entró en su campo de visión.

—Ey, hermano. ¿Quieres a Eiren para cuidar o comer?

No podían dejarlo si pensaba merendársela de nuevo.

—Reese… Dolor… Ei… Ren… Salvar… —masticó las palabras.

En ese estado era el primer vampiro que hablaba. Los demás se dedicaban a gruñir como bestias salvajes.

—Dejadlo ir —pidió Zion.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Ebony.

Tenían la evidencia delante.

No podían pelear contra él.

—La ama. La protegerá.

Todos se miraron entre sí. Ellos tenían más problemas que Nox ahora mismo, debían seguir noqueando vampiros hasta que todo acabase. El efecto de esa droga pasaría pronto.

—No te perdonaré si le haces daño —advirtió Ebony.

Nox respiró.

—Yo… Salvar.

Se apartaron de su camino.

Dejándolo ir.

Solo esperaban no haberse equivocado.

CAPÍTULO 51



Palabra del día: Reconocer.

El fuego de Eiren apartó a los dos vampiros de nuevo. Estaba cansada, tanto que sintió sus ojos cerrándose. No podía desfallecer, debía regresar para ayudar a todos los inyectados.

Necesitaba hacerlo.

—¡Deja de resistirte sucia humana! —gritó Max.

Ya no parecía la reina dulce de antes.

Estaba perdiendo los estribos.

La había arrastrado a las profundidades del bosque. Allí no existía la vida, nada podía sobrevivir a un lugar así.

Era oscuro.

Terrible.

Eiren notó la putrefacción por todas partes, parecía ser pequeñas esporas y, al respirarlas, tu cerebro moría un poco. Ese lugar estaba realmente envenenado. Hasta los grandes árboles comenzaban a morir.

Su corteza no era marrón, se había teñido de un negro profundo.

—¡Vas a abrir esa puerta inmediatamente!

—Por encima de mi cadáver —se negó Eiren.

No se puso nerviosa.

Respiró y mantuvo la calma mientras el caos estaba a su alrededor. Gritar no la llevaría a convencerlos. Ellos tenían un objetivo claro, solo tenía que seguir peleando y conseguir no abrir esa dichosa puerta.

Pero estaba sola.

Y eso siempre daba un poco de miedo.

—Déjeme probar su sangre, majestad. Solo un sorbo. No pienso en otra cosa desde que la vi —suplicó Reese.

Eiren le dedicó una sonrisa.

—Tendrás tu momento, querido amigo, cuando ella abra la puerta.

Max podía ser realmente encantadora. Era una serpiente que se lanzaría a morder en cuanto le dieran la ocasión. Para su alegría, Reese estaba tan perdido en sus palabras que no la cuestionó.

—Sí, mi reina.

Era demasiado cariñoso con ella.

—Reese me ha servido fielmente durante años. Apoyó mi causa, se acercó al rey, a la política y te reclamó cuando yo se lo dije. Le advertí que vendrías algún día, aunque siempre esperamos que lo hicieras unos siglos antes.

Eiren se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Me gusta llegar tarde a los sitios —bromeó.

No podía jugar con ellos.

Siempre estaba la opción de ganar tiempo, no obstante, la realidad era que ella era una humana con poderes que se estaban agotando y ellos dos vampiros. En especial una reina que debería estar muerta.

—¿Has estado escondida todos estos siglos?

Max se moría por contestar.

—Sí. Siglos y siglos viviendo como una vulgar ciudadana. ¡Mis sirvientes eran humanos! ¡Y he tenido que respetarlos!

Estaba molesta.

Claro, es que eso de querer ser la cúspide del mundo cansaba mucho.

—A algunos me los comí.

¡Qué divertido!

Eiren retrocedió un paso. Para su desgracia, Reese apareció tomándola de los hombros. Su sonrisa deforme le produjo un escalofrío atronador.

—Vamos a divertirnos mucho tú y yo —declaró el vampiro.

No.

No lo harían.

—Me das un poco de asco, no es personal —comentó Eiren.

El vampiro abrió la boca tan feroz que supo que estaba a punto de morderla. Querer defenderse casi no era una opción, así que, instintivamente cerró los ojos a la espera del dolor.

Un golpe de aire la liberó del agarre . Al principio su mente le dijo que siguiera con los ojos cerrados, pero un olor familiar la animó a abrir los ojos. Entonces se topó con Nox.

Solo que parecía… Diferente.

Más feroz.

Salvaje.

¡Oh, mierda!

Inyectado.

—¿N… Nox? —tartamudeó.

El vampiro se cernió sobre ella como un animal hambriento. Siseó a su madre en señal de advertencia, mostrándole que no tenía intención alguna de dejar que la tocase. Eso la hizo temblar.

¿La comería a mordiscos otra vez?

—Es imposible que haya podido seguirnos, tenía muchísimas presas a las que comer donde lo dejamos —refunfuñó Reese.

Eiren puso los ojos en blanco.

Ese hombre merecía morir ya solo por pesado.

—Nox, cariño, ven con mamá.

La voz melosa de Max le produjo arcadas.

Por suerte para ella, o no, según se mirase, el rey no se movió de su lado. La custodió como si tuviera la certeza absoluta de que se la iban a quitar en cuanto bajara la guardia. Y no podía permitirlo.

—Te quiero, Nox —susurró Eiren.

Pasase lo que pasase ahí quería que lo supiera.

—Ei… Ren… Luz…

Sorprendida, miró hacia arriba encontrándose con los ojos de Nox.

Había encontrado su luz, su rastro de miguitas de pan para ser encontrada.

¿La reconocía?

¿Se resistía a la droga?

—Reese, acaba con él, necesitamos a la humana.

—Pero es su hijo… Mi reina.

—¡Que lo mates!

A esa mujer ya no le importaba nada, ni siquiera su propio hijo. Lo había envenenado para que matase al resto, sin reparar en que sus hijos menores también estaban allí. Esa mujer era un monstruo.

—Atrévete a tocarle y te destrozo —amenazó Eiren.

La magia se activó a su alrededor sabiendo que era el momento de zanjar la historia que tenían entre manos. Había durado desde la Gran Noche, desde que la reclamó y no la dejó en paz.

—Puedo con él —le dijo a Nox.

—Cui… da… do…

No se lo negó.

En el fondo de su alma sabía que necesitaba zanjar esa historia. Él prefirió lanzarse sobre su madre para dejarle a Reese solo para ella.

Moviendo una mano se cubrió de fuego de los pies a la cabeza. Era su mayor protección a cualquier mordisco. No le daría el gusto de probar su sangre, se iría de este mundo sin saborearla.

—Podíamos haber sido tan felices, te hubiera cuidado tanto —resopló Reese.

Era repugnante.

Eiren suspiró.

—Debo concederte una cosa, eres bastante intenso. Persistente.

En su caso no era una virtud.

Proyectó contra el pecho de Reese una explosión que no llegó a impactar contra él. Su velocidad lo ayudó a esquivar el ataque. Barriéndola con las piernas, la tiró al suelo provocando que perdiera todo el aire de sus pulmones.

Fue doloroso, pero ya había experimentado el dolor real.

Ahora solo tenía que centrarse en acabar con ese hombre.

Intentando levantarse, él la volvió a golpear de nuevo tirándola contra el suelo de nuevo. Eso dolió, sus manos se agrietaron con el contacto contra el suelo. No fue gran cosa, aunque supo que su sangre animaría a Reese.

—Tienes un olor delicioso.

¿Cuánto tenía que soportar?

Ese hombre la había perseguido, reclamado una y otra vez. La había obligado a comportarse como una mascota y había dado a Zion las drogas que volvieron loco a Nox y a los demás.

Eiren gritó.

No fue dolor si no rabia.

Una gran raíz salió del suelo a su llamada. Feroz, siguió a Reese que, a pesar de su velocidad, no fue capaz de escapar a su poder. Lo alcanzó tomándolo de un tobillo y se afianzó a él con fuerza y rabia.

Después lo suspendió en el aire convocando otra raíz que lo tomó del cuello.

Sería tan fácil tirar.

Simplemente cortar su vida de un golpe.

Antes de verlo desaparecer, Eiren necesitó caminar hasta él. Miró a los ojos a aquel terrible vampiro que había hecho imposible su vida. Él le siseó como un gato acorralado y ella respondió sonriendo.

—Ya no puedes hacer nada —le canturreó.

No le gustaba matar, pero con él haría una excepción.

El mundo estaría mejor sin él.

—Perdóname la vida y te prometo que seré un vampiro leal. He servido al rey fielmente.

Bajo las órdenes de Max.

No había que olvidar esa parte.

—No me interesa, Reese. No te quiero.

Era maldad pura. Había llevado a Paola al bosque, los había obligado a entregarla cuando podía seguir viviendo en la facción alimentaria. Puede que fuera una persona cuestionable, no obstante, no merecía un final así.

Lo miró por última vez.

Respiró profundamente y no parpadeó.

Obligó a sus raíces a tirar cada una hacia un lado hasta que la cabeza fue libre del resto del cuerpo. Apenas escuchó sus gritos y, si los hizo, estaba tan preocupada esforzándose por respirar que no los escuchó.

Ya no estaba.

Era libre.

***

Entre la bruma, Nox se lanzó contra su madre.

Sabía que Reese solo podía ser para Eiren. Después de todo lo sufrido no podía quitarle eso. Se merecía cazar a su presa por una vez y acabar con ella. Eso la haría libre de todo lo vivido.

La ayudaría a sanar.

Él, por su parte, golpeó a su madre con tanta fuerza que notó algunas costillas ceder bajo su puño. Su grito lo reconfortó.

Durante siglos Shade y Ebony le recriminaron que no actuó bien con su madre. Eran del parecer de que había sido excesivamente cruel con ella. Ahora tenía razón, después de tanto tiempo.

Resultaba…

Liberador.

Ella no lloró la muerte de su padre. Lo enterró para después decir que moría de amor. Fue deteriorándose, sí, pero dejaba a sus hijos.

Y él, que no había conocido el amor, nunca comprendió lo que se sentía.

Si ahora le quitasen a Eiren sabría que moriría de verdad. No tardaría años como ella fingió.

Lo haría al instante y sin pensárselo dos veces. Aquella humana se había convertido en toda su vida.

Su alma.

Su espíritu.

Y si no acababa con su madre la llevarán hasta el lugar ese oscuro que parecía ansiar poseerla.

—Tu amor por ella te hace pelear contra la putrefacción… —comentó su madre con sorpresa.

Su amor lo fortalecía.

Había tardado en comprender qué eran sus sentimientos, pero ahora jamás renunciaría a ellos. Eiren era suya, así como él de ella. No existía persona en el mundo que pudiera alejarlos.

Neutralizaría cualquier enemigo en su nombre.

—Mi… Fuerza…

Le costaba hablar.

Todo su cuerpo le pedía dejarse vencer. Ceder a el hambre y perderse en la sensación de devorar a Eiren una y otra vez. Su sabor sería adictivo, él se sentiría mucho mejor y los miedos desaparecerían.

Sería tan fácil.

Mirándola de reojo, la vio invocando una raíz.

Debía de ser fuerte por ella. Ahora y siempre.

—Tal vez una segunda dosis te haga pensar mejor… —rio su madre pinchándole en el pecho.

Furioso, la tomó del cuello con toda su fuerza. Vio el miedo en los ojos de la mujer que lo trajo al mundo.

Y agradeció que ella nunca supiera en lo fuerte que se había convertido. Llevaba siglos entrenando para ser un buen monarca. Tenerla del cuello fue demasiado fácil como para resistirse.

Sonrió al borde de la locura.

—Soy tu madre —sollozó mientras él seguía apretando.

No recordaba ninguna madre.

—Mu… Er… Ta…

La enterró muchos siglos atrás. Esa mujer era una pobre representación de una mujer que debió de quedarse en el pasado.

Con rapidez, metió la mano en su caja torácica y le arrancó el corazón. Podía haberla hecho sufrir, sí, pero ya no importaba el dolor. Todo eso quedó en el pasado, ahora quedaba ver el futuro con esperanza.

Con amor.

Y su mente se nubló por completo por culpa del éxtasis.

CAPÍTULO 52



Palabra del día: Esperanza.

—¿Nox? —preguntó Eiren, dubitativa.

El vampiro que tenía ante sí tenía el aspecto del hombre al que amaba, pero lejos quedaba su conciencia. Ya no era el que peleaba contra la putrefacción, ahora el monstruo que su madre había querido que fuera.

—Soy yo, Eiren, ¿recuerdas?

El miedo se le atascó en la garganta.

No podía revivir una persecución de nuevo.

Lanzándose sobre ella, no pudo esquivarlo. Los dos cayeron al suelo, rodaron unos metros y después escuchó su siseo. Sabía que el mordisco vendría después, lo conocía bien después de su última experiencia.

Lanzándole una explosión leve al pecho, lo proyecto con fuerza unos metros más allá.

Giró para levantarse y volvió a caer sobre ella.

Gritó.

Realmente no quería vivir eso de nuevo.

—¡Nox! ¡Tú me quieres! —le bramó.

No escuchó.

Gruñó.

Era una bestia sedienta de sangre y ella era su presa.

Eso provocó que su propia mente se protegiera. Recordando la noche que fue perseguida, el miedo se hizo cargo. Recordó el miedo, el dolor y la desesperación que vivió en ese momento.

Sin ser consciente de lo que hacía, movió los dedos. Eiren no vio la raíz que salió del suelo que tenía a su espalda, tampoco lo rápido que avanzó hacia Nox y menos cuando lo atravesó con fuerza.

Parpadeando cuando Nox aulló de dolor.

Recobró la conciencia.

—¡NOOOOX! —gritó.

Alejando la raíz, tomó el cuerpo del vampiro cuando este se desplomó.

Lo abrazó con fuerza mientras él siseaba sin cesar, intentando morderla. Quería seguir bebiendo a pesar de lo grave que era su herida.

Y se lo había hecho ella.

Lloró.

Sus lágrimas cayeron sin control mientras la desesperación la volvió loca.

—¡Ayuda!

El bosque no respondió.

Nox se fue quedando más y más quieto. Estaba convencida de que le había dado en algún órgano vital. Ahora él se apagaba entre sus brazos de forma tan inevitable que se creyó morir.

—No me dejes, te lo ruego —lloró.

Acunó su rostro instándolo a mirar.

—Te quiero más que a mi vida —confesó.

Una delicada luz, una que se tiñó de azul, entró en él quitando de él esa putrefacción que lo había vuelto loco. Sus ojos rojos parecieron más lúcidos que nunca. La estudiaron comprendiendo lo que ocurría.

—Eiren…

Ella sollozó.

—Me protegiste y yo te hice daño, perdóname.

No podía contenerse.

Se estaba despedazando mientras sostenía a Nox.

—Shhh, todo está bien. Si tú sigues con vida, yo seré feliz.

No.

Eso no era lo que yo quería.

Eiren pensó, tendiéndole la muñeca, se la colocó en sus labios con fuerza. Él empujó un poco, pero estaba demasiado débil.

—Muerde —ordenó.

Nox negó.

—Te prohíbo morir, eres mío. Come y recupérate.

Como si se apiadase de su dolor, el cielo comenzó a llover. Poco a poco los empapó en la profundidad de aquel bosque que ya comenzaba a odiar con toda su alma.

—Te lo ruego.

Nox aceptó.

Sus colmillos entraron en ella de forma gentil. Eiren se aferró a él dejando que tomase lo que necesitase. No era el momento de tener miedo, solo de salvarlo. El resto no importaba.

Reconoció que no dolió.

Un mordisco podía ser realmente gentil.

—¡AYUDA! —bramó al cielo.

Largos minutos pasó llorando bajo la lluvia. A pesar de comer, Nox no pareció mejorar tanto como ella esperó. No podía dejarlo marchar, perderlo la rompería. Él era su vida entera.

Un sonido en la lejanía la alertó.

—Te mataré si te acercas —gruñó.

Unas caras aparecieron ante ella, pero, como si la bruma la hubiera invadido, no pudo reconocerlos.

—Eiren, tranquila, todo irá bien ahora.

¿Snider?

—¡Fuera! —aulló ella aferrándose con fuerza a Nox.

Lo protegió con su cuerpo. Si querían llegar a él tendrían que matarla primero y no pensaba ser fácil.

—Yo soy Nazra. No te haremos daño.

—¡No me oís! ¡Os lo haré yo a vosotros!

Ignoró las voces de su alrededor, su único cometido ahora era protegerle.

—Está en shock —dijo Snider.

¿De verdad eran ellos?

Siendo incapaz de ver más allá, Eiren invocó sus raíces. Las movió con fuerza a su alrededor luchando por proteger al hombre al que amaba. Iba a matar a todo aquel que se acercase demasiado.

—Eiren… Son ellos… —murmuró Nox.

Como si él pudiera sacarla del hechizo de su mente. La bruma desapareció dejando que Nazra y Snider aparecieran ante ella. Estaban heridos y muy sucios, aunque seguían siendo ellos.

—Vamos a sacaros de aquí —prometió Snider.

Eiren gruñó como un animal.

Sabía que la iban a ayudar, pero tenía miedo.

Poco a poco fue cediendo, dejó que ellos tomasen a Nox mientras ella luchaba por ponerse en pie. Pero, cuando la voz de Shade llegó a sus oídos, sus piernas flaquearon lanzando al aire un sollozo atronador.

Él la cogió a toda velocidad.

—Te tengo, Eiren.

Se aferró a él.

—¡Le he hecho daño! No puedo… Yo…

Estaba perdida en su mente. Haberle hecho daño la estaba volviendo loca por completo.

El vampiro acunó su rostro y la obligó a mirarle.

—Estará bien, estaréis bien. No pasa nada.

Era lo único que necesitaba escuchar, lo demás no importaba. Aceptando sus palabras, lo abrazó ansiando ese contacto. Iban a estar bien, él lo había prometido y podía confiar en la palabra de Shade.

Nunca le mentiría.

—Llévatelo, tengo que hacer algo —declaró Eiren.

Sí.

Quedaba un tema por zanjar.

—No puedo dejar que te vayas, Eiren —suplicó Shade.

—Lo haré. Confía en mí, volveré.

Era una promesa solemne.

A Shade no le quedó más remedio que confiar en que ella regresaría. Todos sabían que ella podía hacer una cosa más. Su destino había sido escrito, quedaba enfrentarse a él de cara.

No huir nunca más.

—Ve con cuidado —susurró Shade.

Girando sobre sí misma, Eiren caminó hasta el centro del bosque. Hasta esa oscuridad que la llamaba. Aquella putrefacción la ansiaba más que respirar, era como miel, como comida para el hambriento y bebida para el sediento.

«Abre puerta». Dijo una voz.

El éxtasis.

—No lo haré.

«Necesito salir. Muchos años aquí…».

No podía liberarlo.

O el mundo sucumbiría.

—No saldrás —declaró Eiren.

«Eres la llave».

—Las llaves no solo sirven para abrir, también para cerrar para siempre —sentenció.

«Tu poder morirá conmigo».

—Que así sea.

Canalizando su magia dejó que esta saliera de ella. No tardó en localizar la cerradura y supo que encajaría perfectamente. Sería tan fácil ceder… dejar a aquel mal libre… No lo hizo.

Ese mundo merecía prosperar.

«No me dejes morir». Suplicó la putrefacción.

—Debes hacerlo.

Un dolor agudo atravesó su pecho cuando la magia selló el destino del mundo. Rompió la cerradura impidiendo que alguien alguna vez pudiera abrirla. No le importaba ser una simple humana.

El mundo merecía más.

Esa putrefacción nunca se llevaría las almas buenas que conocía.

Cayó de rodillas gritando, fue como si le estuvieran arrancando las extremidades de golpe. Sollozó y graznó en busca de aire. Fue tan agónico que creyó que jamás lo conseguiría.

Pero tenía que hacerlo. Por todos los que amaba.

Ella daba su magia por todos.

«Hola, pequeña». Dijo una nueva voz.

Esta era dulce.

Femenina.

Casi como un abrazo.

«Lo has hecho muy bien mi dulce niña. Ahora todo mejorará».

—¿Quién eres?

No podía moverse, estaba tirada en el suelo, sobre una tierra muerta que comenzó a morir siglos atrás.

«Yo te cree, eres mi hija».

—¿Y qué eres?

«Puedo ser muchas cosas. Puedo ser vida o muerte. Alegría o tristeza. Yo soy magia, mi niña pequeña».

—¿Tú querías que condenase al mundo?

«No. Yo te di la elección. No podía interferir, solo ayudarte».

—Ahora no tengo magia… —susurró.

Con añoranza.

Pero feliz por salvarlos a todos.

«El destino siempre es bueno con aquellos que se sacrifican. Te concedo, mi pequeña, la vida eterna».

—Gracias —lloró Eiren.

Eso le permitiría estar siempre con Nox.

«Gracias a ti. Mira lo que has conseguido».

A su alrededor una luz azul brilló. De pronto sintió que el mundo entero lo hacía con ella.

Cerrando los ojos, notó como el mundo entero se purificaba. El mal salió de las entrañas, aquellas que llevaban podridas demasiado tiempo. Ahora todo eso se quemó, desapareció.

«Eres esperanza, mi niña».

—Eso ha sido hermoso.

«Lo has hecho todo tú. Has salvado a todo y a todos a pesar de sus diferencias».

—¿Eres una diosa?

La voz rio.

Tal vez había hecho la pregunta correcta.

«Ve con ellos, vive feliz, mi esperanza. Mi Eiren. Estoy muy orgullosa de ti».

—Gracias —sollozó Eiren.

Se sintió querida.

Amada.

En calma.

Libre.

CAPÍTULO 53



Palabra del día: Final.

Eiren regresó envuelta en una luz azul tan cálida que el dolor de sus corazones se esfumó. Así como el odio o el rencor, salió de ellos como si jamás hubiera estado allí. Desapareció sin más.

Estaba cubierta de sangre, barro y lágrimas, pero era la imagen de la belleza a pesar de todo.

—Deberías dejar que te examinen, Eiren. Podrías estar herida de gravedad —propuso Ebony llegando a ella.

La humana negó.

—No me moveré de aquí hasta que sepa que él está bien —declaró convencida.

No se iría sin Nox.

Nazra llegó a su lado. Con cariño, puso una mano sobre su hombro.

—Lo está gracias a ti. Le has salvado la vida, pero ahora tienes que pensar en la tuya. No le gustará verte mal por no dejarte cuidar. Vamos, permite que podamos ver que bajo esa ropa no hay una herida mayor, porque huelo tu sangre y sé que hay algo.

Ella parpadeó alejando el dolor, el miedo y la angustia.

—¿Vivirá? —preguntó esperanzada.

Necesitaba que así fuera.

—Lo hará. Ahora lo importante es que también lo hagas tú.

Aceptó el tratamiento que le ofrecieron.

***

—No quiso separarse de ti —le explicó Shade de nuevo.

Nox, vistiéndose después de una buena ducha, sonrió.

Su Eiren le había dañado, aunque también curado.

—Yo quiero algo así, Nox —suspiró Snider—. La forma en la que te quiere es tan cruda que dolió verla allí. Hubiera arrasado una facción entera por ti. Estaba sobre tu cuerpo, sin

reconocernos. Nos hubiera matado a todos.

Lo sabía bien.

La conocía.

—Algún día encontrarás a tu alma gemela —prometió Nox.

O así lo esperaba.

Snider tenía mucho amor que dar.

Dejándolos atrás, tenía un objetivo claro. Debía encontrar a Eiren al otro lado de la enfermería. Sabía que Charles estaría cuidando de ella, lo había hecho incansablemente desde que la trajo por primera vez a palacio.

Con él nadie podía dañarla.

Caminando por el pasillo la escuchó reír. Estaban hablando de alguna tontería sin sentido, sin embargo, aquel sonido fue el más hermoso de todos.

Nunca antes había escuchado algo así.

No se molestó en llamar a la puerta. Abrió dejando que las miradas cayeran sobre él, aunque solo le interesó una en particular. Ella, con una sonrisa en los labios, saltó de la camilla y corrió a él.

Saltó abrazándolo, también lo envolvió con sus piernas.

Conocía el sacrificio que había hecho.

Ya no había magia para ella. La había entregado para salvar y purificar el mundo, su sacrificio había cobrado un alto precio, pero a Eiren no parecía importarle. Estaba realmente feliz.

—Yo, Nox…

Iba a disculparse.

Otra vez.

La calló con un caliente beso. Respondió como él ansió, se derritió entre sus brazos poco a poco lanzando gemidos a su garganta que lo volvieron loco. Esa mujer podía encenderlo con un leve sonido.

—Te quiero, Eiren.

—Y yo a ti.

La había escuchado en la bruma, su voz diciéndole lo mucho que lo amaba. A pesar de la oscuridad ella siempre supo atraerlo a la luz. Era su guía, esa persona que siempre lo ayudaría a ser mejor.

Su Eiren.

—¡Ey, Colmillos! —sonó en el pasillo.

Ebony bufó.

—Ya veo que dejamos entrar a cualquiera —se quejó ella.

—Vamos, no seas dura conmigo.

Ellos solo se miraron de forma cómplice. A veces el amor surgía de los polos más opuestos, tal vez ellos…

—No creo, ¿no? —preguntó Eiren.

Escucharon un poco más.

—Venía a ver cómo estabais —explicó Zion.

—Eiren mucho mejor, gracias —dijo ella, secamente.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Ambos sonrieron.

Sí.

Las parejas podían ser realmente extrañas después de todo. Ahora que sus diferencias habían

desaparecido puede que todo fuera un poco mejor. El mal ya no existía, al menos por ahora.

El éxtasis había muerto.

Bajándose del cuerpo de Nox, le tomó la mano y se puso un dedo en los labios pidiéndole silencio. Tenía ganas de secuestrarlo, llevárselo a la habitación y hacerle tantas maldades que no saliera en un mes.

Y, para eso, debían escapar de las miradas de todos.

Nox la tomó en brazos, estaba dispuesto a salir corriendo con ella hasta su habitación.

De pronto, mientras ellos se reían como si cometieran una locura, una voz sonó de fondo.

—¿Ya vais a follar como conejos? —preguntó Shade.

Lo miraron apretando los labios.

—Corred antes que el resto se dé cuenta.

Y les guiñó un ojo.

Ese hombre era su cuñado favorito. Ese bonito gato Cheshire que parecía duro por fuera, pero que era blandito por dentro.

Entre risas, cayeron sobre el colchón dejando que sus brazos los envolvieran entre besos y caricias. Se necesitaban, estaban locos el uno por el otro y ahora tendrían toda una eternidad para amarse.

Se habían salvado mutuamente.

Eran perfectamente imperfectos.

Y eso les hacía felices.

EPÍLOGO



Palabra del día: Felicidad.

Tres meses después…

Nox besó a Eiren. Bueno, más bien se lanzó sobre su boca y le metió la lengua dentro luchando por saborearla.

Ella había sido mala durante la cena. Delante de todos sus amigos había bajado la mano de la mesa y le había tocado, repetidas veces, el miembro. Estaba tan duro que creyó ser capaz de romper la puerta si no se abría con la mano.

—Yo creo que Zion se ha dado cuenta —rio Nox separándose un momento.

Eiren sonrió.

—¿Quién?

—Nadie.

Le arrancó la ropa. No quiso entretenerse en quitársela así que, la despedazó con las manos. Ese cuerpo estaba hecho para explorarlo, para besarlo y lamerlo sin fin el resto de sus largas vidas.

Tomó un pecho en su boca, bebió de él perdiéndose en su sabor mientras Eiren se encorvaba de puro placer. Se frotó contra él buscando más y se lo daría, la haría gritar hasta que todo el palacio la escuchase.

—Eiren —jadeó en su boca—, quiero dominarte y ser tu esclavo, quiero follarte y que me folles a mí. Quiero amarte, desearte, poseerte y que me hagas enloquecer. Te quiero, Eiren. Siempre.

Entró en ella, estaba tan mojada que le dio la bienvenida dejando que los dos gimieran de éxtasis.

Ese lugar era el paraíso.

—¿No vas a decirme que me quieres? —la torturó.

—Ufff…

No podía hablar.

En el sexo, Eiren se volvía una persona de sentidos. Perdía el control, lamía y acariciaba mientras su placer explotaba una y otra vez. Reaccionaba tan bien a su toque, se estremecía con cada caricia.

Era absolutamente perfecta.

El orgasmo llegó explotando de placer bajo el gran cuerpo de Nox. Se aferró a él, dejando que las oleadas la hicieran gritar mientras luchaba por tomar sus labios.

—Maaaallloooo —dijo ella.

Lo era.

En la cama, mucho.

Descendiendo muy lentamente, le dio su premio. Besó sus labios con ternura dejando que ella se retorciera poco a poco. El placer los acogió a los dos con fuerza, sus movimientos lo volvían loco.

Eiren luchó con Nox y esta vez ganó.

Girando sobre sí mismos, consiguió colocarse encima de él, solo que no dejó que entrase en ella.

En su defecto, descendió desde el pecho con su lengua, pasando por su estómago, hasta llegar a su miembro. Ronroneó con los gemidos de Nox, le encantó la forma en la que la miró, expectante y excitado a la vez.

Abrió la boca.

Bueno, ambos lo hicieron.

Y se metió la polla en su boca con tanta hambre que el gruñido de Nox atravesó el palacio.

Lo tomó profundamente una y otra vez. Él dejó que una mano bajase a su cabeza, ahí, metió los dedos en su cabello y lo apretó un poco. La animó a ir más rápido para después bajar el ritmo.

Y ella lo saboreó.

Lo tomó sin prisa, con locura y con ganas.

Nox no tuvo paciencia para seguir dejándose saborear. Abusando de su fuerza sobrenatural y rapidez, la «ayudó» a tumbarse de perfil. Entonces se colocó tras ella como si fueran a hacer la cucharita.

Guiándola, le levantó una pierna para tener mejor acceso. Después, entró en ella gimiendo profundamente.

—Me provocas tanto placer…

A Eiren le encantaba que él le hablase mientras tenían sexo. La excitaba.

Juguetonamente, Nox llevó una mano hacia delante y tomó su clítoris entre los dedos. Comenzó a masajearlo provocando un grito de Eiren, uno que la ayudó a inclinarse hacia atrás dándole acceso a su cuello.

Entonces la lamió suavemente.

—No voy a dejarte salir de esta habitación en días, te voy a tomar una y otra vez hasta que olvides donde empiezas tú y acabo yo —le prometió Nox.

El orgasmo la sorprendió de golpe, las oleadas de placer la hicieron estremecerse desde los pies a la cabeza gimiendo sin parar mientras Nox bombeaba con fuerza en su interior.

—Mu… Muérdeme… —pidió Eiren.

Él se detuvo en seco.

—¿Qué?

Girando un poco la cabeza, ambos se miraron a los ojos. Eiren estaba decidida, sabía que jamás le haría daño.

Él era suyo.

Su amante, su protector, su rey y, a final de cuentas, su vampiro.

Estaría bien.

—Muérdeme —dijo con convicción.

Nox estaba realmente asustado.

Eiren, evitando que pudiera pensar demasiado, movió sus caderas provocándole placer. Sus ojos se cerraron mientras las dudas le obligaban a cuestionarse lo que le había pedido.

—Después de todo lo que has vivido… No es necesario…

Gimió.

Gruñó.

Gritó.

Girándola hasta quedar boca arriba, entró en ella de nuevo y bombeó con fuerza. Fue salvaje porque el placer así lo exigía. Y Eiren combatió contra él acompañando el movimiento con sus caderas.

—Muérdeme… Nox… —volvió a pedir.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Estás segura?

Lo estaba.

—Te quiero, confío en ti.

Esas eran las frases más largas que había dicho durante el seco en toda su relación.

Lamiéndose los labios, Nox bajó besándola suavemente. Bombeó sus caderas más pausado, disfrutando del placer de esa tortura. La abrazó después, casi temblando de anticipación.

Quería arroparla, que se sintiera amada.

Eiren giró un poco la cabeza para darle acceso a su cuello.

Y ya no pudo resistirse más.

Descendió clavando sus colmillos en su carne. El sabor era celestial, nunca antes había probado algo igual. Fue tan placentero para ambos que gimieron al unísono. Buscándose el uno al otro, se acariciaron.

Él para reconfortarla y ella para calmar sus nervios.

Poco a poco, tomando de Eiren, empezó a bombear más fuerte. Los gemidos guturales de su humana lo animaron a seguir.

Un mordisco bien ejecutado podía producir el mayor de los orgasmos. Él quería eso. Empujarla al límite para recogerla cuando el placer abandonase su cuerpo.

Cuando ella llegó al clímax, él dejó su cuello para observarla. Estaba rígida entre sus brazos, pero su rostro mostraba tanto placer que se embelesó con su belleza. Disfrutó de cada pequeño gesto que hizo.

Y, entonces, pequeñas luces invadieron la habitación.

En un principio, ambos decidieron que era parte del momento. Quizás se estaban esforzando mucho, tal vez su sangre no estaba donde tocaba. Así pues, se perdieron en el placer una y otra vez.

—Te quiero ahora y mil veces, Eiren —repitió Nox en su boca.

Bombeó, golpeó con fuerza persiguiendo su propio placer y explotó dentro de ella llegándose a la cúspide del éxtasis.

Segundos después, se tumbó a su lado dejando que sus respiraciones entrecortadas se calmasen.

—Estoy viendo luces, Nox.

Él también.

—¿Qué?

Ambos bajaron la vista hacia sus manos. En ellas, unas pequeñas luces parecían intercalar los dedos, como si danzaran. Eso era imposible, la magia se había acabado para ella.

«Quizás la magia no estaba preparada para dejarte ir». Dijo la voz dulce y amable.

Solo que, esta vez, ambos la escucharon.

—Pero, ¿y la putrefacción?

«Clausurada, para siempre. Ahora tienes una página en blanco por escribir, Eiren: la última llama».

—Gracias.

«Cuídate y dame muchos nietos». Rio antes de desvanecerse.

En silencio, ambos observaron las luces. Eran como pequeñas estrellas en el firmamento, iluminándolos con ternura. Eran cómplices de su placer, observadores de su amor.

La magia nunca quiso abandonar a Eiren.

Y se alegró por ella.

Se lo merecía.

—Eiren lo que has hecho hoy…

Ella le cubrió los labios con la mano.

—Todo está bien.

Sí, pero había algo más.

—Snider me dijo que, las almas gemelas, se alimentaban exclusivamente de ellas. Quiero decir, que, si ahora me alimentas, no tendré que morder a nadie más. Alguna copa por picar entre horas, pero no más colmillos en pieles ajenas.

Los celos brillaron en los ojos de Eiren, sabía bien que no le gustaba que mordiera a nadie y no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Ahora solo se alimentaba en copa y seguiría haciéndolo, aunque ella se negase a darle su cuello nunca jamás.

—¿No morderías a nadie más? —preguntó con curiosidad.

Sí.

Esa idea le gustaba mucho.

—Lo prometo.

Las palabras de Nox la hicieron ronronear. Contenta, se acurrucó en su pecho mientras pensaba en la idea.

—Como vea esos colmillos en otra piel, te los limo —amenazó, bromeando.

O quizás no.

—Son tuyos —dijo Nox con verdadera pasión.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Puede que ese mordisco hubiera estado genial, pero recordaba otros tan terribles que daba miedo volver a ellos.

—Bueno, tampoco te pases, que no me entusiasma la idea, no te creas.

Nox bufó.

—No haberte ofrecido. Ahora eres mi reina, no puedes escapar.

Lo era.

Realmente lo era.

Hasta iban a tener una boda.

—No lo pensé muy bien después de todo —bromeó Eiren.

—Mejor, ahora no puedes huir.

Se miraron el uno al otro. Derritiéndose en busca de más, tomaron sus labios dejando que sus cuerpos volvieran a rozarse. Gemido a gemido, Eiren dejó claro que podía aceptar un segundo

asalto.

¿Quién se negaría?

***

Dos meses después…

—¡No me pruebo un vestido más! ¡Me gusta este! —gritó Eiren.

Ebony no lo aprobó.

—¡Pero si no te has probado más! —se quejó.

—Yo digo —añadió Zion—, que de estos cincuenta te tienes que probar la mitad.

Eiren lo fulminó con la mirada.

—¿Alguien me recuerda por qué estás aquí?

Quería estrangularlo.

—Ebony me ha pedido ayuda. Y como he dejado de ser rey de los humanos para que lo seas tú, tengo mucho tiempo libre —explicó el cazador tumbado en su cama la mar de contento.

Ese hombre la hacía envejecer poco a poco.

—Sal de la cama, que como después te huela Nox te perseguirá hasta atarte en el bosque. Y ya van dos veces este mes —explicó Eiren.

A él, amante del riesgo, no le importó. Es más, retozó como un cerdo sobre las sábanas.

—Voy a matarlo —suspiró Eiren.

Ebony y Zion empezaron a discutir como si fueran sus estilistas. Hablaron de los zapatos, de su pelo y ella soportó aquello durante una hora antes de darles un ultimátum. Esa noche era muy importante.

No podía llegar tarde.

Después del caos el mundo parecía ser mejor. Todos los humanos y los vampiros convivían juntos. Fue un shock para la facción alimentaria, pero después de verlos enloquecidos con el éxtasis, aceptaron de buen grado su versión más amable.

Ya no existían facciones.

Solo una gran ciudad con el palacio en el centro.

—Mira que zapatos tan bonitos, pruébatelo —pidió Ebony.

—No y voy a quemarte si me pides algo más.

Ya había cedido más de lo indecible.

Aceptando su palabra, los dejó atrás caminando por el palacio.

Charles había remodelado una parte del castillo. Era hermoso, parecía más alegre y cuidaba a todos con verdadera pasión. El dios era realmente feliz teniendo un hogar que cuidar y proteger.

—Llegas tarde, a Nox está a punto de darle un infarto —rio Shade.

Ella también lo hizo.

—Los vampiros no pueden sufrir un infarto —le recordó.

La mirada felina de Cheshire la hizo feliz. Ahora era una de sus personas favoritas, podía contar con él para cualquier cosa. Era su hombre de confianza, el hombro donde llorar y con el que hacer travesuras.

Las cuales eran muy divertidas.

—¿Qué tal Snider y Nazra?

Esa noche era la inauguración de la primera Gran Noche de sus vidas. Llevaban tiempo preparándolo y debía salir perfecto.

Una nueva era empezaba.

—Nazra bastante pasota, pero Snider se ha cambiado dos veces de chaqueta porque estaba sudando como un cerdo. ¿Quién diría que los vampiros pueden sudar? —rio Shade.

Ahora, dos veces al año, celebrarían la Gran Noche.

Ya no habría colmillos y sangre. Ahora se buscaba pareja a través de una pequeña selección. Esa noche, parejas de humanos y vampiros, se conocerían para ver si podían encontrar a su alma gemela.

No había rango de edad, solo que fueran adultos, y tampoco cualidades. No importaba la perfección, solo conocerse.

Solo esperaba que alguna pareja saliera esa noche.

Al menos una.

Necesitaban un éxito.

—¿Lista? —preguntó Nox llegando a su lado.

Sonrió enormemente.

Estaba guapísimo.

Se afianzó a su brazo, el de su marido para toda la vida, y ambos caminaron seguidos de Shade, Ebony, Nazra, Snider y Zion. Eran sus escoltas, sus amigos, su familia. Todos aportaban algo, aunque a veces solo fueran dolores de cabeza.

—Con todos ustedes, ¡la reina humana y el rey vampiro! —gritó Charles presentándoles.

Estaba tan orgullosos de ellos.

Salieron mientras la gente aplaudía como locos. Todos estaban contentos de tenerlos allí y estaban nerviosos por cómo resultaría la noche. Pero, sobre todo, estaban agradecidos.

Ahora tenían una vida mejor.

Y esperanza.

—Suerte —le susurró Eiren a Nazra y Snider.

Snider parecía más pálido que de costumbre.

—Espero que no hagan falta muchas Grandes Noches para encontrar a su pareja o se nos va a morir —bromeó Nox.

No era mentira.

Ese hombre ansiaba tanto a amar que estaba demasiado nervioso.

Yendo hacia sus tronos, ambos se sentaron un poco. Después bajarían con sus invitados, bailarían y disfrutarían de la noche. Todo sería perfecto, fuera como fuera y seguirían celebrando esas noches una y otra vez.

—Estoy agradecido de haberte visto queriendo saltar por el balcón esa vez —le dijo Nox.

—Yo también, aunque hay cosas que no las podríamos haber evitado.

Sí.

Pero ya estaba hecho.

Ahora estaban juntos.

—Deberíamos bailar —propuso Nox.

Eiren se tensó.

—Podríamos… ¿qu… quedarnos aqu… í… un poco… má… s…?

El tartamudeo la delató. Palideció lentamente mientras Nox la estudiaba con la mirada, esperó encontrar algo y no lo hizo.

—¿Qué travesura nueva habéis preparado Shade y tú?

Estaba tan serio que la excitó.

—N… Nada…

—Eiren.

Por favor.

¿No hacía calor en esa sala?

Armándose de valor, Eiren tomó la mano de Nox y se la puso en el vientre. Él, confuso, miró la mano, la miró a ella y después vuelta a la mano. La acarició con ternura y siguió queriendo saber qué ocurría.

—Hoy no es día de bromas por muy bien que te lleves con mi hermano… Ya te dije que…

—Estoy embarazada —escupió Eiren a toda prisa.

Vale.

Ya estaba dicho.

Nox, muy a cámara lenta, respiró. Palideció, lo cual era difícil para un vampiro y se miró la mano sobre el vientre.

—¿Voy a ser padre? —preguntó, estupefacto.

Eiren asintió.

—A menos que me esté tirando a otro vampiro sexy, gruñón y rey… Sí. Vamos a ser padres.

Antes de que pudiera evitarlo. Nox sonrió con la más sincera de las alegrías. Después, se puso en pie de un salto y rugió atrayendo la atención de todos los asistentes. Los pobres lo miraron con cierto recelo.

—¡Escuchad todos! ¡La reina y yo vamos a ser padres! —gritó.

Bueno.

Se lo había tomado bien.

La sala rugió de alegría. Aplaudieron y brindaron en su honor, hasta cantaron un poco antes de dar paso a las citas.

Nox no dejó de sonreír en toda la noche. Después de su gran confesión, la sentó en su regazo y la llevó a su pecho. La acarició con sumo cariño, lentamente, dejando que las sensaciones los abrumasen.

—Gracias por encontrarme y sacarme de la oscuridad, Eiren.

—Gracias a ti por amarme a pesar de mis imperfecciones.

Ambos unieron sus manos en el vientre de ella. Ese bebé iba a ser amado sin condiciones, sin exigirle llegar a ninguna marca. Iba a conocer el amor, la felicidad y un montón de tíos que lo iban a mimar.

—¿Bailamos? —propuso Eiren.

Nox la abrazó un poco más.

—Deja que disfrute un poco más de tu calor —suplicó.

Ella se lo permitió.

Unos minutos después, una idea cruzó la mente de Eiren.

—No estarás evitando que baile para que no me pase nada, ¿no? No debes sobreprotegerme.

Pillándolo en el acto, Nox la abrazó con más fuerza.

—No puedo permitir que te pase algo.

Poniendo los ojos en blanco, Eiren supo que el embarazo iba a ser muy largo.

Así pues, solo sonrió acurrucándose más a él buscando reconfortarlo. Después bailaron y mucho. No importaron sus miedos, dejó que ambos disfrutasen de aquella noche tan exitosas.

¡Tres parejas salieron!

Ninguna fue Snider, pero seguirían intentándolo.

Después, los reyes se retiraron al calor de su cama.

Donde serían felices para siempre.

—¡Oye! —olfateó Nox.

—Ay, madre, otra vez no —pidió Eiren tapándose los oídos.

El rey gruñó.

—¡Zion! ¡Te mataré!

La risa del cazador recorrió los pasillos. Nox tuvo la intención de seguirlo, pero fue interceptado por Charles, el cual ya entraba con sábanas limpias para que el olor de Zion desapareciera.

Nox estuvo nervioso dándose cuenta de que Eiren lo miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó al final.

Ella sonrió.

—Estás muy guapo.

Eso calmó su ira.

Ella era un bálsamo.

Suya.

Eterna.

Feliz.

Embarazada.

Juntos serían felices y se amarían el resto de la eternidad.

FIN

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—Acordes de fuego.
—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.
—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.
—Navidad y lo que surja.
—Se busca duende a tiempo parcial.
—Todo ocurrió por culpa de Halloween.
—Cierra los ojos y pide un deseo.
—Alentadora Traición.
—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.
—Renacer.
—Recordar.